

Selecta

Iris Romero Bermejo

*Mientras siga
nevando*



Mientras siga nevando

Iris Romero Bermejo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*Para ti:
Espero que todo eso que buscas lo puedas encontrar aquí,
escondido entre cientos y miles de palabras.*

Prólogo

*H*ace quince años...

—¡Rara! —me gritan varios compañeros.

—¡Dejadme en paz! —les pido entre lágrimas.

—¡Bicho raro! ¡Bicho raro!

Busco con la mirada a la profesora, pero no la encuentro en el patio. Me quiero esconder en los baños de la primera planta, donde están los mayores, pero cuando lo intento, Guillermo, uno de los más malos de la clase, me empuja con fuerza. Me caigo hacia atrás y me doy un buen golpe en la cabeza con la pared.

—¡Eres un bicho raro! —me insulta, señalándome con el dedo.

Me pongo a llorar muy bajito con la cara escondida entre los brazos. Los odio. A todos. No sé cómo se han enterado. Quizás alguna de las profesoras que hablaron con mamá hace unos días se lo han dicho a alguien. No lo sé, pero, desde que he entrado al colegio esta mañana, he sentido que todos mis compañeros me miraban y cuchicheaban.

De repente, escucho a Olivia, mi mejor amiga. Levanto la cabeza y la veo empujar a varios compañeros para llegar hasta donde estoy.

—Nora, ¿estás bien?

—Oli...

Y, cuando el resto de los niños vuelven a insultarme, le pega una patada a Sergio en la pierna y tira de las trenzas a Julia, que no para de reírse.

—¡Como volváis a meteros con ella os vais a enterar! —grita enfadada.

Es que Olivia tiene mucho carácter, como dice mamá. Es muy valiente, y nunca le da miedo nada. Ni siquiera tiene padres, pero dice que no los necesita porque ya tiene a su abuela Carmen para cuidar de ella.

—No te acerques a ella, que es un bicho raro —le advierte Marcos, mi compañero de pupitre. Creía que era mi amigo, pero es tan malo como los demás.

Me encojo más en el suelo cuando le escucho, pensando que ella también dejará de ser mi amiga, pero como respuesta, le da un puñetazo en la nariz.

El resto de los niños salen corriendo mientras Marcos se tapa la sangre con las manos, lloriqueando como un bebé.

—Nora, levántate, venga... —me pide mi amiga.

Cuando va a cogerme de la mano, me asusto.

—¡No me toques!

—No pasa nada, soy yo.

Me seco las lágrimas y me levanto yo solita.

—Ya lo sé, Oli, pero a partir de ahora prefiero que no me toques, ¿vale?

Capítulo 1

Estimada Olivia de Miranda Peláez;

Nos complace invitarle a la colocación de la placa honorífica en memoria de su difunto padre, Enrique de Miranda Montero, como muestra de su honorabilidad y buen hacer en La Condesa, su pueblo natal.

El evento se celebrará en la plaza, frente al ayuntamiento, el 20 de enero de 2020 a las nueve de la mañana.

Esperamos su asistencia.

Atentamente,

La Condesa

Capítulo 2

—No sé si es una buena idea que vayamos esta noche —comento mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—Tonterías —suelta Olivia. Gira la llave y enciende el motor—. Todos los inviernos igual, que si ola de frío, que si nevadas...

Sonrío de medio lado y compruebo en el espejo retrovisor mi aspecto. He estado esperando un buen rato en Atocha y juro que la cara se me ha quedado congelada.

—Yo solo digo que podríamos ir mañana a primera hora —sugiero mientras hago muecas para que se me despierten las mejillas—. Preparo la cena, nos encerramos en casa y vemos películas en el sofá. Puedes invitar a Alejandro si quieres.

Mete primera y salimos. Hace varios adelantamientos bruscos, que me despegan el trasero del asiento y enciende la radio.

—¿Qué te pasa? —pregunto cuando pega un frenazo que hace que me tenga que sujetar al salpicadero.

—Alejandro y yo lo hemos dejado.

Me tapo la boca y dejo escapar un suspiro. Mi querida amiga, con lo bien que se los veía juntos...

—Olivia, lo siento mucho. ¿Qué ha pasado?

Mueve una mano como queriendo quitarle importancia.

—Me la estaba pegando con una compañera de trabajo.

Apago la radio y me incorporo. No puede ser. Alejandro es un encanto y adora a la loca de mi amiga.

—¿Te ha estado engañando? ¿Cómo lo sabes?

—Le he pillado varias conversaciones subidas de tono en su móvil. Es como todos, Nora. No hay un chico decente en el mundo. Tienes suerte de no comprobarlo por ti misma.

Se da cuenta de lo que acaba de decir y aprieta los labios con fuerza. Me concentro en las vistas de la periferia, en los horrorosos bloques de pisos en la lejanía y cierro los ojos.

Pasamos más de una hora en el más absoluto silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos mientras la radio nos taladra el cerebro con canciones pegadizas.

—Nora, perdóname —susurra al tiempo que coge uno de los desvíos que nos llevarán a un

pueblo casi deshabitado de Asturias—. Estoy mal, pero eso no justifica que lo pague contigo. Mañana es mi cumpleaños y te agradezco muchísimo que quieras celebrarlo conmigo. No sé qué haría sin ti.

—Me molesta que ataques donde más duele —empiezo a decir. Pero veo sus ojitos de cordero degollado y me ablando. Sé que no lo dice para herirme, que lo único que quiere es que conozca a alguien y deje de estar sola.

—Te pido perdón por lo que he dicho, pero sabes que deberías superarlo y seguir adelante. Y también deberías comprarte algo de ropa de un color que no sea el negro. En serio, Nora, tu armario debe ser deprimente.

—Me gusta el negro, ¿qué pasa?

—Pues que parece que vas de luto —dice con un movimiento de manos tan exagerado que suelta el volante durante unos instantes—. Como sigas pareciendo la niña esa rara de la familia Addams, no habrá chico que se atreva a tocarte. Y, créeme, cuando te toquen, pedirás más.

Por un segundo despega la vista de la carretera y nos miramos a los ojos sin pestañear, pero esta vez soy yo la primera que retira la mirada.

—Eso es imposible —contesto harta de tener la misma conversación mil veces.

—Deberías empezar a salir con chicos sin contarles tu pequeño secretito —comenta con ligereza, como quien opina sobre el tiempo una mañana cualquiera, como si fuera algo que yo pudiera controlar.

—No puedo, ya lo sabes.

—Te tienes que dar un homenaje de vez en cuando, Nora, que la vida son dos días.

Le pellizco el brazo por encima del jersey para que se calle de una maldita vez, aunque sé que eso es pedir demasiado para mi mejor amiga.

—¡Nora!

—Te lo has merecido.

—¿Has sentido algo? —me pregunta muy seria—. ¡Nora! ¡Que me contestes! ¿Has sentido algo?

—Que no, pesada. No te vas a morir en las próximas horas; no te preocupes. Además, por encima de la tela es más difícil, ya lo sabes.

—No me vengas con gilipollices. Lo sentirías, aunque estuviera enfundada en neopreno. Y, por favor, si alguna vez sientes algo al tocarme, dímelo.

Me callo que jamás se lo diría. ¿Cómo le dices a tu mejor amiga que va a morir? Por suerte, no es el caso.

—Dios santo, cada vez que me tocas se me acelera el corazón —dice con una mano en el pecho—. No sé qué vamos a hacer cuando seamos ancianas. Te voy a llevar conmigo a todos lados como si fueras mi llavero. Aunque, por otro lado, no sé si quiero saber el día de mi muerte.

—Deja de pensar en eso, por lo que más quieras... —le suplico con los ojos en blanco.

Comienza a oscurecer. La carretera se empieza a ver algo difuminada por los copos de nieve que se van posando sobre la luna del coche y, aunque Olivia ha encendido las luces de los faros,

apenas soy capaz de distinguir la línea blanca que separa nuestro carril del de al lado.

—Está empezando a nevar.

—No te preocupes. Llegaremos sanas y salvas —me asegura, siempre tan optimista.

—Si tú lo dices... —comento con acritud.

—Tengo que echar gasolina. ¿Quieres que te compre algo? —pregunta de repente. Coge un desvío con demasiada velocidad y el coche derrapa un segundo sobre la carretera.

—¡Ve más despacio! —le pido una vez más.

Apaga el motor y se quita el cinturón de seguridad en cuanto llegamos a una gasolinera muy pequeñita y con aspecto de estar a punto de ser abandonada. Mueve la cabeza en mi dirección y sus rizos pelirrojos bailan alrededor de su rostro.

—¿Quieres algo? —insiste.

—No, no me apetece nada.

Asiente y sale del coche. La veo alejarse despacio mientras se pone su abrigo rosa. Suspiro y apoyo la cabeza en la ventanilla. Con lo bien que estaría ahora mismo en mi sofá...

Regresa unos minutos después con la cara escondida en el abrigo y con todo el pelo cubierto de copos de nieve medio deshechos. Abre un momento la puerta para tirarme varias bolsas de patatas y una botella de Coca-Cola al regazo, y sale a echar gasolina. Y, en esos pocos minutos, me da tiempo a preguntarme por enésima vez desde que hemos salido: ¿qué narices hacemos con este temporal en el maldito coche!? Tengo que respirar con fuerza varias veces y obligarme a ser más positiva.

Unos instantes después, estamos de nuevo en la carretera.

—El hombre de la gasolinera me ha dicho que debería llevar puestas las cadenas, que va a nevar más —comenta tan tranquila, con la boca llena de patatas fritas.

—Es que no deberíamos ir con este temporal. Aún estamos a tiempo de dar media vuelta.

—¡Pero si ya vamos por la mitad del camino!

Otro rato más de silencio que tan solo se ve atenuado por su ruidoso masticar, que parece que está comiendo clavos.

—Nora...

—¿Qué? —Cuando se aburre suele ser de lo más pesada y pronto empezará a preguntarme si creo que voy a mutar o si alguna vez he tenido alguna premonición. Aún recuerdo una calurosa tarde de verano que no hacía más que intentar abrir su tercer ojo para poder contactar con los espíritus de la otra dimensión.

Parece que estamos entrando en la boca del lobo. Los parabrisas apenas despejan la nieve que nos tapa la visión y la loca de mi amiga no parece amilanarse ni un poco.

—¿Ya te has decidido a hacer ese viaje a Edimburgo? Puedo hablar con mis jefes y que te den un trabajo allí.

—Creo que aún no estoy preparada —respondo con voz de pito cuando cogemos un bache y el coche se zarandea unos segundos.

—¡Pero es tu sueño! —responde, moviendo el volante hacia los lados como si estuviéramos patinando sobre la calzada.

—Frena un poco —le pido mientras clavo las uñas en el cinturón—. Sí, lo es. Pero nunca he vivido sola en otra ciudad y... no sé... el idioma...

—Eso no son más que tonterías.

—Frena... —repito cuando las ruedas vuelven a patinar.

—No quiero llegar tarde. El chico del albergue me ha dicho que tenemos que entrar antes de las diez de la noche si queremos cenar.

—Prefiero acostarme con hambre que morir en una carretera sin nombre en el culo del mundo.

Se empieza a reír, y coge otro puñado de patatas.

—Eso ni de coña. Yo con hambre no puedo dormir. Y el del albergue parecía muy estricto con sus propias y estúpidas normas. Demasiado sosainas, en serio. Diría que es de tu estilo.

Suspiro y rezo para que no se le meta entre ceja y ceja maltratarlo psicológicamente todo el fin de semana.

—Ve más despacio...

—Insisto, deberías dejar esa oficina deprimente y vivir tu sueño —repite, la muy cansina—. Mi empresa tiene sede allí, así que si te animas...

—Tampoco estoy tan mal en la oficina... —musito.

Arruga el ceño y pone cara de asco.

—Odio las oficinas. Esos lugares grises y tristes que sacan lo peor del ser humano...

—Claro, no todos tenemos la suerte de que nos encante nuestro trabajo.

Despega un momento la vista de la carretera y pone cara de loca.

—Pues sí, mi trabajo es la hostia.

Olivia es guía turística. Alterna el Palacio Real con varios museos. También hace rutas por el centro de Madrid y la verdad es que es la mejor guía que te puedas encontrar. Se conoce todos los mitos e historias truculentas de cada rincón de la ciudad y eso hace que sea la mejor valorada en su empresa por los clientes. Aunque sospecho que muchas de esas historietas se las inventa ella solita para darle más misterio al asunto. Y sus curvas, su melena pelirroja y sus ojazos verdes le facilitan mucho la vida; todo hay que decirlo.

Por el contrario, yo detesto mi trabajo. Soy recepcionista en una oficina de seguros médicos. Casi nadie conoce mi nombre de pila. Mi jornada laboral consiste en contestar el teléfono, recibir mails que casi nunca son directamente para mí y recibir a las visitas. Les llevo un café o una botellita de agua y los acompaño hasta una sala. Fin de la historia.

—¿Cómo se llamaba el pueblo?

Pone los ojos en blanco mientras sube la calefacción.

—Se llama La Condesa. Es un pueblecito muy pequeño casi deshabitado. Mi padre nació allí, y bueno, también murió... —explica con la voz entrecortada—. Vamos a emborracharnos en el bar, haremos gigantescos muñecos de nieve, nos calentaremos los pies en la chimenea de nuestra

preciosa habitación...

Y, de repente, se le nubla el semblante. Es una milésima de segundo, pero algo oscuro cruza su rostro y enturbia el ambiente.

—¿Qué te pasa, Olivia?

Carraspea e intenta sonreír.

—Nada. Es que era una escapada que queríamos hacer Alejandro y yo. Me hacía mucha ilusión que conociera el pueblo de mi padre. Y ahora... Ahora te arrastro a ti, como siempre.

—Nos lo vamos a pasar genial, ya lo verás —digo para animarla un poquito—. Pero te aviso de que no puedo ni oler la crema de orujo, que se me sube mucho a la cabeza.

Sube el volumen de la radio y empieza a canturrear.

Capítulo 3

¿Dónde se han metido?

Joder, ya son las diez de la noche.

¿Y si les ha pasado algo debido a la nevada?

Coloco minuciosamente el mantel, las servilletas y los platos para no pensar en eso. Compruebo que los vasos están limpios, seco dos juegos de cubiertos y vuelvo a comprobar que todo está preparado.

¿He dejado las mantas de repuesto sobre las colchas? Cojo una vela para ir al piso de arriba. Estoy nervioso, porque es la primera vez desde que vivo aquí que la nevada es tan fuerte que nos deja totalmente incomunicados. Suele estar nevando casi todo el invierno, pero aun así puedo ir al pueblo de al lado para comprar todo lo que necesito.

Menos esta vez. Lo he intentado esta mañana, y se me han quedado las ruedas literalmente sepultadas.

Subo las escaleras y me asomo a las dos habitaciones, ambas con su manta sobre la colcha, perfectamente dobladas.

«Para lo que has quedado, Dante... —dice una vocecilla muy puñetera dentro de mi cabeza—. Mírate, quién lo diría».

Resoplo y vuelvo a comprobar la hora. Se están retrasando demasiado...

Capítulo 4

«**A** quinientos metros, tome la primera salida a la derecha».

—¡Pero qué quinientos metros ni qué muertos! ¡No veo una puta mierda! —grita desquiciada—. ¡Te voy a tirar por la ventana! —amenaza al móvil con el puño.

—Tranquila, que, si te pones nerviosa, es peor —susurro inclinada hacia delante mientras intento quitar el vaho del cristal—. Es que no se ve nada...

—No soporto la voz del GPS.

Veo un pequeño camino de tierra a la derecha, pero, cuando se lo voy a decir, es demasiado tarde.

—¡Nos lo hemos pasado! Eso, redirige. ¡Redirige! —le grita al móvil. Por un segundo pienso que de verdad va a bajar la ventanilla y va a lanzarlo por los aires.

—No hay cobertura —digo mientras compruebo también mi móvil—. Vas a tener que dar la vuelta aquí, porque nos vamos a perder.

—¿Cómo voy a dar la vuelta en mitad de la carretera? —pregunta, frenando casi en seco.

En condiciones normales, no se me ocurriría pedirle algo así, pero la nevada cada vez es más fuerte, apenas vemos más allá del coche y el GPS se ha vuelto loco. No tenemos cobertura. Ya casi no nos queda batería en los móviles; son las diez y media de la noche, y a ver cómo la soporto toda la noche con la tripa vacía.

—¡Que des la vuelta! —grito yo también—. Ahora, que no viene nadie —le ordeno, quitándome el cinturón y dándome la vuelta en el asiento para ver mejor.

Mete un volantazo y giramos por completo. Las ruedas empiezan a patinar en la calzada y comenzamos a gritar a pleno pulmón. Yo intento abrocharme de nuevo el cinturón, pero es imposible. Vamos dando tumbos por la carretera secundaria de doble sentido, y por un segundo pienso que va a venir un camión de frente y nos va a arrollar.

Olivia sujeta con fuerza el volante y consigue hacerse con el control del coche. Avanzamos despacio, tan despacio que creo que no vamos ni a veinte kilómetros por hora y, en cuanto veo el camino de nuevo, bajo la ventanilla para cerciorarme.

—¡Por aquí! ¡Es por aquí!

Entramos en el camino y meto la cabeza de nuevo en el interior. Tengo el pelo empapado de nieve fundida, las mejillas congeladas por el viento y los dedos doloridos. Jolines, pero qué

maldito frío que hace.

—Vale, ahora tranquilas —dice. Baja el volumen de la radio y suspira.

Avanzamos por inercia guiadas por los árboles que hay a ambos lados del camino, no porque en realidad estemos viendo por donde vamos. Aquí la nieve ha cuajado, y el coche protesta y patina cada pocos metros.

—Nos la vamos a pegar.

—Cállate.

—En serio, no controlo el coche —dice muy seria.

—Que te calles...

—¿Faltarán mucho? Es que no lo controlo...

—¡Y yo qué sé! ¡Eres tú la que lleva el GPS!

—¡Que la batería ha muerto! ¡Y no hay cobertura!

Nos ponemos a gritar tonterías mientras el coche va dando tumbos por un camino desierto y con más de un metro de nieve a nuestro alrededor. Y, tal y como me temía, en uno de los acelerones para ir avanzando, pillamos una placa de hielo y nos acercamos peligrosamente a uno de los árboles.

—¡Olivia! ¡Frena!

—¡Ya lo hago!

—¡Frena!

En el último segundo tiro del freno de mano, pero eso solo hace que la hostia que nos metemos sea un poquito menor, pero solo un poco. El coche choca con el tronco del gigantesco árbol mientras gritamos y nos tapamos la cara con las manos. Saltan los *airbag*. Las patatas salen volando por los aires. El tapón de la Coca-Cola se suelta y el líquido me salpica en toda la cara.

Nos quedamos un segundo en silencio cuando acaba y empezamos a comprobar que lo tenemos todo en nuestro sitio.

—Nora, ¿estás bien?

—Creo que sí. ¿Tú?

—Me duele un poco el cuello, pero las tetas no han salido volando —bromea, prácticamente lloriqueando.

Intento abrir la puerta, pero la nieve que rodea el coche me lo impide. Al final tenemos que bajar las ventanillas y salir arrastrándonos casi a cuatro patas.

—¡Joder! ¡Mi coche! —grita. Por la pinta que tiene el frontal, diría que se ha cargado el motor, pero no soy mecánica.

Avanzo hasta el maletero con la nieve casi por las rodillas para coger las dos maletas.

—¿Pero qué has traído? Parece que llevas un cadáver dentro —me quejo al sacar primero la suya. Con el esfuerzo se me dobla un pie. Dejo caer la maleta al suelo y me inclino un momento del dolor—. Creo que me acabo de torcer el tobillo...

Rescato mi bolso del asiento de atrás y la obligo a que me mire.

—Olivia... ¡Olivia!

Al final tengo que zarandearla para que reaccione. Noto que se aparta un poco, pero no me molesta; ya estoy más que acostumbrada.

—Tenemos que movernos si no queremos congelarnos y morir en mitad de la nada.

—No puedo andar; la nieve me llega casi por la cintura —se queja.

—Y a mí también, pero, mira, es que nos ha caído encima la que tendría el árbol. Un poco más allá parece que no hay tanta.

Nos zambullimos en la densa capa de nieve y luchamos por avanzar centímetro a centímetro.

—Tengo hasta en el potorro —dice detrás de mí—. Lo tengo *frozen*.

—Qué fina que eres.

Pero no digo más, porque yo también la siento en mi ropa interior. Y en mis calcetines. Y en la boca, porque no deja de nevar. Se va posando sobre nuestros hombros, en nuestro pelo empapado y en nuestras pestañas congeladas... Pero al menos el camino asciende un poco y conseguimos respirar de nuevo.

—No puedo más, Nora. No puedo dar un paso más —se queja cuando conseguimos salir de la zona donde se ha quedado enterrado el coche.

—La nieve ya solo nos llega hasta los tobillos; podría ser peor.

—He perdido mis zapatillas ahí abajo —murmura con un mohín.

Levanta una pierna con dificultad y veo que solo lleva los calcetines.

—No siento los dedos —lloriquea.

Me doy la vuelta y agudizo la mirada. Me parece ver luz a lo lejos...

—Creo que el pueblo está allí. ¡Mira!

—Yo solo veo la nieve caer. Vamos a morir...

Y de repente, levanta una mano y me toca la mejilla. Me aparto de inmediato, como siempre.

—No me toques.

—¿Has sentido algo? ¿Voy a morir pronto?

—Lo que he sentido es que te voy a meter un guantazo como no dejes de decir tonterías.

—¡Que me contestes! —insiste.

—¡Que no, cansina! ¡No vas a morir a menos que yo te mate como no dejes de parlotear y pierdas las pocas fuerzas que te quedan en decir gilipolleces!

Tomo aire. Me saco el móvil del abrigo y compruebo que, efectivamente, no tengo cobertura. Y, tal y como me temía, la poca batería que le quedaba se agota.

—Mi móvil ha muerto, así que no podemos llamar a una grúa —comento, secándome los copos de nieve que se me van pegando en la cara—. Dios, necesito unos guantes, porque se me están congelando los dedos.

—No te quejes —suelta Olivia—. A mí me van a tener que amputar los putos dedos de los pies y no estoy bromeando. Voy a ser como una de esas chinas a las que les deformaban los pies y se les quedaban en pico.

—Anda, vamos. Caminemos un poco a ver si entramos en calor.

Cierro la cremallera de mi abrigo y me pongo la capucha. Es una pésima idea, porque la nuca se me llena de nieve. La garganta me arde cada vez que tomo aire. Y, de repente, pienso que esto parece sacado de las típicas películas que ponen en la televisión después de comer. De esas tan malas que solo sirven para echarte la siesta.

Ay, qué a gusto estaría ahora mismo en mi sofá...

—Odio el frío —susurro enfadada. Me duele todo el cuerpo, tengo los nervios a flor de piel; estoy congelada, y para colmo, el tobillo me duele cada vez más.

—Menos mal que tengo seguro a todo riesgo y que el coche está en garantía...

Cada una con lo suyo.

Mientras cojeo intentando seguir la luz que veo en la lejanía, pienso que hay veces que deberíamos escuchar a nuestro instinto. Yo sabía que este viaje era una mala idea. Bueno, lo sabía yo y todo el mundo a quien se lo he contado en la oficina esta misma mañana, porque la ola de frío avvicinaba este tipo de contratiempos. Pero, claro, Olivia es una persona de ideas fijas una vez que se le pasan por su pelirroja cabecita. Me llamó hace tres días informándome que teníamos que hacer una mini escapada las dos juntas, y a Olivia no se le puede decir que no. Y mucho menos en su cumpleaños.

—¿En qué estás pensando? Llevas callada un buen rato —me pregunta con los dientes castañeando y los labios morados. Empiezo a pensar que le va a dar una hipotermia por no llevar zapatos. Y no tengo ninguno que poder prestarle, porque solo me he traído las zapatillas que llevo puestas. Y la quiero mucho, pero más quiero a mis dedos, la verdad—. ¿Eh? ¿Qué estás pensando? —insiste.

—Que solo a ti se te ocurre coger el coche en plena ola de frío con fuertes nevadas, y encima de noche. Y que yo soy tonta de remate por hacerte caso y seguirte.

Se pone a mi lado y me sonrío. Los ojos se le humedecen un poco, pero no sabría decir si es por la emoción del momento o porque se le están congelando los globos oculares.

—Tengo mucha suerte de tenerte como amiga. Eres la mejor.

—Ya, bueno. Ahora mismo te mataría.

Nunca he sido *girl scout*, así que no sé lo que hay que hacer cuando empiezas a pensar que te estás muriendo por congelación. Tampoco soy capaz de calcular la distancia que nos queda por recorrer hasta llegar a esa lucecita en la lejanía, que espero que no sea un simple foco en mitad del bosque porque cojo una piedra congelada y me corto las venas.

Pasito a pasito nos vamos acercando y casi lloro de la emoción cuando veo la primera casa.

—¡Nora! ¡Hemos llegado! —celebra Olivia. La pobre no se ha quejado más, pero, por cómo anda, debe tener los pies hinchados y los dedos morados.

Nos acercamos y tocamos la piedra de la casa. Estamos en uno de los laterales, pero no vemos mucho más porque todo está en la más absoluta oscuridad. La lucecita que nos ha guiado sale por una de las ventanas. Nos asomamos y vemos una vela encendida encima de una mesa de madera

antigua.

Rodeamos la casa y llamamos a la puerta, pero nadie contesta. Vuelvo a golpear la madera labrada con los nudillos doloridos y cuarteados mientras una inmensa nube de vaho sale de nuestras bocas.

¿No dicen que la temperatura aumenta cuando nieva? Supongo que eso solo pasará en Cádiz, si es que alguna vez ha nevado allí.

—¿Hola? ¡Hola!

Dejo a Olivia gritando improperios delante de la puerta y empiezo a caminar. La calle no se ve porque está invadida por un manto de nieve blanca y perfecta. Nadie ha pasado por ella hace poco, porque no se ven huellas. Alzo la vista y compruebo que las farolas están apagadas. El cielo está blanco, no se ve una estrella. Creo que hay casas más adelante, pero la oscuridad me impide verlas con claridad.

Espero que no hayamos llegado a un pueblo fantasma, de esos en los que dicen que apenas viven dos o tres personas en verano. Esos pueblos que un día dejaron de tener vida, donde se fueron perdiendo las voces infantiles, donde sus únicos habitantes fueron muriendo poco a poco hasta quedar abandonados; sin nadie que cuide sus calles y fachadas. Pero en este pueblo al menos debe vivir una persona, porque las velas no se encienden solas en mitad de la noche.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Olivia sin perder la esperanza—. ¡Necesitamos ayuda!

Lo que no se le puede negar es que nunca se rinde. Es pura energía, lo que casi siempre es bueno, y que en otras ocasiones resulta tremendamente molesto.

Yo soy algo más tranquila. No suelo perder los nervios, excepto cuando estoy con ella. Es la única que consigue sacar mi peor parte. Y podría decir, pero nunca en voz alta ni delante de ella, que a su lado me siento más viva. Más libre. Supongo que porque conoce mi «tara especial» y lo ha llegado a normalizar. Porque ha sido la única que no me ha dado de lado cuando los demás se apartaban con una mueca de espanto. Ella ha sido la única que ha aceptado mi secreto, mi lastre y mi condena.

De repente, la puerta se abre y vuelvo a la realidad. Olivia casi se cae para atrás del susto cuando la madera empieza a moverse despacio y con un chirrido nada agradable. Primero sale una vela sujeta por una mano arrugada y vieja, salpicada de manchas solares. Después un jersey gris lleno de pelotillas, o quizás es de otro descolorido color, no lo podría asegurar porque la vela tampoco alumbra tanto, y después, una cara arrugada y nada amigable.

Es una viejecilla con un pañuelo en la cabeza, una nariz larga y aguileña, unos labios finos y secos, y unos ojillos que se entrecierran taladrándonos con unas cataratas de cuidado. Seguro que no ve tres en un burro.

—¡Gracias a Dios! —suelta Olivia. Se acerca y le coge la mano. Creo que no está viendo lo que veo yo. Esta mujer no parece contenta de tenernos aporreando su puerta—. Necesitamos ayuda. Hemos tenido un accidente de coche. ¿Podemos utilizar su teléfono?

La vieja se suelta con un manotazo y comienza a hacer aspavientos.

—¡Largo de mi casa!

—¡Pero, señora! ¡Qué voy en calcetines! —suplica mi amiga.

—¡Y a mí qué me cuentas! La pensión está girando a la derecha. ¡No me molestéis más que saco a los perros!

Y nos cierra la puerta en las narices. Menos mal que la ha cerrado, porque ya escuchaba los ladridos.

—¡Será posible! —grito indignadísima.

—Déjala, la pobre estará chocheando —la defiende mi amiga.

—Me da igual; es una maleducada.

Seguimos andando sin ver ni por donde vamos. Hay más casas a ambos lados de la calle, pero todas están con los postigos echados y no se ve luz en su interior.

—Esto es muy raro, Olivia. ¿Estaremos en el pueblo de La Condesa?

—Pues eso espero.

—¿Cuántos habitantes hay en La Condesa?

—Ni idea.

Seguimos andando muy juntas. Le cogería de la mano si no fuera porque los dedos ya no me responden.

—Tengo miedo, Oli...

—Hacía años que no me llamabas así.

—Eso es porque hacía años que no tenía tanto miedo. Este pueblo me da mala espina. Me huele a... muerte —susurro.

—¿Cómo has dicho?

—Que me da miedo. —Prefiero no repetirlo porque tampoco quiero que ella se asuste.

—Solo da miedo porque es de noche, no hay luz y nos hemos encontrado con la bruja piruja...

Suelto una carcajada irónica y sigo andando. La nieve no da tregua. Empieza a nevar con más intensidad si es posible y comienza a levantarse un viento polar de mil demonios. Andamos inclinadas hacia delante, luchando por avanzar paso a paso.

Pasamos por delante de varias casas más. Todas son de piedra oscura. Ni una luz, ni una muestra de que haya vida en su interior.

—Olivia...

—¿Sí? —pregunta castañeando los dientes.

—¿Eres consciente de que si esa mujer es la única habitante de este pueblo tenemos serios problemas?

—Ha dicho que el albergue estaba en la siguiente calle a la derecha.

Torcemos en la esquina. Estoy tiritando. No siento la cara. Cierro un segundo los ojos, porque no soportaría no encontrarme con el deseado albergue y con su prometedor chimenea encendida. No puedo mirar. No puedo...

Y de repente, una figura encorvada nos asalta, como si estuviera escondida entre las sombras.

—¡Joder! ¡Qué susto! —exclama Olivia.

Parece una mujer, pero no le veo la cara porque lleva un pañuelo que le tapa todo el rostro. Se cae sobre mi amiga, que corre a sujetarla.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien?

La mujer asiente en silencio y se protege del viento polar con una mantita que le cubre los hombros.

—¿Sabe dónde está el albergue del pueblo? —le pregunto.

No habla, tan solo nos señala con el dedo en una dirección y, después, comienza a andar, alejándose de nosotras.

Capítulo 5

Olivia tira de la manga de mi abrigo e intenta correr hasta una casa algo más grande que las demás. Hay luz en las ventanas de la planta baja y, desde aquí, se puede leer un pequeño y monísimo cartel de madera donde pone «Albergue La Condesa». Lloraría de la emoción si no fuera porque temo que las lágrimas se me congelen justo al salir del lagrimal y me corten la cara como pequeñas cuchillas afiladas.

Correteamos hasta la puerta. Se me olvida el tobillo torcido. Hasta se me olvida que no siento las extremidades. Empiezo a aporrearla mientras Olivia asoma su cabecita pelirroja por todas las ventanas, dando golpecitos en los cristales.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Escucho pasos en el interior. Me pongo un dedo en los labios para pedirle a mi escandalosa amiga que guarde silencio. Sí, parece que es nuestro albergue, y sí, mataría por una cama caliente ahora mismo, pero con los precedentes que tenemos sobre los habitantes de este pueblo... Empiezo a tener mis reticencias sobre la persona que escucho acercarse hasta la puerta.

Lo que parece que es un enorme cerrojo de hierro se desliza a un lado y la puerta se va abriendo poco a poco. Olivia se acerca y coge mi mano. Intento devolverle el apretón, pero no puedo; las manos ya no me responden.

Y, de repente, un chico un poco más mayor que nosotras, diría que rozando los treinta, se asoma sujetando una vela. Es alto, castaño, de ojos dulces y sonrisa amable.

—¿Sois Olivia y Nora? —pregunta con suavidad.

—Las mismas —responde mi amiga con gracia.

Se hace a un lado y nos deja entrar. En cuanto pongo un pie en el interior empiezo a notar el calor que desprende el lugar. Seguro que tiene alguna chimenea encendida porque percibo un intenso olor a leña ardiendo muy cerca.

Dejo mi bolso y la pequeña maleta en el suelo y me echo hacia atrás la capucha. Olivia me imita y se cruza de brazos, observándolo todo a su alrededor y, mientras tanto, el chico se asoma un segundo a la desolada calle para después cerrar de nuevo la puerta. Corre tres enormes cerrojos de hierro y gira varias veces la llave en la cerradura.

¿Tanta seguridad en un pueblo perdido de la mano de Dios? ¿Desde cuándo los lobos y los osos saben forzar las puertas?

Se da la vuelta y nos sonríe. Su rostro se ilumina de repente.

—Parece que habéis venido andando desde Madrid.  Y sin zapatos? —apunta al ver los calcetines mojados de mi amiga.

—Hemos tenido un percance con el coche —explica Olivia. Se pasa una mano por la melena cobriza, como intentando quitar los restos de nieve de entre sus preciosos rizos—.  Qu  pasa aquí?  Es que no hay luz eléctrica?

—Anoche hubo una tormenta muy fuerte y se ha caído el tendido eléctrico. Tampoco funcionan los teléfonos —nos explica.

—Yo tampoco tengo cobertura en el móvil —me quejo.

—Aquí nunca hay cobertura. Me tengo que ir al pueblo de al lado para poder gestionar las reservas y ponerme al día con el mundo.

— Est  cerca ese pueblo? —pregunto mientras me quito el abrigo.

—A casi ochenta kilómetros de aquí. Solo voy una vez a la semana. El resto de los pueblos cercanos est n abandonados desde hace años.

—Pues necesitamos llamar a una grúa —susurro casi para mí.

—Esta noche es imposible, lo siento.

—Necesitamos llamar al seguro, yo tengo que avisar a mis padres también...

—Oye —me interrumpe. Da dos pasos y se planta a pocos centímetros de mí. Me saca como veinte centímetros, así que tengo que inclinar un poco la cabeza para poder mirarlo—. Estamos totalmente incomunicados. Deberíais dar gracias de que habéis llegado sanas y salvas hasta aquí.

Un nudo me atenaza la garganta. Necesito un baño caliente, una buena sopa y una cama mullida y confortable, a poder ser con sábanas de franela.

—De acuerdo —accedo de mala gana—. Pero mañana a primera hora tengo que ir al pueblo de al lado...

Dejo de hablar cuando veo que extiende su mano para tocarme el hombro, pero justo antes de que sus dedos consigan rozarme, me echo hacia atrás en un acto reflejo.

—Tranquila, no te voy a hacer daño —suelta, frunciendo el ceño. Su tono de voz es grave y profundo, como si su pecho retumbara cada vez que pronuncia una palabra.

Por suerte, Olivia le sujeta del brazo para llamar su atención.

—Estamos muertas. Necesitamos que nos ense es nuestras habitaciones y que nos digas a qué hora se sirve la cena, por favor.

—La cena ya est  en la mesa, en la cocina —nos explica, señalando una puerta al final del pasillo—. Vuestras habitaciones est n subiendo las escaleras. Os acompaño.

Pasa a nuestro lado, enciende dos velas más, nos da una a cada una y empieza a subir los escalones despacio mientras aprovecho para coger el bolso y la pequeña maleta, y espero a que mi amiga vaya primero. Voy a subir el primer escalón, cuando veo que una sombra cruza por una de las ventanas. Ha sido muy rápido, como si fuera algo que arrastrara el viento. Reprimo un escalofrío y los sigo escaleras arriba todo lo rápido que puedo.

Los alcanzo en el pasillo. Olivia está asomada a una de las habitaciones desde donde puedo escuchar la voz del chico. Se me escapa un suspiro de alivio cuando veo una chimenea encendida al fondo, y una cama grande con sábanas limpias. Necesito quitarme toda la ropa empapada y darme una ducha caliente de inmediato.

—Las habitaciones son exactamente iguales —está explicando el chico—. Podéis escoger la que queráis.

Sale de nuevo al pasillo y señala la puerta que está justo enfrente.

—Yo duermo en la que está allí —explica, señalando una puerta al fondo—. Solo hay tres habitaciones, así que sois mis únicos huéspedes. Acomodaos y bajad a cenar cuando estéis listas.

Pasa a mi lado rozándome, así que me retiro un poco, lo que provoca que frunza el ceño de nuevo.

—Espera —lo llamo, tapando la llama de mi vela para que no se me apague—. No nos has dicho cómo te llamas.

—Y otra cosa... —salta Olivia—. ¿Hay agua caliente?

Baja la mirada un segundo, como afligido, pero se recompone rápido.

—Lo siento, la caldera no funciona debido al apagón —contesta con las manos en los bolsillos.

Cierro los ojos pensando que tendré que ducharme con agua fría. No puede ser...

—Me llamo Dante.

Dicho eso, da media vuelta y se aleja escaleras abajo. Veo que Olivia ya ha escogido habitación, porque tira su bolso dentro y me dice adiós con la mano justo antes de cerrar la puerta.

Entro en la mía y me siento en la cama con una mano sujetando la vela y con la otra protegiendo la llama. Mi chimenea se ha apagado, tan solo quedan unas cuantas brasas, así que a mi alrededor no hay más que sombras y penumbra. Nunca me ha gustado la oscuridad. Recuerdo que, cuando era pequeña, le pedía a mi madre que dejara la luz del pasillo encendida y la puerta entornada.

Me levanto y me obligo a ser un poco más positiva. Hemos conseguido llegar hasta aquí; mi cojera no es preocupante, aunque algo molesta, y seguro que mañana vuelve la luz y el teléfono. Como no tengo ningún sitio donde apoyar la vela sin riesgo a que todo salga ardiendo, cojo mi pequeña maleta, cruzo el pasillo, y llamo a la puerta de la habitación de Olivia.

—Soy yo —susurro con los labios pegados a la madera.

—¡Pasa! ¡Me estoy cambiando!

Me siento en su cama y me quedo un segundo contemplando las llamas de la chimenea.

—¿Puedo quedarme a dormir contigo esta noche?

—Ni de coña.

—¡Olivia! ¡Vamos!

Se quita el jersey y los pantalones. Su conjunto de lencería sexy casi me deja bizca, y su piel tan blanca como la mía brilla en contraste con la penumbra de nuestro alrededor me arranca una carcajada. Parece un gusiluz.

—Ya sabes que no me gusta compartir la cama.

—Solo esta noche —insisto—. Mi chimenea está apagada.

—Pues baja y le dices a Dante que te la encienda.

Pone cara de acelga revenida y rebusca entre su bolsa de viaje hasta encontrar un pijama de cuerpo entero. Cuando se lo pone, me caigo de espaldas en la cama, muerta de risa. Va disfrazada de unicornio.

—¿Qué? Es lo más calentito que existe en el mundo —se defiende.

—Es el pijama menos favorecer que he visto nunca —digo mientras me acerco a las llamas para calentarme las manos.

—Mira quién fue a hablar... Te puedes quedar a dormir, pero solo esta noche. Mañana le dices al sosaina que te encienda la chimenea.

Me quito la ropa empapada. Abro mi maleta y busco mi pijama, que consiste en un pantalón gris oscuro y una camiseta de manga larga.

—Déjalo tranquilo, porque me parece que no es de los que soportan muchas tonterías.

—Yo tampoco soporto verte durante más tiempo con estas pintas, Nora. Sabes que hay pijamas preciosos en cualquier tienda, ¿verdad? No sé, podrías empezar por un verde menta o un naranja...

—Me gusta el negro.

Me ignora y va hasta el baño. Le escucho abrir y cerrar cajones y maldecir.

—¿Es que no hay ni un triste secador? —se queja.

—No hay electricidad...

Paso al baño y me miro en el espejo. Estoy hecha un desastre. Y será peor de lo que estoy viendo ahora mismo, porque la luz de las llamas apenas llega hasta el aseo. Tengo el pelo encrespado y toda la cara con manchurroneos de la Coca-Cola que me salpicó en el accidente, así que abro el grifo y me lavo la cara con agua congelada. Me voy secando poco a poco con una suave toalla blanca pensando que con la nariz enrojecida y los ojos cansados estoy peor que nunca.

Bajamos las escaleras a oscuras, atravesamos la entrada y seguimos la luz que procede del comedor. Se escucha música. No lo puedo evitar, sonrío cuando le veo removiendo algo en la encimera con un delantal puesto.

—Vaya, huele que alimenta —dice Olivia—. ¿Qué estás escuchando?

Es cierto, la boca se me hace agua. Es una cocina pequeñita con una gran mesa de madera en el centro. Las paredes son de piedra gris y enmarcan dos ventanales. Resulta muy acogedor y mucho más con la que está cayendo ahí fuera.

—The Animals. Es rock de los sesenta. No debería malgastar la batería del móvil, pero no sé cocinar sin música —dice mientras prueba con una cuchara de madera lo que está removiendo. El delicioso olor me hace salivar y el estómago me ruge de hambre—. He preparado una crema de calabacín de primero y raviolis con una salsa especial de segundo.

—Como si me dices que es rata rehogada —dice Olivia, sentándose a la mesa—. Me muero de

hambre.

Dante mira a mi amiga y contiene una carcajada. Es que ese pijama es ridículo. Yo me siento al otro lado y me sirvo un poco de agua. La mesa ya está montada y mi crema de calabacín me llama desde el cuenco. Me olvido de los modales; cojo la cuchara y empiezo a comer.

—Me tienes que dar la receta —le digo mientras se quita el delantal y coloca la olla en el centro de la mesa—. Está buenísima.

Se remanga el grueso jersey de lana verde, chasqueando la lengua contra el paladar.

—De eso nada. Mis recetas son secretas.

Parece serio hasta que me sonrío, lo que provoca que algo en mi interior despierte. Sí, es guapo. Y supongo que hace mucho tiempo que no veo a alguien así de atractivo tan cerca. Me parece que no es consciente de mi repentina inquietud porque toma asiento con tranquilidad y se abre un refresco.

—¿Tú no cenas? —le pregunta Olivia con su primera cucharada a punto de ser engullida.

—Ya he cenado —contesta escueto—. Esto es solo para vosotras.

Olivia y yo nos miramos un segundo. Sé lo que está pensando la loca de mi amiga. Le encantan las historias de damiselas en apuros, de psicópatas encantadores que te envenenan en su casa de chocolate, los fantasmas y los callejones misteriosos. Por eso se hizo guía turístico. Por eso busca constantemente información en internet sobre casas embrujadas y psiquiátricos abandonados.

—Pues mejor, porque me muero de hambre —dice justo antes de meterse la cuchara hasta el fondo de la garganta.

Me quedo mirando un segundo a Dante, aprovechando que contempla ensimismado la llama de una vela. No parece un psicópata. Sus ojos son muy dulces, su expresión tranquila me apacigua y, bueno, tengo que dejar de mirar la forma en la que sujeta su refresco porque mi perdición siempre han sido unas manos masculinas. Pero de repente alza la mirada y me atraviesa con ella, lo que provoca que trague saliva.

Mierda, me ha pillado.

—¿Crees que tu novio estará preocupado? —me pregunta, arrastrando las palabras.

—Su novio es un lienzo en blanco —contesta Olivia por mí—. Mi amiga huye de los hombres; creo que le da miedo lo que os cuelga de entre las piernas.

—¡Olivia! —la reprendo enfadada—. No le hagas caso —contesto mientras remuevo la crema de calabacín despacio.

—¿Y el tuyo? —pregunta a Olivia.

—Lo acabo de dejar, así que no, no creo que ahora mismo esté preocupado por mí —responde con la boca llena.

Levanto la mirada de mi cuenco y entrecierro los párpados.

—Eres un poco cotilla.

Sonríe, asiente con la cabeza despacio y se levanta de golpe, pillándome por sorpresa.

—Bien. Bueno, así evitamos que alguien aparezca en mitad de la noche con una patrulla de

policía porque no dais señales de vida. Aunque, por otro lado, no sé cómo podrían llegar...

Olivia y yo volvemos a intercambiar otra de nuestras miradas, pero al segundo siguiente se encoge de hombros y sigue comiendo. Los párpados empiezan a pesarme, siento el cuerpo como si fuera gelatina y, cuando me quiero dar cuenta, estoy dando una cabezada sobre mi plato de raviolis.

—Deberíais acostaros —sugiere Dante.

Parpadeo con fuerza y bebo un poco de agua para despejarme. Con el estómago lleno y el calor de la chimenea, me estoy quedando traspuesta y me obligo a retomar el hilo de la conversación para no caer sobre la salsa secreta.

—Así que no hay mucho que hacer por aquí, ¿verdad? —dice Olivia.

El chico se recuesta en su silla y cruza las manos en la nuca.

—Veamos... Está la parroquia, que es muy pequeña. Yo que vosotras no me acercaría mucho, porque don Julián tiene un humor de perros y no le gustan los forasteros. Y menos si son dos chicas de ciudad atractivas y simpáticas —dice totalmente serio como si fuera una verdad universal incuestionable.

—Tonterías, los curas me adoran. Soy como la semilla del mal, con mi pelo rojo y mis rizos —bromea Olivia.

—Después tenéis el bar —continúa el chico, tras sonreír con sequedad a mi amiga—. Tampoco os recomiendo que entréis. No hay más que aldeanos jugando a las cartas y a las viejas del pueblo con sus constantes cotilleos en una esquina haciendo ganchillo.

—Menudo planazo... —suelta mi amiga con un suspiro.

—Y poco más. —Se incorpora y estira los brazos—. En el pueblo somos menos de veinte habitantes. El cura, la viuda que vive en la última casa, el panadero, la vieja loca que está en la entrada...

—Creo que a esa ya la conocemos —le interrumpo con un gran bostezo.

—Dos hermanos que viven aquí al lado... ¡Ah! Se me olvidaba. Ni se os ocurra pasar por delante de la puerta amarilla. Sabréis cuál, es la única que está pintada de ese color.

—¿Vive una bruja que se alimenta de vírgenes? —pregunta Olivia con un movimiento de cejas —. Tú no te acerques, jovencita —me dice con voz de camionero trasnochado.

—Qué graciosa... —susurro.

—No, pero vive un chico que está mal de la cabeza. En realidad, vive con su madre, pero la mujer se pasa todo el día en el campo y... Es mejor que no os acerquéis.

—Pues vaya panorama que nos estás presentando —dice Olivia.

—Normalmente, tengo huéspedes que vienen para hacer rutas de senderismo o escalada. No se quedan en el pueblo, así que no alternan con los vecinos. Por eso os pongo sobre aviso: a esta gente no le gustan los extraños.

Me levanto, le doy las gracias por la cena y me disculpo diciendo que estoy muerta de sueño y que necesito meterme en la cama. Estoy esperando a que Olivia me acompañe cuando dice que

prefiere quedarse un rato más charlando.

—Será solo un ratito —me asegura—. A ti no te importa, ¿verdad, Dante? Es que me he desvelado con las historias de este pueblo.

—En absoluto.

La sonrisa que le dedica Olivia resplandece en todo su pecoso y atractivo rostro.

Les doy las buenas noches y subo las escaleras tanteando los peldaños en la oscuridad. Me meto en la cama y le dejo espacio a mi amiga, esperando que llegue pronto para hacerme compañía.

—Y eso que decía que detestaba a los hombres... —susurro mientras me hago un hueco entre las sábanas.

Capítulo 6

—No me gusta cómo has mirado a mi amiga —dice la pelirroja sin quitarme los ojos de encima.

—¿Qué? —pregunto divertido. Sí, me he quedado dos segundos de más observando cómo se alejaba en dirección a las escaleras. Es que las morenas siempre han sido mi debilidad, qué le vamos a hacer. Aunque, en realidad, tiene la piel tan pálida que parece que nunca le ha dado el sol. Su pelo es azabache y sus ojos, más oscuros aún. Y supongo que el contraste resulta llamativo siempre que obvie su atuendo, todo de negro. Tiene una apariencia un tanto siniestra, como si perteneciera a una secta de adoradores del diablo, aunque tengo que reconocer que es guapa. Sí, es muy atractiva. Y seguro que lo sería aún más si se atreviera a levantar la cabeza o a retirarse los mechones que le cubren parte del rostro.

—No tienes nada que hacer con ella —insiste.

—Tranquila, no es mi tipo —contesto sin saber si es cierto lo que acabo de decir. Parece que eso le hace gracia, porque se echa hacia atrás en la silla y suelta una carcajada.

—Ya, claro —comenta no muy convencida de mi respuesta. Se levanta y va directa al aparador, donde guardo los licores y el alcohol— ¿Puedo? —me pregunta, supongo que más por educación que por otra cosa, con una botella de pacharán en la mano—. Necesito entrar en calor.

—Claro.

—¿Quieres?

—No, gracias.

Coge un vaso del estante y se sirve un buen lingotazo.

—No me gusta beber sola —comenta con una ceja en alto.

Me encojo de hombros y vuelvo a dar otro sorbo a mi refresco.

—No bebo alcohol —insisto. Ella también es muy atractiva, pero de una forma totalmente distinta a la de su amiga; con unos ojos verdes muy intensos y esa melena abundante. Mientras que la morena intenta pasar desapercibida por todos los medios, esta lo único que quiere es que la miren, y sí, me quedaría mirándola toda la noche si no fuera por que es mi huésped y he aprendido que es mejor no alternar con ellas, porque después llegan los problemas. Además, prefiero a las morenas.

Se lo bebe prácticamente de un trago y se sirve otro vaso. Remueve el contenido despacio, con

una ceja en alto y una expresión pensativa.

—Creo que tu cara me suena de algo, pero no sabría decir de qué —suelta.

—¿En serio?

—Sí...

—Supongo que tengo una cara muy común...

—No..., yo te he visto antes —asegura, convencida del todo.

—Bueno, si no te acuerdas de dónde, no pasa nada —murmuro con esa sensación de angustia en el pecho. Por favor, que no me reconozca... Solo me pasó con dos huéspedes y cambiaron su actitud conmigo de inmediato. Supongo que el Dante que era antes no transmite mucha confianza, me temo.

Ha sido un día muy largo y quiero acostarme ya. Por la mañana tengo que despejar toda la entrada de nieve, así que voy a decirle que se puede quedar todo el tiempo que quiera, pero que yo me retiro ya cuando se inclina hacia delante con una expresión de dolor.

Se sujeta el estómago con fuerza y gime.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando veo que contiene el aliento.

Tarda unos segundos más en recomponerse. Mantiene los ojos cerrados, pero asiente con la cabeza.

—Sí...

—Creo que lo mejor es que nos vayamos ya a la cama.

Me levanto, tiro el refresco y dejo los vasos y los platos sucios en el fregadero. Ella se levanta también, no sin un poco de dificultad y la acompaño escaleras arriba despacio, cuando se vuelve a inclinar hacia delante en el último escalón.

—¿Necesitas un calmante? —le pregunto, cada vez más preocupado. En este pueblo no hay médico y ahora mismo resultaría imposible ir al más cercano, a casi a ochenta kilómetros de aquí, así que espero que no tenga apendicitis o algo así porque nos veríamos en serios problemas.

—No, muchas gracias, creo que me ha sentado mal la cena. Creo... —murmura—. Sí, creo que son gases...

La dejo en la puerta de su habitación y me despido con la mano.

—Descansa.

Asiente con la cabeza y, justo antes de llegar a mi habitación, veo que ella ya se ha metido en la suya.

Me pongo el pijama con un nudo en el pecho. Nunca había tenido huéspedes con un temporal tan fuerte y me siento responsable de su seguridad mientras estén bajo mi techo, sea o no obligación mía mantenerlas a salvo. No hay electricidad ni agua caliente... Joder, espero que no dejen malos comentarios en la página web.

Me meto en la cama y coloco ambos brazos por encima de la cabeza. También espero que esa chica no me reconozca o que, si lo hace, mantenga sus bonitos labios cerrados.

Capítulo 7

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Me levanto casi a oscuras y voy hasta la ventana. Descorro la cortina y se me escapa un grito. El cristal está temblando por la fuerza del viento y, cuando me acerco un poco más, veo que los árboles de fuera están totalmente inclinados hacia la casa, como si el viento quisiera empujarlos y tirarlos sobre el tejado y la fachada. Tengo que entrecerrar los ojos para ver más allá del cristal que la nevada no mejora.

Y de repente caigo en la cuenta de que mi amiga no está en la cama.

—¿Olivia?

Otro golpe más me hace salir de la habitación descalza.

—Olivia —susurro en mitad del pasillo desierto. No sé el tiempo que llevo dormida, pero aún es de noche—. No tiene gracia, Olivia...

Cuando éramos pequeñas, siempre me asustaba escondiéndose en el armario o en la bañera, así que no me sorprendería en lo más mínimo que se piense que estamos jugando a «tinieblas».

Voy bajando las escaleras despacio, tanteando el siguiente escalón. La puerta de la entrada tiembla, aunque aquí abajo el sonido del viento azotando las paredes es mucho menor.

—Olivia —vuelvo a susurrar, andando de puntillas hasta la cocina. La chimenea está apagada, así que me voy dando con todo lo que encuentro a mi paso. Mi cojera entorpece aún más el avance y los pies se me están quedando congelados—. Olivia, ¿dónde estás?

Alguien me toca la espalda y, con el susto, pego un salto en el sitio.

—Tranquila —escucho que dice el chico detrás de mí.

—Qué susto me has dado —me quejo con las manos en el pecho—. No encuentro a mi amiga.

—Pues la dejé en su habitación hace unas horas —me explica con la típica voz de alguien que acaba de despertarse.

—Pues no está.

Rodea la mesa y abre un cajón. Saca una vela y una cerilla. Sus ojos se iluminan y reflejan la pequeña llama que sale de entre sus dedos.

—Vamos a buscarla —dice con tranquilidad.

Lo sigo de nuevo hacia las escaleras, pero antes se detiene un momento en la puerta de entrada y comprueba con minuciosidad que todos los cerrojos están cerrados. Cuando parece que está

satisfecho con la seguridad de la puerta, seguimos escaleras arriba y, tras ver que no está en su habitación, se dirige hacia la puerta de enfrente.

—No creo que esté ahí... —empiezo a decir mientras la abre—. Es mi habitación y...

Iba a contestarme cuando un corriente de aire y nieve apaga la vela que lleva en la mano y sella sus labios entreabiertos. La ventana está rota, las cortinas bailan al son del viento y sobre la colcha descansan un puñado de hojas mojadas. El suelo alrededor de los cristales rotos ya está invadido por algunos montoncitos de la nieve que va entrando en fuertes ráfagas, y una gigantesca rama de árbol invade el espacio llegando hasta el centro de la habitación.

—Joder... El viento ha tirado un puñetero pino sobre la ventana —se queja con las manos en la cintura.

—Dios mío... —susurro cuando veo el pijama de unicornio tirado a los pies de la cama. Y es sangre lo que salpica todo el suelo bajo mis pies.

—El marco no se ha roto —comenta Dante. Se acerca descalzo hasta la ventana con tal tranquilidad que parece que aún no ha visto la sangre. O está disimulando...—. Esto es un desastre.

Pero yo ya no le estoy escuchando. Solo puedo mirar el pijama y la sangre, y pensar que mi amiga no está donde debería.

—¿Dónde está Olivia? —le pregunto—. ¿Qué has hecho con mi amiga?

—¿Qué quieres decir? Yo no he hecho nada —se defiende, restregándose la cara un momento.

El viento azota mi rostro. La nieve va salpicando mi pelo. Y, poco a poco, me voy despertando del todo. Mi mente se va despejando y comienza a trabajar a mil por hora. No está muerta porque, si lo estuviera, lo habría sentido horas antes cuando íbamos en el coche y después, cuando me tocó la mejilla mientras caminábamos por la nieve.

Me doy la vuelta y salgo de la habitación cojeando cada vez más. Atravieso el pasillo y abro de golpe la última puerta que me queda por comprobar. Nada más entrar me asalta un aroma a perfume masculino. Entrecierro un poco los ojos cuando miro directamente las llamas de la chimenea. Veo una cama de matrimonio deshecha, un espejo de medio cuerpo, una silla con el jersey que llevaba el chico hace unas horas y los pantalones vaqueros en el suelo.

—¡Olivia! —grito, cojeando hasta la puerta del baño. Entro y tanteo en la oscuridad... No está. Mi amiga no está.

—¿Te puedes tranquilizar? —Escucho que dice detrás de mí—. No se ha podido ir muy lejos.

—¿Dónde está? —vuelvo a preguntar, cada vez más enfadada—. ¿Dónde está mi amiga?

Se sienta en la cama y hunde la cabeza entra las piernas.

—¡Y yo qué sé! —dice, levantando los brazos.

Me empiezo a poner muy nerviosa. Lo amenazaría con llamar a la policía, pero la situación me devuelve de un plumazo a la realidad: estoy incomunicada en este maldito pueblo; nadie sabe dónde venía. Estoy sola en mitad de la noche con un desconocido... y mi amiga ha desaparecido.

Olivia se ha esfumado como por arte de magia. Ahora solo queda su pijama y su sangre aún

húmeda en el suelo.

—Estábamos los tres —susurro—. Yo me fui primero a la cama y os quedasteis los dos solos. O me dices qué has hecho con mi amiga, o...

Vuelve a despeinarse y se levanta de la cama despacio.

—Nora. Te llamabas así, ¿verdad? —Como no le contesto, sigue hablando—. Estuve un rato charlando con ella, empezamos a bostezar y la dejé en la puerta de su habitación.

—¿En cuál? ¿En la de la derecha o en la de la izquierda?

—La dejé delante de esa —dice mientras señala la puerta donde he pasado la noche.

Levanto la barbilla y nos miramos a los ojos unos segundos.

—Estás mintiendo —susurro un segundo antes de salir cojeando al pasillo—. ¡Olivia! ¡Olivia! —empiezo a gritar mientras bajo las escaleras casi de dos en dos. Llego hasta la puerta y voy recorriendo los cerrojos con las manos temblorosas. Después cojo el pomo e intento girarlo, pero la puerta no se abre. Está cerrada con llave.

—¡Nos has encerrado!

Lo escucho bajar peldaño a peldaño. En cualquier otro momento temería por mi vida, pero la preocupación por mi amiga me nubla la vista y atonta mi instinto de supervivencia.

Me sujeta con fuerza por los hombros y me gira para que lo mire. Tiene los labios apretados y el ceño fruncido.

—¡¡No me toques!!

—Tranquila... ¡Que te tranquilices, joder! —dice por encima del ruido que provoca el viento contra la puerta y las ventanas. Acerca su rostro hasta que nuestros ojos están a la misma altura—. Aquí dentro estás a salvo; te lo prometo.

Me obligo a respirar con normalidad de nuevo en cuanto dejo de sentir su contacto. Hasta que mi pecho no sube y baja con lentitud no abro los ojos, a pesar de que no recuerdo haberlos cerrado en ningún momento.

—¿Qué quieres decir con «aquí dentro»? —baluceo temblando de la cabeza a los pies.

—Acompáñame.

Vamos a la cocina. Me sienta en una silla y reaviva el fuego de la chimenea echando más leña. Pongo las manos encima de la mesa y, como si fuera un león enjaulado, observo con los ojos bien abiertos cómo los músculos de su espalda se tensan al agacharse, cómo sus diestras manos colocan la madera justo en el lugar donde debe ser puesta para que arda mejor. El pijama que lleva le queda un poco holgado y la cinturilla del pantalón descansa un poco más abajo de lo que debería, así que tengo que desviar la mirada cuando le veo parte de los bóxers.

—¿Cuándo te has torcido el tobillo? —me pregunta mientras llena una olla con agua fría y la coloca encima de las brasas.

—Mientras caminábamos por la nieve —susurro con la mente en blanco. ¿Cómo es posible que Olivia haya desaparecido así, de repente?

Me responde con una especie de gruñido.

No sé el tiempo que pasamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero, cuando me quiero dar cuenta, está sentado en el suelo, justo a mi lado.

—Ya está, tranquila. —Acerca la tela caliente a mi tobillo y la envuelve alrededor de él.

Me cruzo de brazos y ladeo la cabeza.

—¿Pasó algo entre vosotros dos anoche? —le pregunto con cierto aire acusador. Conozco a Olivia como si la hubiera parido. Cuando está despechada suele hacer locuras como, por ejemplo, tirarse al primer chico que encuentra.

—¿Te refieres a hace menos de cuatro horas?

—Sí. ¿Pasó algo?

—Pues claro que no —asegura. Vuelve a colocarme el paño en el tobillo y refunfuña—. ¿Quién te crees que soy? Este es mi trabajo, joder. No me voy acostando con los huéspedes.

—Pues si no has sido tú el que se la ha llevado...

—¿Claro que no he sido yo! —grita—. Además, no creo que se la haya llevado nadie.

—Entonces se ha caído por la ventana.

—La habríamos visto.

Nos quedamos un segundo en silencio escuchando cómo el viento parece que va a arrancar el tejado de un momento a otro.

—¿La viste entrar en la habitación? —le pregunto como si estuviéramos en un interrogatorio—. ¿Hay alguien más en la casa? ¿Tienes un sótano o una buhardilla donde pudiera haber entrado por error?

—Sí, la vi entrar —asegura muy serio. Me encantaría creerle. De hecho, ya lo estoy haciendo. Su mirada es sincera. Sus expresiones denotan una preocupación real. Y no parece un psicópata.

—No hay nadie más en la casa. No hay ni sótano ni buhardilla... —Deja de hablar un segundo y entrecierra los ojos—. Estás sangrando.

—Creo que me he clavado un cristal.

—Déjame ver. —Va a cogerme el pie cuando lo retiro. Levanta la cabeza y clava sus ojos castaños en los míos—. Ya te he dicho que no voy a hacerte daño.

—Es que... no me gusta que me toquen.

Miro para otro lado y lo dejo acercarse. Contengo el aliento, como siempre que me toca alguien, mientras rezo por no sentir «eso». Eso que precede a una muerte segura, eso que me indica que la persona en cuestión dejará de vivir en poco tiempo. Me pasó con mis abuelos, con mi tío, con una compañera de clase... Siempre que entro en un maldito hospital...

Coge con cuidado el talón y lo levanta para ver lo que me he hecho.

—Sí, tienes un cristal.

Va hasta uno de los armarios y saca un pequeño botiquín.

—Estoy muy preocupada —susurro con una mueca cuando me pone un poco de agua oxigenada. Miro para otro lado cuando lo veo acercarse a mi pie con unas pinzas.

—No se ve muy bien, pero tengo que quitártelo.

Acerca la pinza y siento un pinchazo.

—¡Au! ¡Ten más cuidado!

—No seas tan quejica. No puedo hacer milagros.

Vuelve a la carga y, cuando intento retirar el pie, me lo sujeta con fuerza con la otra mano.

—¡Me haces daño!

—¡Estate quieta! Ya casi está...

Se muerde un poco el labio y me enseña el cristal ensangrentado sujeto por las pinzas con una expresión de triunfo en el rostro.

—De nada. Eres un poco borde. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Se levanta y se va al fregadero a lavarse las manos.

—Sí. Muchas veces —respondo casi histérica. Es que me está sacando de quicio estar aquí dentro, sin hacer nada—. Tengo que salir ya. Por favor, abre la puerta. No hace falta que me acompañes.

Aunque está de espaldas puedo sentir su expresión de fastidio.

—Claro que te voy a acompañar. No quiero que me cierren el albergue y me metan en la cárcel, joder. Aunque, de todas formas, ya te he dicho que es imposible que haya salido por la puerta y, si hubiera caído por la ventana, la habríamos visto...

—¡Pues ya me dirás dónde se ha metido!

Se coloca un abrigo gris encima del pijama mirándome de medio lado y sonriendo con desgana, como si quisiera estrangularme. Abre un armario y empieza a sacar un par de botas de montaña, guantes, varios gorros forrados de piel... Lo va dejando caer al suelo con una expresión de fastidio en su apuesto rostro.

—Póntelo. —Me da un abrigo gigantesco—. Y escoge lo que quieras, pero abrígate bien —dice señalando a sus pies la pequeña montaña de accesorios—. Voy un momento a mi habitación; enseguida vuelvo.

Lo observo alejarse escaleras arriba. Creo que le escucho lanzar unas cuantas maldiciones casi en silencio. Me muerdo el labio inferior para no ponerme a llorar y me planto un gorro, los guantes más pequeños y las botas menos usadas, pero que, aun así, apestan. El abrigo pesa como un demonio y, cuando regresa con dos linternas, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no caerme hacia delante.

—Así que las tenías escondidas...

—Las reservaba para emergencias —dice de mala gana enfundándose las botas, el gorro y los guantes—. No te separes de mí en ningún momento, ¿entendido?

Asiento en silencio y se acerca para cerrarme el gorro alrededor del rostro. Me retiro hacia atrás por costumbre, pero ignora mi gesto y salva la distancia alargando los brazos.

—Encontraremos a tu amiga; te lo prometo.

Contengo la respiración. En mi cabeza no existen más opciones que la de encontrarla sana y salva. No puedo concebir ni una sola más.

Saca un manojo de llaves de uno de los bolsillos del abrigo y abre la puerta. Un intenso remolino de aire nos echa hacia atrás, pero tira de mi manga y luchamos por salir. El viento es tan fuerte que me cuesta respirar y tan frío que me corta la piel.

—¡Rodeemos la casa! —grita, arrastrándome a través de la espesa capa de nieve.

Al final tengo que coger su mano y dejarme llevar, porque soy incapaz de avanzar sin su ayuda. Damos la vuelta a la casa apoyándonos en la pared de piedra hasta que llegamos bajo la ventana rota. El viento y la nieve que no deja de caer han borrado todo posible rastro de pisadas.

—¡Olivia! ¡Olivia! —empiezo a gritar, utilizando las manos para hacerme oír a través del viento; desgarrándome la garganta para que me escuche esté donde esté—. ¡Olivia!

Dante se aleja un poco y avanza en dirección a lo que parece una arboleda. Se detiene cuando la nieve le llega casi por la cintura y enfoca con la linterna a los troncos de los árboles, como buscando algo entre ellos.

Yo me dejo caer de rodillas en la nieve y empiezo a revolverla a mi alrededor, justo debajo de la ventana por donde parece que ha desaparecido. Los guantes se me empapan y se me congelan los dedos, pero me da igual. Es como si esperara encontrarla bajo el siguiente montoncito de nieve durmiendo tan tranquila y esperando a que la rescate. Quizás se tropezó y se cayó por la ventana. Quizás se quedó inconsciente y la nieve la ha escondido...

—¡Olivia! —grito a pleno pulmón con las lágrimas nublándome la vista.

Escarbo con los dedos mientras los labios se me van congelando y la nariz me gotea.

—¡Olivia!

Unas manos se cierran alrededor de mi cintura. Creo que lleva un rato gritándome, pero el viento y mi angustia han tapado su voz pidiéndome que pare, que lo deje, que no está aquí. Tira de mi cuerpo hacia arriba, separándome de la nieve revuelta.

—¡Tenemos que volver a entrar! ¡Con este viento es peligroso quedarse aquí fuera tanto tiempo! —grita Dante.

—¡Suéltame! ¡Tengo que encontrarla! —le ordeno furiosa, convencida de que mi amiga está aquí, esperando que la desentierre. Pero él tira de mi brazo con insistencia.

Cuando regresamos al interior me hundo por completo.

No lo entiendo. No comprendo qué ha pasado. ¿Cómo ha desaparecido así, sin más?

Cierra la puerta con fuerza y se quita el pesado abrigo cubierto de nieve. Debería hacer lo mismo si no quiero coger una pulmonía, pero las fuerzas me han fallado. Apenas puedo moverme...

—Levántate. Vamos —dice, tirando de mi cuerpo.

No puedo hacer otra cosa más que llorar. Me dejo llevar casi en estado de shock mientras me desabrocha el abrigo, me saca los guantes, me quita el gorro y me retira las botas con cuidado. Me lleva hasta la cocina y me sienta de nuevo en una silla.

—Respira, que te vas a desmayar.

Le hago caso, porque mis pulmones ya se están quejando por la falta de oxígeno.

—¿Qué voy a hacer ahora? —balbuceo con la mirada perdida en el suelo.

—Encontrarla —dice con confianza mientras se pone a preparar café utilizando las brasas de la chimenea—. Es lo único que podemos hacer. No te preocupes, no creo que haya...

—Ya sé que no está muerta, pero eso no me consuela. Puede estar sufriendo ahora mismo.

—En cuanto la tormenta se calme, saldremos a buscarla por el pueblo. No puede estar muy lejos.

Miro un reloj colgado de una de las paredes. Son las cinco de la mañana. Empieza a amanecer, pero los primeros rayos de sol no son capaces de atravesar el encapotado cielo. En poco tiempo podremos salir y rezo para que no haya sido demasiado tarde.

—Sube y descansa un rato, yo te aviso.

Se tapa la cara con las manos y resopla. Está tan agotado como yo; se lo noto por las ojeras que veo entre sus dedos.

—No pensarás que me voy a tumbar en la cama mientras mi amiga está ahí fuera, ¿verdad?

Se levanta con resignación y se alborota el pelo. Debería cortárselo un poco porque le tapa los ojos cuando se lo despeina.

—No, claro que no...

Resoplo y me levanto para mirar por la ventana. Ya queda menos; en una hora saldremos a buscarla.

Capítulo 8

—De acuerdo —dice mientras me coloca el gorro. Inclina la cabeza y me sonrío de medio lado—. Escucha con atención: no hables, no mires a nadie más de cinco segundos seguidos... y todo irá bien.

—¿Qué quieres decir?

—A la gente de aquí no les gustan los forasteros. Los odian. Así que, si quieres encontrar a tu amiga, tendrás que hacerme caso en todo lo que te diga, ¿entendido?

—No seas exagerado.

Me subo la cremallera del abrigo prestado, que me queda como cuatro tallas grandes, y me restriego los ojos con fuerza.

—Mira, niña...

—Tengo veinticinco años.

—Como si tienes cincuenta. El que vive aquí soy yo. Si te digo que no hables, no hablas.

—Hablaré o diré lo que me salga del pie con tal de encontrar a mi amiga.

—No los conoces...

—¡Eres un exagerado!

—¡Y tú...! —Aprieta la mandíbula y se pone los guantes como si en realidad quisiera pegarse con ellos—. Tú misma, luego no digas que no te lo advertí.

Me deja salir a mí primero solo para dar un portazo que creo que se ha escuchado en todo el pueblo.

—Tendría que haberle hecho caso a mi madre... —murmura mientras luchamos por avanzar entre la nieve—. Tendría que haberlo vendido todo y a tomar por culo.

—Deja de murmurar que me pones nerviosa.

Le siento a mis espaldas respirando muy fuerte, como si le faltara el aire.

—¿Qué es todo ese alboroto? —suelta de repente.

Me giro y lo veo alejarse calle abajo en dirección a un concurrido grupo de gente.

—¡Espera! ¡Dante!

Avanza más deprisa que yo, supongo que porque está acostumbrado a la nieve y porque tiene las piernas más largas. El maldito no me espera; se aleja cada vez más rápido calle abajo, así que tardo un poco en llegar hasta ellos y, cuando lo hago, un mal palpito me recorre todo el cuerpo.

Parece que estuviéramos en un entierro.

—Dante... —digo con la voz entrecortada, recuperando el aliento.

—¿Y dices que ha ocurrido esta noche? —le está preguntando a un señor entrado en años.

—Esta madrugada —asegura el hombre mayor.

—¿Está muerta? —pregunta Dante.

El viejo asiente en silencio.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Ha sido Abelardo cuando le ha llevado el pan recién horneado —explica el hombre—. Al pobre se le ha caído toda la cesta al suelo cuando la ha visto. Dice que estaba descuartizada.

Reprimo un escalofrío y me abrazo el cuerpo con fuerza.

¿Pero de qué narices están hablando?

—No se puede hacer nada hasta que no llegue la policía, aunque con esta nevada van a pasar días... Tendrían que hacer fotos, tomar muestras... —empieza a decir Dante, con el ceño fruncido.

—Chaval, ya la han movido entre Celestino y Aurelio —le interrumpe el otro—. Bueno, han juntado todos los trozos... El padre Julián le hará la misa esta noche. Estamos preparando el hoyo para enterrarla cuanto antes.

—¡Pero tiene que venir la policía! —suelto con horror cuando mi mente va procesando la información y comprendo que están moviendo un cadáver entre cuatro pueblerinos.

—¿Y esta quién es? —pregunta a Dante.

—Es una huésped —le responde de pasada mientras tira de mi brazo hacia un lado. Me arrastra lejos del grupo de gente y junta sus labios a mi oído, lo que provoca que un cosquilleo me llegue hasta el estómago—. ¿Qué te he dicho? No hables con ellos. Espera aquí, voy a ver qué coño ha pasado.

Lo veo alejarse dando zancadas, aunque lo que en realidad me gustaría sería tirarle una bola de nieve bien grande a la nuca. Por supuesto, no lo hago, pero solo porque estoy sola y él es al único al que conozco, así que me limito a observar a los habitantes que, muy serios y en pequeños grupos, se susurran al oído y se santiguan. Dante entra en la casa y desaparece en su interior y, por un segundo, justo al dejar de verlo, se acrecienta esa sensación de desamparo. Aprovecho para acercarme hasta una mujer que está algo alejada y sola, mirando al otro lado de la calle con un chal sobre sus hombros y con la cabeza tapada por una especie de mantilla negra.

—Buenos días —saludo con algo de reparo.

Se gira y me mira de arriba abajo. Debe tener poco más de cincuenta años. Y, por lo que veo, es una de las «jovencitas» del pueblo.

—Buenos días —me responde algo seca mientras me escudriña con la mirada—. Te alojas en la pensión de Dante, ¿verdad?

—Sí, me llamo Nora

—Encantada. Yo soy Rosaura, pero prefiero que me llames Rosa.

Miro un segundo al grupo de gente y con un escalofrío compruebo que todos, sin excepción, nos

contemplan en silencio. Ni siquiera se molestan en disimular un poco.

—¿Qué ocurre?

Suelta una carcajada seca y se encoje de hombros.

—Parece que formamos un dúo inquietante —bromea sin quitarles la vista de encima—. Ten cuidado con ellos; no les gustan los que no son de por aquí —me avisa despacio.

—Eso me ha dicho Dante, pero la verdad es que no le creía... hasta ahora.

—No te preocupes. Es a mí a quien están juzgando ahora mismo.

—¿Cómo dice, señora?

Se gira y les da la espalda haciendo ondear su chal negro.

—Piensan que me alegro de la muerte de Vitorina; por eso nos miran así.

Me abrazo el cuerpo y me pongo a tiritar.

—¿Por qué dirían eso de usted?

—Cuando pasas toda tu vida rodeada de la misma gente anticuada y estúpida tienes dos opciones: te vuelves como ellos o aceptas que te señalen con el dedo. Yo escogí la segunda opción y por eso soy la repudiada. Y aunque ellos piensen lo contrario, lamento mucho la muerte de Vitorina; no se merecía este final tan sangriento.

—¿Quién iba a hacer algo así? Quiero decir, por lo visto la han descuartizado...

—Sea como sea, ya está hecho.

—Pero cuando pasa algo así hay que avisar a la policía, hay que...

—Estamos incomunicados por la nieve —me interrumpe, como si le molestara recordarme lo evidente—. Pasará por lo menos una semana antes de que nadie pueda entrar o salir de La Condesa. Los inviernos por esta zona son así —me explica con la mirada perdida a lo lejos, como si estuviera viendo algo que yo no puedo alcanzar—. Aquí las cosas son distintas a la ciudad, porque, por tu acento..., eres de la ciudad, ¿verdad?

—Sí, mi amiga y yo somos de Madrid. —Trago saliva, y decido que, si quiero encontrar a Olivia, debo empezar a preguntar entre los habitantes del pueblo—. Señora, mi amiga ha desaparecido. Si la ve o sabe cualquier cosa...

—¿Quién ha desaparecido? —me interrumpe.

—Mi amiga. Es pelirroja y desapareció anoche del albergue.

—Eso es horrible, querida. Si sé algo, te lo contaré; no te preocupes. ¿Cómo se llama tu...? —Pero deja la pregunta a medias cuando ve que se acerca Dante—. Muchacho, qué agradable sorpresa. Cada día te pareces más a tu padre, y menudo portento de hombre que estaba hecho —dice sonriendo—. ¿Has descubierto algo que no hayamos hecho los demás?

Dante le dedica una mirada glacial, sujeta mi mano con fuerza y tira de mi brazo hasta que nos alejamos.

—¡Un placer! —le grito a la mujer, que me devuelve el saludo con una mano—. ¡Adiós!

Me lleva hasta una esquina, donde nadie nos ve. Me empuja con cuidado y ya sé lo que me va a decir antes de que abra la boca esa que tiene.

—¿Qué te he dicho? —me regaña—. ¿Qué hacías hablando con la viuda?

—¿La viuda?

—Sí, la llamamos la viuda negra. Sospechan que ha sido ella.

—Pues a mí me ha parecido muy agradable...

—Eso pensaron sus maridos. Todos muertos, por cierto —suelta, llevándome hasta la pared. Mi espalda toca la piedra mientras me acorrala con los dos brazos—. Cuando he entrado ya lo habían movido todo de lugar.

—¿Qué crees que ha pasado?

—No lo sé... La mujer tenía más de setenta años, joder —se lamenta, devolviéndome mi espacio vital, algo que agradezco, porque cuando se pone tan cerca me corta el aliento.

—¿Has preguntado algo sobre Olivia?

—Mira, Nora... —empieza a decir con dificultad, como si le costara expresar los pensamientos que le rondan por la cabeza.

—¿Qué?

Se apoya a mi lado en la pared de piedra y suspira.

—No creo que todo esto sea una coincidencia. Creo que alguien se llevó a tu amiga y que...

—¡Dilo de una vez! ¿Alguien la ha visto? ¿Alguno de estos viejos sabe algo?

—Nadie sabe nada. Me temo que tu amiga está... —No se atreve a terminar la frase.

—Olivia no está muerta. Es imposible.

Cierra los ojos con fuerza y ladea la cabeza.

—Ignacio me ha dicho que ayer vio a Pedro salir de madrugada. Pedro es el loco del pueblo, el de la puerta amarilla. Sus casas están pegadas la una a la otra. Su madre dice que está pastoreando al ganado, pero no me lo creo. Aún no ha aparecido. Yo creo que ha sido él. Debió trepar a uno de los árboles que estaban más cerca del albergue y, con su peso, la rama se inclinó y rompió la ventana. Olivia debía estar durmiendo en la cama cuando pasó y se la llevó. Yo creo que la tiró por la ventana. A lo mejor Vitorina lo vio y, bueno..., la mató para que no le delatara.

Veo sus labios moverse. Lo oigo hablar, pero en realidad no le estoy escuchando. No puedo hacerlo, no cuando me está diciendo que alguien ha matado a mi amiga.

—Olivia no está muerta. Lo sé —afirmo con seguridad—. Además, ¿no decías que el pueblo sospecha de la viuda?

—La viuda siempre estuvo enamorada del marido de Vitorina. Pero había una diferencia de edad de más de veinte años. Por lo visto, fue el escándalo del pueblo. Por eso piensan que ha sido ella: era la única que tenía algo en contra de la fallecida. Pero yo creo que ha sido Pedro, estoy seguro. Ese chico está loco.

—Mira, lo único que tengo claro es que Olivia no está muerta. No aún. Quizás mañana sí, pero todavía no.

—Eso no lo sabes... —dice con una mirada de disculpa.

—¡Claro que lo sé!

Me separo de la pared y me asomo por la esquina, comprobando que no hay nadie cerca. Suspiro. ¿Se lo digo? ¿Le cuento mi pequeño secreto? Nadie me cree hasta que la persona que les he dicho que va a morir fallece en menos de veinticuatro horas. No es matemático, pero, cuando lo siento, la persona no dura más de dos días con vida. Y, cuando eso pasa, todas las miradas me acusan, salpicándome con sus estúpidos temores y con supersticiones absurdas. Hay algunos que piensan que soy yo la que provoca esas muertes, pero simplemente las veo venir.

—Te voy a contar algo y te pido que me escuches y me dejes terminar. Después decides si me crees o no, pero déjame hablar.

Me retiro el pelo de la cara y me muerdo las uñas, como hago siempre que me pongo muy nerviosa.

—Dilo de una vez.

Tomo aire y lo suelto despacio, preguntándome cómo reaccionará cuando se lo cuente. ¿Se reirá de mí? ¿Me tomará por loca? ¿Dejará de acercarse por miedo a lo que le pueda decir?

—Puedo sentir si una persona va a morir... relativamente pronto —digo con la vista puesto en el suelo para no ver su reacción.

—¿Cómo has dicho? Creo que no te he entendido.

—Que sé cuándo alguien va a morir. Bueno, solo si entramos en contacto físico —explico, mirándole de reojo.

Su rostro empieza a contraerse, como procesando lo que le estoy diciendo. Los copos de nieve empiezan a caer de nuevo con más intensidad, cubriendo su gorro de lana y su abrigo.

—¿Es una broma? Porque no le veo la gracia.

—No estoy bromeando. Es verdad. Por eso sé que Olivia aún no ha muerto. Lo habría sentido anoche. —Entrecierra los ojos como si estuviera decidiendo si confiar en mí o no—. Si no me crees, es tu problema; me da igual. Lo único que quiero es encontrar a mi amiga y largarnos de este pueblo cuanto antes.

Va a decirme algo cuando mira por encima de mi hombro y se incorpora. Giro el cuello y veo al hombre de antes acercándose hasta nosotros con pasos decididos.

—Ignacio, ¿qué ocurre? —le pregunta Dante.

—Muchacho, te necesitamos un momento en casa de Vitorina.

—Por supuesto, ahora mismo voy —dice ensimismado. Espera hasta que el viejo se haya ido para acercarse y agarrarme por los hombros—. Mira, niña, esto no es un juego. Me van a acusar a mí como no encontremos al culpable de la desaparición de tu amiga, así que me parece que no es el momento para jugar a esas tonterías.

Me suelto y le empujo para que se aleje un poco.

—No me crees y encima te piensas que no me estoy tomando todo esto en serio. ¡Mi mejor amiga ha desaparecido! ¡Y ha muerto una anciana! ¿Te crees que estoy jugando?

—Vuelve al albergue, cierra bien la puerta y espérame hasta que vuelva.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo por una maldita vez!

Me quedo inmóvil. Estoy tan enfadada que aprieto los puños todo lo que puedo con los guantes puestos. Le veo alejarse a través de la nieve mientras algunos copos se van posando en mis mejillas y en mi enrojecida nariz. Me siento tan impotente que los ojos se me van humedeciendo con las primeras lágrimas, pero como parece que nadie me escucha en este maldito pueblo, doy media vuelta de camino al albergue sorteando algunas placas de hielo.

Dios... Sin Dante tirando de mi mano voy a tardar una eternidad en llegar...

Capítulo 9

La veo alejarse calle abajo con una sensación de preocupación en el pecho que no consigo borrar. No me gusta que ande sola por el pueblo, pero Ignacio me ha pedido ayuda con el cadáver de Vitorina y prefiero que la chica no vea la carnicería que hay montada en casa de la fallecida.

Sé que lo mejor es que regrese ella solita al albergue, pero no por eso tiene que gustarme la idea. Ya ha desaparecido una de ellas y, si ahora le sucede algo a la otra...

—¡Muchacho! ¡Vamos! —me insta Ignacio.

Levanto el brazo y corro hasta la entrada. Nada más poner un pie en el interior tengo que taparme la boca para no vomitar. Joder... Hay rastros de sangre seca por todos lados. Embadurnando las paredes, gotas y regueros por el suelo... ¿Cuánta sangre puede tener en su cuerpo una mujer de más de setenta años?

—Chico, ayúdanos con la alfombra —me pide Ignacio—. La vamos a llevar hasta la parroquia, ¿de acuerdo? El padre Julián me ha dicho que hay un ataúd disponible. Lo prepararon para Paco en su primer infarto, pero no hay Dios que mate a ese hombre. Y a ver si llega ya Pablito —se queja—. Ese chico no sabe sumar dos más dos, pero tiene una fuerza descomunal.

—Sí —asiento preocupado. El loco ya tendría que estar aquí—. Sí que la tiene.

Voy hasta el salón y la veo enrollada en una alfombra vieja y polvorienta. Por lo visto es lo único que han encontrado lo suficientemente grande para almacenar todas sus partes.

Me agacho a un lado y coloco las manos para levantarla en cuanto Ignacio y el panadero me avisen, cuando veo que un dedo se va saliendo poco a poco de entre los pliegues... El olor se intensifica, solo veo sangre por todos lados...

—Esperad un momento —les pido.

Corro hasta la puerta y vomito al lado del felpudo ante la atenta mirada del resto de los vecinos. Cuando el estómago me da tregua, me incorporo y respiro hondo porque voy a necesitar aire fresco si tengo que volver ahí dentro.

—Estos chicos de ciudad... —comenta la mujer del panadero con desdén. Desde que llegué al pueblo supe que jamás le caería bien—. Mira que son debiluchos. Cómo se nota que nunca han hecho una matanza...

Me seco la boca con el dorso de la mano y me enfrento a ella.

—Pues mire, no, nunca he hecho una matanza. A lo mejor el problema es que vosotros habéis

hecho demasiadas.

La mirada que se lanzan el resto de los vecinos me deja aún más desconcertado que la sangre que inunda la casa de la fallecida.

Capítulo 10

Abro la puerta y echo todos los cerrojos. Me quito el abrigo, los guantes y el gorro, y lo lanzo todo por los aires con furia.

—¡Maldito mandón! ¡Se cree que me puede encerrar aquí dentro!

Empiezo a caminar de un lado a otro esperando a que se me pase el enfado. Bebo un poco de agua y sigo andando.

—¡Será mandón!

Le pego una patada a la puerta y sigo a lo mío, obligándome a respirar, intentando tranquilizarme y no pensar en que no sé dónde está Olivia ni lo que le ha pasado.

—Dios mío, por favor...

Me siento en el suelo y me abrazo las piernas. No tendría que haberla dejado a solas con Dante. Tendría que haberla esperado para dormir las dos juntas... Sé que ahora mismo no vale de nada echarme todo el peso de la culpabilidad sobre los hombros, pero no lo puedo evitar.

Y, como si todas mis plegarias se hubieran concedido, escucho pasos en la planta de arriba.

—¿Olivia? —Me incorporo y voy corriendo hasta las escaleras—. ¿Olivia? ¿Eres tú?

Una puerta se cierra mientras subo los escalones de dos en dos. Quizás ha podido escapar de donde quiera que estuviera. La puerta de la entrada estaba abierta, así que ha entrado sin problemas y ahora nos espera en la habitación...

Me detengo en mitad de las escaleras. Hay alguien a pocos metros de mí, estoy escuchando sus pisadas, pero no sé si es ella. Ahora que lo pienso, si fuera ella, ya habría salido en mi encuentro. Y, si la puerta de la calle estaba abierta cuando Dante y yo hemos salido..., cualquiera ha podido entrar.

Cualquiera puede estar dentro, caminando libremente por el primer piso.

—¿Olivia? —vuelvo a preguntar más bajito, temblando de la cabeza a los pies.

Llego hasta la primera planta y me quedo quieta en mitad del pasillo.

Todas las puertas están cerradas.

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola? ¿Hay alguien?

Me doy la vuelta para bajar corriendo escaleras abajo cuando la puerta de mi habitación se abre y alguien se abalanza sobre mí.

—¡Ahhhh!

Ese alguien me sujeta por la nuca y me tira al suelo.

—Tu, tu, tu, tu —escucho que dice como muy alterado. Es un chico muy raro, con mostacho y dos cejas tan grandes que parecen una sola.

—¡Suéltame!

Se pone encima de mí y me aplasta con su peso. Le golpeo en la cara, pero no se inmuta. Tiene una fuerza descomunal y pesa como un demonio.

—¡Socorro! —grito de nuevo. Con una mano me tapa la boca y con la otra se lleva un dedo a los labios, pidiéndome que guarde silencio. Intento morderle, pero no lo consigo.

—Gu... gu... gu... gua... guapa —tartamudea, muy nervioso—. Tu... tu... tu... —murmura, acariciándome la mejilla con la otra mano.

—¡Ummm! ¡Ummm! —Me intento revolver, pero no me deja escapar. Entre forcejeo y forcejeo me fijo que tiene toda la cara manchada de barro. Las manos le apestan, con todas las uñas llenas de suciedad y sudor. Se me revuelve el estómago y pienso que voy a vomitar de un momento a otro, o lo haría si quitara su asquerosa mano de mi boca.

Me matará, me asfixiará o me secuestrará, tal y como ha hecho con Olivia. Tengo tanto miedo que solo puedo temblar y lloriquear en silencio mientras me mantiene aprisionada contra el suelo. Me revuelvo, pero niega con la cabeza y me aprieta más la mano que tiene colocada sobre mis labios.

Cuando creo que todo está perdido y que hará conmigo lo que quiera, escucho que alguien está aporreando la puerta de la entrada. Será Dante, que intenta entrar. Pero he echado todos los cerrojos, así que no va a poder abrir a tiempo de que este psicópata me mate.

—¡Nora! ¡Abre! ¡Soy yo! —escucho que vocifera desde la calle.

—¡Ummm! ¡Ummm! —gritó histérica.

—¡Nora! ¡Abre! —lo escucho gritar desde la calle—. ¡Ya sé que antes me he comportado como un cretino, pero abre la maldita puerta porque te recuerdo que es mi puto albergue!

—Tu... tu... tu... tu... —dice el psicópata muy nervioso, como si se acabara de dar cuenta de que lo van a pillar con las manos en la masa. Me levanta y me arrastra por la habitación. Tropiezo con la rama del árbol y me caigo de bruces al suelo. Me coge del pelo y tira de él hasta que me levanto de nuevo. Gruesos lagrimones van descendiendo por mis mejillas mientras intento escapar sin éxito. Voy a morir. Y mi estúpida rareza ni siquiera me ha avisado de lo que me iba a pasar... —. Tu... tu... tu... tu... tu...

Señala el bosque y después me señala a mí. Me quiere llevar al bosque para matarme y descuartizarme.

—¡Suéltame! —grito. Le doy varias patadas mientras me retuerzo por el suelo. Me coge del brazo y clava sus dedos en mi piel tan fuerte que estoy segura de que me van a quedar moratones.

Escuchamos un fuerte golpe y ruido de cristales crujiendo y nos quedamos un segundo muy quietos, como si nos hubiéramos petrificado.

—¡Nora! —grita Dante segundos después desde la planta de abajo—. ¡Que sepas que me vas a

pagar la ventana que acabo de romper! —Está dentro—. ¿Nora? ¿Dónde estás?

Lo escucho subir los escalones corriendo. Parece que el tartaja también se ha dado cuenta porque me suelta, se encarama a la ventana y salta hasta la nieve.

Dante aparece por la puerta con toda la chaqueta empapada y con el gorro de lana cubierto de nieve. Me mira y pasa al lado del árbol para levantarme del suelo.

—¿Qué haces ahí tirada? —me pregunta con una ceja en alto—. Me debes un cristal y de los caros.

Me levanto como un resorte, lo ignoro y me asomo a la ventana. Ha desaparecido. Miro hacia el bosque, pero no lo veo.

—¿Qué estás buscando? ¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está? —balbuceo, asomada al exterior.

—¿Qué te pasa?

—Había un chico en la casa cuando he llegado —explico con dificultad—. Me ha tirado al suelo y me ha traído hasta aquí. Creo que me quería llevar al bosque.

—¿Cómo era? —pregunta con el ceño fruncido. De repente, se le ha pasado el enfado por la ventana y vuelve a mirarme con algo de dulzura y mucha preocupación, lo que hace que sus ojos se vuelvan más cálidos y su rostro aún más atractivo.

—Era tartamudo y unicejo —explico entre temblores.

Se da la vuelta y pega un puñetazo en la pared.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que era el puto loco del pueblo!

Pero ya no me está escuchando. Sale de la habitación y baja las escaleras corriendo. Lo sigo a trompicones porque siento las piernas como si fueran gelatina.

—¿Qué vas a hacer? Dante... ¿Qué...?

—Acabar con esto de una santa vez. —Abre el armario de la entrada y saca una escopeta. Comprueba algo en ella y asiente con fuerza—. Está cargada.

—Te acompaño.

—De eso, nada. Tú te quedas aquí hasta que vuelva.

—¡Y una mierda! —gritó histérica. Abrazo el abrigo y me pongo a temblar—. No me dejes sola otra vez, por favor...

Pone los ojos en blanco.

—Está bien —acepta con un suspiro—. Pero no te separes de mí.

Coge mi mano y me la aprieta. Es la primera vez en mi vida que agradezco el contacto de otra persona.

—No te pienso soltar —le aviso.

Me pongo el abrigo y salimos. Recorremos la calle todo lo deprisa que podemos. Está nevando de nuevo con fuerza, pero eso no parece importarles a los aldeanos que siguen reunidos en pequeños corrillos frente a la puerta de la casa de la fallecida.

—¿Dónde está Pablo? ¿Alguien lo ha visto? —pregunta Dante con voz grave y segura. No

parece el mismo chico que removía salsa especial con un delantal puesto y con música rock de fondo.

—No le hemos visto desde ayer al mediodía —dice el que parece ser el cura del pueblo, por la sotana y el alzacuellos que lleva—. ¿Quién es la muchacha que te acompaña?

—Es una de mis huéspedes. La acaba de atacar Pablo. Y estoy convencido de que él es el asesino de Vitorina y el que ha raptado a Olivia, la otra huésped.

Una mujer se hace hueco empujando a varias ancianas para increparnos con rabia y con la cara descompuesta.

—¡Mi hijo jamás haría algo así! ¿Qué vas a hacer con esa escopeta? —pregunta escupiendo saliva en cada palabra—. ¿Es que piensas matarlo?

—No lo quiero matar, solo intento protegerme mientras hablo con él.

Otra mujer la sujeta por la espalda e intenta tranquilizarla en vano.

—Tu hijo me acaba de atacar. Me quería llevar al bosque —me atrevo a decir bajo la atenta mirada de todo el pueblo. Uno escupe a un lado, otro se saca el palillo de la boca para chasquear la lengua, pero todos, sin excepción, me miran con incredulidad—. ¡Es cierto! ¡Y mi amiga ha desaparecido!

—¡Sucia ramera! ¡Eso es lo que eres! —me insulta la madre del loco.

—¡¿Perdone?! —

—Es otra de tus putas, ¿no, Dante? Cuando llega el frío corres a traer a alguna desvergonzada para que te caliente la cama. ¿Ya te has olvidado de mi hija? ¡Eres un insaciable! ¡Eso es lo que eres!

La mano que me sujeta se cierra con tanta fuerza que pienso que me va a partir los dedos.

—Lo de Patricia no tiene nada que ver con esto —sisea cabreado—. ¿Dónde está Pablo?

—¡Destrozaste a mi hija con tus mentiras!

—Señora, es mejor que se calle si no quiere que...

—¡Y ahora quieres matar a mi pobre Pablo!

—Es un maldito pervertido y ya le he dicho que no lo voy a matar, pero tiene que responder ante lo que le ha hecho a esta chica y a su amiga.

La mujer se pone pálida y cae dramáticamente al suelo cubierto de nieve. Varias ancianas corren a socorrer a la desmayada, le levantan las piernas y le abanicán con las manos. Al mismo tiempo, el anciano de antes y el cura se acercan hasta nosotros, seguramente más que acostumbrados a las exageraciones de la mujer. De hecho, saltan sobre sus piernas sin el menor reparo para acercarse.

—Tranquilo, muchacho, se le pasará. Sabes que aún no te ha perdonado que no te casaras con su hija —dice el cura—. Eso pasa cuando se vive en el pecado. Nada bueno sale de ahí, nada más que disgustos y actos provocados por el demonio hecho carne.

Dante y yo ponemos los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Ya, bueno... —susurra a mi lado.

—Pero la que debe proteger su virtud es la mujer; nada se te puede reprochar a ti, hijo mío — remata el cura, como si de su boca saliera la verdad absoluta.

—¡Será...! —Le voy a responder cuando Dante me tapa la boca con la mano.

—Está muy alterada por la desaparición de su amiga; no se lo tome en cuenta —dice mientras le muerdo el guante con ganas—. Ya sabe lo impulsivas que son por la capital... ¡Au! ¡Qué bruta! ¿Te podrías estar callada un ratito? —me pide—. ¿Por favor?

Asiento con la cabeza despacio, intentando que mi expresión no denote lo cabreada que estoy ahora mismo.

—Necesitamos que nos ayudéis a encontrar a mi amiga —les digo a los demás en cuanto me quita el guante de los labios.

Todos ladean la cara y me miran como si estuviera loca. ¿Qué demonios pasa en este sitio? ¿Es que no comprenden que una chica ha desaparecido en su maldito pueblo de quince habitantes y que tiene que estar cerca?

—Como te estaba diciendo... —suelta el cura, lanzándome una mirada afilada—. Pablo no está muy fino que digamos, pero tampoco se lo puede acusar de asesinar a nadie. No hay pruebas.

—¡Me ha atacado hace un momento en el albergue! Y, cuando ha llegado Dante, ¡ha saltado por la ventana! —grito para hacerme oír.

—Sí —suelta otro hombre—. Algo se le ha pegado de estar tanto con las cabras. Está hecho un saltarín.

—¿Pero alguien me está escuchando? —pregunto desesperada. Es como si hablara con la pared, solo que la pared huele menos a viejo.

—¿Tú has visto al acusado atacando a esta muchacha indecente que no sabe guardar silencio? —pregunta el cura a Dante—. ¿Has visto que secuestrara a su amiga?

Lo miro esperando que me apoye por completo, que mienta si es necesario. Pero sus hombros se van aflojando poco a poco, la duda acude a su mirada... y, antes de que abra la boca, ya me estoy dando media vuelta.

—No, no le he visto. Ella me lo ha contado —escucho que dice mientras mi corazón se encoge. Perfecto. Muchas gracias, Dante. Eres un verdadero encanto.

—Ya sabes cómo son de fantasiosas las mujeres —dice el cura.

Voy pateando la nieve hasta el albergue. Cierro de un portazo que retumba en las paredes. En la cocina cojo el primer cuchillo que me encuentro y decido que lo tendré cerca hasta que encuentre a Olivia y nos larguemos de este pueblucho de mierda que espero que se entierre bajo nieve eterna, en cuanto nos hayamos ido, claro.

Creo que sé por dónde tengo que empezar a buscar, pero lo cierto es que me da miedo. Tengo la sospecha de que Olivia está en el bosque, más que nada porque el tonto del pueblo me quería llevar allí.

La puerta se abre y aprieto los labios cuando le escucho acercarse despacio.

—Oye...

—Déjame en paz. —Cojo un trozo de pan y queso, lo único que encuentro en la mesa. Me tendrá que servir por si tengo que pasar la noche en el bosque. Madre mía, soy consciente de que no serán estos dos trozos de comida seca los que me salvarán de la congelación, pero tengo que ser positiva, algo que siempre me ha costado bastante.

Me sujeta por la muñeca y me obliga a que me dé la vuelta.

—Perdóname, pero con ellos no se puede razonar.

—Me has tapado la boca cuando intentaba contestar al vejestorio y sabes que llevaba razón. Ha sido humillante.

Suspira tan fuerte que su aliento me golpea en los labios.

—Sí, claro que llevabas razón. Toda la del mundo. Pero tú no los conoces como yo. —Su mirada se vuelve dulce—. Solo intentaba protegerte.

—Me has ofendido.

—Lo sé.

—Y has cuestionado mi palabra delante de ellos.

—Sí, pero tenemos que ser más listos que ellos. Pablo tendrá su merecido; te lo prometo.

No sé cómo lo hace, pero sus palabras me tranquilizan y el enfado se va evaporando poco a poco, lo que deja tan solo una inmensa y asfixiante preocupación.

—Tengo que ir a buscarla antes de que sea demasiado tarde... Creo que está en el bosque —digo con la boca seca.

—Estás convencida de que aún vive, ¿verdad? —afirma, dejando a un lado mi confesión de hace un rato sobre mi «secretito». No me cree, lo sé.

—Tanto como que te estoy viendo ahora mismo. ¿Saben algo sobre su desaparición? —No me contesta, solo me observa fijamente—. ¡Dante! ¿Saben algo?

—No. Parece que la muerte de Vitorina los tiene demasiado ocupados ahora mismo como para preocuparse por una desconocida. Además, no he querido insistir demasiado.

—¿Por qué?

—Porque no me fio de ellos —reconoce tras un largo suspiro.

—¿Por qué no te fías de ellos?

—Tengo mis motivos para no hacerlo —termina diciendo con un gesto seco. Parece que no quiere hablar más del tema, pero necesito respuestas para poder entender qué está pasando en este pueblo. Y, por encima de todo, tengo que encontrar a Olivia y creo que todo está relacionado de alguna forma.

—Si no te gustan tus vecinos, ¿por qué sigues viviendo entre ellos?

—Es complicado. Ahora mismo no tengo elección.

—Siempre hay otra salida.

—Para mí no —asegura—. Tanto esta casa como todo el bosque pertenecen a mi familia. Y las tierras continúan mucho más allá de lo que puedas recorrer durante varios días a pie. Si no hay alguien que cuide de ellas, nos las quitarán.

—¿Quién querría hacer algo así?

Suelta una carcajada seca y triste, llena de rencor y amargura.

—Los que se consideran sus verdaderos dueños. Esos a los que llamo «vecinos». Se creen los dueños de todo, aunque en realidad el pueblo es de otra familia y de la mía, el resto se han pasado la vida viviendo en unas casas que no les pertenecen, los malditos idiotas... —se jacta con la voz estrangulada.

—Pero...

—Mira, como ya te he dicho, aquí las cosas se hacen a «su manera». Decidí reformar esta casa y abrir el albergue unos años después de que mi padre muriera. Decidí que las tierras de mi familia lo seguirían siendo por mis santos cojones, a pesar de que mi madre preferiría que lo quemara todo y regresara a casa. —Sus ojos se iluminan de nuevo y me sonrío con tristeza—. Mi padre se revolvería en su tumba si los dejo hacerse con lo que no es suyo, lo entiendes, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—¿Qué pasaría si te fueras?

—Que se harían con ello a su antojo. La única opción es venderlo todo, pero soy incapaz de desprenderme de lo que ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones. Además, por lo visto aquí se lo ponen muy difícil a los posibles compradores. La otra familia intentó venderlo todo y...

—Solo tenemos una vida y tenemos la obligación de vivirla.

—¿Es que no me ves? Aquí me tienes, respirando —bromea con unas ojeras que le llegan hasta los pies y una barba de tres días que no tengo muy claro si es porque la lleva así siempre o si, por el contrario, no ha podido utilizar la maquinilla eléctrica.

—Ya te veo —susurro ensimismada.

—Además, creo que tú deberías aplicarte tus propias palabras...

—Es complicado —murmuro casi para mí—. ¿Nos vamos?

Capítulo 11

La observo ponerse el gorro y pienso que, aunque nada de lo que acabo de decir es mentira, tampoco es toda la verdad.

Supongo que cuando huyes de tu pasado, la parte más difícil es mantener el secreto bien oculto. Si lo cuentas o si alguien lo hace por ti, da igual todo lo lejos que te escondas, porque te encontrará y regresarán todas esas emociones que intentas sepultar bajo la rutina impuesta, bajo capas y capas de una vida anodina y ordinaria, donde la normalidad debe cubrir cada uno de tus actos para pasar desapercibido.

Joder, menudo coñazo de vida que tengo...

Ya llevo cinco años aquí, lejos de todo aquello. Lejos de las fiestas, de las drogas, del descontrol, de las malas compañías y, lo peor de todo, lejos de esa parte de mí mismo que he llegado a detestar, pero que, por otro lado, es la única que me hace sentir vivo. Aún hay mañanas en las que me miro al espejo y lo veo. Al Dante de antes, a ese chico descerebrado e imbécil que solo quería más. Más dinero. Más alcohol. Más... Joder, prefiero no pensarlo.

No sabía en lo que estaba pensando, aunque, ahora que lo empiezo a ver con la perspectiva que solo proporciona el tiempo y la distancia, entiendo que el problema era que no pensaba. Solo quería vivir, o morir, mejor pensado.

Era un chaval perdido que acababa de perder a su padre y que no quería escuchar los consejos de su madre. Me pasaba el día con mi guitarra y, por las noches, iba de un bar a otro para buscar entre los hielos de una copa aquello que no conseguía encontrar siempre que esa noche no tuviéramos concierto, claro. Pero, si lo teníamos, era mucho peor, porque tras bajar del escenario llegaban las groupies, los chutes de algo fuerte y la nada.

Ahora sé que solo quería paz mental.

Dejar de sufrir.

Dejar de pensar que la vida no tiene sentido.

Dejar de echarlo de menos.

—¿Nos vamos? —me pregunta desde la puerta.

Salgo de mis pensamientos de un plumazo.

—Sí.

Contemplo un segundo sus enormes ojos negros, que me miran con miedo y desesperación..., y

con algo que ya he visto antes y que no quiero volver a ver. Con algo que me hace sentir incómodo. Es ese brillo detrás del iris, esa expresión que rodea todo su rostro, como si yo fuera un puto caballero andante que la va a proteger. Como si yo fuera bueno, cuando en realidad soy el peor de todos. Si me conociera de verdad, al Dante completo, y no solo a esta última versión reformada que me he obligado a pintar trazo a trazo a conciencia, no me miraría así.

Si supiera quién soy, huiría. Sobre todo, porque durante mucho tiempo me comporté como un verdadero descerebrado y esa parte de mí sigue ahí, en mi interior. A ese animal que llevo dentro siempre le han gustado las chicas pálidas de pelo negro, y joder... Uno tiene sus necesidades y yo tengo muchas, me temo.

Cinco años sin tocar a una chica es demasiado tiempo para alguien como yo, y verla tan indefensa y preciosa me aterra porque no sé cuánto más me voy a poder controlar.

—Vamos, busquemos a tu amiga —le pido para que se gire y deje de mirarme como me está mirando. Si hubiera durado un segundo más, habría tenido que gritarle que no, que no intente buscar algo en mí que no existe.

—Muchas gracias por ayudarme —dice con timidez—. Yo... No sé qué haría sin ti ahora mismo.

Recuerdo que antes era distinto. Antes, cuando la vida aún era amable conmigo, era un chico divertido. Fiel, sincero y leal. Pero la muerte de mi padre también arañó un poco de la mía y ese chico fue enterrado junto a él en el cementerio.

Si ella espera a ese chico, me temo que llega unos cuantos años tarde.

—No hay de qué —respondo con sequedad—. Vámonos antes de que se haga de noche.

Capítulo 12

Llevamos caminando por el bosque un buen rato. Hay zonas donde la frondosidad de los árboles ha impedido que la nieve llegue hasta el suelo, así que el crujir de las ramitas va anunciando a quien quiera que esté por aquí nuestro lento avance. Pero hay otras zonas donde tengo que hacer un gran esfuerzo por poner un pie delante de otro, porque la nieve me va engullendo.

—¿No crees que ya deberíamos haber encontrado algo? —le pregunto con una nube de vaho a mi alrededor. Me duele la garganta del frío, a pesar de llevar el gigantesco abrigo prestado, las botas malolientes, un par de guantes de lana y el gorro de piel vuelta.

Se da la vuelta un momento para mirarme y se le escapa una carcajada.

—Eres la chica más pálida que he visto nunca. —Me sonrojaría si no fuera porque ya no me queda sangre caliente en las mejillas. No es lo que ha dicho, que también, es cómo lo ha dicho—. Aún estamos muy cerca del pueblo —me responde al ver que no digo nada tras varios carraspeos por su parte—. Tenemos que seguir andando.

Miro al cielo a través de las copas de los árboles. Algunos parece que rozan las nubes de lo altos que son.

—¡Olivia! —grito a los cuatro vientos—. ¡Olivia!

Me quedo quieta agudizando el oído. Dante se aleja, así que corro como puedo para alcanzarlo olvidándome del dolor de mi tobillo. No me entorpece al andar, pero me sigue molestando.

Andamos y andamos, pasando a través de claros y zonas en las que tenemos que trepar ayudándonos de las manos. Al final llegamos hasta un lago. Si no estuviera tan preocupada por mi amiga disfrutaría de las vistas.

—Es increíble —murmuro, a pesar de todo. No es muy grande, pero sí lo suficiente como para pasar una tarde paseando con una barquita.

—Este era un lugar muy especial para mi padre. Mira, él nació en esa cabaña de allí.

Sigo la dirección de su dedo y veo una pequeña construcción medio derruida. Me levanto y me acerco corriendo con el corazón a mil por hora. Olivia podría estar encerrada en su interior. Ya me la imagino maniatada y sedienta; asustada y sola.

—¡Olivia! ¡Olivia!

Abro la puerta de madera y me encuentro con un espacio pequeño y sucio, lleno de polvo y hojas secas. Vacío. Me dejo caer de rodillas al suelo y me pongo a llorar otra vez. Me va y me

viene. A ratos me siento fuerte y entera, pero entonces una idea horrible vuela entre mis pensamientos, y tengo que llorar. Me tapo la cara con las manos y sollozo casi en silencio. No la voy a encontrar. Es un palpito que tengo desde que desapareció. Y lo que más me aterra de todo es que aún no está muerta, pero esta noche ya no lo tendré tan claro. Dentro de unas horas perderé aún más la esperanza de encontrarla con vida.

—Nora...

Tira de mi cintura y me obliga a ponerme de nuevo en pie. Él ya la da por muerta. Sé que está buscando su cadáver.

—Tenemos que seguir —digo, secándome las lágrimas con rabia. Asiente en silencio y me ayuda a salir de la cabaña.

Rodeamos el lago y seguimos adelante. Voy gritando su nombre cada pocos pasos, esperando escuchar el mío en la lejanía como respuesta. Pero al llegar a otro claro, Dante se para y dice que tenemos que volver.

—Aún no —suplico.

—Si no damos media vuelta, el bosque nos encontrará cuando el sol desaparezca. Conozco esta zona, pero no lo suficiente como para orientarme por la noche —me explica muy serio. Sé que tiene razón, pero mi corazón me dice otra cosa—. Además, no podemos avanzar mucho más a pie.

—¿No podemos coger un coche? ¿Ir al pueblo más cercano y pedir ayuda?

—Las carreteras siguen cortadas por la nieve. No hay forma de llegar a la civilización ni andando, ni en coche. Estamos solos.

En el camino de vuelta esas dos palabras resuenan en mi cabeza.

«Estamos solos».

La oscuridad nos envuelve antes de llegar al pueblo. Doy la mano a Dante y me encojo cada vez que escucho ruidos, ya sean pasos o el batir de unas alas sobre nuestras cabezas.

Ya no grito el nombre de mi amiga con temor a que algo peligroso acuda a la llamada.

—Estás temblando... —dice tirando de mi mano y abrazándome contra su pecho. En cualquier otro momento no dejaría que nadie me rodeara con sus brazos, pero ahora mismo no solo tiemblo por el frío, es que el bosque me huele a muerte. Algo sombrío nos acecha. Y, de repente, una sombra se mueve a mi lado.

—¡Ah! —grito dando un salto. Caigo encima de Dante y rodamos unos metros. Me quedo apoyada sobre su pecho con la respiración agitada. He perdido el gorro, así que algunos mechones oscuros le rozan la barba y los labios.

—¿Esto es una insinuación? —pregunta con la voz rota, como si se estuviera conteniéndose.

Me incorporo de inmediato, pero la sombra se vuelve a mover, así que me olvido de lo que acaba de ocurrir entre nosotros y me escondo entre sus brazos.

—Hay algo ahí, entre esos dos árboles... —susurro, muerta de miedo.

—Quédate aquí; voy a ver qué es.

Enfoca en la dirección que le señalo con el dedo. Al principio cierro los ojos esperando

encontrarme con un monstruo o algo parecido, pero contengo el aliento cuando veo a un pequeño cervatillo en el suelo.

—¡Es Bambi! —grito, acercándome. Se intenta levantar, pero parece que le duele una pata. Es tan pequeñín... No entiendo de animales, pero es un bebé adorable—. ¡Oh! ¡Mira! ¡Hola, Bambi! ¿Qué te ha pasado?

Dante me hace a un lado y se agacha para sujetar una de sus patas.

—Es un cervatillo, no un Bambi... —susurra concentrado. El pobrecito animal intenta huir, pero se le ve débil y desorientado—. Cuando nieva tanto, nos solemos encontrar ciervos muertos en las cercanías del bosque. Bajan buscando refugio, pero, claro, nos tienen tanto miedo que se quedan en la linde y mueren por congelación.

—¡Pero eso es horrible! —exclamo mientras acaricio la cabecita del pobre animal.

—Sí, sí que lo es —susurra, levantándose—. Se ha roto la pata —suelta, dando su veredicto—. Venga, vamos.

—¿Cómo? No le podemos dejar aquí solo.

—¿Y qué quieres que haga con él? Es ley de vida.

—Pero es un Bambi...

No sé con qué cara lo miro, pero gruñe, me pasa la linterna y se agacha para recogerlo. Lo lleva en brazos el resto del camino, mascullando entre dientes cada pocos minutos y maldiciendo su suerte hasta que llegamos al albergue.

—Joder, cómo pesa —se queja.

En cuanto atravesamos la puerta, cojo varias mantas de un armario y le hago una especie de camita en el suelo.

—No irás a utilizar esas... —empieza a decir. Pero se calla de inmediato cuando le lanzo una mirada asesina. Cojo al pequeño bebé y lo dejo con cuidado entre las mullidas telas.

—Así mejor. Voy a por un poco de agua.

Entro en la cocina y rebusco en los armarios hasta que encuentro un cuenco. Lo lleno hasta arriba y lo dejo en el suelo, a su lado. Se pone a beber despacio, como un perrito sediento.

—Le vendo la pata y mañana le llevo al bosque —me avisa con los brazos cruzados.

Me muerdo la lengua. Por encima de mi cadáver que va a abandonar a esta monada de Bambi. Pero he ganado la primera batalla, así que me callo. Al fin y al cabo, es su casa.

Me estoy quitando el abrigo cuando alguien llama a la puerta. Dante se apresura a abrirla y yo solo espero que tengamos buenas noticias y hayan encontrado a Olivia.

—Ignacio...

—La misa empieza en una hora, muchacho. Y después enterraremos a Vitorina al lado de su marido —suelta el hombre casi en susurros—. Deberías acudir. El pueblo ha de permanecer unido cuando ocurren estas desgracias. Se tomarían como un agravio si no te vieran.

—Allí estaremos —termina diciendo tras un largo suspiro. Se despide del hombre y cierra la puerta despacio.

—Se nota que le tienes aprecio —comento.

—Ignacio era amigo de mi padre. El único de por aquí. Fue el que nos avisó a mi madre y a mí cuando nos estaban robando las tierras y la casa.

Cenamos de pie en la cocina. Dante ha sacado pan, queso y jamón serrano. Lo noto nervioso, sin dejar de caminar y mirar por la ventana cada pocos minutos.

—Te dejaría aquí —empieza a decir, paseándose como un león enjaulado—, pero no me fio con el loco ahí fuera.

—No me pienso volver a quedar aquí sola —le aviso con la boca llena. A pesar de los nervios, el paseíto por el bosque me ha abierto el apetito—. Voy a cambiarme de ropa y nos vamos —le informo, cogiendo una de las velas encendidas—. Tengo que preguntar a los del pueblo si hay novedades sobre Olivia.

—Date prisa —lo escucho quejarse mientras subo las escaleras.

Entro en la habitación y me sobreviene un estremecimiento. La maleta de Olivia está abierta y todas sus cosas se encuentran tiradas por el suelo. Alguien ha entrado mientras estábamos en el bosque buscando algo entre las pertenencias de mi amiga. No tardo ni dos segundos en dar media vuelta y buscar a Dante en el piso de abajo.

—Alguien ha entrado en la casa. La maleta de Olivia está abierta y con todas sus cosas tiradas por el suelo —digo casi sin respiración.

Se muerde el labio con fuerza y asiente mientras se pasa las manos por el pelo.

—Ha sido Pablo. Puto enfermo mental... Cada vez que viene alguna chica al pueblo hace lo mismo, aunque hasta ahora se limitaba a espiarlas, joder.

—Tenemos que seguirlo esta noche —suelto, decidida a acabar con esto de una vez—. Si ha sido él y mi amiga sigue con vida, seguro que va a verla cuando piensa que todos están dormidos. Tenemos que seguirlo sin que se dé cuenta en cuanto termine el entierro.

Parece que se lo piensa un segundo.

—Vámonos.

Unos minutos después, salimos del albergue rumbo a la parroquia, pero antes he comprobado que el cervatillo dormía entre las sábanas.

—No te encapriches con él —me avisa mientras sorteamos la nieve. Me quito algunos copos de la cara y arrugo la nariz—. Me gusta mucho el lunar que tienes...

—¿Es que no va a dejar de nevar nunca? —me quejo, ignorando su último comentario. El lunar..., un pequeño lunar que parece tatuado. Sé a qué lunar se refiere, porque es el único que tengo. Está justo encima de la comisura de mi labio superior. Cuando era pequeña lo odiaba porque me decían que era la prueba de que era una bruja, y, aún a día de hoy, me sigo preguntando si tenían razón.

—Tranquila, chica, que solo intentaba hacerte un cumplido —murmura con acritud.

Llegamos a la pequeña parroquia tras varios tropiezos por mi parte. Parece que todo el pueblo ha llegado antes que nosotros y, sentados en silencio, giran sus cuellos en nuestra dirección casi al

mismo tiempo para taladrarnos con sus acusadoras miradas.

—Dante... —lo llamo, buscando su mano.

—¡Silencio! —ruge el cura, subido al altar.

—Disculpe —murmuro mientras me siento en el primer banco que veo libre. Dante se coloca a mi lado y disimula una sonrisa socarrona. Parece que le hago gracia—. No te rías.

—¿Decía, señorita? —pregunta el cura, que parece que lleva un audífono súper potente.

—Nada...

Algunos vecinos se dan la vuelta sin disimular ni un ápice y me miran de arriba abajo. Sus expresiones no son para nada halagadoras. Al final arrugo el ceño, lo que provoca que la que llaman «la viuda negra» se ría dos bancos delante de mí.

La misa comienza y todos se recomponen mientras escuchan al cura. Dante se revuelve a mi lado, claramente incómodo.

—¿Qué te pasa? —le pregunto en un susurro.

—No me gusta ir a misa. Siempre que entro aquí pienso que voy a salir ardiendo —me explica muy serio.

—Qué exagerado...

—Si tú supieras... —murmura con media sonrisa.

Voy a decirle que no lo sé, pero que me lo podría contar si él quisiera cuando siento una mirada puesta sobre mi persona. Alzo la cabeza y lo veo. Al loco del pueblo. Al tal Pablo. Sentado en primera fila al lado de su madre. Me sonrío tontamente y se abre un poco la chaqueta. Me enseña algo que hace que toda la sangre abandone mi rostro de un plumazo: el sujetador de Olivia. El que llevaba puesto la noche que desapareció. Jamás podría olvidar ese sujetador color rosa chicle de encaje con lacitos azules.

Miro a mi alrededor un segundo, pero nadie parece prestarle atención. Cierra la chaqueta y me enseña los dientes, mostrando una sonrisa macabra y siniestra enmarcada por ese bigotillo tan ridículo que tiene. Los ojos se me humedecen de rabia y miedo. El muy cabrón la tiene secuestrada, y a saber lo que le estará haciendo. Me entran arcadas solo de pensarlo. Voy a levantarme porque necesito aire fresco, cuando Dante pone una mano encima de mi pierna y juro que su palma está tan caliente que siento que allí donde me toca, me arde la piel.

—Quieta —dice mirando al frente—. No te muevas.

—Pero...

Varios vecinos carraspean y me miran, reprendiéndome con esos ojos arrugados y secos.

—Yo también lo he visto. Estate quieta y confía en mí.

Tomo aire e intento serenarme un poco. La vamos a encontrar. Lo seguiremos hasta que nos revele el lugar donde tiene encerrada a mi amiga. Después le patearé todo el cuerpo y le aplastaré los testículos con mis pequeños y enfurecidos pies. Y después que me retengan, porque no sé lo que le haría.

—Que el Señor esté con vosotros —proclama el cura desde el altar.

—Y con su espíritu —dicen los demás.

—Demos gracias al Señor... —sigue el sacerdote mientras los demás murmuran y se santiguan muy rápido.

Y desconecto. Mi familia no es muy religiosa, así que todo este sermoneo impostado me hace sentir fuera de lugar. Y creo que a Dante le pasa lo mismo porque se cruje los nudillos con nerviosismo cuando nos volvemos a sentar. Es que esa es otra. No sé si estoy en misa o en el gimnasio haciendo sentadillas. Y para arriba y para abajo..., y nos volvemos a levantar...

—Estate quieto —le susurro con un pequeño empujón. Es que no deja de mover las piernas compulsivamente.

Termina el sermón y vamos saliendo de la parroquia en silencio. Veo que Dante va a buscar a Ignacio, así que lo agarro de la mano y tiro de su brazo.

—Ni se te ocurra dejarme sola con esta gente —le advierto.

—Si no me sueltas la mano, se van a pensar que estamos juntos... —me susurra al oído, lo que hace que mi nuca se erize de inmediato.

—Me da igual lo que piensen; tú te quedas a mi lado y punto.

Y sin previo aviso, alguien tira de mi abrigo hacia atrás. Es la madre del loco, acusándome con el dedo.

—¡Así que es cierto! ¡Eres su nueva fulana! ¿Qué pasa con mi hija? —le pregunta, dirigiendo su ira progenitora hacia Dante—. ¡Te está esperando en Gijón con sus primas!

—Señora, que estamos en un entierro, por lo que más quiera —suelta el aludido.

—¿Y si lleva tu semilla en su interior? ¿Y si la has dejado en estado? —sigue atacando la mujer. Empezamos a ser la comidilla del pueblo.

—¡No hace ni tres meses, muchacho! —dice un viejo.

—¡Ay, si tu padre te estuviera viendo! —suelta otro con un palillo entre los dientes—. Él sí que fue hombre de una sola mujer...

El último comentario pone en tensión a Dante y provoca varias carcajadas en el resto de los vecinos.

—A tu hija no la toqué ni con un palo, joder —se defiende Dante—. Es una mentirosa, como su madre.

Tienen que sujetar a la susodicha porque se lanza con las uñas por delante.

—¡Malnacido! —ruge, presa de una ira descomunal.

Hasta que el cura pone fin a la discusión.

—¡Estamos en el entierro de Vitorina! —grita con los ojos enfurecidos.

Todos agachan la cabeza y se van dispersando, pero cuando voy a coger otra vez su mano, el cura me retiene.

—No deberías estar aquí, mujer —sisea con repugnancia—. Tu especie solo trae la desgracia y el caos, y encima ni siquiera perteneces a estas tierras.

La boca se me abre mientras pasa a mi lado con la barbilla bien alta. Correteo hasta Dante, que

me ha adelantado varios metros, pero, antes de que consiga llegar hasta él, una vieja, quizás la más anciana del pueblo, me sujeta con fuerza del brazo.

—Oye, niña...

—¿Sí? —pregunto con educación. A pocos metros están el resto de los vecinos, y por un segundo pienso que se ha separado de los demás para increparme, por la determinación que veo en sus acusantes ojillos arrugados.

—No tendrías que estar aquí —dice muy bajito, como si fuera un secreto.

—Ya sé que no soy del pueblo y que... —empiezo a disculparme, porque soy consciente de que a todos los habitantes de este maldito lugar les molesta mi presencia.

—Tienes que irte de inmediato, antes de que sea tarde —me insta. La mano que me sujeta el brazo tiembla, pero no sé si es debido al frío o uno de los síntomas de la edad—. Si es necesario huye a pie, pero debes marcharte de aquí. Tú no tienes nada que ver en esto.

No me tiempo a seguir con la conversación porque Dante se coloca a mi lado y tira de mi brazo para que vayamos ya al cementerio. Me despido de la mujer con una sonrisa y correteo como puedo para salvar las zancadas que está dando mi acompañante.

—Me has dejado a solas con el cura —le recrimino cuando estamos lo suficientemente lejos de los demás. Aunque van detrás de nosotros, son tan lentos que parecen una horda de zombis, pero, en vez de ropas sangrientas, llevan pañoletas en la cabeza y faldones negros las mujeres, y chalecos de pana los hombres.

—Da gracias de que no te ha tirado agua bendita —dice con una sonrisa de medio lado que no le llega a la mirada—. Anda, vamos al cementerio.

Capítulo 13

No hay coche fúnebre; llevan el féretro entre cuatro ancianos. Nadie llora, solo veo caras tristes y enfadadas, algún que otro encontronazo de miradas acusadoras y comentarios sobre la nevada que nos engulle. Llegamos bajo una suave capa de nieve que, incesante, me recuerda que estoy encerrada y que, hasta que ella decida, no podré escapar.

El cementerio es pequeño y sombrío. Lleno de lápidas de piedra enterradas bajo un manto blanco. El hoyo ya está dispuesto justo al lado de otra tumba, supongo que la de su difunto esposo.

Odio los cementerios, tanto o más que los tanatorios y los hospitales. Dicen que es ley de vida, pero no creo que nadie esté preparado para morir. Y para mí es mucho peor, porque, cuando miras a los ojos a alguien que sabes que va a dejar de respirar en poco tiempo, te preguntas si lo querrá saber.

¿Lo querría saber yo, acaso?

Nos quedamos un poco apartados del resto, porque creo que tanto Dante como yo no nos sentimos demasiado cómodos entre ellos. Miro un momento atrás y veo que la viuda se acerca.

—Buenas noches, querida —me saluda, ajustándose la mantilla sobre los hombros. Pone su mano sobre mi brazo un segundo y contengo un suspiro.

—No, por favor... —susurro casi en silencio.

Aquí está de nuevo mi don. Mi secreto más horroroso. Mi lápida personal. Nunca me deja tranquila más de un año. O es caminando por la calle o sentándome al lado de alguien en el metro. Es ese cosquilleo en la punta de la nariz, la boca se me queda seca y, de repente, huelo la muerte.

Giro la cabeza despacio y miro a la mujer que tengo al lado. Parece sana. A pesar de las pocas canas que asoman a través de su mantilla negra, su corazón sigue latiendo; su respiración es acompasada. Un estremecimiento me recorre y lloro despacio por ella, lágrima a lágrima, con los ojos bien abiertos y el corazón encogido.

—¿Qué te apena, chiquilla? —pregunta—. Los entierros son horribles, ¿verdad?

¿Le confieso que dentro de poco también se celebrará el suyo? No. Nunca lo he hecho. Al menos no a la persona en cuestión. Y no lo haré porque he decidido que intentaré evitarlo. La pregunta aquí, la cual me lleva atormentando desde que me ocurrió por primera vez con mi abuela es...

¿Podré evitarlo?

—Si me disculpa un momento... —murmuro con el corazón encogido.

Tiro del brazo de Dante y lo arrastro lejos de oídos indiscretos.

—¿Qué te pasa? —me pregunta en cuanto ve las lágrimas que descienden por mis mejillas congeladas—. ¿Por qué estás llorando? Si ni siquiera conocías a Vitorina...

Me sale un mohín involuntario.

—Es que...

—Eh, ya está... —dice, claramente incómodo. Se nota que no está acostumbrado a consolar a nadie.

—No es eso...

Me humedezco los labios y lo miro a los ojos.

¿Me creerá?

—La viuda va a morir —confieso al fin.

Durante un segundo parece que no me ha escuchado, pero después frunce el ceño y se inclina hasta que nuestras narices casi se tocan.

—¿Qué has dicho?

—Que la viuda va a morir, seguramente esta noche. O mañana como muy tarde —le explico dando un paso atrás. Ya no me molesta su cercanía, o quizás sí, pero en otro sentido. Al principio huía de su contacto como del resto, pero ahora me tengo que obligar a poner distancia entre nosotros, porque siento un imán bajo mi piel que me empuja hacia él y no sé por qué, pero mi instinto me dice que no está bien.

—¿Lo has sentido? —me pregunta muy serio.

Cierro los ojos y suspiro.

—Sí...

No quiero encontrarme cara a cara con la viuda y mucho menos ver al loco del pueblo. Pero debemos hacerlo. Tendré que aguantar estoicamente hasta que el tal Pablo decida escabullirse y ahí será cuando lo sigamos. Seguramente, también intentará acabar con la vida de la viuda y, con suerte, esta misma noche se lo impediremos y encontraremos a Olivia.

Siempre he sido una persona bastante negativa y ahora me parece que estoy pecando de optimista, pero, si no pienso así, mi cerebro entrará en modo cortocircuito y me bloquearé. Supongo que necesito tener un plan, el que sea, aunque *a priori* parezca estúpido, para seguir en movimiento y sentir que estoy haciendo algo para encontrar a Olivia.

Por suerte, el entierro es rápido. Apenas hay palabras para la fallecida. Esperamos congelados mientras vemos cómo la gente regresa a sus casas. La nevada no cesa, así que no nos hacen esperar demasiado.

Arranco unas cuantas flores y las dejo encima del montículo de tierra cuando nadie me ve, a ver si van a decir que qué confianzas me traigo con Vitorina.

—¿Seguimos al loco o a la viuda? —me pregunta Dante en cuanto regreso a su lado. Está sentado en una pared de piedra de menos de un metro. No se ha puesto el gorro y varios mechones

castaños que contrastan con su piel morena se le pegan a la frente a causa de la aguanieve que ha empezado a caer—. Mira, el tartaja se aleja con su madre —dice con un movimiento de cabeza.

—Vamos a seguirlos.

Los perseguimos de lejos calle abajo. Me voy tropezando y escurriendo con las placas de hielo, y en varias ocasiones tengo que agarrarme al abrigo de Dante para no caer de morros en la nieve.

—Deja de hacer el tonto que nos van a pillar —me regaña.

—Lo intento.

La madre y el hijo llegan hasta su casa y desaparecen en su interior.

—Vale, ¿ahora qué hacemos? —le pregunto, temblando de la cabeza a los pies. No sé si es por los nervios o por el condenado frío que hace.

—Pues ahora nos toca esperar —contesta resignado.

Rodeamos la casa casi en puntillas, lo que hace que casi me parta la crisma y llegamos hasta la parte trasera. Dante levanta el brazo y me señala una habitación con una pequeña luz que sale del interior.

—Esa es la habitación del psicópata —murmura en mi oído.

Asiento en silencio y una profunda nube de vaho se escapa de entre mis labios. Las temperaturas están bajando: lo siento en los dedos de las manos, en la punta de los pies, en la nariz enrojecida y en los labios, que me empiezan a doler porque creo que se me están cuarteando.

—Regresa al albergue, yo me quedo haciendo guardia —dice mientras se sienta en un tronco. Se frota los guantes e intenta calentarse la cara con su propia respiración.

—No pienso quedarme sola. —Y, dicho eso, me siento a su lado y me pongo a tiritar.

Con un gruñido de fastidio se desabrocha el abrigo y me abraza, tapándome con él.

—Te quedarás helado —castaño. Pero tira de mi cuerpo y me apoya en su pecho, como si fuera algo que no quiere hacer, pero que sabe que debe hacer. El jersey de lana es grueso, pero aun así puedo escuchar los latidos de su corazón. Y no parece muy tranquilo, por como late desbocado.

—Cállate ya, que no dejas de hablar —murmura, comenzando a temblar conmigo.

Dejo que los párpados se me vayan cerrando y el rumor de los copos cayendo a nuestro alrededor van silenciándose poco a poco. No debería, pero el sonido de su corazón es casi hipnótico y sus brazos, fuertes y grandes me sujetan como si estuviera siendo mecida en una cuna.

—Nora —me susurra—. Nora, despierta.

Abro los ojos despacio.

—Dante... —digo desorientada.

—Despierta. Pablo ha salido.

Me incorporo tan fuerte que le doy con la coronilla en la nariz.

—Joder... —se queja, tapándose la cara con las manos.

—¡Lo siento!, ¡lo siento!, ¡lo siento!

—No pasa nada —dice con un gruñido—. ¡Vamos!

Lo perseguimos por todo el pueblo. Nos escondemos detrás de cada esquina, detrás de cada árbol, hasta que lo vemos llamar con los nudillos a una ventana mientras que con la otra sujeta una botella de vino. Nos miramos en silencio y levantamos las cejas al mismo tiempo.

—Es la casa del panadero —susurra.

Nos tenemos que esconder un segundo detrás de un seto cuando el loco se da la vuelta y mira en nuestra dirección. Sacamos la cabeza de nuevo cuando escuchamos la puerta. Es una mujer de unos cincuenta años. Va con un simple camisón y una mantita por los hombros. Se dan la mano y corren hasta el establo de la casa a oscuras, tan solo iluminados por la luz de la luna.

—Qué narices está pasando... —susurra Dante.

Nos acercamos tan despacio que parece que vamos a cámara lenta. Llegamos a un lado del establo y nos asomamos a mirar entre las tablas de maderas que hacen de pared.

Tengo que retirar la vista, porque lo que están presenciando mis ojos es lo más grotesco que he visto en mi vida. Dante deja de espiarlos un momento para mirarme con los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir, como si un niño acabara de ver a Papá Noel dejándole sus regalos en mitad de la noche.

Y, como si fuera una melodía, los gemidos van escuchándose cada vez más alto. Tiro del abrigo de Dante para que deje de mirarlos, pero me da un manotazo y sigue a lo suyo, tan concentrado que creo que ha dejado de respirar.

Dicen que el ser humano es curioso por naturaleza y supongo que eso es lo que me impulsa a asomarme de nuevo y verle sobre la mujer, empujando en su interior de rodillas en el suelo con la energía propia de un animal. Le manosea los pechos con esas manos tan sucias que tiene y..., tengo que apartar de nuevo la mirada.

Es horrible. Es asqueroso. Es... Es que nunca lo había visto, supongo que es lo que me pasa. Olivia siempre se ha reído de mí por no querer ver porno, pero es que soy de esa clase de personas que no quieren ver algo que saben que jamás van a tener. Si nunca he dejado que nadie me toque, ¿cómo voy a pensar en que alguien se introduzca en mi interior?

Me siento en el suelo de espaldas al granero y me tapo los oídos porque los gemidos me están poniendo muy nerviosa.

No sé el tiempo que me quedo así cuando Dante me da toquécitos en la espalda y me hace señas para que nos vayamos.

Regresamos al albergue en un silencio invasivo, de ese que te envuelve y te susurra más cosas al oído que cualquier otra palabra pronunciada.

Abre la puerta en silencio y se quita el abrigo despacio, sopesándome con la mirada.

—¿Qué te pasa?

—Los has estado mirando todo el rato... —le recrimino. Me he sentido tan incómoda con él al lado, sin parpadear para no perderse ni un solo detalle del espectáculo...

—¡Pues claro! —se defiende—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Taparme los ojos y los oídos como tú?

—¿Cómo dices? —balbuceo roja como un tomate.

—¿Tanto te avergüenza el sexo? —pregunta con una sonrisilla que me caldea por dentro y no en el buen sentido.

Voy hasta la cocina sintiendo que va detrás de mí y, antes de que pueda sentarme, me obliga a que me dé la vuelta y me reta con la mirada.

—Tú también los has mirado... —me provoca, colocando un segundo sus ardientes manos sobre mi cintura. Me quita unos hierbajos que se me han quedado enredados en el vestido y me sonrío con un gesto burlón.

—¡Pues claro que no! —grito con las mejillas encendidas y las manos sudorosas. Va a decir algo, pero le hago un gesto para que se calle—. De todas formas, tenemos que volver, aún puede ir a por la viuda.

Suelta una carcajada mientras va hasta el frigorífico para buscar un refresco. Me molesta que se tome este asunto tan a la ligera, más que nada porque mi amiga sigue desaparecida y no avanzamos en su búsqueda.

—¿Has visto que se estaban entoligando a vino? Esos dos van a dormir la mona hasta mañana. Pero espero que no sea hasta muy tarde porque, como los pille el panadero, los remata con el rodillo... Y parecía tonto, el Pablito...

—Dejemos ya el temita, por favor.

Me están entrando unos calores... Me remango el vestido de punto y me abanico un poco con una servilleta.

—¿Pero qué te pasa? Solo estaban follando. Sí, la mujer es mayor que él y Pablo es el tío más raro que he visto nunca, pero, en fin, es algo que hacemos todos...

Supongo que la cara que pongo hacia el suelo le da alguna pista.

—Es algo que ya hemos hecho, así que no pongas esa cara de mojigata.

—¡Pues claro que sí! —miento en un arranque de orgullo—. Pero eso no significa que me sienta cómoda viendo cómo lo hacen los demás, a diferencia de ti... Por lo visto, tú te dedicas a acostarte con todas las que pasan por el pueblo, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Lo que oyes. Estaba a tu lado cuando la madre de Pablo te acusaba de liarte con su hija. Y, por lo que ha dicho, la chica te está esperando.

Sé que no es asunto mío y que no debería molestarme lo que haga o deje de hacer, pero algo en mi interior se revuelve cuando recuerdo las palabras de esa mujer.

—No tengo que darte explicaciones sobre mi vida privada —se defiende.

—Pues lo mismo digo. —Le veo ponerse de nuevo la chaqueta, así que una punzada de miedo me atraviesa—. ¿Dónde vas ahora?

—A por tablas. Tendré que cerrar la ventana que he roto antes, ¿no? Mira, Nora, no me gusta que me agobien. Estoy acostumbrado a vivir solo y es que te comportas como si tuviera que darte explicaciones hasta cuando quiero respirar aire fresco, joder.

Es como si me propinara una bofetada con la mano bien abierta. ¿Quién se ha creído que es? Claro que controlo cada uno de sus pasos. Mi amiga ha desaparecido y también me han intentado secuestrar a mí, y parece que él es el único en el pueblo que intenta ayudarnos, aunque a ratos se esfuerza en demostrarme que la situación le molesta sobremanera.

—Yo también soy bastante independiente, pero ahora tengo miedo... y solo me siento segura a tu lado —reconozco, a pesar de todo. Me trago el orgullo, los sentimientos encontrados y hasta la vergüenza, porque, me guste o no, le necesito.

Parece que lo último que he dicho le baja un poco los humos y observo cómo va arreglando la ventana mientras se queja cada pocos minutos. Entre clavo y clavo se gira, como si necesitara comprobar que sigo aquí.

—Son las cuatro de la madrugada. Deberíamos acostarnos —dice en cuanto termina de clavar el último listón.

—No tengo sueño. Además, la viuda sigue en peligro —murmuro, con todo el cuerpo adormecido—. ¿Vamos a ver cómo está?

Mueve la mano y empieza a subir las escaleras.

—Yo estoy que me caigo. Tú puedes hacer lo que te dé la gana —dice pisando con fuerza cada escalón, marcando cada centímetro que se va alejando—. Buenas noches.

—¡Pero la viuda...! —le increpo, mirando hacia arriba.

—¡La viuda está a salvo esta noche, te lo aseguro!

—¡Dante!

Se detiene casi al final de la escalera.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Puedo...? ¿Puedo dormir contigo esta noche? —le pregunto con las orejas a punto de explotar de la vergüenza que me está dando.

Ve su expresión, como si mi pregunta fuera una verdadera tortura.

—Será mejor que no.

Capítulo 14

Verlos ahí, en el granero, me ha recordado viejos tiempos. Tiempos que lucho por olvidar cada noche, cada día, a cada puto minuto que pasa. Esa vena salvaje y casi siempre adormecida se despierta cada vez que la miro más de dos segundos seguidos. Se me dispara la adrenalina. El corazón me late más y más deprisa, y tengo que hacer algo físico para no cometer una locura.

En este caso he tenido que ponerme a clavar tablones, porque tenerla ahí, tan cerca de mí, y no poder...

¡Joder, Dante! ¡Tienes que controlarte!

Solo fueron unos años, me repito. Solo unos años, Dante. Antes no eras así. Antes no lo necesitabas para sentirte bien. ¿En qué momento eso cambió? ¿En qué momento necesité acostarme con todas las que pudiera para seguir respirando? Ya sé la respuesta, aunque no sería del todo sincero si dijera que antes de la muerte de mi padre no tenía ya esos instintos. Sin embargo, los conseguía controlar haciendo deporte, saliendo con mis amigos... A los que dejé por otras compañías menos recomendables...

Tras su muerte, dejé de luchar contra mis impulsos y fui cayendo en un pozo más y más oscuro. Lo aceptaba todo. Cualquier droga que me impidiera pensar era bien recibida; me daba igual si teníamos concierto esa misma noche o si estaba cansado. Podía con eso y con más, y si no podía, regaba la garganta y la nariz con lo que fuera necesario.

Y entonces dejé de ver a las mujeres como personas. Eran cuerpos, solo eso. Bocas. Pechos. Piernas. Gargantas... Me convertí en un completo animal. Tanto ellas como yo éramos recipientes de usar y tirar, así de triste era mi vida.

El problema era que nunca tenía suficiente. El problema eran mis malditas adicciones.

Y cuando todos te dicen que eres el mejor, cuando te regalan el oído y te llenan los bolsillos... te lo crees. Y quieres más. Y pides más. Y ganas más. Más broncas. Algún que otro arresto. Hasta que un día, de repente, sin verlo venir, estaba en un centro de desintoxicación.

Cuando salí de allí supe que solo tenía una opción: venir aquí, lejos de todo aquello. Lejos del ruido ensordecedor de los coches, los falsos amigos, a los cuales no les importaba verme caer hasta el pozo más oscuro, y la música.

Por eso he tenido que subir los escalones corriendo, aunque soy plenamente consciente que desde fuera parezco un completo gilipollas.

Por su lunar.

Por su piel.

Por esos labios tan carnosos y húmedos.

Por sus movimientos tímidos que, joder, me vuelven loco.

Por todo eso he tenido que negarle el acceso a mi cama.

Llevo demasiado tiempo sin acostarme con una chica y su cercanía está empezando a despertar a esa bestia que llevo en mi interior, y de la que me avergüenzo con todo mi ser.

Capítulo 15

Me quedo en la misma postura hasta que el cervatillo se duerme a mi lado. Las llamas de la chimenea se van apagando y las brasas refulgen al compás de la tormenta que va cobrando fuerza en el exterior. Cada rincón es una sombra peligrosa; cada ruido, un intruso que viene a matarme. Me voy encogiendo y encogiendo en el suelo con cuidado de no despertar a Bambi.

—Mierda...

Me levanto como si cada hueso y músculo del cuerpo se hubieran oxidado y, con miedo, voy hasta la cocina y me siento de nuevo en la silla. Extiendo los brazos sobre la mesa y apoyo la cabeza entre ellos. Cada vez que empiezo a perder la consciencia, un ruido me sobresalta y me entra taquicardia. Me levanto y subo las escaleras tanteando con los pies el siguiente escalón.

Atravieso el pasillo y abro la puerta de la habitación de Olivia. Su maleta sigue abierta y con todas sus pertenencias tiradas por el suelo. No me siento con fuerzas para recoger nada y, aunque la cama resulta tremendamente tentadora, el recuerdo de que el loco ha estado aquí hace poco me pone los pelos de punta y el corazón en la garganta.

Lloraría si no tuviera tanto sueño...

Miro al final del pasillo. Su puerta está entreabierta. Entro un momento en la habitación de Olivia y cojo la almohada y el edredón. Y en puntillas, me acerco hasta la puerta de Dante y me tumbo en el suelo, apoyando la cabeza en la suave almohada. El suelo de madera está tan duro y frío que tengo que doblar el edredón para que me sirva de colchón y de manta al mismo tiempo. Me hago un ovillo y cierro los ojos.

Me ha dicho que no puedo dormir con él, pero no me ha prohibido dormir en su puerta...

Sueño que alguien me levanta del suelo y me deja con suavidad en la cama. Me retira el pelo de la frente y me tapa con una manta. Estiro las piernas y suspiro porque la cama está tan caliente que mis huesos se derriten. Una mano pesada como el plomo me envuelve la cintura. Unas piernas que no son las mías me aprisionan, impidiendo que me mueva. Veo una ceja gigante y negra y un bigotillo asqueroso. Abro los ojos y me incorporo con un grito.

—Tranquila —dice alguien a mi lado.

—Dante... —susurro con la boca pastosa.

—Has tenido una pesadilla. Vuelve a dormir.

—¿No decías que no podía dormir contigo? —pregunto despacio, comprendiendo que ha sido

él quien me ha metido en su cama.

Gruñe y se gira, dándome la espalda.

—No iba a dejar que durmieras en el suelo...

Poco a poco pierdo el hilo de mis pensamientos, relajándome y sintiendo que mi cuerpo no pesa. Escucho la respiración acompasada de Dante a mi lado. Se mueve mucho, como si estuviera intranquilo mientras duerme, y de repente coloca una de sus manos en mi cintura y se va acercando, como si reptara por la cama.

—¡Dante! —me quejo, dándole en la cara.

Se despierta sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—¡Deja de...! —empiezo a decir. Pero se lo ve desorientado.

—¿Qué? ¿Estaba roncando?

Entrecierro los ojos e intento ver su expresión en la oscuridad. Tan solo distingo contornos, así que no sé si me está vacilando o si de verdad estaba tan dormido que no sabía lo que hacía.

—No te acerques mientras duermo —le aviso.

—¿Cómo dices? —pregunta con un movimiento brusco de edredón.

—Que me estabas tocando —me quejo.

Se pasa una mano por la cara y suspira. Aún respira como si estuviera en mitad de un sueño: lento y fuerte.

—Joder, Nora... Perdona, estaba dormido.

No se me olvida lo que me ha dicho antes. Eso de que no le gusta que le agobie ni atosigue con mi cercanía constante ni con mis preguntas.

—Vale, pero vete a tu lado de la cama y de ahí no te muevas.

Suelta una carcajada seca y se vuelve a tumbar. Se acomoda ruidosamente entre las sábanas y se gira para mirarme. Puedo ver su sonrisa entre la almohada.

—No tengo lado de la cama. Toda ella es mía.

—Pues entonces... —empiezo a decir, quitándome de encima el pesado edredón.

—Espera, joder, que no te estoy echando.

—A lo mejor también te estoy agobiando ahora mismo.

Suspira tan fuerte que su aliento me golpea en las mejillas.

—Está amaneciendo. Aún podemos dormir dos horitas más. Venga, no seas tonta.

—¿Me prometes que no te vas a acercar?

—Te lo juro.

Sigo sentada en la cama retorciendo la sábana con los dedos y con los ojos bien abiertos. Creo que me he despejado de golpe.

—Dante...

—Que no me voy a acercar a tu lado de la cama... —repite.

—No es eso. —Dejo la mirada perdida en un rincón oscuro de la habitación—. Es que estoy

perdiendo la esperanza de encontrar a Olivia y...

—A mí también me cuesta conciliar el sueño ahora mismo, te lo aseguro —dice enfadado—, pero tenemos que dormir —sentencia, colocando una almohada entre los dos—. Mucho mejor así. Buenas noches.

Capítulo 16

Un ruido se mete en mi cabeza.

Pum, pum, pum, pum.

Abrazo más la almohada y me hago una bola bajo el edredón. Creo que cuando todo esto acabe, lo voy a meter en la maleta y me lo voy a llevar a Madrid conmigo, porque es lo más calentito del mundo.

Pum, pum, pum, pum.

Frunzo el ceño y gruño, a horcajadas entre el mundo de los sueños y el mundo real.

—Dante... —balbuceo.

Pum, pum, pum, pum.

Me pongo bocarriba y abro los ojos. Alargo el brazo y encuentro su espalda caliente. Mis dedos se lo piensan un segundo, pero al final se deciden y lo zarandeo.

—Dante, despierta.

La habitación sigue en penumbras. Miro hacia la ventana, y veo que la persiana está bajada por completo.

Pum, pum, pum, pum.

Y de repente, se gira y se tira encima de mí salvando la barrera de la almohada que él mismo ha puesto. Todo su peso cae sobre mi cuerpo adormecido. Su torso me aprisiona sobre el colchón, sus largas piernas abrazan las mías como si fuera algo que hicieran cada noche. Me quedo un segundo más quieta que una estatua, con los ojos como platos e intentando respirar.

Se retuerce sobre mi cuerpo y me abraza en sueños. Sigue dormido, lo sé porque está roncando. Siento el calor que emana de su piel, que traspasa su pijama y llega hasta mi ropa, atravesando el tejido y calando en mi cuerpo.

¿Es esto lo que se siente cuando duermes con alguien cada noche? ¿Esto es la intimidad? ¿Sentir a la otra persona incluso cuando no es dueña de sí misma, como si fuera una extensión de tu propia piel?

Algo se mueve sobre mi estómago. Algo que palpita y se endurece. Le empujo cuando tengo claro lo que es.

—¡Dante! ¡Despierta!

Lo hace sobresaltado, asustado, y con un espasmo en todo el cuerpo.

—¿¡Qué pasa!?

Pum, pum, pum, pum.

Salgo de la cama y puedo ver que bajo su pantalón de pijama hay una enorme erección. No se molesta en taparla o disimularla. Sale de la habitación descalzo y lo escucho bajar las escaleras deprisa. La puerta se abre y la voz de su amigo Ignacio llega hasta mis oídos.

—Son las once de la mañana, muchacho. ¿Se te han pegado las sábanas?

Un silencio incómodo llega hasta la primera planta y me ruborizo cuando escucho un gruñido.

—Ya entiendo... —dice el vecino. Si ha visto su erección como la he visto yo, debe de pensar que estamos compartiendo algo más que la cama—. Perdona que te moleste, pero el panadero se ha encontrado a la viuda muerta esta mañana cuando le ha ido a llevar el pan.

Contengo la respiración y me llevo una mano al pecho.

—No me jodas... —se queja Dante.

—Pues sí. Igual que Vitorina. Destrozada por completo.

Es mi culpa. No he hecho nada para evitarlo aun sabiendo que iba a ocurrir. Estaba segura de que no sería anoche, que pasaría hoy. Mis estúpidas esperanzas de salvarla se han ido a la mierda, como todo lo que está pasando desde que puse un pie en este maldito pueblo.

—Ha sido Pablo —empieza a decir Dante—. Ha sido él.

—Eso no lo sabes, muchacho. Te he venido a buscar porque en media hora hay una reunión en la taberna. Todo el pueblo está muy preocupado.

—No es para menos. Allí estaremos.

La puerta se cierra y escucho que sube las escaleras de dos en dos.

—¡Nora! —me llama, entrando por la puerta con una expresión de urgencia en el rostro—. ¡La viuda...!

—Lo sé, lo he escuchado.

—Oye, sobre lo que me contaste ayer... ¿Es verdad que sientes... eso?

Ya empieza a creermme. Me duele que siempre sea así: alguien debe morir para que me tomen en serio.

—Sí —contesto, restregándome la cara con fuerza—. Y es culpa nuestra. No lo hemos evitado.

Se acerca y se sienta en el borde de la cama. Agacha un poco la cabeza y va a decir algo, pero se calla en el último momento. Al final me mira y es como si lo hiciera por primera vez.

—Levántate, tenemos que salir.

Salgo de la cama con todo el cuerpo dolorido. El vestido de punto negro se me ha subido casi hasta la cintura, así que me lo bajo un poco. Necesito una ducha caliente con urgencia. Voy a decirle si existe alguna remota posibilidad de que pueda lavarme con agua caliente, aunque sea con una olla, cuando le veo bajarse el pantalón del pijama.

Me doy la vuelta de cara a la pared y me tapo los ojos con las manos.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—No quiero mirarte. Podrías haber esperado hasta que saliera de la habitación, ¿no?

—¿Es que eres monja? —pregunta divertido.

—No.

—Pues lo pareces.

—¿Ya estás visible?

—Que yo sepa nunca he sido invisible...

—Qué gracioso...

Me doy la vuelta. Está sentado en la cama con unos vaqueros puestos, pero con el torso aún desnudo y con unos calcetines entre las manos. Parece que comprueba si tienen algún tomate.

—No lo soy —le aseguro pensando si en realidad es cierto, porque mi vida no se diferencia tanto a la de una monja—. Pero sí que respeto la intimidad de las personas. Y me gusta que hagan lo mismo conmigo.

Salgo de la habitación y cierro de un portazo.

—Será... —susurro ya en la habitación de Olivia. Hace mucho frío. La chimenea lleva apagada un día entero, y se nota que la estancia va perdiendo calidez. Rebusco entre mi maleta y saco unos vaqueros desgastados y un jersey de cuello vuelto. Me desnudo deprisa con la piel de gallina pensando que no he traído suficiente ropa. Pero de repente caigo en la cuenta de algo y me dejo caer en la cama—. Mierda. Ya es domingo. Y mañana será lunes...

Voy a faltar al trabajo. Estoy encerrada en este pueblo y ni siquiera puedo avisar de que no iré a la oficina. A saber, cuántos días estaré aquí buscando a Olivia. Y mis padres... Por suerte puede pasar una semana hasta que les parezca raro que no los llame, pero si dan aviso desde la oficina se van a preocupar. Sabían que me iba con Olivia el fin de semana, pero nada más.

Todo se me viene encima y siento que un peso muy fuerte tira de mis hombros hacia abajo. Me toco un momento el pelo y es la gota que colma el frágil y resquebrajado vaso: lo tengo tan sucio y apelmazado que parece que me he echado gomina.

Voy hasta el baño y me quito el jersey. Meto la cabeza en la ducha y cierro los ojos. Abro el grifo y me mojo toda la cabeza. Pego un grito cuando el agua más fría que he sentido nunca me golpea en la nuca y va descendiendo por mi rostro y por detrás de las orejas. Es como si me clavaran miles de agujas.

—Joder, joder, joder... —repito mientras cojo un pequeño bote de champú cortesía del albergue. Lo vierto sobre mi cabeza helada y me pongo a frotar con fuerza. Parece que me voy a arrancar el cuero cabelludo. Me lo aclaro y busco una toalla a ciegas—. ¿Dónde hay una toalla?

Diez minutos después me estoy poniendo el abrigo. Salimos y suspiro de frustración.

—Estoy empezando a odiar la nieve —susurro.

—Yo la detesto —suelta, cogiéndome la mano con fuerza.

Se ha convertido en una costumbre. No sé si es porque no quiere que resbale con el hielo y caiga, pero cada vez que estamos fuera del albergue busca mi mano y no me la suelta hasta regresar. O quizás se asegura de que no desaparezca yo también; no lo sé.

Antes de doblar en la esquina, me aparta a un lado y se acerca. El vaho que sale de entre sus

labios forma una pequeña nube en torno a nuestros rostros.

—Tengo una idea para encontrar a tu amiga —suelta con los ojos bien abiertos. Así, tan cerca, puedo ver que tiene puntitos dorados en las pupilas—. Todo el pueblo está reunido en la taberna...

—Vale —digo sin saber a dónde quiere llegar.

—Y todo el mundo pasa de ti.

—No me digas...

—Tenemos que aprovechar la situación —me explica—. Yo me voy a la taberna mientras tú te cueles en sus casas y buscas a tu amiga.

—Pero...

—Mira, Nora, tu amiga no debe estar muy lejos. Tenemos que descartar la opción de que la tengan secuestrada en cualquier casa.

—Vamos juntos —le pido.

—Si no aparezco en la reunión, van a sospechar, pero no creo que pregunten por ti y, si lo hacen, les diré que estás en el albergue.

Lo sopeso un segundo mientras miro cómo la nieve cae a nuestro alrededor.

—¿Cómo voy a entrar?

—La gente abre la puerta por la mañana y no echa los cerrojos hasta que cae el sol.

—Pero tú...

—Yo no soy de aquí, Nora. Pero ellos sí. Las puertas estarán abiertas, confía en mí. Y ten mucho cuidado.

Nos separamos en la esquina. Me ha dicho que justo antes de que la reunión acabe irá corriendo a la parroquia y hará sonar la campana para avisarme; la misma que suena cada vez que alguien muere. Me ha costado soltar su guante, pero lo he hecho. Lo veo alejarse calle abajo en dirección a la taberna. Me quedo contemplando su espalda recta, su andar seguro y confiado, y me pregunto qué pasará cuando por fin pueda escapar de esta pesadilla y regrese a mi vida real.

¿Pensaré en él?

«Venga Nora, que tú puedes», susurro para infundirme ánimos. No puedo perder mucho tiempo porque no sé cuántas casas me dará tiempo a comprobar antes de que Dante me avise.

Recorro la calle principal hasta la entrada del pueblo con las botas hundidas en la nieve. Dante tiene razón: el pueblo está desierto. Me acerco hasta la primera casa, que es la de la vieja gruñona con la que nos encontramos Olivia y yo la primera noche. Voy a comprobar si efectivamente la puerta está abierta cuando escucho ladridos al otro lado. Mi mano no llega a tocar el pomo. Estoy desesperada, pero no loca. Aún no he perdido la cabeza como para arriesgarme a abrir esta puerta.

Voy hasta la siguiente casa. Llamo con los nudillos y, al ver que nadie contesta, giro el pomo y la puerta se abre. Contengo un suspiro de excitación.

—¿Hola? —pregunto, asomando la cabeza al interior. Compruebo que no hay nadie en la calle

observándome y entro—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Me quedo un momento en la entrada con la puerta cerrada a mis espaldas. Si por casualidad algún vecino se hubiera quedado en su casa, la idea es hacerme la tonta y decir que me he perdido y que busco el albergue. Creo que es una mierda de excusa, pero no se me ocurre una mejor.

Como no escucho nada, decido investigar un poco. A un lado la cocina, al otro un pequeño salón. Al fondo dos habitaciones y un baño. No hay escaleras, y el patio de atrás está cubierto por una gran capa de nieve que nadie se ha molestado en quitar.

—¡Olivia! ¿Estás aquí? —grito para asegurarme de que no la tienen escondida.

Salgo por la puerta y voy a la siguiente. No tardo mucho en comprobar las primeras cinco casas. Todas vacías. Casi idénticas, con los mismos cuadros, los mismos sillones viejos y usados, las mismas chimeneas y cocinas muy parecidas.

Llego a la puerta amarilla. Supongo que, si el loco no estuviera en la taberna, Dante habría venido a avisarme. Llamo con los nudillos despacio, pensando que me voy a meter en la boca del lobo. Pero tengo que entrar, porque, si Olivia sigue en el pueblo, esta es la casa donde seguramente está secuestrada. Nadie contesta, así que giro el pomo... y la puerta se abre.

—¿Hola? —Reprimo un escalofrío y me obligo a continuar por el pasillo—. ¿Hola?

Voy abriendo todas las puertas, esperando encontrarme a mi amiga maniatada en una silla o encerrada en una jaula. La mente es muy poderosa y, si no me controlo, me va a jugar una mala pasada.

La mano me tiembla cuando abro la última puerta. Ya me he asomado a la habitación de matrimonio, así que estoy segura de que es aquí donde duerme el tal Pablo, al que llaman «el loco del pueblo». Empiezo a pensar que quizás no esté tan loco el muy cabrón.

Una sencilla cama de noventa y un armario de medio cuerpo. Las cortinas oscuras están cerradas, y los postigos de madera golpean las paredes de piedra cada pocos segundos debido al fuerte viento.

—¡Olivia! ¡Olivia! —grito desesperada.

Abro el armario, pero todo está pulcramente colocado: varios chaquetones de lana, ropa de trabajo, varias botas y algunos abrigos. Nada. No hay nada más. Empiezo a mover algunas perchas y algo llama mi atención. Es el sujetador de Olivia, escondido dentro del bolsillo interior de una chaqueta.

Salgo de la casa con el alma por los suelos. Mi esperanza se va consumiendo a cada minuto que pasa. El cielo sigue burlándose de mí, escupiendo su ira en forma de copos de nieve, condenándome a pasar en este lugar al menos una noche más sin poder avisar a la policía, sin poder dar la voz de alarma para que mi mejor amiga aparezca.

Debería seguir comprobando las siguientes casas, pero no me siento con fuerzas. Algo me dice que mi amiga no está tan cerca. Conociéndola, si lo estuviera, ya se habría escapado. Además, aunque no lo quiero reconocer, me da miedo estar sola entre estas desoladas calles. Cada segundo que paso en este pueblo es un peso en mi pecho y, si no fuera por Dante... Pero aun así recorro

varias calles más, abriendo las puertas y gritando su nombre en el interior. Cuando he abierto y husmeado un poco en todas las casas del pueblo sin encontrarla, me dejo caer en un bordillo y me abrazo el cuerpo.

—Por favor, Olivia, no me puedes dejar aún... —lloriqueo, secándome las lágrimas con los guantes.

Capítulo 17

Nadie me pregunta por Nora. Nadie sospecha que ahora mismo está ahí fuera, colándose en sus casas como un pequeño ratoncito. Sonríe un segundo porque me la imagino con esos labios apretados en una mueca de preocupación y con esos ojos tan negros entrecerrados, abriendo cada puerta de este odioso pueblo.

No me gusta, pero había que hacerlo. O al menos eso es lo que necesito pensar ahora mismo, sin dejar de mover la pierna de un lado a otro de la silla, porque, si pienso que la he dejado sola y que está en peligro, me incorporaré de un salto y saldré corriendo a buscarla. Pero entonces perderemos la oportunidad, quizás la única que tengamos, de encontrar a su amiga. Solo por eso me quedo donde estoy y le doy un trago a mi refresco. Joder, lo que daría ahora mismo por una maldita cerveza... Pero no puedo, me recuerdo. Si pruebo una gota de alcohol recaeré.

—No me gusta ser el mensajero de malas noticias —empieza a decir don Julián—, pero la muerte de Rosaura nos avisa de que está pasando algo en el pueblo. Algo que ya no podemos ignorar por más tiempo.

El silencio de los vecinos me pone los pelos de punta. Todos asienten, muy serios. Unos retuercen las manos, otros se atusan el bigote. Las más mayores se secan los ojos entre temblores. Pero nadie mira a Pablo. Nadie lo acusa directamente a él.

Y, de repente, Josefa, una de las más ancianas, se levanta de su asiento con ayuda de su bastón.

—Voy a leeros algo en voz alta. Algo que se pronunció un día, años atrás, en la plaza. Quizás no lo recordáis, pero yo lo escribí aquí mismo —dice, mostrándonos un papel arrugado—, porque sabía que este día llegaría antes o después.

—Josefa, no creo que sea el momento de...

—¡Es ahora, Julián! —exclama—, y lo sabes. Lo sabéis todos —dice, señalándonos con el dedo.

—Que lo lea —dice el panadero.

—Sí, que lo lea —le secunda el tabernero.

Se hace el silencio, y todos aguantamos la respiración.

—Yo os maldigo con esta sangre —empieza a leer. Su voz se torna oscura, y le imprime una gravedad que hace que se me pongan los pelos de punta—. Yo os maldigo. Y tal y como mi sangre mancha ahora el suelo de este pueblo impío, la vuestra lo manchará cuando el cielo y la tierra se

tiñan de blanco. Ríos de sangre manarán de vuestras heridas y bañarán La Condesa de un rojo carmesí y, ahora, con mi garganta cercenada, así os maldigo.

Miro a los que se sientan a mi lado en las mesas y a los que están detrás y delante. Sus ojos abiertos, sin pestañear, me indican que saben exactamente a qué se refiere la mujer. Parece que, excepto yo, todos ya han escuchado antes esas palabras.

—Eso pasó hace muchos años, Josefa —dice Ignacio, atreviéndose a romper el silencio—. Nada tiene que ver con lo que ahora nos ocupa. Yo creo que es un lobo. Uno de esos lobos de los que me hablaba mi abuelo cuando era un crío. Quizás han vuelto...

—Es la maldición de La Condesa —sentencia ella, mientras nos recorre a todos con la mirada vidriosa—. La maldición reclama la sangre derramada y por Dios que se hará cumplir.

—¡Ni se te ocurra decir el nombre de nuestro Señor en vano! —salta el cura.

La mujer sonrío, pero no es una sonrisa amable. Es una sonrisa triste, como si ya nos estuviera viendo a todos muertos y enterrados.

—Es la hora de pagar por nuestros pecados.

Capítulo 18

Cuando llego hasta la puerta de la taberna escucho las voces que salen del interior y no parecen muy amistosas que digamos. Aun así, entro y, durante un segundo, todos guardan silencio y su escrutinio me encoje hasta que llego donde está Dante.

—¿Has encontrado algo? —me pregunta en un susurro.

—Nada...

Me siento a su lado y una mujer se levanta de su silla.

—¡Pues yo creo que un asesino está entre nosotros! —grita, provocando alboroto a su alrededor—. Está aquí sentado, decidiendo cuál será la siguiente en morir.

—¡Han sido los lobos como dice Ignacio! —dice otro.

—¡Vete con ese cuento a otro, Aurelio! ¡Qué casualidad que hayan muerto dos mujeres!

Gritos, voces, insultos... Me dan ganas de taparme los oídos y cerrar los ojos. Y, de repente, una anciana que podría ser mi abuela, que en paz descansa, los hace callar a todos con un simple movimiento de su bastón. Creo que es la más vieja del pueblo, la misma que me dijo que tenía que huir del pueblo, aunque fuera a pie.

—Esto es la venganza del espíritu que ronda por nuestras casas, ya os lo he dicho.

Todos dejan de respirar. Nadie la rebate. Miro de reojo a Dante esperando que me dé alguna pista de lo que está pasando, pero se encoje de hombros.

—No es casualidad y vosotros lo sabéis tan bien como yo —continúa, dando un sorbo de agua. Se le escapa un poco por la comisura del labio, pero no tarda en recomponerse—. Estoy esperando mi castigo y lo recibiré con las manos abiertas. No descansará en paz hasta que todos los que vivimos en este pueblo maldito estemos bajo tierra.

El silencio que invade a todos los presentes resulta atronador. Algunos aprovechan para terminar sus bebidas, otros se sueltan un poco la bufanda del cuello, como si se sintieran ahogados.

—¿De qué espíritu está hablando? —susurro a Dante al oído. No me pasa desapercibido su olor. El mismo aroma que recorre cada rincón de su habitación. El mismo que impregna cada uno de sus jerseys, sus sábanas...

—Ni idea. Yo creo que está perdiendo la cabeza —me responde muy bajito—. Tiene por lo menos noventa años.

Me incorporo en la silla y la observo. Sí, parece mayor, pero sus ojos muestran un brillo de inteligencia que muchos de veinte años querrían para sí.

—Señora —dice el panadero, el primero que se atreve a romper el silencio—, ¿ha visto usted a ese espíritu vengador?

La viejecilla asiente, cerrando los ojos.

—Así es —responde con tranquilidad—. Un espíritu que recorre nuestras calles de madrugada. Lo he visto —asegura cuando algunos vecinos ponen cara de escépticos—. Y no dudéis, porque vendrá a por cada uno de nosotros. Dentro de poco todos estaremos muertos y no quedará nadie para darnos sepultura —termina diciendo mientras se seca los ojillos con un pañuelo de tela—. Será la nieve quien lo haga. Por eso ha venido con fuerza este año. El temporal será el encargado de tapar nuestros cuerpos sin vida y así se cumplirá la maldición.

Agarro la mano de Dante y la aprieto hasta que me duelen los dedos. Se levanta de su silla y carraspea para aclararse la garganta un segundo.

—No creo que ningún espíritu ronde por el pueblo de noche. Ya sé lo supersticiosos que sois, pero me temo que alguien de carne y hueso es quien está matando a los vecinos. —Se detiene un momento y señala al loco, sentado muy quietecito al lado de su madre—. Pablo es el causante de todo este horror. Atacó a mi huésped cuando estaba sola en el albergue y...

—Creo que ya hablamos sobre ese tema, muchacho —le interrumpe el cura. Lleva la sotana un poco levantada y le veo unas piernas peludas y esmirriadas.

—¡Deja de acusar a mi hijo! —grita su madre.

Aprieto las manos en dos puños y me muerdo la lengua para no decir nada irrespetuoso.

—Si no la queréis creer, adelante. Pero, dígame —dice mirando directamente a la madre del loco—, ¿acaso sabe dónde estuvo su hijo anoche? ¿Tiene coartada para demostrar que no estaba en realidad descuartizando a la viuda?

La mujer pone cara de no entender lo que le está diciendo, mientras que Pablo y la esposa del panadero se lanzan una miradita que no me pasa desapercibida.

—Ninguno tenemos coartada —suelta el tabernero.

—Lo voy a decir delante de todos porque creo que algunos aún no os habéis enterado —proclama Dante con voz grave. El loco empieza a mover compulsivamente la pierna y la mujer se tapa la cara con las manos. Yo hago lo mismo, porque no creo que sea el momento ni el lugar para desvelar repugnantes infidelidades—. El viernes por la noche entraron dos huéspedes en mi albergue y la primera noche desapareció una de ellas.

Todos despegan la mirada de sus vasos y algunos lo miran por primera vez desde que ha empezado a hablar.

—Es cierto —suelta la viejecilla de los perros—. Me sacaron de la cama y me estuvieron molestando. Eran dos. —Me señala y arruga aún más la cara—. La otra era pelirroja y muy escandalosa. Tenía el pelo como las llamas del infierno.

—Sí, se llama Olivia y es pelirroja —confirma Dante, recorriendo con la mirada a todos los

presentes—. Se la llevaron de madrugada y no hemos vuelto a saber de ella. Qué casualidad que ayer Pablo entró en mi albergue sin permiso por una ventana... Estaba esperando a que ella estuviera sola —dice, señalándome— para atacarla también, pero por suerte conseguí entrar antes de que hiciera algo que tuviéramos que lamentar.

—¡Mi hijo anoche estuvo en su cama! —grita la madre histérica—. ¡No puedes acusarlo sin pruebas!

—Señora —digo levantándome también—. Su hijo se tiró encima de mí y me atacó. Es cierto. ¿Dónde está Olivia? —le pregunto directamente al loco—. ¿Qué has hecho con mi amiga? ¡Dilo de una vez! ¡¿Qué has hecho con ella?!

El susodicho baja la mirada y se hace el tonto. Lo asfixiaría con mis propias manos con tal de encontrar a Olivia.

—¡Mi hijo es inocente! Se acostó y esta mañana ha salido a dar de comer al ganado —asegura su madre.

—¿Está segura de que su hijo no salió de casa de madrugada? ¿Podría jurarlo? —pregunta Dante mirando a la mujer del panadero, que ya no sabe dónde meterse. Y, mientras tanto, el aludido sigue contemplando el suelo como si nada de esto fuera con él—. Yo sé que sí porque lo vi.

La esposa del panadero se levanta y pide un vaso de agua en la barra, como si no aguantara la tensión.

—¿Y por qué lo viste? ¿Qué hacías fuera de casa a esas horas? —pregunta el cura—. A lo mejor intentas culpar a alguien inocente para lavar tus propias manos de sangre. Ha sido bajo tu techo donde la muchacha ha desaparecido, que no se te olvide. ¿Tienes tú una coartada para probar que no has asesinado a la viuda y a Vitorina?

—Sí que la tiene —afirmo—. Pasó la noche conmigo.

Varias mujeres se tapan la boca con las manos.

—Tu palabra no vale nada —farfulla el cura—. No eres de aquí; no te conocemos. Lo único que sabemos es que compartes el lecho con un hombre lejos de la gracia de Dios.

Pongo los ojos en blanco y me vuelvo a sentar. No los soporto. Es que no puedo con ellos.

—Dejad de discutir —dice la más anciana—. El asesino es el espíritu, de eso no hay duda.

—¡No te permito que ensucies nuestros cristianos oídos con esas historias paganas! —grita el cura.

Varios vecinos asienten compungidos mientras apuran sus vasos, pero, para mi sorpresa, la viejecilla sonríe como si solo ella conociera la parte graciosa de toda esta historia.

—¿Y qué podemos hacer? —le pregunto cuando veo que nadie intenta salvar su vida. Al menos yo sí, porque no me pienso quedar esperando a que venga quien sea, en cuerpo o en forma de masa etérea, a matarme. Además, de aquí no me voy sin Olivia.

—No hay nada que se pueda hacer para evitar y enmendar el daño causado. Hemos de pagar por nuestras culpas —responde muy seria.

—¿De qué daño está hablando?

—El peor de todos, chiquilla —responde sin darme más explicaciones.

—Pablo es el principal sospechoso —interviene Dante, hablando en voz alta para que todos le escuchemos—. Tenemos que ponerlo bajo arresto, al menos esta noche, a ver qué pasa. Ya que estamos todos aquí reunidos, votemos. ¿Quién está a favor de vigilar esta noche a Pablo? Que levanten las manos.

La madre del loco va a protestar de nuevo, pero al ver que casi todas las manos del pueblo se alzan, vuelve a sentarse y baja la cabeza. Los únicos en contra han sido la vieja de los perros, el cura y ella misma.

—Decidido. Esta noche será vigilado. ¿Alguien se ofrece voluntario? —pregunta. Varias manos se vuelven a alzar—. Perfecto.

—Yo, yo, yo, yo, yo, yo... —empieza a balbucear el loco. Es la primera vez que lo veo tan alterado delante de los demás. Levanta el puño y se golpea el pecho varias veces mientras intenta hablar.

—Tú no te puedes presentar voluntario, Pablito —suelta uno de los viejos—. Que es a ti a quién vamos a vigilar...

—Tranquilo, hijo, no te preocupes —lo intenta contener su madre mientras le sujeta el brazo con el que se está dando, porque, como siga así, se va a aplastar la caja torácica.

—Yo, yo, yo, yo, yo...

—¡Como se haya quedado así para siempre del disgusto, os la vais a tener que ver conmigo! —nos amenaza la mujer.

El cura se levanta y se baja la sotana.

—Ahora que esta pantomima de juicio ha terminado, os recuerdo que la misa y el entierro de la viu... de Rosaura será a las siete de la tarde.

La gente se levanta y empieza a hacer pequeños corrillos, murmurando y santiguándose. Los cuento deprisa. No somos más de quince personas. Dos ya han muerto y mi amiga ha desaparecido. El asesino está aquí, entre nosotros, seguramente con un mostacho ridículo y una sola ceja. Pero nunca se sabe...

Capítulo 19

Los que se han presentado voluntarios para hacer de policías por una noche se llevan a Pablo casi en volandas mientras el susodicho sigue gritando palabras inconexas.

—Como le pase algo a mi hijo, te mato —me amenaza su madre. Su mirada de determinación me deja muy claro que no está bromeando y, por un segundo, me pregunto si no habrá más de un asesino en este pueblo.

—Señora...

—¿Qué pasa? ¿Ahora te ha mordido la lengua el gato, mala puta? Y que sepas que Dante ya está con mi hija; no te vayas a pensar que lo has cazado —susurra casi en mi oído mientras estruja mi mano con una fuerza sobrehumana.

—Señora, me está haciendo daño...

—Más daño te voy a hacer como no te alejes de su cama, ¡zorra de la capital! —me amenaza con saña. Hasta me escupe un poco en la cara sin querer, pero como me tiene atrapada, no me puedo secar la saliva—. No te fíes ni un pelo de él, lagarta. Te engañará como ha hecho con mi hija; te prometerá todo lo que quieras para yacer contigo y después... ¡Ay, después! Después te dejará tirada, más usada que un pañuelo.

—Señora... —repito, intentando liberar las manos para limpiarme la mejilla.

Por suerte, Dante se da cuenta de lo que está pasando y se acerca para socorrerme.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

La mujer sonríe y disimula en media milésima de segundo. Le daría un Óscar y un premio especial a la madre coraje del año.

—Nada... —dice dando un paso atrás y haciendo como que me está quitando una pelusa del abrigo—. Cosas de mujeres...

—Vámonos ya, Nora —dice él, tendiéndome su mano. Me agarro a ella como si fuera mi tabla de salvación y comenzamos a andar. Cada paso que me alejo de esta gente es oxígeno en mis pulmones.

Llegamos al albergue en silencio. Abre la puerta y me deja pasar a mí delante. Me quito el abrigo, el gorro y los guantes, y los dejo en un banco de madera en la entrada. Sonrío un poco cuando veo que el pobre cervatillo está despierto e intenta levantarse sin éxito.

—Tranquilo —canturreo mientras le toco la cabecita. Se deja mimar y, mientras escucho cómo

Dante trastea por la cocina, me siento en el suelo y le coloco sobre mi regazo—. Te pondrás bien, te lo prometo.

Cierro los ojos con la espalda apoyada en la pared y me pongo a pensar en todas las cosas que no deberían ser y están siendo. La primera y más importante es que casi no puedo respirar. Me pasa desde que Olivia desapareció. Es como si mi cuerpo tomara el oxígeno suficiente para sobrevivir, pero no soy capaz de llenar por completo mis pulmones. Y debo hacerlo, porque me necesita. Así que me obligo a tomar aire, retenerlo en mi pecho todo lo que puedo y soltarlo con lentitud. He de tranquilizarme, ser más lista que todos los de este pueblo y salir con mi amiga de la mano.

—¿Nora?

Abro los ojos y me doy cuenta de que me he quedado dormida en el suelo. El cervatillo sigue sobre mis piernas, también adormilado. Lo dejo en su camita improvisada y me levanto despacio. Dante me tiende la mano para ayudarme, pero se la rechazo con disimulo y me restriego la cara con fuerza.

—¿Estás bien?

Asiento sin mirarlo. No sé lo que he soñado, pero estoy enfadada. Triste, cansada, enfadada y con una sensación muy desagradable en la boca del estómago.

—He preparado unas tortillas con setas de la zona —dice mientras me guía hasta la cocina. Me sonrío y se cruza de brazos, como esperando que reaccione.

—Gracias.

Me siento y empiezo a jugar con la comida en silencio, desplazando la tortilla de un lado a otro del plato.

—¿En qué estás pensado? —me pregunta. No me pasa desapercibida su mirada, que me recorre el rostro de arriba abajo y se detiene en mis labios, que, ansiosos, se entreabren un poco antes de hablar.

—Tenemos que ir a casa de la viuda para ver si encontramos una pista que nos lleve hasta mi amiga —le pido tras unos segundos de silencio. Es como dar palos de ciego. Resulta tan frustrante que voy perdiendo las esperanzas a cada segundo que pasa.

El jersey le queda algo holgado, pero aun así puedo entrever sus músculos marcados cuando se cruza de brazos y arruga el ceño, como si estuviera sopesando mi sugerencia.

—Sí, yo también estaba pensando en eso. —No sé por qué, pero creo que acaba de mentir—. Voy a darme una ducha y nos vamos, ¿vale?

—El agua está congelada. —Es lo único que se me ocurre decir mientras pasa deprisa por mi lado.

—Es justo lo que necesito ahora mismo.

Y desaparece escaleras arriba.

Un interminable rato después, en el que lo único que he hecho es comprobar que la puerta está cerrada y que nadie intenta entrar por ninguna ventana, Dante baja con el pelo húmedo y otro

jersey. Es de esos de lana gruesa que solo le sientan bien a los que tienen la altura y la complexión adecuada, pero que, si la tienen, solo quieres juntar tu mejilla en su tejido y deslizar los dedos por la rugosidad de los nudos.

Realmente es un chico demasiado atractivo para alguien como yo, pienso mientras lo observo. ¿Qué demonios hace un hombre así encerrado en este pueblo casi abandonado?

—¿Nos vamos? —le pregunto tras varios carraspeos.

Me pongo el abrigo y los guantes, pero, cuando voy a coger el gorro, me sorprende con él entre sus manos. Lo mira con curiosidad mientras le da vueltas.

—Lo tienes empapado. Deberías ponerte otro si no quieres que se te congele la cabeza —dice al fin.

Abre un armario y me saca uno de pelo blanco precioso.

—¿Y esto? ¿De quién es? —pregunto mientras acaricio el suave pelo.

—De mi madre, pero puedes quedártelo —aclara cuando se lo acerco para devolvérselo—. No creo que ella vuelva para buscarlo.

—Deberías guardarlo para una de tus novias —sugiero con una ceja levantada.

Sonríe con tristeza y chasquea la lengua contra el paladar.

—Yo no tengo novias, Nora —suelta con un tinte de melancolía en la voz—. No va conmigo. Además, no creo que ninguna quiera quedarse en este pueblo de mierda. ¿Estás lista? —me pregunta mientras va descorriendo los cerrojos.

Avanzamos con dificultad debido a la nevada y cruzamos todo el pueblo hasta la propiedad de Rosaura, conocida por todos como «la viuda negra». Sin duda es la casa más grande de la zona, sin dejar de ser una típica construcción del norte, hecha con piedra gris y un tejado cubierto de una nieve tan blanca y espesa que me recuerda lo incomunicados que estamos.

No me da tiempo a preguntarle qué hacemos ahora cuando el cura nos sobresalta por la espalda.

—Buenas tardes —saluda a Dante. A mí ni se molesta en mirarme.

—¿Cuándo va a ser la misa?

—A las siete, muchacho. No faltes. Rosaura te tenía en mucha estima, ya lo sabes —comenta mientras se ajusta el cuello de su abrigo—. Por cierto, no encuentro a Cristóbal.

Dante arruga el ceño y se cruza de brazos. Un profundo suspiro se escapa de entre sus labios y un espeso vaho sale de su boca. Cada vez hace más frío. La noche se acerca de nuevo y hasta mis congelados huesos me avisan de que debería ponerme a cubierto.

—Es verdad, no lo hemos visto esta mañana en la taberna —comenta, buscando mi mano como por instinto, como si temiera que yo también fuera a desaparecer.

El cura se frota las manos descubiertas y resopla con una arruga de preocupación en la frente.

—Me temo que le ha ocurrido algo —susurra mientras hace la señal de la cruz—. Esta noche, después del entierro de Rosaura, me quedaré haciendo guardia en la parroquia. Puedes... Podéis —rectifica cuando ve nuestras manos unidas— acompañarme si queréis. Algunos vecinos lo harán.

—Pablo estará vigilado; no hay necesidad de que pasemos frío y sueño —apunta Dante.

—Pablo no es el culpable, muchacho. Estás muy equivocado —contesta muy seguro de sus palabras.

—¿Y eso cómo lo sabes? —me atrevo a preguntar. A pesar de que soy muy consciente de que me detesta, suaviza un poco el gesto y me mira a los ojos.

—Porque ya son varios los que dicen que han visto a una figura tapada con una manta deambulando por las calles en mitad de la noche. Los vecinos están confesando sus pecados y buscando la absolución de nuestro Señor por si les llega precipitadamente la hora y, aunque el secreto de confesión me ha impedido decirlo hasta ahora... —se detiene y mira a ambos lados de la calle—, más de tres me han contado que una mujer de cabellos rojos se pasea por el pueblo a medianoche. Y dicen la verdad, porque estaban tan atemorizados como los niños que se esconden debajo de la cama cuando piensan que viene el hombre del saco.

Me quedo sin respiración. «Una mujer de cabellos rojos». Solo puede ser mi amiga. Solo puede ser Olivia.

—¿Y por qué nos lo estás contando ahora? —quiere saber mi acompañante—. ¿No te lo prohíbe el secreto de confesión? ¿No será que te lo estás inventando para exculpar al loco?

—Porque ahora he sido yo quien la ha visto, muchacho —confiesa después de unos segundos de silencio—. Cuando hemos salido de la taberna y me iba a la parroquia para ir preparando la misa de esta tarde..., la he visto.

El corazón empieza a golpearme el pecho con fuerza.

—¡Es Olivia! ¡Es mi amiga! —grito, cogiéndole del brazo. Olvido mis reticencias sobre el contacto físico y su estúpida apatía hacia todo lo que tenga tetas—. ¿Dónde la ha visto?

—En la linde del bosque —dice, señalando al norte.

Me giro y agudizo la mirada mientras me protejo los ojos del fuerte viento que nos azota sin cesar.

Pasando la casa de la fallecida hay unos cien metros de nieve y, después, los primeros árboles dan paso a un entramado de pinos tan frondosos que bajo ellos solo hay penumbra.

Allí es donde intentaba llevarme el loco. Y es el mismo camino que recorrimos Dante y yo sin encontrarla.

—Si es pelirroja, es mi amiga —aseguro con una llama de esperanza prendida en el pecho—. Pero ella no es la culpable de las desapariciones y los asesinatos —aclaro de inmediato—. Quizás está intentando encontrarme; a lo mejor ha huido del lugar donde el chico la tenía secuestrada y está desorientada...

Un montón de situaciones se agolpan en mi estresada mente, pero todas, aunque horribles, terminan con ella aún con vida y regresando sana y salva a mi lado.

—De todas formas, los planes se mantendrán —avisa Dante con una ceja en alto.

—Pablo no es el... —empieza a decir el cura.

—Pablo se quedará esta noche encerrado y vigilado pase lo que pase con esa figura pelirroja

—aclara con un tono que no admite réplicas—. No podemos arriesgarnos a que muera nadie más. Y te recuerdo —añade cuando ve que el cura va a intervenir— que la decisión ha sido votada por la mayoría de los vecinos.

Parece que el cura no puede debatir la democrática decisión del pueblo, así que se despide escuetamente y se aleja calle abajo. Nos recuerda que la parroquia está abierta para nosotros y que, si Dios quiere, todo acabará sin lamentar una muerte más.

—Tenemos que volver al bosque —digo en cuanto el hombre se ha alejado lo suficiente.

—Si no vamos a la parroquia, sospecharán de nosotros.

—¡Me da igual si sospechan! ¡Tenemos que salvar a Olivia! —grito nerviosa—. Si es verdad lo que ha dicho, mi amiga no puede estar muy lejos.

Veo dudas en su semblante. Pero también sé que es determinación lo que ve en el mío. Sabe que, aunque no me acompañe, yo voy a regresar al bosque. Y supongo que el miedo a que yo también desaparezca es lo único que le mueve a gruñir y a susurrar alguna que otra maldición mientras nuestros pies se encaminan de nuevo a ese lugar oscuro y siniestro que huele a muerte.

Capítulo 20

La noche se cierne sobre nosotros y aún no hemos dado media vuelta. Hemos venido sin linternas ni velas, con nuestros ojos como únicos guías y, a pesar de que Dante me ha pedido regresar en numerosas ocasiones, mi desesperación por encontrarla ha sido mayor que el miedo a que nos pueda pasar algo.

—Aquí no hay nadie, Nora —repite por milésima vez—. O volvemos ya, o los lobos se encargarán de que nuestros cuerpos desaparezcan para siempre.

Sé que está exagerando. Aún no he visto ningún lobo. Ni osos, ni lobos, ni jabalíes sedientos de sangre. Sin embargo, algo tan tangible como el frío es para mí lo más peligroso de todo, porque no siento las manos ni los labios. El aire que se condensa alrededor de mi rostro cada vez que respiro es indicativo suficiente para saber que, o nos resguardamos en algún lugar caliente lo antes posible, o sufriremos las consecuencias. Quizás no muramos, pero un dedo o una oreja pueden ser las víctimas de mi imprudencia.

Miro a mi alrededor con una opresión en el pecho y un sentimiento de angustia terrible. Es como si tuviera que retener agua sobre las palmas de las manos y gota a gota fuera escapando de entre mis dedos sin que lo pudiera evitar. El bosque nos engulle, el viento que arrasa las copas de los árboles nos amenaza con tirarlas sobre nuestras cabezas y la densa capa de nieve bajo nuestros pies nos entorpece cada paso que damos; nos engaña colocando piedras y troncos caídos ocultos bajo el manto blanco.

—Vámonos —cedo al fin. Hemos recorrido más distancia que ayer, hemos abarcado más terreno, pero no hemos encontrado nada.

La vuelta me resulta agotadora. Me dejo arrastrar por Dante, que tira de mi brazo y me indica el camino de vuelta sin decir una sola palabra. Aunque quisiera, yo tampoco podría hablar, porque mis dientes se mantienen ocupados rechinando a causa del frío. No lo puedo controlar y llega un momento en que tengo que meterme la mitad del guante en la boca para no partirme los dientes.

—En cuanto lleguemos a casa enciendo la chimenea —dice para animarme un poco.

—Vaaa... Vaaleeee.

Sinceramente, no sé cómo sigo andando sin sentir los pies. Voy trastabillando cada pocos metros y Dante me alza de nuevo y me insta a seguir. Pero, cuando llegamos a la pequeña cabaña al lado del lago helado, caigo de rodillas al suelo.

—Nora, levanta.

—No puedo más...

—Joder, Nora, que aún nos queda por lo menos media hora de camino... —se queja, agachándose a mi lado. Me sujeta la barbilla y la levanta para mirarme a los ojos—. Joder...

Apenas soy consciente de lo que pasa. Me coge por la cintura y me echa sobre uno de sus hombros con clara dificultad entre gruñidos. Me avergüenza mi lamentable estado y mis pocas fuerzas para seguir adelante, pero el cuerpo me pesa tanto que soy incapaz de moverlo.

—No te duermas, Nora —dice dando largas zancadas hasta la cabaña.

Abre la puerta de una patada y me deja con suavidad en el suelo. Los párpados se me bajan solos a pesar de que lo siento muy cerca, dándome palmaditas en las entumecidas mejillas.

—Estoy bien, no te preocupes —consigo decir con los labios entumecidos—. Pero no puedo andar más. Estoy agotada, y tengo mucho frío...

—Lo sé, tranquila. Descansa un rato.

Capítulo 21

La recuesto contra una de las paredes de la cabaña y salgo de nuevo al exterior. Necesito un poco de leña y ramitas para encender la chimenea, así que me alejo más de lo que quisiera para encontrar ambas cosas. Por suerte, en el bosque hay zonas tan frondosas que la nieve no consigue besar el suelo.

Un rato después, ya tengo todo lo necesario para que no muramos congelados. Nos calentaremos y, cuando Nora haya descansado, regresaremos al pueblo antes de que nos echen de menos. Ese es mi plan, pero, cuando entro en la cabaña y la veo dormida, entiendo que lo más probable es que pasemos aquí la noche.

Dejo las ramas y los troncos en una esquina y me agacho un segundo a su lado para retirarle varios mechones del rostro, pero cuando mis dedos rozan sus mejillas me asusto. Está helada. Me quito el abrigo y se lo coloco con cuidado por encima, y entre temblores y nubes de vaho que escapan de mi boca en cada respiración, saco un mechero del bolsillo y enciendo la primera rama.

Me siento en el suelo y contemplo las llamas con detenimiento. Recuerdo que mi abuela decía que podías ver el futuro en ellas si te concentrabas bien y no parpadeabas, así que siempre que estoy solo, que es la mayoría de las veces, y cerca de un fuego, lo intento. Intento ver mi futuro en cada pequeña lengua anaranjada que asciende y se retuerce, pero lo único que veo es... nada. En esa nada cabe todo lo que tengo ahora mismo, pero nada más. No hay más futuro que mi presente y supongo que así será hasta que sea tan viejo como todos los que me rodean en este maldito pueblo o me ponga una puta sogá en el cuello cualquier noche de soledad y arrepentimiento.

Veó las horas pasar sin quitar la vista del fuego, esperando que me digan algo, que me revelen qué puedo hacer que no haya intentado ya. Y, como si tuviera una visión, comprendo que, en vez de vislumbrar mi futuro, lo que quiero es viajar a mi pasado para cambiarlo. Para cambiar cada estúpida decisión que tomé, porque solo así podría ver un futuro distinto del que me espera.

Pero entonces giro la cabeza y la veo durmiendo plácidamente, medio recostada sobre la pared y con mi abrigo sobre su diminuto cuerpo. Sus mejillas ya han adquirido ese toque rojizo que aporta una buena lumbre y sus labios, mullidos y seguramente más que suaves, se entreabren en cada respiración.

Entonces mi vista va descendiendo poco a poco. Obviamente no puedo vislumbrar la forma de sus pechos con tanta capa y abrigo, pero sé que están ahí, escondidos a buen recaudo. Calientes.

Protegidos de indeseables como yo. Sus piernas se cruzan extendidas sobre el suelo y mi mente me traiciona pensando en esas mismas piernas rodeando mi cuerpo. Piel con piel, como dos salvajes. Como animales que solo buscan satisfacer sus instintos más primarios.

Chasqueo la lengua contra el paladar. No. Algo me dice que ella no es tan pasional como yo. Quizás sea esa expresión de dulce inocencia que siempre la acompaña o será la timidez que cubre sus mejillas cuando me acerco más de la cuenta para susurrarle algo al oído más veces de las que me gustaría reconocer solo para aspirar el aroma de su piel.

Conozco muy bien a qué huelen las mujeres, pero ella tiene algo distinto...

Joder...

¡Por lo que más quieras, Dante! ¡Controla tus pensamientos!

A pesar de todo lo que estoy viviendo, las muertes, la desaparición de esa chica, que seguramente me costará la licencia del albergue... A pesar de todo eso, mi entrepierna comienza a crecer hasta que de repente caigo en la cuenta de que, mientras siga nevando, ella no está a salvo, ni siquiera de mí.

Y, cuando eso pase, estaré perdido.

Capítulo 22

Una bofetada de calor me golpea en toda la cara. Otra. Otra más. Al final tengo que abrir los ojos con muchísimo esfuerzo y, cuando veo que una cuarta se acerca, levanto una mano y me protejo el rostro.

—¿Nora? ¿Me escuchas?

Me humedezco un segundo los labios cuarteados y muevo la lengua con pereza.

—Sí...

Vuelvo a parpadear, encontrándome con sus ojos. El reflejo del fuego le confiere un brillo especial y sus motitas doradas destacan como si fueran dos velas encendidas que, amables, me aportan más calor que todas las llamas del mundo.

—¿Estás bien? —Su boca se alza para mostrarme una sonrisa preciosa.

Estamos en la cabaña. No hay nada más que unos pocos troncos ardiendo en una chimenea casi derruida y nuestros dos cuerpos sentados en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —farfullo con la garganta dolorida.

—Te has dormido, así que hemos tenido que pasar aquí la noche.

Sus palabras me despejan más rápido que un jarro de agua fría.

—¿La noche? ¿Qué hora es? —pregunto mientras me incorporo de golpe.

—Ni idea, pero está amaneciendo.

Es un desastre. Todo lo que está ocurriendo es un sin sentido. Y, aunque es absurdo, lo primero que se me pasa por la cabeza es que es lunes y voy a faltar al trabajo sin poder avisar siquiera.

—Me van a despedir...

—¿Qué?

—Que me van a echar a la calle. Y encima será despido procedente.

—No creo que lo hagan. En cuanto pase la tormenta y podamos salir a buscar ayuda, la policía dará parte de lo que está ocurriendo y demostrarán que no eres responsable de tu absentismo.

—A mi jefe le va a importar tres pimientos qué me ha pasado. Como no esté de vuelta mañana o pasado, como muy tarde, me van a poner de patitas en la calle.

Así que, con una quemazón espantosa en la garganta y sin poder retenerlas, algunas lágrimas traicioneras van descendiendo por mis mejillas.

—Eh, ya está —susurra, claramente incómodo—. No te preocupes... Ya verás como vuelves en

un par de días...

Se nota que no se le da nada bien eso de consolar a la gente. Y estallo. Como si fuera un globo de agua que se ha ido llenando y llenando, a pesar de ver que su tamaño ya no es normal y que explota de repente.

—¿Cómo no me voy a preocupar?! —chillo, dejándome la garganta en el proceso.

—Solo digo que...

—¡Nada de lo que digas me va a valer! ¿Es que no lo entiendes? ¡Mi mejor amiga ha desaparecido y no soy capaz de encontrarla!

—Tranquilízate...

Muevo la mano para que se calle. No lo entiende. No comprende que, si me voy ahora mismo, dejaré mi vida aquí. Si ahora mismo una quitanieves entrara en el pueblo y me dijeran que puedo volver a Madrid, tendría que sacarme el corazón y enterrarlo en el cementerio del pueblo para después recoger mi maleta y regresar con tan solo mi carcasa vacía. Porque, si me voy sin encontrar a mi amiga, una parte muy importante de mí misma se quedará aquí encerrada para siempre.

Aspiro con fuerza y me digo que, si quiero encontrarla, voy a tener que tranquilizarme, tener la mente lo más fría que pueda y ser más lista que todos los de este pueblo. Le voy a pedir que nos vayamos ya cuando veo una profunda culpabilidad en su mirada.

—Dante...

—Dime.

¿Qué le digo? ¿Qué me está mirando con una expresión que no acierto a descifrar? ¿Que parece que quiere pedirme perdón cuando en realidad le debo literalmente la vida?

—Muchísimas gracias por todo lo que estás haciendo por mí y por amiga. No sé qué habría hecho si no hubieras estado aquí... Y mírame, encima te grito cuando no tienes la culpa de nada...

Suelta un gruñido y se levanta deprisa, como si de repente el suelo estuviera ardiendo.

Capítulo 23

Nada más ver el pueblo reprimo una mueca de disgusto. ¿Por qué tiene que ser tan bonito con la tenue luz del amanecer?

Pero en cuanto atravesamos la primera callejuela para llegar al albergue notamos que algo ha pasado. Dante retuerce mi mano enfundada en el guante como si quisiera aplastarme todos los huesos y masculla un «joder» entre dientes.

Un corrillo de gente está reunido en la puerta del albergue. No parecen muy contentos de vernos; es más, todos se giran al unísono y nos taladran con la mirada. El amigo de Dante es el primero que se acerca a recibirnos y, por su semblante, diría que esta noche habrá otra misa funeraria que celebrar.

—Muchacho...

—¿Qué ha pasado?

El hombre se pasa la mano por la calva con nerviosismo. Quiere decir algo, pero se calla en el último momento.

—¿Por qué estáis en mi puerta?

—Ha muerto Fuencisla.

—Joder... —farfulla Dante.

—¿Quién? —pregunto mientras me adelanto dos pasos.

—La mujer que os vio a tu amiga y a ti la primera noche.

La señora que vive en la primera casa. La vieja de los perros.

—Y verás, muchacho —continúa el hombre—. Sabes que te quiero como a un hijo y que te aprecio mucho, pero no voy a poder taparte en esto.

—¿Qué coño estás diciendo?

Miro a los vecinos. Murmuran entre ellos sin quitarnos la vista de encima.

—Todos nos reunimos anoche después del entierro. Todos menos Fuencisla y vosotros dos. Ella decía que le dolía mucho la cadera, ya sabes que la operaron el año pasado, y dijo que no iba a pasar la noche en un banco de la parroquia controlando que Pedro no hiciera nada raro, porque, según sus palabras, nada de lo que haga ese mozo es normal...

—¿Qué me estás intentando decir? —pregunta Dante.

—Pues ata cabos, chiquillo —responde—. Si no hemos sido nosotros..., solo podéis haber

sido uno de vosotros o los dos.

Me llevo las manos al gorro de pelo blanco y me lo quito de un tirón. Esto es lo que me faltaba. Que nos acusaran de asesinar a una vieja.

—¿Pero es que estáis todos locos en este pueblo? —escupo con ganas de desaparecer y hacerme una lobotomía para olvidar este horroroso lugar y a todas las personas que viven aquí—. ¡Dante y yo salimos ayer por la tarde a buscar a mi amiga al bosque! —grito para que todos los cotillas puedan oírme—. ¡Nosotros somos inocentes!

—Tranquila... —me pide Dante. A pesar de lo que acaba de decirme, se nota que él también quiere liarse a golpes con algo.

—¡Mi amiga desapareció la primera noche! —grito, perdiendo los nervios—. ¡Estáis diciendo que la habéis visto por la noche andando por el pueblo! ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con ella?

Sus ojos secos, sin vida, arrugados, acusadores y totalmente enfadados me atraviesan cuando me giro para enfrentarme a ellos.

—Esta madrugada se ha cometido otro asesinato. Los únicos sospechosos sois vosotros dos —sentencia el cura, acusándonos—. Y, personalmente, opino que la mujer de pelo rojo es vuestra cómplice en la sombra.

—¿Cómo dice? —salto sin poder dar crédito a lo que estoy oyendo.

—Los asesinatos comenzaron la noche en la que llegasteis tu amiga y tú al pueblo. ¿Dónde habéis pasado la noche? En el albergue no ha sido, porque os vine a buscar cuando no os encontré en el entierro de la viu... de Rosaura.

Tomo aire, porque lo voy a necesitar si tengo que defender mi inocencia.

—Cuando ayer nos dijo que había visto a una chica con el pelo rojo entrando en el bosque —comienzo a explicar con la voz rota y con las piernas temblando—, le pedí a Dante que me acompañara para encontrarla, porque estoy segura de que es mi amiga desaparecida. Pero se nos hizo tarde, hacía mucho frío...

—¡Es suficiente! —grita el cura—. ¡Está claro que esta mujer está mintiendo! —vocifera, dirigiéndose a los vecinos—. Dante se ha ganado nuestra confianza, pero esta pecadora y su amiga escondida son las responsables de todas estas muertes. ¡Hay que detenerla hasta que confiese sus crímenes!

—¡Yo no he matado a nadie! —grito.

—¡Estás todos como unas putas cabras! —exclama Dante, a mi lado. Lo miro de reojo y contemplo su mandíbula apretada—. Ni se os ocurra ponerle la mano encima —gruñe, protegiéndome con su cuerpo cuando varios de ellos comienzan a acercarse. Siento su corazón latiendo con fuerza en su pecho y, cada vez que habla, su interior retumba—. Hemos pasado la noche en la cabaña de mi abuelo.

—¿Y eso quién lo puede demostrar?! —grita el panadero—. ¡Es tu palabra contra la nuestra!

—¡Has matado a Fuencisla! —chilla la madre del loco—. ¡Asesina! ¡Nos intentas matar a todos!

—¡Ella y su amiga son las asesinas! —dice otra vieja tan bajita que no le llego a ver la cara.

—¡Silencio! —ruge la mujer más anciana del pueblo—. ¡He dicho que silencio!

No me estaba dando cuenta de que contenía la respiración hasta que la gente ha dejado de gritarme. Ya me veo en la plaza del pueblo siendo lapidada por unos cuantos vejesterios. Seguro que me cortan la cabeza y la exhiben en la entrada, mostrando a los forasteros lo bien recibidos que son en la puta aldea de mierda en la que he tenido la mala suerte de entrar. Me sacarán los ojos y los meterán en dos botes con formol. Los tendrán en la barra de la taberna y se santiguarán cada vez que pasen por delante de ellos.

—¡Asesina! —repite la madre del loco.

—¡Silencio! —vuelve a gritar la anciana—. Tenemos sospechas, pero no pruebas, así que al igual que vigilamos a Pablo anoche, esta vez lo haremos con ellos dos si es lo que queréis. Aunque ¿sabéis lo que opino? —pregunta, bajando la voz. Hasta los pájaros han dejado de volar para no romper el silencio. Los copos de nieve descienden más lentamente y mi corazón ha decidido dejar de trabajar una milésima de segundo...—. Que tal y como os dije, esto es la venganza del espíritu. Nos los merecemos y, nos guste o no, debemos pagar por nuestros pecados. Y tú, niña —dice, señalándome con el dedo—, no tendrías que estar aquí. Te dije que te fueras.

Dante relaja el abrazo que me está dando. Mis piernas flaquean cada vez más pensando que mi final se acerca y que, por desgracia, no creo que sea muy digno, pero, para mi total sorpresa, todos sin excepción bajan la mirada al escuchar las palabras de la mujer. Hasta el cura parece que se siente responsable, pero se recompone rápido y carraspea.

—De acuerdo. Dante y la mujer se quedarán encerrados en la parroquia toda la noche. Necesitaré tres o cuatro conmigo para vigilarlos, aunque los demás podéis acompañarme en la parroquia si así os sentís más seguros, tanto por la noche, como desde ahora mismo y recordad que la misa de Fuencisla será a las siete, como siempre.

Un escalofrío me recorre la nuca cuando me doy cuenta de que ya parece una siniestra costumbre; cada noche alguien amanece muerto y, cada tarde, una misa y un entierro. Ya quedamos menos y si no empezamos a ser más listos que el asesino, acabaremos todos muertos, tal y como ya ha predicho la mujer.

Voy a decirles que es mejor que nos quedemos todos juntos, porque tengo bastante claro que ni yo ni Dante somos los asesinos, así que seguimos en peligro, pero empiezan a caminar rumbo a la iglesia, dejándonos a solas con el cura.

—Estáis cometiendo un grave error —me atrevo a decirle a pesar de saber las lindezas que piensa sobre mi persona—. El asesino sigue suelto.

—Tienes razón. —¿Perdona? ¿El cura me acaba de dar la razón? Me dan ganas de lavarme los oídos, a ver si he escuchado mal—. Tu cómplice sigue escondida.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Pero Dante, que ha estado bastante calladito, toma impulso.

—Ya me lo decía mi padre cuando era pequeño y, cada vez que hablo con mi madre, me lo recuerda —gruñe tan enfadado que creo que va a saltar sobre el cura y se lo va a comer por los

pies—. Estáis locos. Sois un puñado de enfermos mentales que se han juntado para hacer la vida imposible a todos los que no son como vosotros.

El cura nos mira de arriba abajo con languidez justo antes de señalar la calle con un dedo.

—A la parroquia. Y sin rechistar.

—¿No decía que podíamos ir a descansar? —le pregunto.

—Quiero hablar un momento con vosotros —explica con acritud.

—Podemos hablar aquí —dice Dante, señalando la puerta del albergue.

—Tengo que ir a la parroquia de inmediato para poner la sangre de Cristo lejos de las manos de Aurelio —murmura casi para su alzacuellos.

Caminamos en silencio bajo la incesante nevada uno al lado del otro, con nuestros guantes entrelazados y con cuidado de no resbalar.

Justo antes de atravesar las pesadas puertas de madera, Dante se pone delante de mí y me susurra en el oído aprovechando que el sacerdote se para a hablar con el cornudo del panadero:

—Tienes que tocarlos a todos. Tienes que averiguar cuál es el siguiente.

Trago saliva y asiento. No quiero, sabe Dios que no, pero sé que tengo que hacerlo.

Entramos y nos sentamos en el último banco de la pequeña Iglesia. Pablo está en primera fila y, en cuanto tomamos asiento, se levanta y se acerca. No sabemos lo que pretende hasta que alarga una mano e intenta tocarme un mechón de pelo. Dante está más rápido de reflejos que yo y le suelta un diestro manotazo al tiempo que se levanta y le empuja.

—¡Aleja tus sucias manos de ella!

—Tu, tu, tu, tu, tu...

Ya está otra vez con el soniquete. Dante va a increparle de nuevo cuando lo detengo.

—Espera un momento —le pido. Me levanto y desoigo las advertencias de mi acompañante. Me acerco hasta el que llaman «el loco del pueblo», e intento que me mire más de dos segundos seguidos porque parece que le cuesta concentrarse.

—Pablo... —Antes de continuar compruebo que no hay nadie cerca husmeando. Por suerte, no veo a su madre. Quizás está juntando leña para mi hoguera...—. ¿Sabes dónde está mi amiga? ¿La chica del pelo rojo?

El corazón retumba en mi pecho cuando mueve con rapidez la cabeza de arriba abajo.

—¿Ella... está bien?

—Nora, no te fíes de él, no está...

Ignoro a Dante y el loco vuelve a decirme que sí en un solo asentimiento. Mi pecho se hincha de esperanza un segundo hasta que empieza a sonreírme de nuevo con una expresión que me pone los pelos de punta.

—Gua, gua, gua, guapa.

Me humedezco los labios y le intento sonreír.

—Entonces, ¿me llevarás?

No sé cómo lo hace, pero su uniceja se frunce y niega mientras se frota la rasposa mejilla con

los nudillos de la mano derecha.

—No.

Ahora no tartamudea, el muy cabrón.

Le voy a insistir cuando aparece su madre junto a otras vecinas. Pablo pega un respingo y da media vuelta, alejándose de nuestro lado. Dos viejos llaman a Dante y, en cuanto estoy sola, me tapo la cara con las manos. A pesar de que anoche caí inconsciente, no he dormido en lo que se puede llamar una «mullida cama», así que mis huesos protestan y exigen descanso inmediato.

Siento una mano que se posa en mí y que comienza a recorrer mi espalda de arriba abajo con lentitud. A pesar de llevar puesto el grueso abrigo, reconocería esas manos entre las pocas personas que me han tocado en mi vida.

—Don Julián solo quería preguntarme si lo que hemos dicho antes era verdad. Me ha obligado a jurarlo con una biblia en la mano —me explica con voz cansada—. Vamos al albergue.

Tira de mi mano y salimos de nuevo a la nieve. Nos cruzamos en la puerta con Pablo y su madre. Busco una mirada cómplice con el loco, un atisbo de esperanza al menos, pero baja la cabeza y, en compensación, su madre prácticamente me escupe a la cara al pasar.

—Maldita asesina embaucadora —suelta con la cara desencajada—. A ver qué te hemos hecho para...

—¡Cállese! —grita Dante. Aceleramos el paso o, más bien, él da zancadas largas que yo intento alcanzar correteando—. ¡Malditos viejos chiflados! ¡Malditos!

Se está enfadando cada vez más. Antes de que llegemos al albergue miro su cara y trago saliva: una vena en el cuello hinchada, otra en la frente, la mandíbula tensa, los labios apretados, los ojos entrecerrados, las cejas más juntas de lo normal... Como siga así se acabará pareciendo al loco del pueblo...

—Dante...

—¡¿Qué?! —me chilla con todo su cuerpo. Me asusto y suelto su mano. Supongo que ve mi expresión y suaviza la suya, al igual que su tono de voz—. Perdóname, Nora, es que estoy agotado.

Entramos por la puerta del albergue en silencio. Mi estómago ruge de hambre, pero el cansancio gana, así que me quito el abrigo y lo dejo caer al suelo. Sonrío débilmente cuando veo a Bambi durmiendo en su camita y subo las escaleras despacio. Dante va detrás de mí y, cuando voy a entrar en la habitación de Olivia, me coge de la mano y sigue andando por el pasillo.

—Ni se te ocurra alejarte de mi lado —masculla.

Entramos en su habitación y una bofetada de su masculino olor, mezcla de su perfume y su ropa, me asalta. Él no se detiene, llega hasta el borde de la cama y empieza a desnudarse. Primero se saca el jersey de lana de un solo movimiento, después se quita una camiseta blanca que contrasta con el dorado de su piel. Se quita el cinturón, y se va desabrochando los botones de los vaqueros. Justo cuando tiene los dedos en la cinturilla y va a bajárselos, me mira con la barbilla baja.

—¿Qué haces ahí parada? Quítate la ropa, que la tienes que tener empapada... —Carraspea—.

Y métete en la cama, porque la noche que nos espera va a ser larga. —Y dicho esto, se deshace del pantalón. La visión de su cuerpo en bóxers me deja con la garganta seca y el corazón desbocado. Con movimientos felinos abre la colcha y se acuesta, desapareciendo entre las sábanas. Se tapa también la cabeza, como si quisiera esconderse.

Voy hasta la ventana y bajo la persiana. Corro la cortina para que todo quede en la más absoluta oscuridad. Y, despacio, intentando no hacer mucho ruido, voy desnudándome. Me quedo en ropa interior y, si no durmiera a su lado, también me la quitaría. Durante un segundo me planteo la posibilidad de correr hasta el otro cuarto y ponerme el pijama, pero hace tanto frío que empiezo a tiritar. Parpadeo con fuerza, me muerdo el labio inferior y entro en la cama.

El calor que va desprendiendo su cuerpo me reconforta al instante. Está de espaldas a mí, así que me relajo y cierro los ojos. Me quedo bocarriba, más tiesa que una estatua, sin querer mover ni un dedo para que nuestra piel no se roce.

Está aquí, a mi lado, tan cerca... ¿Cómo sería? ¿Qué sentiría si le tocase? Pero de verdad, no a través de un guante.

La garganta se me seca. Resoplo. No hay manera. Estoy tan cansada que no me puedo dormir y sospecho que es algo más que el cansancio lo que me impide descansar. Es él, respirando a mi lado, demasiado cerca...

Me giro entre las sábanas y le doy la espalda. Me coloco en posición fetal y abrazo la almohada para ver si en una postura más cómoda puedo relajarme y dormirme de una santa vez.

«Duerme, duerme, ¡duerme!».

Me vuelvo a girar. Estiro las piernas. Las encojo. Me pongo bocabajo. Bocarriba. De lado otra vez. Resoplo. Me empiezan a entrar calores y nervios en las piernas. Me pongo a sudar como si estuviera en una sauna porque su cuerpo desprende muchísimo calor. Me destapo de cintura para arriba, buscando tomar un poco de aire fresco... y giro la cabeza para espiarlo en la oscuridad.

Está dormido. Me levanto un poquito y entreveo su rostro relajado, de espaldas a mí, respirando profundamente. Vuelvo a tumbarme y me alejo un poco, porque por un segundo he tenido el impulso de tocarlo.

Me destapo por completo. Libero las piernas y las dejo encima del abultado edredón. Mi piel es tan blanca que parece que reluce.

«Basta ya, Nora».

No sé el tiempo que paso mirando el techo, a ratos tapándome con el edredón para después destaparme de nuevo porque me pongo a sudar.

«Deja de pensar tonterías y duérmete de una vez».

Resoplo.

—Duerme. —Pego un respingo. Ya no sé si lo he escuchado en mi cabeza o si ha sido Dante. Me incorporo un poco y le veo con los ojos cerrados—. Nora...

Es él; no estoy teniendo alucinaciones.

—No puedo dormir —murmuro despacio.

Se da la vuelta, así que corro a taparme.

—Me has despertado con tanta vuelta —se queja con el edredón por las orejas y esa mirada tan dulce que siempre tiene cuando me mira. Creo que solo me la dedica a mí, porque, cuando mira a los demás, sus pupilas se endurecen—. Y te aseguro que me ha costado mucho conciliar el sueño...

Capítulo 24

Mi aliento se detiene. Sus labios, tan cerca de los míos, húmedos e hinchados debido al sueño me reclaman en silencio. No sé dónde encuentro las agallas para hacerlo, pero lo hago. Salvo los centímetros que nos separan y lo beso. Nuestros labios se unen en una caricia tierna. Despacio, suave, como si le diera miedo asustarme, reacciona. Se hace con el control de la situación tras soltar un gruñido que le sale del fondo de la garganta y me enseña sin palabras todo lo que se puede hacer cuando dos lenguas se unen.

—¿Te molesta? —susurra sobre mi aliento unos segundos después, conteniendo otro gruñido de urgencia.

Le quiero contestar que lo que me molesta es que se haya detenido, pero ahora mismo no encuentro las palabras o será que no quiero hablar, así que, como respuesta, junto mi cuerpo con el suyo y busco su aliento una vez más, casi con desesperación.

Cada sensación de mi cuerpo es nueva, cada hormigueo, cada latido apresurado. No sé si lo estoy haciendo bien o mal, no sé si le gusta, si sospecha que soy una novata o si está tan dormido que no sabe ni lo que está haciendo.

Pero entonces empiezo a sentir *ese* hormigueo por el cuerpo que me recorre desde los dedos del pie hasta la nuca. *Ese* mismo hormigueo se me instala en las palmas de las manos, en los labios, que se detienen de golpe, dejándome sin respiración.

Creo que nota la duda en mis movimientos, torpes e inseguros, casi temerosos por lo que estoy experimentando porque introduce los brazos dentro de las sábanas y me sujeta la cintura con decisión. Tira de ella para pegarme a su torso desnudo, entrelaza sus piernas con las mías y gruñe de nuevo desde muy dentro.

Empiezo a temblar. Primero es casi imperceptible, pero después, mientras su boca busca la mía con anhelo, siento que mis músculos convulsionan, provocando que mis pezones se rocen con su pecho una y otra vez, y un gemido escapa por mi garganta reseca.

¿Mi don me está advirtiéndome? ¿Es eso lo que me está ocurriendo?

Pero Dante no se detiene y sus dedos inician un recorrido que comienza en la parte baja de mi espalda y van descendiendo lentamente, dolorosamente lento, hasta mis nalgas. Y como si mis terminaciones nerviosas se hubieran disparado, el corazón empieza a bombear frenético bajo mi pecho y sus latidos impiden que pueda escuchar otra cosa que no sea su incesante ritmo.

—¿Estás bien? —me pregunta con su enorme erección pegada a mi estómago.

Nuestros alientos se golpean. Yo, casi sin poder respirar; él, haciéndolo con esfuerzo. Su calor me asfixia, tan próximo a mi piel. Sus músculos me abruma, rodeando todo mi cuerpo como si fuera una enorme mole que amenaza con aplastarme, y mientras tanto, *ese* hormiguelo me sigue atormentando, instalado bajo mi piel y sin dar muestras de desaparecer.

—¿Nora? —insiste, cuando ve que no puedo contestarle.

Es el primero que tiene las agallas suficientes para enfrentarse a mis labios, a unos labios que podrían decirle que su hora ha llegado y, por eso, contengo otro gemido ahogado y me separo unos centímetros.

—Joder... —se queja cuando ve que me alejo.

Quizás ya sabe que es la primera vez que alguien se atreve a besarme o al menos lo sospecha por cómo se inclina para mirarme con una disculpa en su atractivo semblante, por cómo se vuelve a tapar con la sábana para ocultar su erección o por cómo me tapa a mí también.

Una vez más, mi maldición se interpone en mi vida para impedir que pueda ser normal.

—Dante... —Quiero explicarle que me he asustado, pero que la sensación ya está desapareciendo. Debería tocarlo un segundo para comprobar si está en peligro, así que mis dedos se acercan a su mejilla y suspiro con alivio al no sentir nada más que su piel.

Se levanta y se pone los vaqueros como si estuviéramos en un incendio y tuviéramos que salir corriendo.

—Perdóname, te lo suplico. Soy un gilipollas.

—¿Cómo? —musito. Nada de lo que ha sucedido ha sido culpa suya. Soy yo, que estoy maldita. Es mi don, mi maldito don.

—Creo que todo lo que estás viviendo te está confundiendo y... No tendría que haberme aprovechado de la situación —me asegura con una mirada de disculpa, como si hubiera hecho algo malo—. Pero estabas ahí, tan cerca, tan preciosa... y no lo he podido evitar...

—¿Por qué estás reaccionando así? —me atrevo a preguntarle, encontrando de nuevo la voz. ¿Por qué se disculpa? ¿Por qué se avergüenza de lo que acaba de pasar? ¡Si he sido yo quién lo ha besado!

Será que he sido un desastre, pienso de repente, como si me cayera un jarro de agua fría. Será que no le ha gustado besarme y ahora intenta poner distancia entre nosotros sin hacerme daño.

—Porque soy un cabrón, joder —maldice—. ¿Cómo se me ocurre aprovecharme de la situación? ¡Mírate! ¡Estás confundida!

—Dante —intervengo, con la boca reseca—, no has hecho nada malo. De hecho, he sido yo quien... Pero ha sido...

Suspira hondo y se sienta en el borde de la cama. Iba a decir que ha sido maravilloso, dejando a un lado que me he asustado al sentir *eso*, pero un gruñido y una nueva mirada tras sus ojos me detiene.

—No soy el chico que estás buscando, Nora. De hecho, soy el peor que puedas encontrar —

suelta, revolviéndose la mata de pelo castaño como si tuviera piojos.

—Creo que no eres tú el que...

—Soy el peor, te lo aseguro —dice con una sonrisa triste—. Si supieras cómo soy en realidad...

Le diría que no, que es el mejor... Al menos para mí. Pero no puedo decírselo. No puedo porque sonaría ridículo. Para él, con incontables besos tras sus espaldas, este beso no habrá significado nada, pero para mí ha sido el primero y, para bien o para mal, lo guardaré con celo en mi corazón.

—Oye, Dante, de verdad que no tienes que...

—Nora, en serio —me interrumpe—. No soy de esos... Solo busco..., no sé, pasar el rato. Ya me entiendes. Y tú no pareces así. Tú eres una chica dulce y preciosa que se merece a alguien igual a su lado.

—¿Por qué insistes? Me ha quedado claro; no te preocupes —consigo decir con toda la seguridad que encuentro en mi interior, que ahora mismo es poca. ¿Por qué está reaccionando así? ¿Acaso todo el mundo reacciona así tras un beso? No lo creo. Vale que no le haya gustado, pero duele comprobar que la distancia que está marcando es definitiva. No solo no le ha gustado, sino que además insiste en que no puede haber nada entre nosotros—. No te preocupes —repito— que no se volverá a repetir.

—No te mereces que me aproveche de ti —añade con una mueca en la cara, sin escucharme. Es como si estuviera manteniendo un diálogo consigo mismo, como si no le importara lo que tengo que decirle—. ¿Cómo he podido?

—Pero... —No doy crédito a lo que estoy oyendo—. Dante, por favor, déjalo ya... He sido yo quién te ha besado —aclaro, dejando a un lado mi timidez— y he sido yo quién lo ha fastidiado todo, pero tú eres... Tú eres...

¡Dilo de una vez, Nora! ¡Díselo!

—No hace falta que intentes hacerme sentir mejor... Joder, es que soy... Si en realidad yo no te gusto. Si me conocieras de verdad no te gustaría...

¡Pero bueno! ¡Sabrá él lo que me gusta o me deja de gustar!

—No pongas palabras en mi boca, por favor —le pido, controlando las ganas de tirarle un cojín a los ojos. He pasado del cielo al infierno en unos minutos y no sé cómo ha ocurrido. Bueno, sí que lo sé. Han sido los nervios que me han traicionado.

—No me voy a aprovechar de la situación —sentencia, casi como si necesitara escucharlo de sus propios labios para creérselo—. No soy tan cabrón, Nora, aunque ahora mismo pienses lo contrario.

Se levanta y desaparece por la puerta.

Pasa un buen rato hasta que me decido a salir de la cama. Voy hasta el baño y compruebo que mis mejillas siguen enrojecidas a causa de la excitación y de la vergüenza.

Claro que ha notado que soy una novata en toda regla y, después, para no hacerme sentir mal, ha

empezado a poner excusas tontas sobre su persona.

Pero así y con todo, y a pesar de mi nula experiencia en estos lares, sé identificar un rechazo en toda regla.

Capítulo 25

Salgo a la calle descalzo y cojo la pala que tengo apoyada sobre la entrada. Necesito que el frío me cale hasta el alma. Necesito el esfuerzo físico que supone llenar la pala de nieve para que mi erección desaparezca.

¿Cómo he podido? ¿Cómo me he permitido sucumbir a sus labios de esa forma tan ruin?

Voy despejando la nieve de la entrada mientras recuerdo que esa mirada ya la he visto antes. Demasiadas veces, pienso con una mueca de esfuerzo. La he visto en cada chica que, tras enterrarme en su interior, creí olvidar. Me temo que son muchas más de las que pueda contar con los dedos de las manos y, ahora, años después, me arrepiento tanto que no soy capaz de contemplar mi reflejo en el espejo más de dos segundos seguidos.

Esa mirada inocente y limpia, como si yo fuera alguien que no soy. Esa súplica de que sea mejor. O no mejor, pero sí distinto, esperando que mis atenciones sean debidas a un sentimiento profundo en vez de a la más baja de las necesidades humanas.

¿Cómo le dices a esa chica, de la cual ni siquiera conoces su nombre y que ni siquiera te importa porque cuando hayas eyaculado todo habrá acabado, que no significa nada para ti?

Ese fui yo hace tiempo y ahora me da miedo comprobar que ese Dante sigue aquí, conmigo.

Y ahora... Nora. Con esa mirada que me lo exige todo y nada al mismo tiempo, removiendo mis recuerdos y llevándome a la época en la que era feliz, cuando las chicas me decían que era dulce, cariñoso y atento. Creo que no mentían, porque en ese momento aún no se había despertado la bestia que habita en mí, no del todo, al menos.

Nora me mira como si fuera bueno y eso es lo que me está partiendo el alma. Y cuando me ha besado... Joder. No lo he podido evitar. Cuando sus labios han tocado los míos, he explotado por dentro. Habría seguido hasta el final si no fuera porque ha comenzado a temblar, como si tuviera miedo. Miedo de mí. Y esa sensación se ha ido extendiendo lentamente por mi cuerpo hasta que he comprendido que está asustada.

Y confundida.

Y por eso me ha besado.

¿Qué pasará cuando descubra quién soy? Porque, en cuanto cese la nevada, lo hará; cuando Nora se entere de quién soy, me odiará y se odiará a sí misma si no soy lo suficientemente fuerte para impedir que comentamos el peor de los errores.

Si no se lo impido, llegará el día en el que se sentirá tan sucia como me siento yo por haber entregado su cuerpo a un monstruo sin corazón.

Capítulo 26

Ya estamos otra vez en la parroquia, sentados uno al lado del otro.

—¿Recuerdas lo que te he dicho antes? —me susurra al oído.

Me echo un poco para atrás en el duro banco para ganar distancia entre nuestros labios y sonrío con ironía impostada porque en realidad me siento avergonzada y humillada a partes iguales.

—Antes has dicho muchas cosas.

Deja caer los párpados con cansancio y se cruje los nudillos. Aprovecho para frotarme los ojos porque, aunque no lo quiera reconocer, estoy muy cansada, y no solo físicamente; estoy agotada en todos los sentidos. Es que, de verdad, para un chico al que me atrevo a besar y va y me deja claro que no quiere nada incluso antes de que suceda algo entre nosotros.

—Nora, por favor...

Como no le contesto, se levanta del banco y se aleja por el pasillo central en dirección a Ignacio.

«Eso, vete con tu amiguito de cien años», pienso con rencor y con algo parecido al autodescubrimiento porque estoy excavando en mi interior y estoy recuperando partes de mí misma que se habían fosilizado desde hacía mucho tiempo. Supongo que ese beso ha sido el detonador para que todos esos sentimientos que había escondido salgan a la luz de nuevo, como cuando me enamoré de uno de mis compañeros de clase y se burló de mí delante de todos los demás o como cuando reconocí a mis padres mi pequeño don y no tardaron en contárselo a todo el mundo, supuestamente para «ayudarme».

Me estoy reencontrando con la verdadera Nora, con esa que no lucha por ocultar constantemente sus emociones y no sé si me gusta el cambio porque no todas las emociones que albergo son buenas... Me temo que son demasiados años soportando el rechazo de los demás.

Pero sé que no es el momento para dejarme llevar por mis impulsos, así que miro a mi alrededor y me concentro en lo que tengo que hacer. Claro que sé a qué se refería Dante hace unos minutos: tengo que tocarlos a todos para descubrir quién es el siguiente en morir. Así que me levanto con desgana y me acerco hasta la mujer del panadero. Está sola, de manera que es la oportunidad perfecta.

—Buenas tardes —saludo con una sonrisa. Por supuesto no me devuelve el gesto; no vaya a ser que se le caigan los dientes si permite que entren en contacto con el aire—. Pues nada, yo me voy

a sentar aquí un ratito, que me duelen las piernas... —Y planto el trasero a su lado. La malnacida se corre un poquito para la izquierda y sigue con sus agujas de punto. Creo que está haciendo unos patucos para su futuro bebé unicejo. Eso si la menopausia le da tregua, claro.

«Venga Nora —me digo, luchando contra el impulso de salir corriendo de aquí—. Levanta la mano y tócala; no creo que tenga ninguna enfermedad de transmisión sexual y, si así fuera, no creo que te la vaya a pegar si la tocas un segundo».

—¡Qué bufanda más mona! —exclamo, poniendo mi mano sobre la suya como si quisiera tocar las agujas. Cierro los ojos, frunzo el ceño porque sigue sin gustarme el contacto físico con los demás y me concentro. Nada. No siento nada.

«Te has salvado... por ahora», pienso mientras retiro la mano.

—No me toques, asesina —me dice con rabia.

Me levanto mordiéndome la lengua con saña. Voy hasta mi querido cura. Está en el altar, parece que preparando la misa funeraria. Me acerco despacio mientras seca un candelabro con un pañuelo mugriento.

—Buenas tardes —saludo, colocándome a su lado. Veo que una de las páginas de la Biblia está algo arrugada en la esquina, así que la intento alisar mientras le sonrío—. Ya está —digo dando una palmadita en la cubierta de cuero.

—¿Qué haces? ¿No ves que la tenía marcada? —suelta enfadado.

«Vaya por Dios... —pienso poniendo los ojos en blanco—. Es que no acierto ni una...».

—Perdone.

—Baja ahora mismo del altar; no es lugar para alguien como tú.

—Disculpe, pero todos somos iguales ante los ojos de...

—¡Que te bajes!

Voy a seguir sus órdenes cuando finjo un estremecimiento y me señalo la pierna derecha.

—¿Me puede ayudar con el escalón? Es que temo caerme y pringar todo el santo suelo con mi sangre impura...

Me tiende una mano con una expresión de fastidio en su arrugado rostro. Cierro los ojos y me concentro de nuevo. Nada, otro que se salva por ahora.

Lo suelto antes de bajar y me limpio en el abrigo de Dante. Tiene la palma pringosa. Me la huelo un momento y creo percibir un ligero olor a vino tinto.

«Ay, señor cura... Que la misa es por la tarde...», pienso mientras me giro para lanzarle una miradita y lo pillo dando un buen trago a una copa de vino dorada más grande de lo normal.

Busco con la mirada a la siguiente persona a la que acercarme cuando veo que Dante camina hacia mí con un bocadillo en la mano. Me lo tienden con una mueca de disculpa en el rostro sin decir ni una sola palabra. Parece que lo que ha pasado entre sus sábanas no lo podremos olvidar tan fácilmente, me temo.

—Muchas gracias —digo mientras lo cojo. Es de panceta. Lo desenvuelvo rápido y le pego el primer mordisco sin pensar.

—¡A comer a la calle! —grita el cura a nuestras espaldas.

Salimos bajo la ventisca de nieve y me pongo la capucha con el bocadillo entre los dientes.

—¿Has descubierto algo? —me pregunta con la boca llena. Se nota que ambos estamos hambrientos, porque yo tampoco puedo dejar de comer. O quizás necesitemos tener algo entre los labios que impida que hablemos más de lo estrictamente necesario.

—No, pero solo he tocado a dos —respondo después de tragar el último bocado. No me atrevo a mirarlo a los ojos y parece que él tampoco quiere enfrentarse a mi mirada.

—Voy a ir un momento con Ignacio a casa de Fuencisla, a ver si encuentro algo —me informa, contemplando el cielo—. Parece que no va a parar de nevar nunca...

Ahora hemos pasado a hablar del tiempo como si fuéramos dos desconocidos que tienen que compartir momentáneamente su tiempo.

—Yo me quedaré para tocarlos a todos —respondo mientras acallo otras palabras bien distintas. Palabras como «no me dejes sola», o «vuelve a ser el Dantes de antes».

No me da tiempo a encontrar las agallas para pronunciarlas, porque la puerta se abre e Ignacio se une a nosotros.

—Muchacho, ¿salimos ya?

Dante asiente y me coge un momento de la manga del abrigo

—Ten cuidado —me pide—. Regreso enseguida —dice tras unos segundos de silencio, como si aún necesitara recordarme que está aquí, que no estoy sola.

—Vale —respondo aliviada.

—Deja de mirarme así que no te voy a volver a besar —suelta con una mirada que no soy capaz de descifrar, aprovechando que su amigo centenario ha salido de avanzadilla.

Entrecierro los ojos, enfadada. ¡Será cretino!

Entro y doy tal portazo a la puerta de madera antigua que todos los vecinos se giran para mirarme.

—Ha sido el viento...

Corro hasta el banco más alejado, y suspiro.

—¿Dónde has dejado a Dante? —pregunta la madre del loco. Viene sola a saber dónde está Pablo—. ¿Ya has confesado tus crímenes? Mira que estás ante los ojos de Dios...

No me ando con rodeos. Le planto la mano en la pierna e intento comprobar si mi don acude de nuevo a mí. Y, de repente, con una mezcla de horror y alivio (porque acabo de encontrar lo que estaba buscando), me hormiguea la punta de la nariz, se me seca la boca... y huelo a muerte. Abro los ojos y observo los suyos con detenimiento hasta que retira la pierna y la sensación se desvanece tan rápido como ha llegado.

Ella es la siguiente en morir.

—¿Qué haces? Deja de mirarme con esa cara de trastornada —suelta despreocupada como si su vida no acabara de comenzar una cuenta atrás de cuarenta y ocho horas—. Ya te he avisado de que Dante no es para ti.

—¿Por qué lo repite todo el rato? Ya me quedó claro la primera vez que lo dijo.

—Tienes los labios hinchados, no lo niegues.

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo —respondo pensando a mil por hora qué hacer para evitar la muerte de esta mujer tan insufrible.

—Deja a la chiquilla tranquila —dice alguien a nuestras espaldas. Me giro y veo a la «ancianísima», apoyada en su bastón. Se acerca despacio y se sienta en el banco de atrás—. Creo que Pablito te está buscando.

La madre del loco se levanta muy digna y se va por donde ha venido. Se lo tengo que contar a Dante en cuanto regrese con Ignacio; no podemos permitir que muera.

—Gracias por defenderme. ¿Cómo se llama?

—Todos me conocen como Fina, pero en realidad me llamo Josefa —responde con el ojo a la virulé mirando a Cuenca. Esta mujer me cae bien; creo que es la única con sentido común en cien kilómetros a la redonda.

—Josefa... —empiezo a decir mientras pienso cómo abordar el tema—. ¿Quién cree usted que es el asesino?

Sus labios se alzan en una sonrisa triste, de esas que han visto demasiadas cosas, de esas que saben que lo único que nos queda es sonreír a la vida porque lo malo llegará igual. De esas que han vivido tanto que cualquier problema, por muy grande que sea, ya se ve con la relatividad que solo el tiempo y la convicción de una muerte segura y cercana pueden dar.

—Yo sé quién es; no lo creo, muchacha.

—Si lo dice, quizás podamos parar toda esta locura —suelto mientras me giro en el banco hacia ella.

—Esto no es una locura; esto es una venganza. Y bien sabe Dios que nos la merecemos. Todos nosotros.

Un escalofrío me recorre la espalda y toda la piel se me pone de gallina.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que han hecho?

—Unos hicieron... —susurra despacio—. Y otros callamos. Pero todos somos culpables porque nadie consiguió impedirlo.

—¿El qué? —vuelvo a preguntar levantando la voz.

Niega con la cabeza y se vuelve a secar los ojos con el pañuelo.

—Callé antes y lo volveré a hacer ahora, chiquilla. Soy leal a este pueblo y lo seré hasta que llegue mi día —asegura decidida—. No tenemos salvación posible porque el espíritu que vaga por La Condesa reclamará su venganza y no descansará hasta que todos estemos muertos. Solo rezo para que todo esto termine cuanto antes y podamos pagar por nuestros pecados sin sufrir más.

Me levanto del banco temblando y le doy una suave palmadita en el brazo a modo de despedida cariñosa. Parece que a esta pobre mujer le está afectando demasiado la situación tan horrible que estamos viviendo.

—No tendrías que haber venido. Aún estás a tiempo de huir —me susurra.

—Ya... Pero no puedo irme sin encontrar a mi amiga.

—La única que tenía que venir era tu amiga, no tú —dice de repente.

Me quedo un segundo petrificada. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—¿Cómo?

—No deberías haber puesto un pie en estas tierras malditas —asegura con la mirada perdida. Enfoca de nuevo y me atraviesa con ella—. Espero que no pagues por nuestros pecados.

La puerta se abre y aparece Dante. No me lo pienso; correteo hasta llegar a su lado y tiro de su brazo hacia la salida. Aún tengo que hablar con la viejecilla, pero no puedo esperar para contarle lo de la madre del loco.

—¿Qué pasa?

En cuanto estamos fuera le empujo sobre la pared de piedra.

—¡Tenemos que salvarla! —exclamo, nerviosa—. Vale que está siendo muy desagradable conmigo, pero...

—Para un poco porque no me estoy enterando de nada —me pide. Frota un guante sobre otro para quitarse la nieve que se le ha quedado pegada y frunce el ceño—. ¿Qué has descubierto?

Tomo aire con fuerza y siento que la nariz se me congela. El olor a nieve y frío es algo tan real, pero tan difícil de recordar que cada vez que lo aspiras es como si lo hicieras por primera vez.

—La madre del loco va a morir —explico atropelladamente mientras miro el vaho que sale de mi boca en cada palabra.

—Tenemos que acabar con esto como sea —suelta tan enfadado que veo el pulso de su cuello—. Antes de que sea demasiado tarde, si no lo es ya.

Me muerdo el labio y asiento despacio, girando el cuello y observándolos a todos a través de la ventana.

Mi amiga anciana conversa tranquila con la mujer del panadero, la cual sigue con sus agujas de tejer dale que dale. El cura está en lo alto preparando el sepelio con una minuciosidad y con unos movimientos tan lentos que me pone la piel de gallina; casi parece que coloca las cosas de manera que no tenga que repetir el proceso mañana cuando un nuevo cadáver amanezca destrozado. La madre de Pablo sujeta la mano de su hijo con fuerza y protección, seguro que temiendo que siga siendo el sospechoso, y unos cuantos más deambulan entre los bancos.

El panadero, su mujer, el cura, la anciana, el loco y su madre, el tabernero... ¿Quién es? De entre todos ellos, ¿quién está cercenando la vida de sus vecinos con una disposición tan fría y calculada que se me remueve el estómago? ¿Y Olivia? ¿Dónde está? Porque tengo la sensación de que, aunque levantara todo el pueblo de sus cimientos y lo diera la vuelta como cuando buscas algo en un bolsillo, ni siquiera así la encontraría.

—Vamos para dentro que estás tiritando.

Pone una mano en mi espalda y me indica el camino de vuelta al infierno.

Un fuerte olor a incienso me golpea las fosas nasales en cuanto entramos. Levanto la mirada y veo al cura enajenado, moviendo una especie de bola de metal con agujeros. La zarandea de un

lado a otro gracias a una cadena y el objeto va desprendiendo incienso y humo como si esto fuera la fumata blanca del papa.

—¡Regocijaos! ¡Regocijaos y sentid la limpieza del alma! —grita como si alguno de los presentes estuviéramos disfrutando del espectáculo. Miro a ambos lados y todos, sin excepción, están alucinando—. ¡No temáis, hijos míos, porque Dios nuestro Señor nos librará de todo mal! ¡Nos salvará del fuego del Infierno! ¡Nos...!

—Menudo pedal lleva encima —susurra Dante a mi lado.

Agudizo la mirada y lo observo con detenimiento. Es verdad. Va más borracho que una cuba. Deja de gritar porque se tropieza con la sotana y se cae del altar de boca contra el suelo. Todos los feligreses acuden corriendo en su rescate, bueno, debido a que la media de edad de este pueblo roza los cien años..., corriendo, corriendo, no van precisamente.

Lo alzan con claras dificultades mientras el pobre hombre se pone a llorar.

—¡Estamos condenados! ¡Condenados!

El ruido se vuelve ensordecer. Todos gritan, se alborotan, se santiguan y se increpan.

—¡Fue idea tuya! —grita uno.

—¡Y tuya! —rebate otro.

—¡Yo no hice nada! —suelta Ignacio, enrojecido por la ira.

Los movimientos de los aldeanos se me antojan torpes y atropellados, y siento que una ola de histeria colectiva se comienza a instalar a nuestro alrededor. Nunca me han gustado demasiado las multitudes, y menos si pierden el sentido común individual y lo reemplazan por una locura unificada.

Me tapo los oídos con las manos y me encojo. Dante me atrapa entre sus brazos y dejo que me proteja del caos.

—Tengo miedo —le susurro con la cabeza escondida entre los pliegues de su abrigo.

De repente, la mujer del panadero levanta una mano y me señala con las agujas de tejer, como si quisiera atravesarme con ellas.

—¡Dejad de discutir y acabemos con esto de una vez! ¡Ella y su amiga pelirroja son las asesinas! ¡Asesina! —ruge llena de odio, con los ojos inflamados por la rabia.

¿Pero qué le he hecho yo a estos paletos?

—¡Cállate! —grito sin saber de dónde me sale la voz—. ¡A ver si voy a tener que contar con quién...!

Dante me tapa la boca con la mano y su pecho se hincha para coger aire.

—¡Basta ya! ¡Basta!

El populacho se detiene y nos miran con odio. Trago saliva. Se acabó. Me lapidarán con el pan duro que le sobra cada día al panadero, con ese que va dejando de vender cada vez que uno de sus escasos clientes fallece.

—Muchacho —suelta el tabernero—, aléjate de ella; no vaya a ser que al final tú también acabes siendo uno de los sospechosos.

Regresan los gritos, los insultos, las amenazas no tan veladas que se desprenden de sus ojillos arrugados y secos. Pero Dante no se separa, al contrario, me aprieta tanto contra su pecho que, por un momento, pienso que me va a romper una costilla.

—Nora no es la asesina —declara con la voz rota y gutural—. El asesino está aquí, entre nosotros. Así que dejaos de tanta tontería y confesad de una puta vez.

Todos se miran entre sí, buscando algún indicio de culpabilidad en el rostro del de al lado. El recelo se respira con cada bocanada de aire que doy y se mezcla con el tufo a incienso. Sé que esto va a ir a peor con cada nueva víctima. El caos, que ya ha comenzado, irá creciendo y creciendo hasta que no quede nada que salvar.

¿Debería alertar a la siguiente víctima ahora que hay tiempo? No. No puedo hacerlo. Nunca he sido capaz de develar el cruel destino a la persona en cuestión, no me parece bien. Porque siempre, en cada una de las veces en las que he sentido la carga con la que he nacido, he pensado si yo querría saberlo y la respuesta siempre ha sido un no tan rotundo que la verdad se me atasca en la garganta y me asfixia lentamente.

—¡Asesina! ¡Asesina! —grita de nuevo la mujer del panadero. Empiezo a pensar que ha sido un terrible error dejarle claro que sé lo suyo con el unicejo porque ahora tiene un motivo de peso para acusarme, que me lapiden o me quemén, y así enterrar junto con mis huesos calcinados su vergonzoso secreto.

La madre de Pablo se une a sus gritos encolerizados. Y la siguen más y más vecinos. Solo escucho insultos y palabras sin sentido.

—¡Hay que acabar con ella y con su amiga! —suelta la madre de Pablo.

—¡Esto ha comenzado cuando pisasteis el pueblo! —ruge otro—. ¡Asesinas!

Veo que Ignacio intenta calmar los ánimos, pero uno de los viejos lo empuja y lo aparta. Busco al cura, a ver si pone un poco de orden, pero le encuentro apoyado en el altar gritando cosas inconexas, con la cara roja y escupiendo saliva cada vez que abre la boca.

Dante y yo damos dos pasos hacia atrás y otros dos más cuando vemos que se unen en el pasillo central con todos los ojos puestos en mi persona.

—¡Atraparla! ¡Hay que encerrarla! —grita la mujer del panadero.

Le lanzo una mirada a Dante y creo que ve pánico en mis ojos porque tira de mi brazo con una rapidez sorprendente y me empuja a través de la puerta de la entrada.

Salimos de nuevo a la tormenta de nieve.

—¡Corre! ¡Corre! —me grita con su mano asida a la mía. Va dando grandes zancadas en la nieve que yo intento igualar sin éxito—. ¡Corre, Nora!

Capítulo 27

Atravesamos el pueblo mientras el viento me corta las mejillas y me cuartea los labios. Apenas puedo respirar porque la nariz se me tapona y, cuando abro la boca, unos endemoniados copos de nieve se me pegan en los labios y amenazan con ahogarme.

—¡Espera un momento! —le suplico cuando las piernas no me responden. A pesar de ir abrigada, las botas que llevo me quedan grandes y me pesan demasiado, al igual que el abrigo.

Nos detenemos en una esquina y me apoyo en la fría piedra gris de una de las casas. Recupero el aliento y me apoyo en las rodillas. Las sienes me palpitan y el corazón bombea frenético en mi pecho.

—Dante... —empiezo a decir buscando aire—. No tenemos dónde escondernos...

Me tiende su mano enfundada en el guante.

—Vamos, tengo una idea.

Escucho las voces del pueblo enajenado muy cerca. Lo que me falta es que enciendan unas antorchas y porten consigo las azadas y rastrillas.

—¿Dónde vamos?

—A la casa de la viuda —dice con una nube de vaho a su alrededor. Los copos de nieve le han empapado el pelo y varios mechones descansan sobre su frente como si acabara de salir de la piscina. Se va limpiando la frente cada pocos segundos con movimientos distraídos—. Nos buscarán por todo el pueblo antes de pensar que he entrado en esa casa.

—¿Por qué? —pregunto mientras la nieve engulle mis pesadas botas con cada dificultoso paso que doy.

Una rápida y triste sonrisa cruza su semblante un segundo.

—Porque mi padre y ella tuvieron una aventura. Y todos en este maldito pueblo saben que la odiaba por ello.

—Pues si quieres podemos ir a...

Me callo porque no tengo ni la más remota de idea de dónde podríamos escondernos.

—No te preocupes, ya no la odio.

—¿Por qué?

—Porque está muerta —responde sin mirarme a la cara, andando hacia delante, tirando de mi mano como si pudiera seguir sus rápidos pasos sin tropezar cada dos segundos.

Atravesamos el cementerio, por suerte desierto, y continuamos avanzando. Tenemos que pasar por una pequeña arboleda y un camino que cruza una parte del bosque para llegar hasta el hogar de la difunta. A través de la nieve y del viento levanto la mirada un segundo para contemplar la casa. Utilizo el guante como protegerme los ojos y me estremezco al pensar lo que ocurrió hace pocas horas en su interior. Miro a mis espaldas un segundo y veo nuestras profundas pisadas en la nieve. Es la primera vez desde que estoy en este pueblo que rezo para que la nieve caiga rápido y las tape.

Sigo a Dante a través de la verja, cruzamos un patio tapado por un niveo manto blanco y llegamos hasta la puerta principal. Mi acompañante comprueba con un suspiro de alivio que la puerta está abierta.

Asoma la cabeza en el interior, supongo que para comprobar que no hay nadie, y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Las damas primero —dice. Le regalaría una sonrisa como agradecimiento por salvarme de los locos del pueblo si no fuera porque estoy asustada.

Nada más entrar en el pasillo me maravillo de lo que veo a mi alrededor. Es una verdadera mansión camuflada en este maldito pueblo. El suelo parece mármol y brilla con cada paso que doy. Las paredes me recuerdan a las típicas mansiones victorianas, con molduras hasta la mitad y después papel pintado. Retratos al óleo enmarcados en dorado, espejos de cuerpo entero con marcos recargados y de los que parecen que pesan más de una tonelada.

—Dante... —susurro mientras camino embobada por todo el lujo que se respira alrededor. Miro al techo y varias lámparas de araña me saludan desde arriba—. Esto es precioso...

Lo siento en mi espalda. Refunfuña y resopla.

—Lo que ves no son más que las cosas que iba robando a sus difuntos esposos —suelta claramente incómodo mientras cierra la puerta. Empuja un pesado armario de medio cuerpo y lo coloca justo delante de la entrada—. Es una fortuna hecha a fuerza de cadáveres.

Me quito el abrigo, los guantes y el gorro. Se nota que las gruesas paredes de piedra de esta casa hacen su función, porque, a pesar de que no hay ninguna chimenea encendida, la temperatura no llega a ser incómoda.

—Dante...

—¿Qué? —me responde sin prestarme mucha atención. Está cerrando los postigos de las ventanas y bajando las persianas del recibidor.

—¿Dónde...? ¿Dónde la encontraron?

—En la cocina. La primera puerta a tu derecha.

Pego un respingo porque la tengo justo al lado. Me abrazo el cuerpo y me pongo a temblar. Ya no me gusta esta casa; me dan igual lo dorado y brillantes que sean sus marcos.

Miro a mi alrededor desde otra perspectiva menos positiva e inocente. En pocas horas se hará de noche. La tormenta apenas deja traspasar unos débiles rayos de sol, que Dante va haciendo desaparecer con cada persiana que baja. Los dientes me castañean. Un dulce olor a perfume

femenino se desprende de cada rincón. Y me atormenta pensar que poco a poco el distintivo aroma de la viuda irá desapareciendo hasta que llegue un día que su paso por este mundo se reduzca a unas cuantas joyas vendidas al mejor postor y un montón de trastos viejos apilados en la calle cuando alguien habite esta casa y decida darle vida de nuevo.

—Nora.

Pego un respingo cuando me sorprende por la espalda. Me giro y veo que también se ha deshecho del abrigo y de los guantes. Doy un paso atrás cuando también puedo aspirar su particular fragancia.

—Vamos a buscar un sitio donde escondernos.

Y dicho eso, me coge de la mano y me lleva escaleras arriba. Abre la primera puerta y nos encontramos con una cama de matrimonio. Poco a poco la escasa y grisácea luz que ilumina la estancia va desapareciendo cuando cierra los postigos. Se sienta en la cama y da varios toquitos a la colcha con la mano abierta, diciéndome que me siente a su lado.

—No pretenderás que... —Pero me callo. Le iba a decir que es él quien no quiere estar cerca de mí cuando hunde la cabeza entre las piernas y se viene abajo.

—Esto es un desastre... —se lamenta—. Lo voy a perder todo... Tanto esfuerzo para nada.

Atravieso la habitación y me siento junto a él. El colchón se hunde un poco bajo mi peso. Aunque no estoy acostumbrada a tocar a otras personas, levanto la mano y la pongo en su espalda sin pensármelo dos veces. Con él es al contrario que con el resto de la humanidad: cuanto más cerca estoy, mejor me siento.

—Tarde o temprano el asesino será descubierto, y todo volverá a la normalidad, ya lo verás —susurro, intentando creer mis propias palabras.

—¿Te crees que alguien volverá a alojarse en mi albergue cuando esta mierda salga a la luz? ¡Pero si ni siquiera somos capaces de encontrar a tu amiga!

—Ya sé que no estamos solucionando nada, pero...

Mantenemos la mirada un momento y me derrumbo.

Dios santo... Olivia. ¿Dónde estás? Quizás ya estás muerta...

Me sobreviene un ataque de pánico. Los he tenido otras veces y lo cierto es que ya estaba tardando en llegar. De repente es como si no me entrara oxígeno en los pulmones, empiezo a verlo todo desenfocado y el corazón me late tan deprisa que parece que me va a dar un ataque al corazón.

—¿Nora? ¿Estás bien? —me pregunta cuando se da cuenta de que respiro entrecortadamente.

—No... No puedo respirar —consigo decir con la mano en el pecho. La garganta se me cierra y el aire se vuelve tan denso que soy incapaz de atraparlo.

—Tranquila. —Se pone de rodillas en el suelo frente a mí y me acaricia los muslos como si quisiera trasladarme su calor.

—No puedo. No puedo —gimoteo con las manos temblorosas y una opresión en el pecho que parece que me va a partir en dos.

Mi vista se empieza a desenfocar. Casi no escucho lo que me está diciendo. Pero alejo la mirada de mis atemorizados dedos y encuentro sus ojos. Su expresión es tan tierna que empiezo a sentir que mi pecho ya no ejerce tanta presión.

—Respira... —susurra tan cerca de mi rostro que su aliento me acaricia las mejillas. Se humedece los labios un momento y me sonrío. A pesar de la oscuridad que nos rodea, es como si alguien hubiera encendido una pequeña vela sobre su rostro, porque una luz muy cálida refulge en su expresión y me ilumina.

Hago lo que me pide y, poco a poco, me voy calmando. En algún momento tengo que apartar la mirada. Empiezo a comprender que mi corazón, al que siempre he intentado proteger y que he descuidado estos días al tener cosas más importantes en las que pensar, al que siempre he acallado y controlado..., ahora late con más intensidad que nunca exigiendo que le escuche.

«Por favor, Nora —me reprendo mentalmente—. No te enamores de él...».

«Demasiado tarde», dice otra vocecita en mi interior.

Cierro los ojos y tomo aire. Sus manos siguen acariciando mis piernas, pero lo que en un principio parecía un mero gesto tranquilizador se torna de repente en algo más intenso. Aprieta un poco sus dedos contra mi carne y escucho su respiración. El movimiento de sus manos se detiene, pero las deja sobre mis muslos, sujetándolos con fuerza. Suelta un jadeo. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, que, insistentes, parece que buscan algo que ni siquiera él mismo quiere darme.

—Nora...

El aire se vuelve denso de nuevo. Inalcanzable. Contengo el aliento y lo veo suspirar. Y, como si estuviera sumida en un trance, acerco mi rostro al suyo y busco en sus labios ese oxígeno que parece que ya no puedo conseguir por mí misma.

En el momento en que mis labios rozan los suyos, su cuerpo entero se pone en tensión y se incorpora un poco. Libera mis piernas para sujetar mi rostro; al principio, envolviéndolo con ternura, para después atraparlo entre sus grandes manos y guiar mis labios a su antojo.

Su lengua busca la mía con desesperación y, cuando se encuentran, algo en mi interior explota y se convulsiona.

Tira de mí hacia arriba sin que nuestras bocas se separen. Nos podemos de pie y se inclina un poco para salvar la diferencia de altura. Alzo mis brazos y agarro su espalda encorvada hacia mí. Mis dedos aprietan sus hombros y, de repente, me alza en vilo y me tumba sobre la cama despacio.

—Deberíamos parar... —dice con su cuerpo aprisionando el mío. La mano derecha aguanta todo su peso, mientras que la izquierda comienza una expedición que acaba en mi cintura.

—No.

Responde a mis besos con más fiereza. Atrás quedan los besos tiernos y delicados, dando paso a otros más profundos, donde su lengua arrasa con mi interior.

Jadeo sobre su boca mientras mis dedos recorren su cuerpo. Introduzco las manos bajo su jersey de lana y acaricio su vientre duro, su ombligo; subo un poco más y llego hasta su pecho.

Toda la piel se le pone de gallina cuando llego sus pezones y, mientras, él me imita y busca el sujetador bajo mi ropa.

Pero, de repente, unos golpes en la puerta de la planta baja nos sobresaltan.

—Mierda —masculla con sus labios rozando los míos.

—Nuestras pisadas los habrán traído hasta aquí —murmuro, abriendo los ojos.

Se incorpora y se asoma a la ventana.

—Nora, levántate. Tenemos compañía.

Hago lo que me dice y bajamos las escaleras despacio.

—¡Dante! ¡Sabemos que estáis ahí! —grita alguien desde el otro lado de la puerta.

Esto es una pesadilla.

—Dante... —susurro.

El primer golpe llega sin previo aviso. La puerta protesta bajo sus goznes y corro a taparme los oídos.

—Malditos locos... —dice mientras escondo la cara en su grueso jersey.

Otro golpe seguido de más gritos.

—¡Entrégnos a la forastera, Dante! ¡No le vamos a hacer nada! —ruge otro.

Delante de la puerta hay un mueble de madera que les cortaría el paso en caso de que consiguieran abrirla. De todas formas, no me quiero quedar aquí para ver qué pasa.

—¿Hay alguna puerta trasera por donde podamos huir?

Niega en silencio mientras la vena de su cuello palpita.

—¿Alguna ventana? —insisto, más aún cuando otro golpe retumba hasta en el mueble.

Tira de mi mano escaleras arriba de nuevo. Me lleva a otra habitación y, sin entender lo que está haciendo, abre la ventana de par en par y saca la cabeza, poniéndose a la vista de todos sus vecinos.

—¡Largaos! —grita.

—¡Muchacho! ¿Dónde está la chica? —pregunta Ignacio, su único amigo en el pueblo.

Hago de tripas corazón y me acerco. El corazón se me para un momento cuando veo a todo el pueblo frente a la casa, listos para atacar.

—¡Ahí está! —grita la mujer del panadero—. ¡Asesina!

Se unen varios espontáneos más y, cuando me quiero dar cuenta, el pueblo ruge de nuevo como una única voz desentonada.

Me defendería, pero por lo poco que los conozco sé que sería malgastar saliva, así que me quedo mirándolos con los ojos entrecerrados a causa del viento helado y con algunos mechones golpeándome el rostro. Alzo la mirada y el cielo me devuelve una estampa desoladora; tan encapotado que ya no hay luz que lo consiga atravesar. Se avecina tormenta y solo espero estar a cubierto cuando llegue.

—Si no os calmáis, no saldremos —les avisa Dante, a mi lado—. Si nos prometéis que no le haréis ningún daño, os acompañaremos a la misa de Fuencisla y al entierro. Y pasaremos la noche

en la parroquia. Pero tenéis que darme vuestra palabra.

—Creo que su palabra no vale nada —musito despacio.

Se hace el silencio. Los veo cuchichear en pequeños grupos hasta que el cura, que parece que se ha espabilado un poco después del atracón a vino, se declara el portavoz del grupo una vez más.

—Tienes nuestra palabra —clama con los brazos abiertos—. Y, ahora, bajad. Debemos celebrar la misa de la difunta antes de que se haga de noche.

—Ya parece de noche —musito casi en silencio.

—Está bien —dice Dante a mi lado, con la voz amplificada por sus manos.

Tomo aire y dejo que el pecho se me llene de aire puro. No sé si la decisión que ha tomado Dante es la acertada, pero confío en que así sea, más que nada porque pueden estar afilando las estacas a escondidas.

—¿Es necesario que los acompañemos? —pregunto mientras los veo alejarse, rumbo a la parroquia.

—No tenemos donde ir, Nora. No hay más escondites —me asegura con la mandíbula tensa—. Solo podemos confiar en que, demostrando tu inocencia, te dejen tranquila. Además, recuerda que tenemos que salvar a María.

Voy a decirle que me pegaba más otro nombre para la madre del loco, quizás Macaria, cuando un grito desgarrador rompe el cielo. Nos miramos un segundo y salimos a la carrera escaleras abajo. Entre los dos movemos el mueble y abrimos la puerta bajo el intenso temporal.

Todos han salido corriendo, en la medida de sus posibilidades, claro.

Otros gritos se unen al primero. El corazón se me sube a la garganta e, impulsada por la mano de Dante, atravesamos la espesa capa de nieve adelantándonos a los vecinos.

Me detengo cuando la vemos.

Es María, la madre del loco. Está muerta. Degollada. Un reguero de sangre le cruza el cuello y tiñe la nieve de escarlata oscuro. Miro a lo lejos, a cada árbol que engulle la oscuridad bajo él y, de repente, me parece ver una sombra que se mueve demasiado rápido para ser humana. Entrecierro los ojos y contengo la respiración, pero, cuando vuelvo a parpadear, desaparece. Quizás han sido imaginaciones mías. Quizás estoy empezando a perder la cabeza.

Un gemido me devuelve al aquí y al ahora, y me acerco un poco más a los vecinos, que rodean el cuerpo que se está desangrando en el suelo.

—Dios santo... —baluceo, tapándome la boca con las manos. Siento a Dante a mi lado y corro a esconderme en su abrigo.

—Ha ocurrido tan deprisa que ni lo hemos visto —dice la mujer del panadero con una expresión de absoluto pánico. La misma que tienen todos los demás, a excepción de Pablo, que está en el suelo al lado de su madre. Sujeta su mortecina mano mientras grita al viento. Es el chillido que nos ha alertado.

—¡Ahhhhhhhhhh! —chilla con todas sus fuerzas—. ¡Ahhhhhhhh!

Es una voz tan aguda que parece la de un cochinillo a punto de ser matado.

La gente hace un corrillo alrededor del cadáver. Las miradas se van cruzando, las dudas florecen de nuevo entre todos, enturbiando en el ambiente.

¿Quién ha sido? ¿Quién de entre todos los que están aquí? ¿Es que acaso nadie ha visto cómo y quién la ha matado?

Pero, como siempre, es la «ancianísima» la que se agacha sobre el cadáver y busca algo en una de sus manos. Me quedo sin aliento cuando veo unos hilos rizados y anaranjados. Los va a coger, cuando la mano del cadáver se cierra de repente.

Todos damos un brinco hacia atrás. Y, como si de una resurrección se tratara, María abre los ojos y da una bocanada de aire.

—¡Sigue viva! —grita Ignacio.

Todos se adelantan para socorrerla, pero la anciana les detiene con un movimiento de su bastón. Se inclina hacia ella e intenta taponarle la herida con su arrugada mano temblorosa.

—María, querida... —empieza a decir con suavidad—. ¿Quién te ha hecho esto? Dilo bien alto para que todos te escuchen y crean de una vez en mis palabras —dice mientras sus dedos encallecidos y huesudos se van manchando de una sangre espesa y oscura.

El mundo se detiene. Solo se escuchan los copos de nieve, que van posándose sin vergüenza en el rostro de la moribunda. Intenta respirar, pero se ve que ya casi no puede. Empieza a convulsionar y, cuando su hijo va a incorporarla, supongo que para que no se ahogue con su propia sangre, un chorro salpica toda la nieve.

—La... —dice con gran dificultad—. La... pelirroja.

Su cuerpo se desploma. Es una estampa sanguinolenta con los ojos en blanco. Por favor, que alguien le cierre los ojos...

—La chica pelirroja —repite Josefa—. Eso es lo que ha dicho. Lo habéis escuchado, ¿verdad? Todas las miradas se dirigen hacia mí.

Capítulo 28

Ya estamos otra vez en la parroquia. Creo que este es el lunes más largo de toda mi vida. Les falta alúmbreme con una intensa luz blanca y ofrecerme cigarrillos para que mi lengua se suelte. Han colocado un banco en el altar, donde estamos sentados Dante y yo, mientras que el cura e Ignacio nos interrogan con los brazos cruzados.

—¿Dónde está escondida tu amiga? —pregunta el cura una vez más. Es el que ha decidido hacer de poli malo en este burdo interrogatorio.

—Que no lo sé, ya se lo he dicho. —No me puedo creer que Olivia haya matado a María. Es imposible. Pero su cuerpo sin vida está fuera, a la espera de que le metan en un ataúd improvisado que están montando entre el panadero y Pablo—. ¡Ojalá lo supiera!

—¡Mentirosa! —grita la mujer del panadero.

—¿No tienes masa que estirar para el pan de mañana? —le pregunto harta de tanto insulto. No me contesta; solo arruga los labios y los mete para dentro. Se revuelve en su asiento y sus grandes pechos se agitan y tiemblan como gelatina espesa.

—Nora es tu nombre, ¿verdad? —pregunta Ignacio. Se ha presentado voluntario para hacer de poli bueno.

—Sí, me llamo Nora —respondo, mirándome las manos. Mejor eso que levantar la vista y ver a todo el pueblo escudriñándome con sus acusadores ojos.

—¿Por qué habéis venido al pueblo, Nora? —pregunta el cura de nuevo.

Me encojo de hombros e intento recordar todo lo que me contó en su momento Olivia.

—Mi amiga recibió una carta donde se la invitaba a colocar una placa o algo así —respondo deprisa. Ahora que lo pienso, Olivia no me contó nada más—. Me pidió que la acompañara.

—Miente —escucho que dice alguien.

—¿Podrías entrar en detalles? —me pide Ignacio con educación.

Me muerdo el labio inferior intentando recordar algo más. Dante está a mi lado, impertérrito.

—Es que no me dijo nada más.

—Dices que tu amiga recibió una invitación del pueblo. Eso no tiene ningún sentido. ¿Qué placa vamos a poner si a este pueblo no viene casi nadie? —pregunta el cura.

—No lo sé.

—Así que, según lo que cuentas —comienza a decir Ignacio—, no eres más que la acompañante

de la asesina.

—No es una asesina.

—A las pruebas me remito, chiquilla —me rebate—. ¿Cuándo desapareció?

—La primera noche. A las pocas horas de llegar.

Mientras tanto, el pueblo escucha en silencio. Mi voz retumba en las paredes de la parroquia y, de repente, me siento como si estuviera en la Santa Inquisición e intentara demostrar que no soy una bruja.

—¿A dónde fue cuando escapó? ¿Te lo dijo antes de huir? ¿Dónde está escondida? —inquire el cura sin darme tregua.

—No huyó; la raptaron —aclaro—. La ventana estaba rota, su pijama tirado y había sangre en el suelo.

—Quizás lo pudo recrear ella sola para que pensaras eso —sugiere Ignacio.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —pregunto—. No tiene sentido. Misteriosamente —comienzo a decir—, Pablo me atacó en el albergue sin venir a cuento y me enseñó el sujetador de mi amiga que escondía bajo su chaqueta aquí mismo mientras usted estaba dando misa. ¡Misteriosamente! —grito cuando veo que me va a interrumpir—, parece que escondéis algo que hicisteis en el pasado y que ahora os está tocando pagar. ¡No creo que mi amiga tenga nada que ver con todo eso!

Observo sus caras un momento. Aún percibo un ligero olor a incienso que me revuelve el estómago. Los vecinos se revuelven en sus asientos. No se deciden a hablar. El cura se santigua mientras que Ignacio se restriega los ojos con cansancio.

—¿Cómo se llama tu amiga, Nora? El nombre completo —me pregunta muy serio. Parece que mi respuesta será la clave para resolver este entuerto, porque ni siquiera respiran esperando mi contestación.

—Se llama Olivia de Miranda Peláez.

Una exclamación ahogada en la garganta de todos los que aquí nos reunimos me sobresalta. Los únicos que nos quedamos tal y como estamos somos Dante y yo. El resto palidecen por segundos.

—¿Qué ocurre? —le susurro, inclinándome hacia delante. No me pasa desapercibido su cuello, que se eriza con la caricia de mi aliento templado.

—Ni idea...

—¡Dante! —grita el cura—. ¿Has alojado a alguien de la familia de Miranda y no nos lo has dicho? —ataca con el semblante contraído por la rabia—. ¿Es que nos pensabas traicionar?

—¿La familia de Miranda? ¿Quién coño son esos? —se defiende casi levantándose del banco.

—Los pintados, muchacho —interviene Ignacio con la clara intención de apaciguar las aguas—. Son los pintados. Es que el muchacho nunca ha escuchado sus apellidos. Sus padres siempre les nombraban por su mote —le explica al cura.

Observo cómo el rostro de Dante va cambiando. Ahora soy yo la única que no tiene ni idea de lo que está sucediendo. Le voy a preguntar, cuando los vecinos se alborotan. Empiezan a gritar de nuevo, se acusan de algo que no comprendo, se amenazan y se increpan como si fueran animales

salvajes.

De repente, la puerta se abre y entran el panadero y Pablo, al que se ve destrozado por la muerte de su madre. Portan el ataúd que acaban de terminar. Parece que Fuencisla ya está dentro, porque les cuesta moverlo. Y después, vuelven a salir para acarrear el de María. Se me ponen los pelos de punta. Hoy se enterrará a dos mujeres. ¿Y mañana? ¿Por quién repicarán las campanas mañana? El corazón se me para cuando me doy cuenta de que ni siquiera soy capaz de averiguar la respuesta.

Aprovecho que tanto el cura como Ignacio bajan del altar para hablar con Dante.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son los pintados?

Gira todo su cuerpo hacia mí.

—Son la familia rica del pueblo.

—¿Pero esa no era la viuda? —pregunto confundida.

—No, la viuda tenía dinero, pero no en el pueblo —responde haciendo gestos con las manos y poniendo especial énfasis en la palabra «en».

—¿Cómo?

Se pasa la mano por el pelo y se lo deja maravillosamente despeinado.

—¿Te acuerdas de que te dije que mi familia tenía un terreno muy extenso que cubría casi todo el bosque?

—Sí.

—Pues los pintados tienen todo lo demás.

—¿Cómo que todo lo demás?

—Que el pueblo es suyo —susurra comprobando que nadie nos escucha—. Las casas de este pueblo, excepto la mía, pertenecen a esa familia. Ellos siempre les han cobrado una renta muy baja a los inquilinos, pero, al fin y al cabo, casi toda La Condesa les pertenece.

Arrugo el ceño y me muerdo el labio. Mi mirada se pierde un momento en el techo de madera de la parroquia.

¿La familia de Olivia es dueña de este pueblo?

—¿Y qué tiene eso que ver con los asesinatos?

Suspira y se encoge de hombros.

—Uno de ellos murió hace años en la plaza. Y, desde entonces, la familia no ha vuelto a poner un pie en el pueblo. Dicen que se pegó un tiro en la sien. Hay rumores de que... Bueno, de que sucedió algo más.

¿Qué alguien de la familia de Olivia se suicidó aquí?

—Nora —me llama Ignacio, subiendo al altar de nuevo.

—¿Sí? —pregunto algo desorientada por toda la información que estoy intentando asimilar.

—¿Cómo se llama el padre de tu amiga?

Aquí tengo que hacer memoria.

—Creo que se llamaba Enrique, pero no lo podría afirmar porque murió poco después de que

Olivia naciera y habla muy poco de él.

—¿Y su madre? —pregunta, tras tragar saliva ostensiblemente.

—Su madre también murió, pero no sé cómo. Olivia se crio con su abuela materna; es lo único que sé. De todas formas, vosotros sabéis quién es mi amiga porque la invitasteis a venir para colocar una placa en honor de su padre en la plaza del pueblo, os guste reconocerlo o no... —les recuerdo.

El silencio que se instaura en la parroquia resuena en mis oídos.

Capítulo 29

El pueblo entero se ha quedado paralizado. Puedo ver sus rostros pálidos y enmudecidos que, con la mirada perdida, parece que retroceden en el tiempo. Recorro cada uno de ellos despacio, intentando adivinar sus retorcidos pensamientos. Ninguno se atreve a pronunciar palabra alguna, ni siquiera el cura que, a mi lado, no hace más que tirarse del alzacuellos al tiempo que resopla. Pablo se balancea hacia delante y hacia atrás en el banco mientras unos lagrimones tan gruesos como su uniceja resbalan por sus mejillas embrutecidas. Veo que la mujer del panadero, varios bancos por detrás de él, quiere acercarse para consolarlo, pero el secreto que ambos comparten se lo impide.

Todos saben algo que no terminan de confesar en voz alta. Todos, menos Dante y yo.

—No sabemos a qué te refieres con eso de la placa —interviene Ignacio—, ¿alguien ha invitado a la hija de Enrique al pueblo? —pregunta a los demás.

Me quedo mirando sus rostros impertérritos, que van negando con la cabeza casi al mismo tiempo.

—¡Enviasteis una carta a Olivia! —les grito—. ¡Ella me la enseñó!

—¿Alguien ha enviado una carta a la hija de Enrique? Quien quiera que haya sido, que lo diga ya —les ordena el cura.

Nadie abre la boca.

—Muchacha —me increpa el cura—, es el momento para decirnos si tienes algo que ver con los asesinatos. ¿Estás ayudando a tu amiga?

Dante impide que me levante como un resorte; es su mano la que me frena.

—Mi amiga no es una asesina —mascullo entre dientes—. ¡No lo es!

Los murmullos se empiezan a escuchar entre los bancos.

—Los cabellos pelirrojos, el parentesco de tu amiga, su desaparición repentina que coincide con el comienzo de los asesinatos... —empieza a enumerar el cura mientras veo a los demás asentir en silencio—. Todo apunta en su dirección. Es ella. La hija de Enrique es la culpable de esta barbarie —sentencia sin quitar la vista de mi rostro, supongo que buscando alguna reacción por mi parte que también me incrimine.

Miro a Dante y busco en su mirada algo que me tranquilice, que me asegure que todo esto es una locura. Pero solo veo miedo. Y sospecha. Retiro su mano y me abrazo el cuerpo temblando.

¿De verdad Olivia está detrás de toda esta locura? ¿Mi Olivia? ¿Con la que he jugado a las muñecas desde que tengo uso de razón? ¿Con la misma Olivia que he llorado cuando los demás me daban de lado? ¿Es una asesina?

—Mi amiga es muchas cosas, pero no es una asesina —aseguro con las manos temblorosas y los labios apretados—. Estáis intentando culparla a ella para que el verdadero asesino quede impune —argumento, empezando a enfadarme de nuevo—. ¡No sois más que unos dementes! ¿Qué tiene que ver mi amiga con vosotros? ¿Qué es lo que os relaciona con ella?

La mirada que el pueblo intercambia entre sí me lo dice todo.

—¡Soltadlo de una vez! ¡¿Qué os estáis callando?!

Dante se levanta e intenta calmarme. Me abraza y me empieza a susurrar cosas que ahora mismo no quiero escuchar. Me revuelvo y me libero de sus brazos y, de repente, el aire comienza a faltarme de nuevo. Siento el ambiente cargado, como si el incienso hubiera quemado todo el oxígeno de la parroquia.

—¡La chiquilla tiene razón! —suelta Josefa, la anciana—. ¡Os lo he dicho desde el principio! ¡Sabíamos que este día iba a llegar! ¡Lo sabíamos!

—¡No es ningún espíritu! —grita el panadero—. Un espíritu no va degollando cuellos.

La vieja se gira para contestarle.

—Es el espíritu de su padre quien está guiando los pasos de esa pobre niña. —Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me siento de nuevo en el banco, al lado de un Dante más perdido que yo, si cabe—. Y no descansará hasta habernos dado sepultura a todos. Nada tenemos que reprocharle. ¡Nada! —grita señalándolos a todos con el bastón.

La pobre Josefa se revoluciona tanto que se balancea hacia un lado y los que están a su lado corren a sujetarla.

—¡No hay ningún espíritu! —proclama entre gritos el cura. Varias gotas de sudor recorren su sien enrojecida por el esfuerzo—. ¡Es una persona de carne y hueso!

Todos asienten y le dan la razón. Supongo que prefieren pensar en algo tangible y real. Alguien a quien pueden tocar y, por lo tanto, encontrar y detener.

—Respira... —me pide Dante.

—¡Debemos organizar grupos para encontrarla! —ordena el cura—. ¡No puede estar muy lejos!

Todos se levantan y empiezan a parlotear excitados, pero, de entre todo el caos y el ruido, una voz se impone.

—¡No podéis ir en contra del destino! —ruge la «ancianísima»—. ¡Sabíais que este momento iba a llegar! ¡Que este momento debía llegar!

Cada vez que habla la mujer, la sangre abandona el rostro de los vecinos. Y en eso estoy pensando cuando veo que se cae hacia un lado y se lleva la mano al pecho. La boca se le contrae en un rictus extraño y abre exageradamente los ojos.

Se abre un círculo a su alrededor y los demás corren a socorrerla cuando se estrella contra el suelo. Varias ancianas gritan, los hombres se llevan las manos a la cabeza y yo... Pues yo cierro

los ojos un segundo y busco de nuevo la mano de Dante.

Se acabó. Tampoco he podido evitarlo esta vez... No recuerdo si la he tocado o no. Creo que sí... ¿La he tocado? ¿Cómo es que mi don no me ha avisado esta vez? ¿Será que, desde que besé a Dante, mi don me está fallando?

Una hora más tarde, introducen el cuerpo de Josefa en un ataúd improvisado. En realidad, son tres tablas, sin tapa, porque se les ha acabado la madera. Al final su hora ha llegado sin que nadie cercenara su vida con un cuchillo. Después de todo, ha sido su propio corazón el que la ha matado.

Y con ella, son tres los cuerpos que se enterrarán esta noche. Tres toques de campana. Tres menos.

Justo antes de que se vuelva a cerrar la puerta de la parroquia, veo que la oscuridad se cierne de nuevo sobre el pueblo y que la nieve, incesante, tampoco nos dará tregua esta madrugada. Llevo pocos días en este lugar, concretamente cuatro, pero me empiezan a parecer años. Estoy viviendo una especie de invierno eterno, donde la necesidad de que un rayo de sol toque mi blanca piel se torna como algo imposible. La angustia de sentirme encerrada me empieza a agobiar y ni siquiera la mano de Dante consigue tranquilizarme ya.

La misa por el alma de las tres difuntas se celebra sin grandes ceremonias. Se nota que el pueblo, incluido el cura, tiene algo en mente mucho más importante, así que se termina muy rápido. E, inmediatamente después, nos dirigimos al cementerio.

Avanzo despacio a través de la nieve ayudada por el fuerte abrazo de Dante. La capucha me protege los ojos del fuerte viento polar mientras que mis energías se van evaporando poco a poco. Mi amiga sigue desaparecida; no sé si está viva o muerta y, encima, ahora es ella la supuesta asesina.

Una vez en el cementerio, le piden a Dante que ayude a cavar los tres agujeros. La verdad es que todos los hombres del pueblo colaboran y no tenemos que esperar demasiado para ver tres agujeros casi listos.

A pesar del horror, del dolor, del miedo, del frío... A pesar de todo eso, mis ojos recorren el cuerpo de Dante mientras hace esfuerzos con la pala.

¿Podría dividirme? ¿Podría encontrar a Olivia sana y salva, y, además, inocente, y huir de este infecto pueblo? Pero, al mismo tiempo, ¿podría quedarme también aquí? ¿Podría seguir con mi vida en Madrid durante el día, para pasar las noches en La Condesa con Dante abrazándome entre las sábanas?

Pero más allá de todo eso, una pregunta comienza a instalarse en mi cabeza: ¿qué querrá Dante? Porque, a todas mis dudas, debo añadir lo que en realidad quiere él. ¿Me querría cada noche en su cama? ¿O se cansaría de mí?

Alejo todos esos pensamientos de mi mente cuando regresa a mi lado. Los entierros comienzan y, por un momento, me olvido de todo para despedirme de estas tres mujeres para siempre.

Pero justo antes de comenzar a enterrar a Josefa, la mujer más anciana del pueblo, un grito

rasga el encapotado cielo nocturno.

El pueblo se gira al unísono siguiendo la dirección que marca el tembloroso dedo de la mujer del panadero, incluida yo, y lo que veo ante mis ojos parece sacado de una película de terror.

El cuerpo de un hombre se arrastra hacia nosotros, como si de un muerto viviente se tratase, atravesando las tumbas y dejando un reguero de sangre a su paso. La nieve se tiñe de rojo escarlata y, por un momento, en mi cabeza veo todo el pueblo enterrado bajo un manto de nieve tan roja como el amanecer del fin del mundo.

—¿Cristóbal...? —pregunta el padre Julián—. ¿Es ese...?

Pero nadie espera hasta que termine de formular la pregunta, porque salen corriendo para socorrerlo. Los únicos que nos quedamos atrás somos Dante y yo. Me aprieto contra su mullido abrigo y cierro los ojos rezando para que la aparición de este hombre nos lleve hasta Olivia.

Le cargan entre Pablo e Ignacio, y lo arrastran hasta la taberna. El resto los seguimos como si se tratase de una procesión mientras vamos esquivando el hilillo de sangre que va dejando a su paso.

Un fuerte calor me golpea el rostro cuando entramos en el pequeño bar. La chimenea está encendida en una esquina y sus ascuas vivaces escupen destellos dorados que se reflejan en los brillantes ojos de los que estamos aquí reunidos.

Por suerte, el tabernero comienza a colocar copas de vino tinto y jarras de cerveza en la antigua barra de madera, y nos lanzamos a por algo con lo que entrar en calor y refrescar la garganta como buitres. Consigo cazar una copa de vino casi al vuelo mientras Dante rechaza con un gruñido una jarra que le ofrece su amigo Ignacio. Me llevo la copa a los labios esperando que este dulce néctar calme mis nervios a flor de piel.

Hacemos un corrillo alrededor del pobre hombre, que parece que está agonizando. Su traje de chaqueta se muestra sucio y roto por los codos y las rodillas. La sangre le proviene de los antebrazos y, mientras uno de los ancianos le ofrece un licor fuerte para que se espabile un poco, otro le sienta en una silla desde donde todos le vemos respirar con dificultad.

—Cristóbal... —comienza a decir el panadero. Se cruza de brazos frente a él y los apoya sobre su oronda barriga. Seguro que se pasa las noches enteras comiéndose las sobras de la masa de pan—. Es un milagro que hayas regresado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde has estado?

El pobre hombre bebe con dificultad un sorbito del licor y después le da un trago tan largo que se le derrama por las comisuras de los labios y se le humedece el bigote canoso. Se atraganta y tose, mientras el pueblo lo observa expectante.

—¿Cristóbal! ¡Habla ya! —ruge otro anciano, que parece hablar por todos.

El hombre pide tregua con una mano. Deja la copa en el suelo y se restriega los ojos con fuerza. Parece agotado.

—He... He conseguido regresar... —dice con una voz rota y desgarrada. Es como si llevara días sin utilizarla y supongo que así ha sido.

—Pero, Cristóbal, ¿qué te ha pasado? —pregunta Dante.

—Seguí a una figura extraña —responde con la mirada perdida—. La seguí hasta la cueva, pero

me asusté, intenté huir y me caí por uno de los barrancos.

—¿Dónde? —inquire el padre Julián—. ¿Era la cueva de...?

—Sí, esa cueva.

Los fantasmas de la duda y la sospecha acuden de nuevo, como si hubieran sido convocados, y se instalan en la mirada de todos ellos.

Me adelanto unos pasos y me inclino ante él.

—¿Ha visto a Olivia? ¿Sabe algo de mi amiga?

—¿Olivia? —repite confundido.

—Sí, una chica pelirroja.

El corazón se me para y se salta varios latidos. La garganta me palpita y parece que el mundo deja de girar un segundo.

—Creo que...

Y se desmaya.

Entre cuatro lo cogen en vilo y lo suben a la primera planta, donde, por lo que he oído, vive el tabernero. Dos viejecillas los acompañan, alegando que van a limpiarlo un poco y a curar sus heridas.

Dante me coloca varios mechones detrás de la oreja y me acaricia la mejilla con el pulgar, un gesto que me pilla por sorpresa.

—El hombre ha dicho que... —empiezo a decir entre emocionada por la posibilidad de que mi amiga siga viva y defraudada porque se ha desmayado antes de indicarnos dónde estaba.

—Sí, yo también lo he escuchado —me interrumpe, sonriendo fugazmente—. Vamos a encontrarla sana y salva, te lo prometo.

Pasa un dedo por mi labio inferior y se muerde el suyo como en un acto reflejo.

—Se te están tiñendo de morado.

Nos separamos entre carraspeos mientras el padre Julián se autoproclama, como siempre, el portavoz y líder del pueblo.

—Solo hay una cueva cerca del pueblo que encaje con lo que nos ha contado Cristóbal —dice muy serio. Se ajusta el alzacuellos y tira de la sotana hacia abajo mientras termina su jarra de cerveza de un solo trago—. Que cada uno vaya a su casa y coja linternas, algo con lo que poder defendernos y ropa y calzado adecuado. Nos vemos aquí en una hora. Esta noche encontraremos al culpable y lo haremos pagar por sus crímenes.

Todos lo vitorean un momento, para después darse el pésame unos a los otros, en especial a Pablo, y salen por la puerta con la promesa de que regresarán a la hora marcada.

Me siento en una silla y apoyo la copa de vino tinto en la mesa. Después de darle un sorbo más largo de lo normal, me restriego los ojos con cansancio y me vuelvo a despejar el pelo de la cara.

—¿No deberíamos estar todos juntos? —pregunto a Dante, que se sienta a mi lado. Me aterra pensar que ahora mismo otro podría estar siendo asesinado en la soledad de su casa.

—El padre Julián tiene razón; debemos preparar lo imprescindible e ir esa cueva de la que

hablan.

—¿Dónde está la cueva?

—En tiempos de la Guerra Civil la llamaban «La cueva de los rojos» porque se escondían allí cuando el bando nacional los buscaba. Seguro que todos los habitantes del pueblo han estado al menos una o dos veces a lo largo de su vida. También se utilizaba para... Bueno, ya me entiendes —comenta apoyando los antebrazos en la mesa—. Y necesitamos linternas porque esa zona está llena de barrancos ocultos. Ya has visto lo que le ha pasado a Cristóbal.

Me levanto arrastrando la silla hacia atrás. Pablo está en una esquina, ahogando sus penas en una gran jarra de cerveza congelada. A pesar de todas mis sospechas hacia él, creo que a raíz de la muerte de su madre ha quedado claro que es inocente. No concibo que alguien pueda matar a su propia madre a sangre fría, ni siquiera alguien tan raro como él.

Me voy a acercar para darle el pésame cuando Dante me sujeta del codo.

—Déjalo tranquilo —me pide en un susurro contenido—. No creo que quiera ver a nadie ahora mismo.

Lo observo desde la distancia. Está tan solo que se me encoge el corazón, porque, por mucho que pase algunas noches con la mujer del panadero, estoy segura de que no hay nadie calentando su cama al alba. Así que ignoro el comentario de Dante y me acerco despacio.

—Te acompaño en el sentimiento —musito mientras le pongo una mano en el hombro.

A pesar de que su aspecto me sigue dando miedo, la tristeza con la que me mira me entenece por dentro.

—Gra... Gra... Gracias —tartamudea con varias lágrimas asomando a través de sus oscuras pestañas.

Me doy la vuelta y regreso con Dante. El camino de vuelta al albergue se me hace interminable y eso que estamos a menos de cinco minutos andando. Pero es que el frío se me mete en los huesos, la humedad de la nieve me cala hasta los calcetines y el viento congela mis ojos entrecerrados. Hasta que Dante no abre la puerta y me deja pasar, no relajo la tensión en mi espalda.

Va a la cocina a por las linternas, y yo, en mitad del recibidor con todo oscuro a mi alrededor, empiezo a pensar que estoy escuchando las pisadas de más de una persona. Contengo el aliento mientras siento que alguien se está acercando y pego un grito cuando un hocico húmedo me acaricia el dorso de la mano.

—¡Qué susto!

No me acordaba de Bambi.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dante, chocándose con todo a su paso hasta llegar a mi lado. Parece que no atina con las linternas.

—Nada, que el cervatillo me ha asustado —le explico mientras me agacho para acariciar la suave cabecita del animal.

—Se me ha parado el corazón cuando te he escuchado gritar... —reconoce con la voz

entrecortada—. Joder con las putas linternas... Ya está —celebra cuando una luz blanca enfoca la cocina—. Toma, esta es para ti.

Sujeto la linterna y la utilizo para llegar hasta el fregadero y llenar el cuenco de Bambi de agua fresca. También recojo varios pedazos de pan duro y varias manzanas. Lo dejo en el suelo para que el animalillo no se muera de hambre o de sed.

—Te prometo que serás libre en cuanto se te cure la patita —le aseguro distraída mientras me golpea la pierna con la cabeza. Dante se acerca despacio. No le veo el rostro, tan solo la mano que sujeta el faro de luz—. Deberíamos irnos ya.

—Es pronto. Tenemos un rato hasta que lleguen los demás.

—De acuerdo...

Algo en su voz me dice que quiere algo.

—No lo soporto —dice al fin.

—¿El qué? —pregunto en un gemido.

—No poder besarte —responde con sus labios casi pegados a los míos. Aspiro su aliento, que me recuerda al dulce olor de la madera quemándose en el fuego y a la brisa fresca de la mañana cuando un nuevo día te golpea con intensidad.

Quiero decirle que yo también anhelo sus besos, pero no puedo pronunciar palabra alguna. Me ahogo en todas las cosas que le quiero confesar; la primera de ellas es que, cuando todo esto acabe, lo voy a echar muchísimo de menos. Y creo que él también siente lo mismo por la urgencia de su respiración, como si esto fuera el principio de una despedida. Porque si vamos a la cueva y encontramos a Olivia, todo acabará entre él y yo. Regresaré con mi amiga de nuevo a Madrid en cuanto el temporal nos lo permita y él se quedará aquí, cuidando de sus propiedades.

—Puedes hacerlo —consigo decir tras unos segundos.

—Sí, pero no debo.

Y, sin pensármelo dos veces, acorto la distancia entre nuestros labios. Será la urgencia de la situación, será la tensión que estamos viviendo, pero ya no es suficiente. No hasta que sienta su cuerpo sobre el mío, piel con piel. No hasta que experimente todo eso de lo que siempre habla Olivia. Sé que es él. Lo sé en cada poro de mi piel.

—Quiero más... —le suplico mientras me apoyo en sus hombros y le rodeo la cintura con las piernas.

—¿Más? —gruñe, con el ceño fruncido.

Sus manos son brasas que incendian mi interior; su aliento, un bálsamo que me impide pensar en otra cosa que no sea en el aquí y ahora.

—Dante...

—Joder, Nora —susurra con sus labios en mi cuello—. No me hagas esto...

Un calor abrasador se instala en mi vientre. Necesito sentirlo como nunca antes he sentido a otra persona.

—Por favor... —gimo cuando sus labios van descendiendo por mi garganta de una forma tan

lenta que casi resulta una tortura.

—No es una buena idea...

—Por favor, Dante... Por favor...

Nunca antes me había sentido así, pero ahora... necesito sentirme viva por primera vez en mi vida.

—Está bien —accede con una mirada que no logro descifrar.

Sus fuertes brazos aguantan mi peso mientras que, sorprendentemente diestro, consigue desabrocharme el botón del pantalón con tan solo dos dedos. Me levanta un poco y utiliza la pared como apoyo para tirar de la cinturilla de mis vaqueros y bajarlos hasta los muslos.

Otro beso demoledor me sorprende, donde me tengo que recordar que debo respirar si no quiero desmayarme. Nuestros labios se acarician y se retuercen al compás de nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros gemidos contenidos. Las lenguas se entrelazan demandantes de más y más, y, cuando creo que no lo puedo soportar, introduce una de sus manos en mis braguitas y me acaricia.

Algo explota en mi interior. Algo tan dulce y doloroso que emito un sonido a medio camino entre un gemido de excitación con un toque de sufrimiento.

—Dios... Nora —ruge con una nueva voz. Una que no le había escuchado hasta ahora. Desciende entre besos por mi clavícula hasta mi pecho. Me muerde el pezón por encima del jersey, de la camiseta y del sujetador. Y, aun así, siento sus dientes rodeándolo y tirando de él con desesperación.

Tiro de su mata de pelo castaño sin reservas mientras me retuerzo entre sus brazos, incapaz de contener los gemidos que se escapan de entre mis labios entreabiertos. Y, sin previo aviso, siento que algo invade el vértice de mis muslos y entra con toda la fuerza que le impone al movimiento.

Pego un grito que creo que él malinterpreta, porque no se detiene, todo lo contrario: se excita, gruñe, y empuja con más fuerza. Ya no hay besos. Ya no hay caricias suaves y lentas, atentas y cariñosas. Ahora es una bestia que me empuja contra la pared. Ya no hay delicadeza cuando hunde su cabeza en mi cuello y me muerde mientras gruñe.

—Joder, Nora... —susurra en mi oído.

Pone ambas manos bajo mis nalgas desnudas y aprieta los dedos alrededor de mi carne. Y, mientras tanto, sigue penetrándome sin tregua. Sus musculosas piernas contienen mi peso y su cadera, implacable, se mueve con destreza y decisión, marcando un ritmo más y más duro.

Y de nuevo, *ese* hormigueo, pero esta vez multiplicado por mil. Me recorre desde la punta de los dedos hasta la nuca, lo que hace que mi cuerpo se ponga en tensión y, donde antes había placer, ahora solo hay dolor. Un dolor intenso que me dobla la espalda y hace que se me salten las lágrimas.

Se me escapa un gemido de angustia que lo alerta y se detiene de inmediato. Aún sin salir de mi interior busca mi rostro e intenta besarme sin conseguirlo, porque esconde el rostro en su cuello.

—¿Nora? ¿Estás bien? —me pregunta, recuperando el aliento.

No le contesto.

Me baja con cuidado y corro a levantarme las braguitas y el pantalón. Las dos linternas encendidas están alumbrando al pasillo, así que la parcial oscuridad me proporciona la intimidad suficiente como para que no vea mi expresión.

—¿Nora? —Su voz denota angustia.

Avergonzada, me tapo la cara con las manos.

—Nora... —susurra, acercándose a buscar mi mano.

Atravieso corriendo a oscuras la entrada y me tropiezo con el primer escalón. Busco a tientas el pasamanos y subo la escalera deprisa, insultándome en silencio por ser tan estúpida al pensar que podría ser normal, que mi don me dejaría tranquila, al menos por una vez en mi vida.

Me encierro en el cuarto de baño y me siento en el suelo con la espalda apoyada en la puerta.

Aún me escuecen los labios. Aún lo siento en mi interior.

Arrugo el ceño cuando lo escucho subir las escaleras. Son pasos apresurados.

—¿Nora! ¿Dónde estás?

Veo la luz de la linterna colándose a través de la rendija de la puerta.

—¿Nora?

Intenta girar el pomo, pero, cuando ve que está echado el pestillo, da varios toquecitos suaves con los nudillos.

—Abre...

—Déjame, por favor.

—Abre la puerta.

—No.

—Nora...

—Necesito estar sola un momento.

Un silencio al otro lado. Un suspiro que se convierte en gruñido. Una palabrota. Una maldición y un insulto dirigido hacia sí mismo.

—Por favor, abre. Tenemos que irnos en poco tiempo —dice con voz suave—. Tenemos que ir a buscar a tu amiga.

Aprieto los párpados con fuerza porque está utilizando lo único que ahora mismo me obliga a hacer lo que me pide, pero me avergüenza tanto ser quién soy... Él es tan perfecto y yo soy tan rara...

Me levanto despacio y desearía tener luz para ver mi aspecto en el espejo. Tengo que conformarme con abrir el grifo y mojarme la cara con el agua más congelada que he tocado nunca. Por suerte eso me despeja un poco, pero, cuando me seco con una toalla y voy a abrir el picaporte, mi mano se cierra en un puño y me vuelvo a sentar en el suelo.

No me atrevo a mirarlo a la cara. No después de lo que acaba de pasar.

—¿Nora? ¿Estás bien? —pregunta después de varios minutos en los que solo abro la boca para morderme las uñas.

—Sí...

—Pues abre ya.

Suspiro. No puedo alargar esto más tiempo. Asuntos más importantes que mis estúpidos sentimientos se anteponen, así que abro la puerta y me enfrento a su cuerpo plantado delante de mí con la linterna enfocando al suelo.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada —respondo bastante escueta. Me avergüenza tanto la situación que desearía desaparecer por unos instantes.

—No me digas que nada cuando te has ido casi llorando —replica—. ¿He hecho algo que te ha molestado? ¿Ha sido porque no hemos utilizado protección? Siempre lo hago, te lo juro, pero me he dejado llevar y..., lo siento, de verdad. He sido un idiota.

Retuerzo un mechón entre los dedos, con la cabeza gacha y ganas de llorar.

—No es eso...

—¿Entonces?

Levanto el rostro, que hasta ahora tenía con la mirada clavada en el suelo.

¿Qué le digo? ¿Qué para alguien como yo, que siempre ha evitado el contacto físico con los demás, es una situación que se ha escapado de mi control? ¿Qué la estúpida soy yo por alentarlos a que lo hiciera?

Pero de repente levanta la linterna para alumbrarme más la cara y algo entre sus dedos llama su atención.

Las tiene manchadas de sangre. No mucha, solo un poco. Pero ese poco lo pone sobre aviso.

—¿Es que tienes la regla? No pasa nada, no me importa —corre a aclarar cuando suelto un suspiro largo y denso.

—No... No es eso...

¿Se lo digo? Debería decírselo, pero me avergüenza no haberlo hecho antes. ¿Por qué no se lo he dicho? ¿Por qué le tuve que mentir sobre ello cuando pillamos al loco y a la mujer del panadero?

Y, de repente, supongo que por la expresión que cruza mi rostro un segundo, ata cabos en su cabeza y abre mucho los ojos.

—Dios... Nora... No puede ser...

—Sí, es eso... —murmuro con los ojos en el suelo, incapaz de enfrentarme a su expresión horrorizada.

—¿Por qué no me lo has dicho?

Que me trague la tierra...

—Porque...

—Me dijiste que ya lo habías hecho antes —suelta con una expresión de pánico que transforma su atractivo rostro.

—¿Para que me dejaras en paz y no te burlaras de mí! —me defiendo.

—Dios mío, Nora, perdóname. No tenía ni idea... Si lo hubiera sabido no... No... —Parece que no sabe qué decir—. Tendría que haber sido más... Debería haberme dado cuenta. Joder, soy un gilipollas. ¡Soy un completo gilipollas!

Se acerca y me tiende una mano. Hace medio segundo la habría rechazado, pero su expresión me ablanda y, en cuanto ve que estoy bajando la guardia, corre a estrecharme entre sus brazos. Me acaricia el pelo con cariño y me da un ligero beso en los labios.

—Perdóname, por favor. Perdóname...

Asiento en silencio y de nuevo regresan las ganas de llorar. Me contengo como puedo e intento sonreírle, aunque sé que mis ojos están algo vidriosos.

¿Puede ser más maravilloso cuando soy yo la que tendría que pedirle perdón? ¿Qué va a pasar cuando tenga que marcharme? ¿Lo volveré a ver algún día? ¿O tan solo me quedará el recuerdo de los momentos que vivimos juntos? ¿Acaso querré recordar o mi mente intentará borrar todo el dolor, el miedo y la angustia que estoy viviendo desde que desapareció Olivia y comenzaron los asesinatos?

Mientras siga nevando, podré estar con él, pero sé que desaparecerá de mi vida en cuanto la nieve comience a fundirse.

—Ojalá tuviera el tiempo necesario para enmendar lo que acabo de hacer —me susurra en la mejilla—, pero me temo que tenemos que irnos. Voy un momento al baño; ahora mismo vuelvo, ¿vale? —dice con una mirada tan tierna que mi corazón crece varios centímetros.

Capítulo 30

¡¿Cómo he sido tan gilipollas?!

Joder, Dante, pareces nuevo...

«¿Virgen? ¿De verdad que no te has dado cuenta cuando la estabas penetrando como un puto animal?», me pregunto frente al espejo.

Será que nunca he estado con ninguna chica sin experiencia. Es que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que fuera virgen, pero no voy a intentar encontrar una excusa porque lo mío no tiene nombre. Ni nombre ni perdón.

Me lavo las manos y pego un puñetazo en la pared de azulejos.

No tengo remedio. No voy a cambiar. Y con ella lo he intentado, vaya si lo he intentado... La de veces que he tenido que apretar los puños para no acariciar su cuello. La de veces que he deseado besarla y me he refrenado en el último segundo.

—Eres un maldito animal —me insulto, contemplando mi reflejo con verdadera repulsión—. ¿Es que no has aprendido nada en los cinco putos años que llevas aquí encerrado? ¿Encima con ella? ¿Y virgen? —exclamo, perdiendo los nervios.

Me echo agua en la cara para despejarme un poco y vuelvo a pegar otro puñetazo a la pared. Le doy tan fuerte que los nudillos me comienzan a sangrar.

—Eres un puto animal —me vuelvo a insultar, asqueado de la persona en la que me he convertido.

—¿Dante? —la escucho al otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

Suspiro. Me encantaría decirle que no, que no estoy bien, pero ahora mismo yo no importo. Ya tendré tiempo para encontrar y recomponer los pedazos de los que me fui desprendiendo poco a poco sin darme cuenta de lo valiosos que eran.

Supongo que cinco años no son suficientes.

—Ya voy, Nora. Ya voy.

Capítulo 31

Bajamos las escaleras y nos ponemos los abrigos, los guantes, el gorro y las botas más pesadas del mundo en el más absoluto silencio. Me despido de Bambi y salimos a una noche que nos saluda con todo su repertorio de viento, frío y nieve. Utilizamos las linternas como únicas guías a través del pueblo y, cuando llegamos a la taberna, vemos que todos nos están esperando ya.

—Pensábamos que no vendríais —suelta el padre Julián. Es que no se puede estar callado ni debajo del agua.

—Muy bien, ya que estamos todos, vamos a organizarnos como es debido —dice el panadero—. Los más mayores se quedarán aquí —ordena muy serio. Hay algunas quejas mientras pienso que entonces tendremos que ir Dante, Pablo y yo, porque lo que es el resto...—. Sí, Aurelio, tú te quedas —dice a un hombre que parece que casi no se tiene en pie.

—Es lo mejor; no nos podemos arriesgar a que alguien se despeñe —interviene Ignacio—. Vosotros os quedáis—dice señalando a los más ancianos y ancianas—. Atrancar la puerta por si acaso y no abráis a nadie que no seamos nosotros.

Asienten en silencio al tiempo que van tomando asiento.

—El resto salimos ya —dice el padre Julián—. Mirad bien por dónde pisáis, ya sabéis que ese terreno es muy traicionero.

Una fila de cinco hombres y dos mujeres emprendemos la marcha. Por delante van Pablo, Ignacio, el cura, el panadero y su mujer. Dos pasos por detrás los seguimos Dante y yo.

—Vamos a encontrar a tu amiga, ya lo verás —me asegura, apretando su guante contra el mío.

—Sí —respondo temblando de frío y miedo. Ojalá la encontremos y, en ese caso, rezo para que claramente vean que es inocente—. ¿Cómo no habías pensado en esta cueva antes?

Se encoge de hombros y evita mi mirada. Desde nuestro primer beso ha levantado un muro invisible entre nosotros y, ahora, después de lo que acaba de ocurrir, me temo que ese muro será infranqueable.

—Nunca he venido —me explica despacio—. Mi padre me habló alguna vez de ella, pero no pensé en la cueva cuando estábamos buscando a Olivia, la verdad. De hecho, ni siquiera hubiera podido llegar yo solo hasta ella.

Atravesamos el pueblo y entramos en el bosque. Los animales que lo gobiernan nos saludan desde la distancia, pero se aseguran de marcar su territorio con los profundos aullidos, graznidos

y chillidos que nos invaden. A nuestro alrededor todo es oscuridad; tan solo tenemos la luz de las linternas, que, no muy potentes, nos muestran el camino unos pocos metros por delante.

Y me pregunto que, si de verdad alguien merodea por este bosque con malas intenciones, lo tiene muy fácil para esconderse si ve que lo estamos buscando. Porque, vamos a ver, sigilosos y cautos no estamos siendo. La mujer del panadero no hace más que estornudar y decir que hace mucho frío, Pablo ha empezado con el soniquete y no deja de hacer ruidos extraños que me están poniendo los pelos de punta, el cura parece que va bautizando a todos los árboles con los que se cruza, porque no hace más que rezar y hacer la señal de la cruz, y yo, que no me salvo tampoco, estoy pisando todas las ramitas crujientes del bosque. Los únicos que saben lo que se hacen son Dante e Ignacio, que parecen ninjas. Pisan donde deben, se quedan quietos al menor sonido extraño... Deberíamos haber dejado que vinieran ellos dos solitos. Y bueno, del panadero mejor ni hablar, porque está eructando cada dos pasos. Dice que sufre de gases.

Cogemos un camino que no habíamos tomado Dante y yo en nuestras otras búsquedas, y llegamos a un puente de madera muy pequeñito y casi derruido. Yo pido atravesarlo la primera, porque no creo que esta construcción milenaria aguante el peso del señor panadero y su barriga, la cual podría albergar en su interior a tres quintillizos.

—Te cuidado y no mires abajo —me dice Dante cuando ya estoy arriba. Mal. Muy mal. Si me pides que no piense en un caballo rosa, será lo primero que se me vendrá a la cabeza. Así que, claro, miro para abajo y enfoco la caída con la linterna.

—¡Joder!

Con la oscuridad no se veía muy bien, pero el barranco que tenemos que atravesar tiene una caída de al menos veinte metros.

—¡Te he dicho que no miraras!

—¡Para qué me dices nada! ¡Yo pensaba que habría un pequeño riachuelo por debajo, y que estaría a la altura de mis pies como mucho!

El cura me hace a un lado y dice que él será el primero en pasar.

—¡No! Si caes, ¿quién nos dará la extremaunción? —suelta la mujer del panadero.

Estoy por preguntarle el nombre a esta mujer, porque ya me parece mal que, habiéndola visto en una situación tan íntima con Pablo, no sepa ni cómo se llama.

—Tonterías. Mi abuelo ya pasaba por aquí cuando era pastor. ¡Incluso las vacas lo atravesaban si tapaba las tablas y las rendijas con pasto! —exclama el padre Julián.

—¡Pues mejor me lo pones! ¡Este puente tiene que tener más de cien años! —suelto indignada porque nos obliguen a pasar por aquí—. ¿Es que no hay otro camino?

—Y más de doscientos —apunta el panadero.

—Tampoco exageres —le rebate Ignacio—. Mi abuelo lo utilizaba, pero no creo que el abuelo de mi abuelo también —añade en tono jocoso.

—Bueno, ¿pasamos o no? —interviene Dante.

—¿No hay otro camino? —insisto.

—¿Te crees que si hubiera otro camino pasaríamos por aquí? —salta el cura.

—Pues yo primera no paso... —murmuro sin dejar de apuntar con la linterna hacia abajo.

De repente, Pablo da un ligero empujón al cura y se adelanta.

—Co, co, co, cobardes —tartamudea pisando el primer listón de madera. Casi no se ve debido a una gruesa capa de nieve que la recubre, pero ahí está, casi podrido.

—Si ha pasado por aquí Cristóbal medio muerto —argumenta Ignacio—, no creo que nos pase nada a nosotros.

—Vete tú a saber si se ha caído por este mismo barranco... —suelto, temblando de frío.

Me ignoran, como siempre. En cuanto Pablo llega al otro lado, lo sigue Ignacio. El siguiente es el cura.

—Que Dios os de la fuerza y resistencia necesaria para resistir mi peso —dice antes de pasar.

—Amplía la oración y dile que aguante el peso de todos —salta el panadero.

Pero cuando veo que el cura ha llegado y le toca al panadero, me adelanto y paso por delante.

—Ahora me toca a mí.

Entrecierro los ojos y voy poco a poco. Tan despacio que, cuando me quiero dar cuenta, solo he adelantado un tablón.

—¡Que es para hoy! —grita el padre Julián desde el otro lado.

«Qué pesadito se pone...», pienso adelantando otro pie.

Voy contándolos y, cuando llego al otro lado, tengo el número treinta y dos en la cabeza.

—¡Pasa ahora, Dante! —grito cuando veo que el panadero vuelve a adelantarse.

Por suerte me hace caso y solo pego un gritito cuando pierde un poco el pie en una de las tablas.

Por fin y con Dante a mi lado, esperamos a que pase la mujer del panadero y él. Las maderas crujen con el peso del hombre y las sogas que hacen de pasamanos se comban más de lo que parece normal.

Como se caiga el puente y nos quedemos atrapados al otro lado... Pero no, por suerte lo atraviesan sin problemas.

—Muy bien, ahora por aquí —dice Ignacio, encabezando la marcha.

Tenemos que ir agachándonos cada poco para no chocarnos con las ramas más bajas de los árboles. Me parece ver algún búho y también me asusto en varias ocasiones cuando el brillo de dos ojos en la oscuridad me atraviesan con la mirada.

—¿Hay lobos por aquí cerca? —le pregunto a Dante cuando escucho un sospechoso aullido.

—Sí.

—¿Atacan a las personas?

—Por norma general, no. Solo si están muy hambrientos y tú estás herido y sin nada con lo que poder defenderte. —No sé con qué cara lo miro, pero se empieza a reír—. Que no, es una broma. Los pobres han aprendido que su mayor enemigo es el hombre, así que siempre huyen cuando nos sienten cerca.

Seguimos caminando. Empiezo a pensar en jabalíes, zorros, monstruos mutantes... Todo tipo de

engendros sedientos de sangre humana. Por suerte, parece que llegamos a la cueva porque Ignacio detiene la marcha y nos hace señas para que nos reunamos.

—Nuestro objetivo está al norte —dice muy serio.

—Ignacio, que no estamos en la guerra... —murmura Dante.

—¿Dónde queda el norte? —pregunta la mujer del panadero.

El aludido resopla y lo señala con la mano.

—La cueva está ahí mismo. Vamos a entrar muy despacio y en silencio.

—Pues eso díselo al de los gases —comenta Dante, que parece que esta noche se ha cenado a un payaso.

No me quiero reír, pero, cuando veo a Pablo contener una carcajada, tengo que taparme la boca con la mano para que no me vean.

—Sufro de intestino irritado —se defiende el panadero.

—¡Queréis callaros de una santa vez! —grita el cura—. Os recuerdo que la asesina se esconde ahí.

—Mi amiga no es una asesina —la defiende, repitiendo la retahíla una y otra vez.

—Basta ya —interviene Ignacio—. A fila de uno a mi señal. En silencio. Mirad bien dónde pisáis.

Nadie rechista.

Avanzamos despacio, sin prisas, cada vez más acojonados, al menos yo sí. Pienso que no hemos traído armas cuando veo a Ignacio sacar una pistola y apuntar al frente con ella. Me dan ganas de santiguarme y rezar a quien quiera que esté ahí arriba. Llegamos más rápido de lo que me gustaría, a pesar de que la anticipación y la incertidumbre de pensar que al fin voy a encontrar a Olivia me están provocando taquicardia.

Llegamos a una vieja puerta de madera.

Un momento... ¿Esto es una cueva? Yo me imaginaba algo como las cuevas de Altamira, donde tienes que bajar un montón de escaleras hacia abajo o, al menos entrar por un angosto pasadizo. No pensaba que habría una puerta...

Ignacio se pone un dedo en los labios para recordarnos que debemos estar en silencio. Simulo una cremallera cerrada mientras va abriendo la puerta poco a poco. Cierro los ojos cuando comienza a rechinar. Joder, es como si estuviéramos llamando al timbre.

Una vez abierta, vamos pasando de uno en uno mientras apagamos las linternas. Me quedo rezagada comprobando dónde están anclados los marcos, cuando me doy cuenta de que voy la última. Correteo un poco y empujo a Pablo para que vaya detrás de mí. Ni de coña voy a ir yo en la trasera, que esto es como el pasaje del terror del parque de atracciones.

Busco a Dante en la oscuridad y me sujeto con fuerza a su brazo. Antes se lo arranco del hombro que quedarme sola en este lugar.

Nuestros pasos van retumbando en las húmedas paredes y cada pocos pasos una gotita congelada me cae en la coronilla. El aire se empieza a enrarecer o quizás son cosas más, porque

tengo un poco de claustrofobia desde que me quedé encerrada en un ascensor con dos niñas pequeñas que no hacían nada más que tocarme todo el rato. Creo que ese día maldije a todas las madres del mundo.

De repente, vemos una luz a lo lejos. Nos acercamos despacio, con cuidado de dónde pisamos e intentando no resbalar con los charcos del suelo. El estrecho pasillo se abre a una gruta mayor, donde una hoguera llameante refulge en el centro. Miro al techo y veo que hay algún que otro agujero por donde seguro que sale el humo. No hace frío, todo lo contrario, la temperatura es muy agradable, aunque algo húmeda. Me empieza a entra calor y, si no fuera porque estoy tan nerviosa que no me puedo ni mover, me quitaría el abrigo, los guantes y el gorro de lana.

—¿Hacia dónde vamos? —susurra Ignacio al cura.

Hay tres pasillos que se bifurcan. Desde aquí, vemos que dos de ellos tienen luz.

—¿Nos separamos? —pregunta el panadero.

—No, vamos todos juntos —responde Dante mientras me aprieto más contra su brazo.

Optan por el de la derecha. Entramos haciendo el menor ruido posible y, antes de llegar hasta la luz, escucho que el padre Julián lanza una exclamación que retumba en los techos y en las paredes de piedra natural.

Avanzamos más deprisa, y como Dante y yo vamos casi los últimos, tardamos en ver qué es lo que le ha sorprendido al cura. En cuanto me hacen un hueco para pasar, me quedo sin respiración.

Es Olivia.

Está durmiendo plácidamente en una especie de cama improvisada con mantas y varias almohadas visiblemente viejas y maltrechas. Al otro lado de la pequeña gruta hay una chimenea encendida, que se consume con rapidez bajo nuestras sorprendidas miradas. Me llevo una mano al pecho, allí donde mi corazón ha dejado de latir. Reacciono rápido, pero antes de llegar a su lado Dante me detiene.

—¡Olivia! —grito, intentando soltarme de su abrazo—. Déjame, es mi amiga —le suplico, pero su rictus me indica que no me permitirá acercarme hasta que descubramos qué es lo que está pasando.

Por fin la he encontrado. Y sana y salva, algo que ya empezaba a pensar que sería imposible. Estaba perdiendo la esperanza de encontrarla, y tengo que abrazarla, tocarla y darle besos húmedos a causa de mis lágrimas para ser consciente de que está aquí, junto a mí, pero Dante me lo impide.

—Olivia, despierta. Hemos venido a salvarte —le digo desde la distancia.

Lo intenta, pero está profundamente dormida. Me giro hacia los demás, que, atónitos, contemplan la escena sin decir ni una palabra.

Se tiene que despertar cuanto antes para que nos explique lo que le ha pasado.

—¡Olivia! ¡Olivia!

Al final abre los ojos.

—¿Nora? —pregunta, desperezándose un poco.

—¡Estaba tan preocupada! —balbuceo sin poder controlar los sollozos que acuden a mi garganta irritada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —me pregunta como desorientada. Se frota los párpados y es como si viera por primera vez lo que hay a su alrededor—. ¿Qué hacéis aquí? —pregunta con los ojos muy abiertos—¿Quiénes sois vosotros? —susurra, mirando a los demás.

Nadie le contesta. Veo que Ignacio y el cura desaparecen por el pasadizo, no sin antes decir que van a comprobar el resto de los pasillos.

—Desapareciste hace varios días, Olivia —le explico, buscando en su expresión algo que me indique lo que le ha pasado en realidad.

—¿De dónde? —me pregunta como grogui.

—¡Del albergue!

—¿Cómo dices?

Me empiezo a desesperar. ¿Qué le pasa a mi mejor amiga?

—¡Estás en una cueva a varios kilómetros del pueblo! —grito.

A pesar de que la quiero como a una hermana, más aún porque soy hija única, a pesar de haber defendido ante todo el pueblo su inocencia, porque es mi mejor amiga y una buena persona... A pesar de que la conozco desde siempre... A pesar de todo eso, empiezo a sospechar cuando veo que un poco de sangre se extiende por su mejilla. Es sangre seca y solo se me ocurre una persona que ha perdido mucha hace muy poco: María, la madre de Pablo. Alguien la mató cortándole la garganta de lado a lado. Y un escalofrío me paraliza cuando creo comprender que ese alguien es una de las personas que más quiero del mundo.

—¿Qué pasa, Nora? ¿Por qué me miras así? —pregunta con los labios hinchados de dormir y esos ojos verdes que creo conocer mejor que los míos.

—Olivia, dime que no eres la que está matando a los vecinos, por favor... —sollozo deseando cerrar los ojos y desaparecer ahora mismo.

Sus pelirrojas cejas se alzan por la sorpresa y después se fruncen.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Quién ha muerto? —pregunta, desviando la mirada y observando las paredes que nos rodean.

El padre Julián e Ignacio regresan. Pablo, el panadero y su mujer se ponen en una de las esquinas sin quitarle la vista de encima. No parecen muy contentos ahora mismo...

—No hay nadie más —dice Ignacio.

Todas las miradas vuelan hasta Olivia, que se levanta despacio, demasiado tranquila para lo que está aconteciendo.

«Dios santo, Olivia —pienso con las mejillas surcadas de lágrimas—. ¿Qué es lo que has hecho?».

Capítulo 32

El regreso al pueblo es lo más difícil que he hecho en mi vida. Y no me refiero al frío o la nieve que me va calando los calcetines poco a poco hasta que una desagradable sensación me invade. Tampoco es debido a tener que atravesar el maldito puente centenario y que se me escurran los pies a través de las hendiduras de los viejos y carcomidos tablones. No son las advertencias de las aves nocturnas cuando pasamos bajo sus nidos y tampoco los aullidos de los lobos que se distinguen en la lejanía. Es que estoy llevando a Olivia al matadero. Y, aunque todo apunta en su dirección como la culpable de los asesinatos, es mi mejor y única amiga. La quiero más que a muchos miembros de mi familia y estoy segura de que, si estuviéramos en la situación contraria, ella me defendería con uñas y dientes, aunque me encontrara degollando al panadero. Incluso ahí, ella estaría a mi lado. Por eso, mi conciencia y mi corazón mantienen una lucha encarnizada cada paso que doy y nos acerca más y más a los jueces y verdugos.

Giro la cabeza un momento y compruebo que sus manos siguen firmemente atadas a una de las sogas que han traído consigo. El panadero la sostiene por un brazo, mientras que Pablo lo hace con el otro. Mi cabeza empieza a dar vueltas buscando la coartada perfecta para mi amiga. Tengo que demostrar su inocencia. O al menos ganar tiempo hasta que esta maldita tormenta pase y pueda llegar la policía. Ellos son los únicos con potestad para hacer cumplir la ley y me grabo eso en la cabeza para cuando, espero que no llegue el momento, deba luchar por los derechos de mi amiga.

Dante me estrecha más fuerte si cabe la mano y tira de mi brazo porque me estaba quedando rezagada. Parece que intenta poner distancia entre Olivia y yo, como si me quisiera proteger. Pero él no lo entiende; aunque se demostrara que es la culpable, yo estaría a su lado.

—Tengo que hablar con ella —digo, andando más despacio. Él aprieta el paso y vuelve a tirar de mí hacia delante.

—No es buena idea —me contesta entre nervioso y enfadado.

Me suelto de su mano y me quedo parada en mitad del bosque. Miro hacia atrás y veo que los demás se acercan.

—Me da igual. ¡Es mi amiga!

Se arranca el gorro de un tirón y resopla. Se acerca en dos zancadas y se agacha hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura.

—Confía en mí por una vez —murmura con un brillo especial en los ojos—. No voy a permitir

que le pongan una mano encima pase lo que pase.

«Pero si ya la tienen maniatada», pienso, mordiéndome el labio con saña.

—¿Pase lo que pase? —repito, sujetando su brazo con fuerza—. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

Se incorpora cuando el resto del grupo nos alcanza. Olivia está desorientada, mirando con los ojos entrecerrados a sus captores y sus ataduras en intervalos de diez segundos. Ignoro lo que me ha dicho Dante y me acerco a su lado.

—¿Estás bien? —le pregunto, tremendamente preocupada.

—Nora, ¿qué está pasando?

El panadero la zarandea un poco y Pablo pasa por mi lado sin dirigirme la mirada. La llevan prácticamente a rastras. Un sollozo me sobreviene y me tapo la cara con las manos. No quiero llorar delante de esta gente.

Me quedo rezagada de nuevo, incapaz de dar un paso más. Con la mirada vidriosa veo que Dante viene a buscarme. Me estrecha entre sus brazos y me da un dulce y protector beso en la cabeza. A pesar del gorro, siento el calor de su aliento.

—Vamos, que estás tiritando.

Ni siquiera me había dado cuenta de que tengo los labios mortecinos, la nariz me duele y la mandíbula protesta por lo mucho que la estoy apretando.

Llegamos al pueblo sin detenernos ni una sola vez más. Alcanzo a Olivia antes de llegar a la taberna, donde nos esperan el resto de los vecinos. Empujo a Pablo y consigo que le suelte el brazo; estaba tirando tan fuerte de él que parecía que se lo iba a sacar del hombro.

—¡Lárgate! —le grito enfadada. Se hace a un lado mientras el panadero me lanza una miradita reprobatoria.

—Tienes que decirles quién te secuestró —digo atropelladamente—. Tienes que dejarles muy claro que no eres la asesina.

Ella me mira como si no entendiera nada de lo que le está pasando. Sus ojos se van llenando de lágrimas poco a poco y, cuando la puerta se abre, tiran de su cuerpo como si fuera una muñeca de trapo sin que pueda hacer nada para evitarlo.

¿Por qué no dice nada? ¿Por qué está actuando así?

—¿Estás bien? —me pregunta Dante, justo detrás de mí—. Vamos, tenemos que entrar.

—No lo entiendo —balbuceo, temblando de los pies a la cabeza—. Esa no es mi amiga...

—¿Cómo dices?

—Que ella no es así. No la reconozco.

Busco las palabras adecuadas para describir *eso* que invade mi mente y que no soy capaz de expresar. Sí, es Olivia. Pero al mismo tiempo no lo es.

—Nora, es ella —me asegura con el ceño fruncido y una mueca que no me gusta ni un pelo—. Es la misma chica que conocí el viernes por la noche en mi casa.

—¡No me mires así! —grito perdiendo los pocos nervios que me quedaban a salvo—. ¡No

estoy loca! ¡Sé que es ella! Pero...

—¿Pero?

—¿Pero no lo es! Nunca la he visto comportarse de esta manera; sin abrir la boca para defenderse, sin... luchar. —Dejo que el gorro caiga en la nieve y me llevo las manos a la cabeza como intentando arrancarme las ideas. No me puedo permitir otro ataque de pánico ahora mismo, más que nada porque Olivia me necesita—. No lo entiendo, Dante. Parece que es la culpable, todo apunta a ella... Pero creo que es... Que es una trampa.

Ya está. Ya lo he dicho. No sé si en realidad lo creo o si, por el contrario, estoy buscando un clavo ardiendo al que agarrarme para no enfrentarme a la realidad. No estoy preparada para asumir que Olivia es una asesina. Aunque todas las pruebas apuntan hacia ella y mi cabeza me susurra que, si no ha sido ella, ¿quién lo ha sido?, mi corazón me grita que no, que mi amiga es inocente.

Pensaba que Dante rechazaría la idea de la trampa de inmediato, pero me enamoro más de él, si es siquiera posible, cuando entrecierra los ojos. Casi puedo escuchar sus pensamientos, dándole un mínimo voto de confianza.

—Quizás ha sido Cristóbal —sugiere muy bajito. Él y yo sabemos que las paredes de este pueblo tienen ojos y oídos, más que nada porque nosotros hemos sido parte de ellas cuando espiamos al loco y a la mujer del panadero—. A lo mejor lo ha orquestado todo para que parezca que ella es la culpable.

—¿Por qué haría una cosa así? ¿Sabes algo de él o de su pasado?

—No. Trabaja de abogado en La Condesa y en varios pueblos de la zona. Pero no lo conozco muy bien. De todas formas, ¿qué ganaría cargándose a todo un pueblo?

Nos llegan gritos del interior de la taberna, así que dejamos la conversación para otro momento y entramos deprisa.

Olivia está sentada en una mesa con las manos atadas sobre las piernas. No hace más que sollozar en silencio mientras sus asustados ojos miran en todas direcciones. En cuanto me ve llegar, rompe a llorar, desgarrándose la garganta. Y, aunque Dante me intenta detener, corro a su lado sorteando las sillas de los vecinos, pero antes de llegar a tocarla, se asusta.

—¡No me toques! —chilla histérica.

—Tranquila... No te voy a tocar...

—Tengo mucho miedo, Nora —solloza—. Dicen que soy una asesina...

—¡No lo decimos! —grita la mujer del panadero—. ¡Es que lo eres!

El resto de los habitantes que aún quedan con vida se unen a los gritos. Sus ojos irradian odio y ganas de venganza. No me voy a separar de su lado. Pase lo que pase, no voy a permitir que nadie más le ponga un dedo encima.

Los hombros de Olivia se hunden de nuevo y vuelve a soltar un profundo sollozo que me parte el alma en dos.

—Puede ser el abogado —digo mirando a todo el pueblo, que nos observa con la típica calma

que precede a la tempestad—. Estáis dando por hecho que mi amiga es la culpable cuando ha podido ser ese hombre el que lo ha orquestado todo...

—¡Cristóbal es amigo y vecino de toda la vida! —salta uno de los viejos, que creo que se llama Aurelio.

—¿Qué hay de la sangre que mancha su mejilla? —interviene Ignacio, para mi sorpresa. Incluso él, que puedo considerar uno de los más sensatos del pueblo, ya la ha condenado—. ¿Y los mechones pelirrojos enredados en las manos de las víctimas? ¡En todas las manos, incluso las que estaban separadas del cuerpo, había pelos rojos!

Mi mente se pone a funcionar a mil por hora.

—Cristóbal ha podido mancharla de sangre mientras dormía —explico, intentando sonar lo bastante convincente—. Y, del mismo modo, ha podido dejar algún mechón en la mano de cada una de las personas que ha matado para inculparla a ella. ¿Cómo escapó? ¿Se lo ha contado ya a alguien o sigue haciéndose el desmayado?

—Si así fuera, esta muchacha podría explicarlo —dice el cura, mirando a Olivia con atención—. Dinos, chiquilla, ¿qué ha pasado? ¿Cómo acabaste en esa cueva? ¿Quién te mantenía allí en contra de tu voluntad?

El silencio invade la taberna. Unos pocos dan un largo sorbo a su cerveza mientras que otros dan buena cuenta de su vaso de sidra. Todos la miran y yo, incapaz de girar la cabeza y encontrarme con un rostro demasiado asustado para reaccionar, me quedo inmóvil, buscando los ojos de Dante. Está de pie, apoyado sobre la puerta cerrada. Sus brazos cruzados y su mirada triste hacen que el alma se me caiga a los pies.

—Yo... —empieza a decir Olivia—. Me acosté en la cama de la pensión el viernes... Y ya está. No recuerdo nada más. Después, Nora me despertó en la cueva. No sé qué ha pasado en ese intervalo de tiempo.

Cierro los ojos con fuerza un segundo.

—¡Mentirosa! —grita una vieja de edad indeterminada—. ¡Está mintiendo!

—¡Ahora nos vas a venir con el cuento de que eres sonámbula y has matado a esa pobre gente mientras dormías! —grita otro.

Más gritos e insultos se suman al suyo. El padre Julián intenta poner orden, pero el pueblo se revoluciona y se altera cada vez más.

Aprovecho el caos para buscar la verdad en las palabras de Olivia. Me vuelvo a agachar e intento que, al menos a mí, me revele lo que ocurrió en realidad. Pero antes de que abra la boca, ella insiste en su versión.

—Es verdad, Nora —me asegura con los ojos encharcados en lágrimas—. Me acosté en tu habitación porque te movías mucho y ocupabas toda la cama —empieza a decir, parpadeando lentamente—. Me quedé dormida. Y ya está. No recuerdo nada más.

—Han pasado cuatro días desde entonces, Olivia —digo casi sin mover los labios—. Es imposible que no recuerdes nada. Es imposible que hayas dormido tantas horas y que ni siquiera

recuerdes el camino hasta la cueva. ¿Cómo saltaste por la ventana?

—No lo sé...

Es lo único que contesta. En realidad, es lo único que ha dicho desde que la hemos encontrado. Me incorporo cuando el cura se acerca e intenta alejarme de su lado. Le rechazo con una mano sin permitir que llegue a tocarme.

—Aurelio, ve a buscar a Cristóbal. Necesitamos que alguien de confianza ponga un poco de luz en este asunto.

El anciano se aleja por las escaleras murmurando. Creo que tenemos unos minutos de tregua, cuando la mujer del panadero se lanza al ataque de nuevo.

—Así que tú eres una Miranda, ¿eh? —suelta con desprecio—. Que sepas que no sois bien recibidos en este pueblo. ¿Por eso querías matarnos?

Le cerraría la boca con un sopapo bien dado, pero algo reclama mi atención y es la miradita que se echan el resto de los vecinos. Es imposible que me pase desapercibida porque todos, sin excepción, se llevan la mano al cuello, como si se sintieran acalorados... O ahogados.

—Sí, me llamo Olivia de Miranda. ¿Qué pasa? —se defiende. Me sorprende gratamente y una llamita de esperanza se prende de nuevo en mi pecho. Empiezo a reconocer a mi amiga.

—Pasa que a los de mi clase no nos gustan los de la tuya —responde muy altiva la mujer. Necesito conocer su nombre para poder maldecirla como Dios manda.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Olivia, encarándose un poco más. Eso es, amiga, saca el genio que tienes dentro.

—Sabes bien de lo que estoy hablando —suelta con chulería la odiosa señora mientras se ajusta un chal con pelotillas sobre los hombros—. Y pensabas que no te pillaríamos, ¿a que sí? ¡Pensabas que podías vengarte de todos nosotros! ¡Reconócelo!

Olivia va a contestar, cuando el padre Julián se adelanta.

—¡Gertrudis! ¡Guarda la lengua!

¡Por fin! Normal que nadie se dirija a ella por su nombre. Seguro que sus padres ya la odiaban de bebé y decidieron bautizarla con lo más horroroso que se les ocurrió.

—¿Por qué iba a vengarme de vosotros? ¡Pero si ni siquiera os conozco! —replica Olivia. Parece que se está despejando y, poco a poco, hasta sus ojos van saliendo del letargo tan extraño en el que estaba sumida.

—¡Eres la hija de...!

—¡Gertrudis! —repite el cura con una vena en el cuello a punto de explotar—. ¡O te callas o te vas!

Parece que la dichosa mujer opta por la primera opción, por desgracia, porque no me importaría verla congelarse un poquito en la calle mirándonos con cara de perro abandonado desde la ventana.

Sin embargo, el resto de los habitantes siguen cuchicheando sin apartar la vista de mi amiga. Al final arrastro una silla y la pongo al lado de la suya, porque las piernas me tiemblan.

—Tranquila, todo va a salir bien... —le aseguro mientras se seca varias lágrimas. Ya empiezan a ser de rabia contenida más que de miedo. Sus ojos me lo dicen y su labio fruncido también.

Unos pasos descendiendo las escaleras nos alertan. Los vecinos contienen la respiración mientras el viejo y el abogado se sientan delante de todos.

Cristóbal está exhausto, pálido y ojeroso. No parece que ha descansado demasiado desde que regresó. Y sus oscuras magulladuras en el pómulo y los antebrazos me confirman que debió darse una buena hostia en la caída. Además, no me pasa desapercibida la expresión de dolor que pone cada vez que se inclina un poco. Quizás también tiene alguna costilla fracturada.

—Una jarra de cerveza, por favor —le pide al tabernero.

Esperamos hasta que le da un buen trago, se seca las comisuras de los labios y el frondoso y oscuro bigote con el dorso de la mano. Pero entonces se atraganta y empieza a toser tan fuerte que parece que se le van a escapar los higadillos por la boca.

—Dinos, Cristóbal. Y no omitas detalle alguno, por favor —comienza a decir el padre Julián cuando deja de toser—. ¿Qué relación tienes con esta muchacha de aquí? —pregunta, señalando a Olivia. Ella se encoge en su asiento un segundo.

—Es Olivia de Miranda, la hija de Enrique, ¿verdad? —responde, parpadeando con lentitud—. Es igual que su madre, que en paz descansa.

Un murmullo se extiende sobre nosotros.

—¿Sabes por qué ha venido al pueblo?

—Josefa me pidió que le enviara una carta —responde con la típica voz de alguien que está sintiendo mucho dolor mientras los vecinos lanzan exclamaciones de sorpresa.

—¿Josefa? ¿Nuestra Josefa?

—Sí... —Se lleva la mano al costado y resopla. Vuelve a toser y veo que un hilillo de sangre le desciende por la comisura del labio. Corre a limpiarse con el dorso de la mano.

La anciana. La que acaba de morir de un ataque al corazón. Fue ella quien envió la invitación de Olivia.

—¿Qué carta? —insiste el cura.

—No la leí —responde el abogado con dificultad—. Estaba en un sobre cerrado, y Josefa me la dio para que buscara su dirección y se la enviara. No sé más.

—¿Y por qué Josefa se inventaría semejante patraña? ¿Por qué quiso remover el pasado así?

—No lo sé...

—¡Me invitaron a la colocación de una placa en memoria de mi padre! ¡Ya está! ¿Dónde está el misterio? —explica alterada. El miedo se está transformando lentamente en ira. Solo espero que sepa controlarlo, porque con esta gente nunca se sabe.

«¿Por qué nunca me había contado que su familia tenía propiedades?», pienso un segundo, mirándola de reojo. Aunque lo cierto es que nunca habla de ellos.

—No hay ningún misterio, querida —replica el cura—. Tenemos tu confesión, la de María justo antes de morir, que te acusaba directamente, tenemos las...

—¿Cómo que tenéis su confesión? —salto indignada.

—Bueno, ella ha dicho que es la hija de Enrique... —responde como si eso fuera todo lo que tiene que explicar.

—¿Y?

—Pues que el puzle encaja, chiquilla. Está claro —sentencia—. ¿Quién de los que está aquí reunido piensa que es inocente? —pregunta al pueblo.

Nadie mueve una pestaña, mucho menos levantar un dedo. Yo lo voy a hacer, cuando Dante niega con la cabeza y levanta la mano por mí.

—Uno contra todos —dice el cura—. Lo siento, muchacho, pero la hija de Enrique es la culpable. ¡La tendremos bajo arresto hasta que se calme el temporal y pueda entrar la policía! —grita cuando la algarabía crece por segundos.

Me levanto para protestar, pero la mano de Dante me detiene.

—¿Qué arresto ni qué ocho cuartos! —grita la mujer del panadero, de cuyo nombre prefiero no acordarme—. ¡Tenemos que hacer que pague por todas las muertes que ha causado a sangre fría!

El cuerpo se me paraliza cuando veo a varios con la misma intención. Pablo es el primero de ellos. Se cruje los nudillos y se revuelve en su silla. Las manos me empiezan a temblar cuando me doy cuenta de que son demasiados, por muy viejos que sean. Y, lentamente, acerco mi mano a la suya.

—No —me detiene, justo antes de que las yemas de mis dedos toquen su piel—. No quiero saberlo.

Asiento con una lágrima descendiendo por mi mejilla. La entiendo. Yo tampoco querría saber si se acerca mi hora, pero necesito saber que está a salvo. Sin embargo, respeto su decisión y vuelvo a colocar la mano sobre el regazo.

—¡Nadie va a tomarse la justicia por su mano! —ruge Dante, levantándose de golpe. Tiene la mandíbula en tensión, tan apretada que se le marcan las sienas.

—¡Ella ya lo ha hecho! —ataca el panadero.

De repente, Ignacio y el padre Julián cuchichean entre ellos y se acercan a Olivia. Dante y yo nos ponemos por delante de ella. Tendrán que matarme si quieren hacer daño a mi amiga.

—Nos la vamos a llevar arriba, muchacho —le informa Ignacio.

—No —decimos Dante y yo al unísono.

—Es por su seguridad —insiste su amigo—. Si no la alejamos de ellos, querrán sangre.

Me muerdo el labio con saña. Miro a través del hombro del padre Julián y los veo cada vez más alterados.

—Yo voy con ella.

Acceden. Subimos al primer piso bajo el incesante murmullo de los vecinos, que reclaman venganza. El padre Julián saca una llave y abre una de las puertas del pasillo. Asomo la cabeza y veo una sencilla habitación con una cama de matrimonio. La chimenea está apagada y, aunque la ventana está cerrada, parece que el frío del exterior se cuele por cada piedra de la fachada.

—Te quedarás aquí hasta que consigamos llamar a la policía —le dice el cura a Olivia—. No intentes escapar.

Empuja a mi amiga dentro y, cuando la voy a seguir, Ignacio me retiene mientras el cura cierra con llave.

—¡Nora! —grita desde el otro lado de la puerta. Me revuelvo hasta que Dante se lanza por su supuesto amigo y me suelta.

—¡Olivia! —sollozo, intentando girar el pomo.

—Nadie va a entrar ahí —asegura el padre Julián—. ¿Es que quieres que te acusen de cómplice de asesinato?

—¡Es mi amiga! —imploro, dejándome las uñas en la puerta de madera.

—Y por eso deberías comportarte mejor que nadie, chiquilla —dice con los brazos cruzados—. Aún tengo mis sospechas contigo, así que no tientes a la suerte.

—¡Me importa una mierda lo que penséis de mí! —grito—. ¡Estáis locos!

—Relájate, tendrá comida y agua. Y un orinal. No le falta de nada —dice Ignacio.

Me giro y le lanzo una mirada asesina. Maldito traidor.

—¡Le falto yo! ¡Abre la puerta! —grito con la mirada casi desenfocada—. ¡Que la abras!

Me ignoran.

—Deberías llevártela al albergue hasta que se tranquilice un poco —le sugiere Ignacio a Dante.

El pobre me mira con la cara desencajada.

—¡Me has jurado que nadie le iba a poner una mano encima! —le recrimino.

Me obligo a respirar de nuevo porque me empiezo a marear. Me apoyo sobre la puerta y me llevo las manos al pecho, allí donde mi corazón se desboca.

—Nora...

Se acerca para tocarme, pero le suelto un manotazo.

—Yo de aquí no me muevo —siseo con las pocas fuerzas que me quedan.

Chasquea la lengua contra el paladar y se cruza de brazos.

—Nos quedamos —dice con seguridad—. Dile al tabernero que nos deje una habitación —exige a Ignacio.

Su amigo va a replicar, pero supongo que la expresión de Dante es tan firme que sabe que es una batalla perdida.

—Esto va a acabar como el rosario de la aurora, muchacho —murmura Ignacio.

—Pues que así sea —sentencia Dante.

Capítulo 33

Llevo tres horas sentada en el suelo con la cara pegada en la puerta donde mantienen recluida a Olivia. No ha dejado de llorar en todo este tiempo, asegurándome una y otra vez que ella no ha hecho nada.

—Nora... —me susurra Dante. Está de pie con los brazos cruzados. Lo miro desde el suelo y parpadeo con fuerza para no quedarme dormida—. Vamos a la cama.

—No. Voy a pasar la noche aquí sentada.

—Si dejamos la puerta abierta de nuestra habitación, vemos la suya.

Señala con el dedo los escasos dos metros que separan la una de la otra.

—Y si me quedo dormida...

—Duerme, que yo vigilaré por ti.

Es demasiado tentador. Creo que nunca, en toda mi vida, he estado tan cansada. Una cabezada involuntaria me sobresalta y Dante no se lo piensa. Me coge en volandas y me lleva hasta la cama.

—Pero Olivia... —empiezo a decir con los ojos cerrados y un brazo extendido señalando el pasillo.

—Estará bien, te lo prometo.

—¿No vas a quedarte dormido? —pregunto mientras me hago un ovillo entre las sábanas.

—Me he tomado tres cafés. No podría, aunque quisiera.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

Me relajo entre las dulces sábanas y caigo en un profundo sueño.

Alguien me zarandea con suavidad. Me quejo un poquito y abrazo más la almohada.

—Nora...

—Ummmmm...

—Ya es de día, despierta.

—Un poquito más...

—Tengo que contarte dos cosas. Despierta. Es importante.

Abro los ojos e intento enfocar. Está sentado a mi lado. Tiene unas ojeras muy marcadas y una expresión bastante seria. De repente, recuerdo dónde estoy y lo que pasó anoche.

—¡Olivia! —grito, incorporándome de golpe.

—Está bien, tranquila. Sigue encerrada en la habitación —me asegura despacio, mientras me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja. Me acaricia un segundo el lóbulo y deja la mano en mi templado cuello—. Estás preciosa cuando duermes —añade con tristeza.

Voy a frotarme los ojos cuando me sorprende con un dulce beso en los labios. Saben a café recién hecho, a promesas por cumplir y a despedida amarga.

—¿Qué querías contarme? —pregunto cuando nuestros labios se separan.

—He desayunado con Ignacio hace un rato —comienza a relatar revolviéndose la mata de pelo castaño—. Y me ha contado algo que creo que deberías saber. Es un secreto y me tienes que jurar que no se lo contarás a nadie.

—Claro.

—A nadie. Ni siquiera puedes comentarlo con Olivia —añade.

—De acuerdo.

—No, me lo tienes que jurar.

Su semblante se oscurece y me empiezo a preocupar.

¿Sabré guardar un secreto a Olivia?

—Depende. Solo te lo juraré si me aseguras que guardar el secreto no le afecta directamente a ella.

—No puedo asegurarte eso, pero creo que tienes que saberlo.

—Está bien. Te lo juro.

Se revuelve en el borde de la cama y se acerca.

—¿Recuerdas la historia que te conté sobre el hombre que se suicidó en la plaza del pueblo?

—Sí.

—Ignacio me ha dicho que ese hombre era el padre de Olivia.

Supongo que su cara se va transformando en algo distinto cuando no ve reacción alguna en el mío.

—¿Su padre fue el que se suicidó?

—Pero lo importante es que... no se suicidó —añade casi en silencio.

—¿Cómo?

Me restriego los ojos con fuerza, porque me estoy perdiendo algo.

—Ignacio me ha confesado que su padre vino al pueblo para intentar convencer a sus inquilinos de que abandonaran las casas. Por lo visto, una empresa quería comprarlas para hacer algo así como una fábrica. Estaba interesada en adquirir todo el pueblo.

—Vale...

—Así que el padre de Olivia vino para intentar dialogar con los vecinos. Por lo visto, les ofreció una buena suma de dinero para que dejaran sus hogares. Pero ellos se negaron en rotundo. Y cuando su padre les dijo que, si no era por las buenas, sería por las malas, porque, al fin y al cabo, esas casas eran suyas...

—¿Sí? —pregunto inclinándome hacia delante.

—Unos cuantos vecinos lo ahorcaron en la plaza. Y la otra mitad lo vio y no hicieron mucho para impedirlo. Ignacio era uno de ellos. De los que lo vieron, quiero decir. Y está destrozado.

El corazón se me para. Literalmente deja de bombear sangre.

—Esta gente le mató a sangre fría y después intentaron que pareciera un suicidio... —susurro.

—Según me ha confesado Ignacio, así fue.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿la policía dio el caso por cerrado y punto? ¿No investigaron un poco? Se encoge de hombros y suspira.

—Por lo visto no había pruebas para señalar a nadie como el culpable. La autopsia dijo que fue un suicidio y así quedó.

Dios santo. Es horrible.

—Los asesinos son ellos —susurro despacio—. Siempre lo han sido.

—Sí, pero no en esta ocasión —puntualiza mientras entrecierra los ojos y me observa con cautela.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, Nora. No me digas que no has llegado tú sola a la conclusión.

—¿A qué conclusión quieres que llegue?

Resopla y se levanta de la cama. Comienza a pasear de un lado a otro de la habitación sin mirarme.

—Pues que todo encaja.

Aprieto los labios con fuerza y niego con la cabeza. Sé lo que me va a decir, pero no lo quiero escuchar.

—Ella me ha jurado y perjurado que es inocente —respondo con la primera lágrima descendiendo por mi mejilla.

Se agacha en el borde de la cama y me sujeta el rostro con ambas manos. Seca mi rostro con los pulgares mientras fija su dulce y apenada mirada en la mía.

—Lo siento mucho, princesa. Pero tú también lo sabes. Lo has sabido desde el principio, ¿verdad? Desde que desapareció y empezaron a aparecer cadáveres. Siempre lo has sospechado.

Abro más los ojos e intento negarlo, pero las palabras no salen más allá de mi garganta.

—Es imposible... —consigo decir mientras mi parte racional me grita que lo reconozca de una vez.

—A veces lo imposible es lo único posible, Nora.

—Pero ella...

—Ella tiene miedo porque la hemos pillado. Pero que las personas que ya han muerto fueran exactamente las que colgaron a su padre no deja ni el menor resquicio de duda —añade.

—¿Cómo has dicho?

—Ignacio me ha nombrado a las personas que lo ahorcaron. Todas están ya enterradas, excepto el panadero y su mujer. Ellos son los únicos que se han salvado. Bueno, la señora Josefa no

participó. Por lo visto, ella los intentó detener porque era íntima amiga de la abuela de Olivia.

La ancianísima. La única que me caía bien en este pueblo. Estoy pensando en sus manos temblorosas y frías cuando un escalofrío me recorre la espalda y se instala en la nuca.

—¿Y cómo sabe mi amiga quienes fueron exactamente los que mataron a su padre?

—Quizás se lo confesó alguien del pueblo —comenta con el ceño fruncido, como si sopesara esa posibilidad.

—¿Han hablado con el abogado? ¿Le han preguntado si ya recuerda algo de su cautiverio?

Sus manos dejan de sostenerme y se pone en pie.

—Eso era la segunda noticia que tenía que contarte; Cristóbal ha muerto, Nora. Por lo visto ha sido a causa de las fracturas internas que sufrió en la caída. No han podido hacer nada para salvarlo.

Me dejo caer hacia atrás sobre la almohada. Ya nunca podremos saber qué pasó en realidad en esa cueva. Y me temo que mi querida amiga tendrá que cargar con una muerte más sobre sus hombros.

Capítulo 34

Estoy destrozada en todos los sentidos. No tengo fuerzas ni para llevar hasta mis labios el humeante café que Dante me ha traído. Levanto la mirada y contemplo con verdadero pavor la puerta al otro lado del estrecho pasillo; allí donde mi mejor amiga sigue encerrada. No puedo enfrentarme a su cara de inocencia, esa que conozco incluso mejor que la mía, y en mi interior saber que es la culpable.

Escucho pasos acercándose. Me tapo un poco más con el edredón e intento dar un sorbito al café.

La cabeza de Dante se asoma por el quicio de la puerta e intenta sonreír, pero sus labios no terminan de alzarse cuando me ve.

—¿Todavía no te has levantado?

—No cierres la puerta —le pido cuando le veo con el pomo en la mano—. Tengo que vigilar.

Asiente y se coloca en el borde de la cama. Alargo la mano y le retiro un mechón de pelo de la frente.

—¿Te has duchado? ¿Con agua fría?

—Sí. Pero no te lo aconsejo. De niño me caí en el lago al que fuimos cuando buscábamos a tu amiga. Era invierno, así que el agua estaba congelada.

—Qué horror...

—Pues te aseguro que la ducha de hoy ha sido peor. Aunque, por otro lado, huelo mejor...

Intento animarme, de verdad. Intento despertar de esta especie de letargo y volver a ser yo misma. Quiero beberme el café de un trago y enfrentarme a lo que tenga que venir, pero mi cuerpo no me responde.

—Venga, espabílate un poco y sal de la cama —me pide con ternura.

Empiezo a mover la cabeza de un lado a otro en un silencioso «no» y me pongo a llorar.

—No puedo... —sollozo, temblando. La taza se vuelca y el café se derrama por la colcha. Y ni aun así soy capaz de levantarme.

Dante va corriendo a por una toalla y lo limpia como puede.

—Nora, no me obligues, por favor —susurra lentamente—. Levántate de la cama.

Un sollozo me ahoga y me quedo sin respiración.

—Es mi amiga.

Ladea la cabeza y se sienta de nuevo a mi lado.

—Lo sé, y por eso tienes que estar a su lado.

Voy al aseo y levanto la persiana hasta arriba. Entrecierro los ojos cuando el exceso de luz me golpea con fuerza hasta que me duele. Me obligo a mirar a la calle, y con una mezcla de fastidio y alivio veo que la nieve sigue sin dar tregua; tampoco hoy podrán venir a salvarnos, pero, al mismo tiempo, aún hay esperanzas.

Evito mirar de frente el reflejo que me devuelve el espejo y abro el grifo con un hondo suspiro. Sin pensármelo dos veces, me lavo la cara. Joder, cada día está más fría.

—Necesito mi neceser... —murmuro cuando veo mis enrojecidos ojos, mis labios pálidos, mis mejillas mortecinas. Las ojeras se han extendido por todo el rostro y mis pestañas se ven lánguidas y sin fuerza.

Me hago una trenza de raíz y me la sujeto con dos horquillas que encuentro en uno de los cajones del lavabo. Me pellizco las mejillas y me lavo los dientes con el dedo y un poco de pasta que encuentro en un estante.

Vuelvo a mirar mi reflejo y me encojo de hombros. No puedo hacer más.

Salgo del aseo y Dante tira de mi mano hasta que me siento en su regazo. Me acuna como si fuera un bebé y me va dando besitos en las mejillas, en la punta de la nariz, en el lunar del labio... Cuando va descendiendo por el cuello me separo un poco y escondo el rostro en su pecho. Podría quedarme así para siempre, aspirando su aroma y escuchando el compás de su corazón.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pregunto en voz alta.

—Pues ahora vas a tener que ser fuerte.

Aprieto los párpados y me abrazo más a su cuerpo. Mis dedos se hunden en su grueso jersey hasta que siento los duros músculos de su espalda torneada. Una intensa sensación de melancolía me invade y, de repente, abro los ojos y dejo la mirada perdida.

Empieza la despedida. Y serán muchas las cosas a las que tendré que decir adiós. No solo a este pueblo y sus miserias. No. Tendré que despedirme de la inocencia de Olivia. Deberé olvidarme de su risa despreocupada, de sus geniales locuras los viernes por la noche, y tendré que enfrentarme a su futuro incierto. Un sollozo me sobreviene cuando pienso que también tendré que decir adiós a Dante, a su piel, a sus ojos, a lo que me hace sentir cuando estoy a su lado.

Me separo y me levanto de su regazo. No es momento para pensar en «nosotros». Ahora debo concentrarme en Olivia. Así que salgo de la habitación y cruzo en dos pasos el pasillo. Llamo con los nudillos y escucho sus pasos acercándose a la puerta.

—¿Nora? ¿Eres tú? —pregunta desde el otro lado.

—Sí, soy yo —respondo, tragándome las lágrimas. Me callo que ya no sé quién es ella. ¿De verdad ha sido capaz de matar a sangre fría? La Olivia que he creído conocer durante años no lo habría sido. Entonces, ¿quién es la persona que está tras esa puerta?

—Nora...

Trago saliva.

—¿Sí?

—Tengo mucho miedo, Nora.

Me voy dejando caer al suelo. Me siento y me abrazo las piernas. Hundo la cabeza entre ellas y me obligo a respirar profundamente.

—Y yo.

Alguien me levanta del suelo. Es Dante.

—Tienes que ser fuerte —me repite al oído—. Tu amiga te necesita.

Esto último lo dice con rabia contenida.

Alguien está subiendo las escaleras. Nos separamos al tiempo que Ignacio aparece resoplando.

—Muchacho, la misa de Cristóbal empieza ya. Y después lo tenemos que llevar al cementerio. Ya no nos quedan ataúdes, así que lo vamos a enterrar en una bolsa...

Dante coloca las manos en la cadera de una forma muy masculina, estira la espalda y frunce el ceño.

—¿Pero no iba a ser por la tarde?

Su amigo niega con la cabeza al tiempo que se seca el sudor de la frente con un pañuelo de tela blanco que se saca del interior de la manga del abrigo.

—Los vecinos no quieren esperar. Aurelio dice que las rodillas lo están matando y eso solo puede significar que se avecina tormenta.

—¿Más aún? —pregunto, abriendo mucho los ojos—. ¡Pero si no ha dejado de nevar ni un solo segundo!

—Puede ser mucho peor, créeme —me asegura Dante.

—Vamos, pues. Nos están esperando en la parroquia —le insta Ignacio.

—Recoge el abrigo —me dice Dante.

—Yo me quedo.

—No. No te pienso dejar aquí sola.

Empezamos una lucha encarnizada con las pupilas cuando Ignacio interviene.

—Chica, tú también debes venir. Los vecinos quieren hablar contigo.

—Pues que se acerquen luego por aquí —respondo con los brazos cruzados.

—¿De verdad quieres acercarlos otra vez a Olivia? —pregunta Dante.

Resoplo. Por supuesto que no quiero.

—¿Quién se queda cuidándola? —pregunto cuando comprendo que hago más por ella alejándola de los vecinos que quedándome al otro lado de su puerta.

—El tabernero no se va a mover de aquí —me asegura Ignacio—. Le está preparando el desayuno y dice que se lo va a subir en un rato.

—Tranquila, no le va a hacer daño —me asegura Dante cuando ve mis reservas.

—Voy y vuelvo. No me voy a quedar toda la mañana allí —decido después de contemplar todas las opciones.

Recojo el abrigo de la habitación y me enfundo el gorro y los guantes con hastío. De vuelta en

el pasillo, acerco los labios a la puerta de Olivia y le digo que voy a salir un momento, pero que regresaré enseguida.

—Vale —me contesta desde el otro lado—. Pero no tardes mucho, por favor.

En cuanto bajamos a la taberna, paso dentro de la barra y me acerco hasta el hombre.

—No abra esa puerta hasta que yo haya regresado —le pido imprimiendo a mis palabras un toque autoritario.

—Pero... —empieza a decir señalándome unas tostadas recién hechas—. Ya casi tengo preparado el desayuno.

—Prefiero que se le enfríe a que... —No puedo terminar la frase. Algo me inquieta, pero ya no sé qué es. Vuelvo a oler a muerte, pero no sé si son imaginaciones mías o un nuevo presentimiento.

Dante me arrastra hasta la calle y arrugo la nariz cuando una bofetada de frío me azota sin piedad. Definitivamente odio este pueblo.

No tardamos mucho en llegar a la parroquia. Me lo pienso tres veces antes de entrar. Pero, como no tengo muchas opciones, hago de tripas corazón mientras el tañido de las campanas retumba en cada esquina de esta triste y desolada aldea que hoy llora por Cristóbal.

Todas las cabezas se giran al unísono cuando entramos. Ya somos menos y se nota. El cura en el altar, esperándonos para comenzar con la misa. Pablo en primera fila, haciendo cosas raras con los ojos. El panadero y su mujer justo detrás de él, atravesándome con la mirada. Al otro lado del pasillo están dos viejos, que creo que son los hermanos de los que nos habló Dante la primera noche que llegamos al pueblo. Uno de ellos se llama Aurelio, pero el otro no lo sé. A su lado, dos ancianas compungidas.

Y ya está. Estamos todos, a excepción del tabernero, claro, que está al cuidado de Olivia.

Nos sentamos en el último banco mientras que Ignacio se aleja para tomar asiento junto a los dos hermanos.

—Me has dicho que sería un momento —le digo a Dante en el oído—. ¿No querían hablar conmigo?

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Pues yo me voy. Avísame cuando quieran verme.

Me levanto. El cura deja de hablar y cierra de golpe la Biblia.

—¿Qué ocurre, chiquilla?

—Vuelvo a la taberna.

—¿No vas a asistir a la misa por el alma de Cristóbal?

Todas las miradas se dirigen de nuevo hacia mi persona. Planto el culo en el banco de nuevo con una sensación muy desagradable en la boca del estómago. No puedo explicarlo, pero el ambiente me huele a...

Peligro.

—En cuanto se vayan hacia el cementerio regreso a la taberna —le digo con un palpito en el

pecho.

—Yo te acompaño —me asegura Dante.

La misa se me hace eterna. Casi parece que se alarga más de lo normal, como si el padre Julián quisiera torturarme sutilmente. Y, de repente, escucho algo en la entrada. Dante y yo nos giramos a la vez, pero no vemos nada, tan solo las antiguas puertas de madera cerradas. Ladeamos la cabeza hacia el altar, cuando la primera ventana estalla en mil pedazos.

—¡Ahhhhhhh! —grita Pablo con esa aguda y estridente voz. A su grito le siguen más, mientras los vecinos se esconden detrás de los bancos.

Nos tiramos al suelo cuando la segunda ventana explota. Dante me protege con su cuerpo. Algo se acerca rodando hasta mi pie. Es una piedra del tamaño de mi puño. Alguien está tirando piedras contra las ventanas.

—Tenemos que salir a ver quién es —le digo mientras le empujo un poco para que me deje levantarme—. ¡Dante! —grito cuando no le veo reaccionar—. ¡Tenemos que salir!

Cerramos los ojos con fuerza y nos protegemos la cabeza cuando la ventana a nuestro lado también estalla. La piedra no me da en el brazo de puro milagro.

—¡Vamos!

Me pongo a cuatro patas y me incorporo medio agachada y con los brazos protegiéndome la cabeza, no vaya a ser que una de las piedras me mate. Llegamos hasta la puerta y tiramos de sus anclajes de hierro forjado, pero no se mueve ni un ápice.

Nos lanzamos una mirada de pánico justo antes de que la primera antorcha encendida caiga en mitad del pasillo. Las llamas alcanzan la alfombra con rapidez, extendiendo la lengua de fuego hasta el altar.

Estamos encerrados.

El pánico se apodera de los vecinos. El cura pide auxilio al más allá mientras intenta bajarse sin éxito del altar. El panadero y su mujer corren hasta el lado izquierdo de la pequeña parroquia, allí donde el humo no ha llegado aún.

Mientras, Dante y yo intentamos abrir la puerta a empujones y patadas.

—Han debido colocar una traviesa de lado a lado —dice con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Le propina una patada tras otra mientras yo empujo con el hombro.

—Es inútil —digo mirando con horror las llamas—. No hay escapatoria...

Dante coge mi mano y me arrastra hasta la primera ventana. Se encarama a los barrotes e intenta tirar de ellos para que cedan. Me abrazo el cuerpo y me pongo a temblar cuando veo que su mirada va transformándose hasta algo parecido a la desesperación.

Me giro y veo que Ignacio intenta proteger a las viejecillas con su abrigo, mientras las llamas crecen y lamen los bancos donde minutos antes estaban sentados. Y empiezo a negar con la cabeza. No podemos morir aquí. Dante no morirá al menos porque no he sentido *eso* cuando me besaba esta mañana ni cuando tiraba de mi mano hace varios segundos. Vamos a escapar, pero la cuestión es... ¿por dónde?

Mi cabeza se inclina y mi mirada asciende hasta el techo.

El campanario.

—¡Dante! —grito por encima de todos los demás alaridos de pánico. Tiro de su jersey para que se baje de la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunta con el rostro demudado en una máscara de horror. Suelta los barrotes y pega un salto.

—El campanario.

—¿Cómo?

—¡El campanario! ¡Tenemos que huir por el tejado! —grito sabiendo que nuestro tiempo se acaba, puesto que el viento que entra por las ventanas rotas no hace más que avivar y alimentar las llamas. No necesito más que una mirada a toda la madera que nos rodea para tenerlo claro—. ¿Cómo se sube?

Se lleva una mano al pelo y se lo echa hacia atrás mientras se estira para buscar al padre Julián con la mirada.

—Vamos —dice, tirando de mi mano.

Atravesamos la parroquia pegados a la pared izquierda. El calor que desprenden las llamas me acaricia el rostro y los brazos, y empiezo a sentirme como una rata enjaulada.

—¡Padre! ¡Padre! —llama al cura, que se ha escondido en una esquina del altar, justo detrás de un tapiz.

—Como se quede ahí dentro se va a quemar vivo —digo horrorizada.

No me da tiempo a reaccionar, cuando Dante salta las primeras llamas que están cerrando el altar y corre por el cura. Tira de su cuerpo hasta que lo empuja justo donde yo estoy. Tengo que echarme hacia atrás de su salto para que no se me caiga encima.

—Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea... —empieza a murmurar en el suelo, encogido como una bola.

Dante salta hasta mi lado y le levanta del suelo por el codo.

—No es momento para rezar —le dice.

—Siempre es momento para rezar. ¿Dónde está Pablito? —pregunta de repente, mirando a todos lados con horror—. ¿Dónde está...?

—¿Cómo podemos subir al campanario? —lo interrumpo.

El padre Julián arruga el ceño.

—¿No pretenderás que saltemos desde el tejado? —pregunta con terror.

—No hay otra salida. Prefiero romperme una pierna a quemarme vivo —responde deprisa—. ¿Y usted?

Parece que se lo piensa dos segundos de más.

—Hay una escalera de caracol ahí detrás, pero es muy estrecha—dice, señalando una cortina morada—. Pero la puerta de arriba está cerrada desde hace años, muchacho. Yo muevo la campana desde aquí abajo. Ni siquiera recuerdo dónde tengo la llave para...

Le dejamos con la palabra en la boca. Cruzamos la cortina y una bofetada de refrescante frío nos golpea. El padre Julián tenía razón, la escalera es estrechísima. Subimos de medio lado pisando de puntillas, porque los escalones son tan cortos que ni siquiera mis pequeños pies caben. Ascendemos lo que parece que son dos pisos y llegamos al campanario.

—¡Vamos! ¡Maldita puerta de mierda! ¡Ábrete! —grita mientras la zarandea con fuerza.

Subo un mini escalón más y me asomo un poco. Tras la verja, una gran campana antigua reluce bajo los tímidos rayos de sol. El suelo a su alrededor está invadido por nidos deshechos, cagadas de paloma, y hasta me parece ver a un ratoncito corretear de un lado a otro.

Dante sigue luchando contra la puerta, que no cede ni un ápice, mientras yo empiezo a sentir claustrofobia. Me mareo tan solo de pensar que no puedo escapar de aquí. Las llamas y el calor se acercan y no hay escapatoria posible.

Dante me pide que baje unos escalones para tomar impulso y descarga toda la fuerza de su cuerpo contra los malditos barrotes. Pero no hay manera. Nos quedamos un momento en silencio, agotados y derrotados. La calma del exterior contrasta con los gritos y aullidos de pánico de los vecinos en el interior de la parroquia.

—No podemos salir —susurra mientras se da la vuelta para abrazarme—. Mi amor, no podemos escapar.

A pesar de que una parte de mi corazón da un brinco de alegría al escuchar cómo me acaba de llamar, el resto de mí ser llora y tiembla de miedo.

—No lo entiendo... No he sentido nada que me avisase...

—A lo mejor no funciona cuando también tú...

Pero no continúa la frase. Alzo la cabeza y veo que su mentón tiembla un poco y sus ojos brillan más de lo normal. Me lanzo a besarlo con desesperación y premura, porque, si nuestro final se acerca, quiero despedirme de él.

—¡¿Pero qué hacéis?! —grita detrás de mí el padre Julián. Se santigua y me mira con evidente reprobación. Extiende la mano y le muestra a Dante una llave oxidada—. Prueba con esta, muchacho. A ver si tenemos suerte.

Cierro los ojos y rezo para que sea esa. El indiscutible ruido del cerrojo abriéndose pasa a ser mi sonido preferido del mundo. Dante le mete un par de empujones, y la puerta cede.

—Nora, padre Julián —nos insta con la mano, señalando el campanario—. Pasad y esperadme aquí. Voy a buscar a los demás.

—Salva a Pablito —dice el cura.

Dante se hace a un lado para dejarnos entrar, pero cuando el cura se queda apoyado en la campana, le sigo escaleras abajo. Se gira cuando me escucha descender tras él.

—¿Qué coño haces? ¡Sube ahora mismo!

—¡Yo también quiero ayudar! —grito bajando tan deprisa que creo que me voy a caer rodando escaleras abajo.

—¡Que subas!

—¡No te pienso dejar solo!

Llegamos a la cortina discutiendo. Pero una bofetada de calor y humo nos recuerda dónde estamos. Me sujeta con fuerza de la nuca y me da un beso rápido en los labios.

—Como no tengas cuidado, te mato.

Hago una mueca y busco a los vecinos entre las llamas mientras Dante se aleja intentando no quemarse. Los encuentro a todos juntos en una esquina, abrazados y tosiendo mientras el fuego se acerca.

—¡Están allí! —grito a Dante, que ha recogido a Ignacio del suelo. Lo arrastra hasta el altar y lo deja a mi lado.

—¡Ayúdalo a subir! —me grita desde la esquina donde están los demás.

—Vamos, Ignacio. Levántate —digo, tirando de su brazo hacia arriba. Se pone a toser tanto que creo que se le van a salir los pulmones por la boca. Le entiendo perfectamente. A mí también me empiezan a escocer la garganta y los ojos.

El ascenso hasta el campanario acaba con las últimas fuerzas que tenía. El pobre Ignacio está más ido que otra cosa y no hace más que tropezarse y caerse hacia los lados. Cuando veo la mano del padre Julián tirando de su brazo desde el otro lado, doy gracias en silencio y bajo de nuevo.

Tengo que protegerme el rostro con el brazo en cuanto atravieso la cortina. Las llamas se han apoderado de toda la parroquia. Los vecinos están subiendo por una de las esquinas del altar y respiro tranquila cuando veo que Dante va el último, escoltando a un Pablo asustado y mareado.

Yo la primera y Dante el último, guiamos al resto de los aldeanos hacia la única vía de escape. La mujer del panadero no deja de llorar y de decir que mi amiga está detrás de todo esto. Cuando llegamos al campanario, me acerco a ella y la señalo con un dedo.

—Deja ya de acusar a los demás y mírate tus propias manos que las tienes muy, pero que muy sucias.

Me lanza una mirada de odio mortal y retrocedo dos pasos cuando me doy cuenta de que es una asesina y que me puede ensartar con un cuchillo escondido entre sus grandes pechos cuando quiera.

Por suerte el tiempo apremia y tanto ella como yo dejamos nuestra disputa para cuando estemos a salvo.

—Tenemos que saltar al tejado y, desde allí, al suelo —explica Dante. Está asomado a la barandilla y parece que comprueba la distancia que hay.

Nos reunimos alrededor del pequeño espacio donde se encuentra la campana y lo imitamos, viendo que debemos pasar la oxidada y deteriorada barandilla para pisar directamente las tejas cubiertas de nieve.

—Nos vamos a matar —sentencia Aurelio.

Los miro y no puedo más que darles la razón. Los más jóvenes tendríamos alguna posibilidad, pero lo que son ellos...

—Prefiero morir así, a cielo descubierto, que consumiéndome bajo las llamas del infierno —

dice su hermano.

—Pues no hay más que hablar —sentencia Dante—. Pasad primero una pierna, y después la otra, como estoy haciendo yo —dice mientras lo hace. Se queda al otro lado de la barandilla, y mira hacia abajo.

—¡Ten mucho cuidado! —grito.

—Ahora os tenéis que sentar en las tejas... —Se agacha para que veamos cómo—. Y os deslizáis despacio, frenando con los pies todo lo que podáis.

Cuando se queda al borde del tejado contengo un grito de angustia. Se va a partir la crisma. Quizás no muera, porque mi extrañó poder así me lo indica, pero quién me dice que no se parte el cuello y se queda como un vegetal.

—Y ahora, lo más importante —grita para que le escuchemos bien. Pero no es necesario, porque todos estamos con los ojos bien abiertos y la boca bien cerrada—. Os tenéis que dejar caer, y en cuanto toquéis la nieve, debéis rodar para amortiguar el golpe.

—¡No somos Jackie Chan, muchacho! —grita el padre Julián.

—Es muy sencillo, de verdad —insiste a punto de saltar.

—¡Que yo no salto! —grita una de las viejecillas—. ¡Que tengo los huesos de cristal!

—¡Y yo ya estoy operada dos veces de la cadera! —grita la otra, negando con sus arrugadas manos.

—¡Apañáramos! —suelta Ignacio—. ¿Entonces qué queréis que hagamos? Porque la parroquia se está quemando. Y, dentro de poco, el tejado y el campanario se vendrán abajo.

—Que el muchacho salte y vaya a casa de la Paqui, que es la que está más cerca, y que se traiga la escalera de la cuadra —ordena la mujer de los huesos de cristal.

Todos callamos ante la evidente muestra de sentido común.

—¡Vale! ¡Ahora vengo! —grita Dante. Se tira como un mono al vacío. Grito y me muerdo un dedo de los nervios—. ¡Estoy bien! —dice desde la calle, segundos después.

El suspiro que pego me deja con los pulmones vacíos.

Y unos interminables minutos después, Dante regresa con la deseada escalera. Uno a uno, los pocos habitantes que quedan van encaramándose a la barandilla y deslizándose por el tejado nevado. Pero, en vez de saltar, se agarran con fuerza a la escalera y bajan por ella sin percance alguno. Cuando llega mi turno, ya se ve el humo negro subiendo por las estrechas escaleras de caracol.

—¡Baja ya, niña! —grita Ignacio desde abajo—. ¡Que el tejado se va a desplomar de un momento a otro!

Solo quedamos Pablo y yo arriba. Le digo que vaya él primero, pero niega con la cabeza y me cede el paso.

—Gracias —digo mientras me siento en las tejas heladas.

—Da, da, da, da, da, date prisa, jo, jo, jo, jo, joder.

—Voy.

Me deslizo y llego hasta la escalera. Dante e Ignacio están sujetándola desde abajo, así que me apoyo sin miedo y descendo deprisa, porque las llamas ya salen a través de las ventanas.

—¡Ahora tú, Pablito! —grita el cura.

Pablo se asoma y se vuelve a esconder.

—¿Pablito? —repite el padre Julián—. ¡Pablo!

Saca la cabeza y, entre el mostacho y la uniceja fruncida, es como una bola de pelo negra con cuerpo de hombre.

—¡No! —grita, sujetándose a la barandilla.

—¿Qué le pasa? —le pregunto.

—¡Vete tú a saber! —dice el padre Julián cada vez más alterado. Creo que nunca lo he visto tan preocupado por nadie—. ¡Hijo mío! ¡Yo estoy aquí para sujetarte si te caes! —grita desesperado.

Algunos cascotes se desploman a nuestros pies. Ignacio tiene razón; la parroquia se viene abajo.

—¡No! —vuelve a gritar—. ¡No, no, no, no, qui, qui, quie, quiero vi, vir sin sin ma, má!

—¡O bajas tú o subo yo! —insiste el cura.

Voy hasta donde está Dante y tiro de su abrigo para que se incline.

—¿Qué le pasa al padre Julián con Pablo? —le pregunto.

—Que es su padre —responde Ignacio mirando hacia arriba.

—¿Cómo que es su...?

Dante suelta un momento la escalera y me hace un gesto para que me calle.

—Ahora no —dice, quitándose el abrigo. Lo tira en la nieve y se remanga el jersey—. Sujeta la escalera. Voy a por él.

Antes de que pueda decir nada, sube deprisa hasta el borde del tejado. El resto de los vecinos se van al otro lado de la calle, porque el calor que desprende la parroquia es insoportable. La cara me arde, y eso que estoy a varios metros de la fachada.

No puedo mirar hacia arriba y sujetar la escalera al mismo tiempo, así que solo me puedo guiar por las expresiones de los vecinos para adivinar lo que está pasando ahí arriba. Escucho gritos y creo que se están peleando sobre el tejado. Al final, todos se llevan la mano a la boca mientras cierro los ojos cuando ambos cuerpos caen estrepitosamente en la nieve.

El pueblo corre a levantarlos. Yo me uno a ellos y, en cuanto los conseguimos separar de la fachada y nos alejamos unos metros, el tejado se viene abajo. Me escondo entre los brazos de Dante mientras el suelo retumba a nuestro alrededor.

El regreso a la taberna me pone un nudo en la garganta y un temblor en las manos.

¿Quién nos ha intentado quemar vivos?

Nadie habla ya. No hay insinuaciones ni acusaciones directas. Parece que todos temen ya lo suficiente por su vida como para jugar a los detectives. Y la situación no hace más que empeorar cuando encontramos al tabernero sobre la barra del bar con una herida que le cruza la cara y otra más profunda en el abdomen.

Me desmayaría ahora mismo si no fuera porque veo a la mujer del panadero subir las escaleras corriendo. Voy tras ella sin escuchar los gritos de las dos viejas que aún quedan con vida y las lamentaciones del padre Julián.

Me tropiezo con un escalón y siento que alguien me sujeta por la cintura al vuelo.

—Vamos, corre —me insta Dante a mis espaldas.

Cuando llego a la primera planta, se me para el corazón. La puerta de Olivia está abierta y la odiosa mujer se asoma con la mitad del cuerpo aún en el pasillo. Llego a su lado y le empujo para pasar. Pero me quedo tan paralizada como ella cuando veo que mi amiga no está dentro.

—¿Olivia?

Dante aparta a la mujer y entra también. Mira debajo de la cama y se asoma un momento a la ventana. Tira de los barrotes, como comprobando que siguen en su sitio y se da la vuelta con los brazos cruzados.

—Se ha esfumado —suelta.

—Tu amiguita ha sido la que nos ha intentado quemar —empieza a decir la mujer.

Dante chasquea la lengua contra el paladar y mira el cerrojo. Sale al pasillo y lo comprueba por el otro lado.

—No se ha forzado —dice despacio—. Debe haberse escapado cuando le han traído el desayuno.

—Y después le ha rajado la cara de lado a lado al pobre Tomás —se lamenta la mujer.

Mi primer impulso es salir en defensa de Olivia, pero ya no me quedan excusas. Así que me siento en la cama y hundo la cabeza entre las piernas. No he llegado a darle el regalo que aún tengo en la maleta por su cumpleaños. El sábado cumplió veintiséis años y creo que ese será el tiempo, año arriba, año abajo, que va a pasar en la cárcel.

Capítulo 35

—Tenemos que encontrarla —dice Ignacio—. No puede estar muy lejos.

Me levanto de la silla y voy a buscar un vaso de agua al fregadero.

Hemos traído a Tomás, el tabernero, que gracias a Dios sigue vivo, al albergue y lo hemos tendido en el sofá. Todos han decidido que viniéramos aquí. Parece que se sienten más seguros en un terreno más «neutral», si es que eso existe. Ya no quedamos tantos; somos nueve en total, contándonos a Dante y a mí. Diez, si añadimos a Bambi, que no deja de buscar caricias con el morrito entre las manos de los aldeanos.

Todos sentados en la gran mesa de la cocina, decidiendo nuestro futuro con un café caliente entre las manos.

—¿A dónde habrá ido? —pregunta el padre Julián—. ¿De regreso a la cueva?

Se me ha comido la lengua el gato. Me miran esperando que les dé una pista sobre el paradero de mi amiga, pero estoy tan conmocionada por lo que acaba de ocurrir en la parroquia que me he quedado en blanco.

—Ella jamás habría intentado matarme —murmuro con la mirada perdida más allá de la ventana. El valle nevado es impresionante y desearía tener un pincel para poder inmortalizarlo ahora mismo; relajar la mente y olvidarme de todos los problemas. Tan solo yo y el paisaje—. Es mi mejor amiga, somos como hermanas —puntualizo, regresando al aquí y ahora.

Algunos carraspean incómodos mientras que otros sueltan un bufido que lo dice todo. Dante se sujeta el puente de la nariz y cierra los ojos con fuerza.

—Lo estoy diciendo en serio. No creo que haya sido ella —afirmo mientras dejo bruscamente la taza de café en la mesa. Pero las evidencias van en mi contra y, antes de que pueda decir una palabra más, me desinflo como un globo.

—Yo creo que ha vuelto a la cueva —opina Ignacio—. Deberíamos ir a...

—¡Lo que tenemos que hacer es encontrar a esa mala puta y cortarle la cabeza! —grita la mujer de cuyo nombre no quiero acordarme. Su marido barrigón le pone una mano en el hombro para apoyarla en la barbarie que acaba de decir y asiente enfurecido.

Me levanto tan deprisa que la silla cae hacia atrás y golpea el suelo tan fuerte que Bambi se aleja por el pasillo asustado.

—¿Qué es lo que habéis hecho para que ella se quiera vengar? —siseo enfadada. Por supuesto,

ya lo sé, pero le he jurado a Dante guardar el secreto y así lo haré, por mucho que me pese—. ¿De qué tienes tanto miedo? —le pregunto directamente a ella.

Los ojos de la mujer se encienden como la pólvora y su cara de torna del color de los tomates.

—¡Eso a ti no te incumbe, niñata!

—¡No vuelvas a llamarle niñata en mi puta cara, si no quieres que...! —salta Dante en mi defensa.

—¡Basta ya! ¡Basta! —ruge Ignacio—. Si perdemos los nervios estamos muertos, ¿me habéis oído?

Todos asentimos y coloco la silla para sentarme de nuevo. Hundo la cara entre las manos y rezo para que todo esto acabe de una vez.

—Lo que estaba diciendo antes de que me interrumpierais es que deberíamos ir a la cueva — repite el amigo de Dante—. Todos juntos esta vez, ya no me fio ni un pelo de lo que pueda hacer. Pero tenemos que volver a esa cueva.

—No —dice alguien desde la puerta—. Es mejor que no vayáis.

Nos giramos al unísono y vemos al tabernero inclinado hacia delante y con una máscara de dolor que le deforma el rostro.

—Siéntate y toma un poco de café —corre a decirle Ignacio.

Se sujeta la herida vendada y avanza despacio hasta que toma asiento.

—No lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos —empieza a decir, cabizbajo—. Jamás hubiera pensado que...

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunta el cura.

El tabernero alza la vista, completamente atemorizado.

—Estaba esperando a que regresarais para subirle el desayuno cuando, de repente, empecé a escuchar ruidos extraños en la planta de arriba, como si fueran gruñidos. —Todos, sin excepción, contenemos el aliento—. Era como si un perro estuviera arañando la puerta para escapar — susurra casi sin aliento—. Tenía que subir a comprobar qué estaba pasando y así lo hice, pero cuando abrí la puerta...

—Continúa —le insta Dante.

Levanta la mirada y nos mira uno a uno, despacio.

—Cuando he abierto la puerta, algo ha saltado sobre mí. No era humano. Era como una bestia salvaje —asegura—. Me ha atacado con unas garras afiladas como cuchillos y...

—¿Qué ha pasado? —pregunto con las uñas clavadas en la mesa de madera.

—Ha saltado por encima de mí y ha desaparecido —concluye—. Me he arrastrado como he podido escaleras abajo y me he inclinado sobre la barra para curarme las heridas, cuando me he desmayado.

Durante unos segundos nadie dice nada. Asimilamos las palabras del pobre hombre en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—¿Y mi amiga? ¿Estaba en la habitación? —pregunto en un hilo de voz.

El tabernero da un sorbito de café y levanta la mirada hasta que se queda clavada en la mía.

—Tu amiga era la bestia.

—No puede ser, es imposible —susurro.

—Es la maldición —dice Ignacio. Se inclina hacia delante y apoya las manos en la mesa—. Tal y como decía Josefa, sabíamos que este momento iba a llegar, pero lo que nunca pensé es que fuera de esta manera tan...

Miro a los demás. Al cura, a Pablo, a los panaderos... Todos con la mirada perdida, sumidos en sus recuerdos.

—¿Alguien me puede explicar de qué maldición estáis hablando?

Carraspean y se mueven incómodos en las sillas. Dante tiene el ceño tan arrugado como yo y parece que somos los únicos en la habitación que no sabemos qué está pasando.

—La maldición de su abuela —comienza a decir Ignacio—. La abuela de Olivia. Estaba allí el día que colgaron a su hijo, el padre de tu amiga. Lo vio todo y, aunque lo intentó, no pudo hacer nada para impedirlo —se lamenta, con la voz estrangulada. Miro a los vecinos, a los verdaderos asesinos. A los hermanos con cataratas, al cura y su hijo ilegítimo. Los miro a todos esperando ver una muestra de culpabilidad en su rictus serio y apagado. Pero solo veo miedo—. Y sobre el cadáver de su hijo se cortó la garganta y con esa sangre nos lanzó una maldición —explica Ignacio—. Se rumoreaba que era una bruja. Solía echar las cartas, a veces tenía premoniciones... Cuando nos maldijo mientras se desangraba supe que su poder era real. Tan real como la nieve que nos está sepultando en vida. Esa mujer era bruja. Me da igual lo que diga el padre Julián —masculla, lanzándole una mirada de desdén—, porque aún hoy, muchos años después, su tumba sigue caliente.

—¿Cómo? —pregunto en un hilo de voz.

—Sí, no me miréis como si estuviera loco —se defiende—. Lo sabéis tan bien como yo. Es la única tumba en la que no crece ninguna mala hierba en primavera, a pesar de que nadie la cuida ni la limpia. Y, ahora, si os acercáis al cementerio veréis que es la única que no está cubierta de nieve.

Trago saliva. Busco la mano de Dante y se la aprieto con fuerza bajo la mesa.

—¿Con qué os maldijo? —me atrevo a preguntar.

—Dijo que la muerte de su hijo sería vengada —explica el cura, que parece que ha perdido todo el color en las mejillas—. Y parece que así está siendo, muchacha.

—Pero Olivia nunca me habló de este pueblo —digo mientras intento recordar algún momento en nuestras vidas en las que hubiera hecho alusión a La Condesa—. Nunca me contó qué les pasó a sus padres; solo sabía que murieron cuando ella era un bebé y que la única que quedó para criarla fue su abuela materna.

—Por lo visto, su madre sí que se suicidó —interviene Ignacio—. Se quitó la vida cuando se enteró de la muerte de su marido.

Cierro las manos en dos puños y respiro con fuerza. Lo que está haciendo mi amiga está mal,

muy mal, pero una parte de mi cerebro me grita con fuerza que se lo merecen. Cada uno de ellos se merece lo que les está pasando.

—Lo que no entiendo es por qué Josefa la invitó al pueblo... —interviene la mujer del panadero, que no quita la vista de encima a Pablo. El «loco del pueblo» no deja de balancearse hacia delante y hacia atrás compulsivamente.

Algunos vuelven a carraspear. Otros se toman el café de un solo trago.

—Josefa siempre quiso que la maldición se cumpliera —se lamenta el tabernero—. Era muy amiga de Dolores, la abuela de la chica —me explica—. Nunca nos los perdonó.

—No hay perdón para lo que hicisteis —sentencio.

Ninguno me rebate. Nadie se atreve a levantar la mirada de sus vasos vacíos.

Capítulo 36

Media hora después, estamos en camino. Somos una procesión de muertos vivientes, que, agotados y temerosos, avanzamos a través de la nieve y el viento con la única determinación de seguir con vida. Bueno, yo tengo otro objetivo en mente: encontrar a Olivia y salvarla de sus propias garras. No sé cómo, pero tengo que hacerlo.

—¿Me prometes que no le harán daño? —pregunto a Dante al oído, para que los demás no puedan escucharme.

Ralentiza sus pasos y nos quedamos algo rezagados del grupo. Sujeta mi rostro helado y se inclina para rozar sus labios con los míos.

—Te lo juro —susurra tocando con su aliento mi gorro de pelo blanco.

Necesito creerle y pensar que nada malo le pasará a Olivia. Pero, al mismo tiempo, mi parte racional me grita que nada bueno le depara el futuro. Así que reprimo un sollozo involuntario y me escondo entre sus brazos.

—Creo que no puedo más... —No quería escuchar a mi corazón, pero la rabia empieza a apoderarse lentamente de mí. Estoy furiosa.

Me separa de su cuerpo cuando estoy apretando los dientes.

—Todo va a salir bien. —Son esas las palabras que se escapan de entre sus labios, pero sus ojos me dicen otra cosa muy distinta. Creo que, pase lo pase, un final feliz para todos es ya imposible. Él lo sabe y creo que yo también.

Reanudamos la marcha y les damos alcance. El silencio de los vecinos es aplastante. El final de toda esta pesadilla se respira en el gélido ambiente y su lento y pesado andar hacia delante me indica que no pararán hasta acabar con el problema, problema que lleva de nombre «Olivia» y de apellido «de Miranda».

Atravieso el puente sin percances, a pesar de que las tablillas crujen bajo mi peso. Espero a que Dante llegue hasta el otro lado para sujetar su mano con fuerza y volver a respirar. Damos la espalda a los demás y contemplamos la cueva.

—¿Crees que habrá vuelto?

—Si lo ha hecho, no quedarán dudas sobre su culpabilidad —responde en un suspiro.

Sus palabras me golpean en el estómago como el puñetazo más certero. Es cierto. Desde que desapareció no he dejado de darle vueltas al motivo de su desaparición, a si se encontraba bien, a

que tenía que encontrarla sana y salva. Y ahora, miro la puerta desvencijada de la cueva y deseo con todas mis fuerzas que no esté dentro. Rezo para que haya desaparecido, al menos un tiempo. ¿Y después? ¿Qué es lo que quiero que pase después de hoy? Es martes, de forma que ¿qué quiero que pase el jueves?

La opresiva sensación de no saberlo me asfixia, así que me retiro un par de copos de nieve de los labios y los aprieto con fuerza. Todo a nuestro alrededor me huele a muerte. A esa mezcla de rosas pochas y almizcle. A la podredumbre que se alberga en el corazón de estos vecinos.

—En marcha —ordena el padre Julián cuando todos han pasado al otro lado. No me pasa desapercibida la mirada de protección hacia Pablo, su hijo. Por eso lo defendía desde el principio cuando Dante y yo le señalábamos como el asesino. Por eso se lo veía tan destrozado con la muerte de María, la madre del loco... Tantos secretos encerrados en un pueblo tan pequeño...

Llegamos hasta la puerta. Y de nuevo ese silencio demoledor, esa expectación ante lo que vamos a encontrar. Recorro deprisa sus rostros y no me gusta lo que veo. Ya no tienen miedo; exigen venganza por la sangre derramada.

—No los dejes... —susurro buscando una expresión de apoyo en el rostro de Dante.

Niega con la cabeza deprisa, mientras algunos mechones castaños se le escapan del gorro de lana y le caen sobre la frente. A veces parece un chico despreocupado y dulce, pero otras, como ahora mismo, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, resulta ser todo un hombre con un gran peso sobre su espalda. Y mi interior se revuelve por dentro cuando entiendo que Dante es un hombre que mira a la cara a los problemas y les hace frente con todo lo que tiene, aunque deba renunciar a todo lo demás, incluyendo lo que él quiere. Como hizo con las propiedades de su familia y como hará ahora, cuando todo esto acabe y tenga que decirle adiós.

—Te lo juro —repite una vez más.

Ignacio abre la puerta y vamos entrando. Empujo al padre Julián y a Pablo para ponerme la primera de la fila, porque necesito ser yo quién la encuentre. Dante me alcanza y me guarda las espaldas. Cuando llegamos a la bifurcación, tomo el pasillo donde encontramos a Olivia durmiendo la primera vez. No tengo que agudizar la vista, porque la luz que entra del exterior por los pequeños agujeros del techo y las hogueras, que siguen encendidas, me proporcionan la visibilidad necesaria para avanzar todo lo deprisa que puedo.

De nuevo siento esa inquietante sensación de que la muerte está cerca; la huelo a cada paso, en cada aliento que doy buscando oxígeno.

Escucho algunos murmullos y susurros contenidos a mi espalda, pero los ignoro y sigo adelante, segura de que el mal se aloja en esta cueva. Pero me paro en seco cuando la veo al final del pasillo, durmiendo tranquilamente en la cama y con los rizos revueltos. Como me he quedado clavada al suelo, Dante choca conmigo y así sucesivamente con los demás. Los murmullos se extienden, porque quieren saber qué ha pasado.

Doy un paso y después otro hasta que llego a la pequeña estancia. Siento a Dante a mi lado tan tenso como lo estoy yo. Y aunque sé que tengo pocos segundos antes de que el resto de los vecinos

la increpen, mi mano se detiene un segundo antes de tocarla.

—¿Olivia? —pregunto tan paralizada que me cuesta hasta pronunciar bien su nombre.

Poco a poco va abriendo los ojos.

—¿Nora?

Levanta la cabeza y rompe a llorar. La mueve de un lado a otro con los ojos tan rojos como su pelo mientras que su melena rizada baila alrededor de sus mejillas.

—¡Aquí está la asesina! —grita la mujer del panadero asomando la cabeza desde el angosto pasillo—. ¡A por ella!

Voy a gritar cuando Dante se coloca justo en la entrada del pasillo. Estira la espalda y abre los brazos para impedir el avance de los demás. La mujer le empuja con rabia, pero Dante no se mueve ni un ápice.

—¡Alto! —grita—. ¡Nadie va a pasar aquí dentro!

—Tienes que irte, Nora —dice alterada y ya despierta por completo.

Es ella. Es mi mejor amiga. Pero soy incapaz de avanzar los cuatro pasos que me separan de su cuerpo inmóvil. Creo que ya no sé quién es en realidad. ¿De verdad estará poseída por un espíritu vengador?

—¿Cómo has podido? —le pregunto al borde de las lágrimas—. ¿Cómo has podido hacerlo?

Esconde el rostro entre las manos y se pone a llorar en silencio. Sus hombros tiemblan y se sacuden con cada sollozo. Y mientras tanto, Dante se mantiene en su sitio mientras los vecinos gritan y exigen el paso.

—¡Os he dicho que no vais a pasar! —les repite, cada vez más alto. Le empujan y zarandean, pero no consiguen moverlo ni un ápice.

Me acerco hasta ella y me agacho a su lado mientras me quito el gorro.

—¿Olivia? —susurro cuando algunos mechones caen sobre mi rostro. Me los aparto de un manotazo y aprieto los labios con fuerza.

—Nora..., es horrible —dice entre balbuceos. Apenas la entiendo. Está como desorientada—. Tienes que irte antes de que sea demasiado tarde, antes de que ella vuelva...

—¿Cómo? —le pregunto, intentando comprender lo que está pasando.

—¡Tienes que irte! ¡Ella está cerca!

—¿Quién es ella?

—No lo entiendes, Nora. No lo entiendes... —gimotea. Se tapa los ojos con unos dedos tan frágiles que me asusto. Nunca la había visto así. Jamás.

—¿Qué es lo que tengo que entender? ¡Explícamelo!

Se pone en tensión y abre tanto los ojos que por un segundo pienso que se le van a salir de las cuencas. Agarrota los dedos y aprieta la mandíbula, como si estuviera sufriendo un indescriptible dolor.

—Nora —dice con auténtico horror—. Tienes que irte... ¡Ya! ¡Huye!

Un grito desgarrador sale de su garganta. Un grito que retumba en las paredes y en mi pecho.

Me levanto como un resorte. Me tropiezo con una piedra y llego hasta Dante con el corazón en la boca.

—Dante... —gimoteo—. A Olivia le está pasando algo...

Me giro y la veo. Es ella, mi mejor amiga, pero poco a poco deja de serlo entre gruñidos extraños. Se inclina hacia delante para sujetarse el estómago, pero en pocos segundos se le dobla la espalda y empieza a convulsionar.

—Dante...

Al final me escucha y deja de impedirles el paso a los vecinos para mirar hacia la esquina donde mi amiga se retuerce por el suelo en posturas imposibles.

—Joder...

Las uñas se convierten en garras. Los dientes en colmillos. Los ojos se le inyectan en sangre y dejo de ver sus pupilas verdes. Respira con dificultad, como si se estuviera conteniendo, pero entonces, echa el cuello hacia atrás y ruga como un animal salvaje. Como una verdadera bestia.

—¡Tenemos que salir de aquí! —grito, presa de un ataque de pánico.

—¡¿Qué está pasando?! —grita Ignacio.

—¡Vamos! ¡Vamos! —grita Dante, empujando a los demás. Hace unos segundos taponaban el pasillo, pero, en cuanto escuchan otro rugido de Olivia, salen escopetados en dirección contraria —. ¡Hay que huir!

Corremos lo más rápido que podemos, pero cuando dejamos atrás el pasillo y llegamos a la primera antesala, nos dispersamos en segundos. Veo que unos quieren ir hacia la salida, mientras que otros desaparecen con rapidez por los otros pasillos.

—Dante... —susurro mientras aprieto su mano.

—Si vamos por el pasillo central nos dará alcance antes de que consigamos escapar —dice deprisa.

—Pero...

Otro rugido retumba en las paredes de la cueva. Y nada más escucharlo, Dante tira de mi mano hacia uno de los pasadizos oscuros. Justo antes de escondernos veo una sombra totalmente deformada por las llamas de la hoguera que cruza casi volando en nuestras narices.

—Dios santo...

Y, de nuevo, un nuevo rugido acompañado de unos pies que corren. Y, después, un grito muy cerca de donde estamos escondidos. Saco un momento la cabeza. Son segundos, pero me bastan para que se me hiele la sangre y se me corte la respiración. Es la mujer del panadero. Está tirada en el húmedo y frío suelo con la garganta rajada de lado a lado. Aún no está muerta. Sus ojos me observan con pánico, pidiendo auxilio en una muda súplica que soy incapaz de ignorar. Intento ir hacia ella, pero Dante no me suelta.

—¡Se está muriendo! —grito histérica, pensando que, quizás, si me acerco a taponarle la herida, pueda sobrevivir.

—No te muevas.

—No puedo dejar que se desangre.

—Ya no puedes hacer nada por ella. Además, hay algo ahí, Nora. Hay alguien que no se deja ver entre los recodos del pasillo —dice en un tono que demuestra premura—. Tenemos que huir por otro lado.

Un grito tras otro va llegando hasta nosotros. Dejo de luchar cuando veo que la señora ha dejado de respirar. Otra más. Y ni siquiera hay campana que pueda repicar por ella ya. El mundo se está desmoronando a nuestro alrededor y ahora más que nunca sé que de esto no se sale ni con los pies por delante ni soportando nuestro peso; lo vivido en este pueblo nos acompañará el resto de nuestras vidas, ya duren minutos o muchos años.

—¡Tenemos que ir a ayudarlos! —grito desesperada.

Dante resopla y estira la espalda.

—El pasillo es demasiado estrecho para defenderse —dice con la voz estrangulada. Sé que lo está matando no ayudar a sus vecinos—. Los he visto correr hacia la salida, así que espero que estén bien, pero me temo que nosotros estamos encerrados.

Lo abrazo cuando escucho unos pasos que se acercan por el oscuro pasadizo. Las pisadas retumban en las paredes de piedra, chapotean en los pequeños charcos de agua y resuenan en mis oídos como si fueran la antesala de mi peor pesadilla hecha realidad.

—¿Olivia? —escucho que dice la dueña de esa voz.

¿De qué me suena esa voz?

—¿Olivia? —repite esa mujer misteriosa avanzando hasta nosotros.

Un momento... Yo conozco esa voz...

Separo la mejilla del abrigo de Dante y me asomo un poco a la abertura del pasadizo.

—¿Olivia?

El corazón se detiene en mi pecho cuando reconozco a la persona que está llamando a mi amiga.

—No puede ser... —murmuro con la boca tan seca como un pergamino y la vista algo borrosa—. Josefa... —consigo decir tras parpadear varias veces. Es que no doy crédito a lo que estoy viendo. La más anciana del pueblo. La que cayó muerta por un ataque al corazón. A la que no pudimos dar sepultura porque apareció el abogado—. ¿Qué haces aquí? —balbuceo con las manos temblando—. Te vimos morir...

—Fingí mi propia muerte. Solo así podría asegurarme de que todo el pueblo muriera de una vez por todas —explica despacio, apoyada en su bastón.

—Fuiste tú quien intentó quemarnos en la parroquia —dice Dante con horror—. Fuiste tú quien...

—Sí, aunque reconozco que no estuvo bien lo que hice, porque, además de vosotros dos, hay más gente inocente en este pueblo. Pero tenéis que entenderlo, muchachos... Debía hacer algo, aunque no fuera justo para todos.

—Fuiste tú todo el tiempo... —murmuro.

—Sí. Fui yo quien invitó a la hija de Enrique a este lugar tan sombrío. Mi querida amiga, que

por fin podrá descansar en paz, me explicó qué debía hacer justo antes de atravesarse la garganta con un afilado cuchillo al lado del cuerpo sin vida de su único hijo. Dolores y yo compartíamos los mismos poderes y me pidió que los utilizara para cuando llegara el día de la venganza. ¡Por fin se ha cumplido la maldición!

—Pero... —No puedo decir más porque saca un cuchillo de su abrigo y se cercena el cuello de un lado a otro con decisión.

—¡No! —grito horrorizada—. Dios santo... —sollozo cuando veo que los ojos de Josefa van perdiendo la vida poco a poco y cae al suelo desmadejada.

—Ya está... —susurra la anciana, ahogándose con su propia sangre—. Ya puedo descansar en paz —dice sonriendo con las pocas fuerzas que le quedan.

La vida se escapa de su cuerpo despacio como si fuera un haz de luz que se consume con la llegada de la noche más cerrada.

Sostiene algo en su mano derecha, algo que cae al suelo cubierto de sangre cuando la agonía termina.

Es una muñeca de trapo pequeña, hecha con retales, y desde su cabecita rellena de algodón salen varios pelos, tan rojos como los de mi amiga.

Capítulo 37

Dicen que el tiempo todo lo cura, pero en este caso, en el caso de mi mejor amiga, creo que no será así.

La hemos encontrado tirada en mitad de uno de los pasadizos, ya humana de nuevo.

—Olivia, ¿me escuchas? —pregunto realmente preocupada cuando la opacidad de sus ojos verdes me atenaza la garganta.

Con un puchero desconsolador me grita que no me acerque, que no la toque.

—¡Soy un monstruo! —gime.

Se comienzan a escuchar pisadas acercándose por el angosto corredor, así que Dante se aleja para concedernos unos instantes robados al tiempo. No son muchos, porque segundos después veo que tras el cura aparecen los demás, excepto el panadero, que parece que ha tenido el mismo final que su recién difunta esposa.

—Muchacho, gracias a Dios —celebra Ignacio, fundiéndose en un fuerte abrazo con Dante—. Vamos, salgamos de aquí.

Nos ponemos en marcha y, al doblar la esquina en uno de los pasillos, nos reencontramos con el cuerpo de Josefa.

—¿Cómo...? —empieza a preguntar Ignacio—. ¿Pero no había muerto ya?

—Se ha suicidado —dice Dante, mirando su cuerpo con pesar.

—Josefa tenía controlada a mi amiga con esto —les explico, mostrándoles la pequeña muñeca vudú con algunos cabellos de mi amiga pegados a la cabeza—. Por lo visto tenía los mismos poderes que la abuela de Olivia.

La recién nombrada emite un sonido estrangulado que sale del fondo de su garganta mientras los pocos vecinos que quedan con vida la miran de reojo sin terminar de creer en mis palabras.

—Vámonos de aquí —dice Ignacio, levantando la voz—. Creo que todos necesitamos un buen trago. Que alguien ayude a don Julián a llevar a Pablo hasta el pueblo. Se ha torcido el tobillo mientras huíamos por los pasadizos.

La vuelta al pueblo resulta demoledora en todos los sentidos. Dante carga con el pesado cuerpo del loco, así que puedo concentrarme en mi amiga, que ahora más que nunca me necesita, caminando a varios metros detrás de mí con la cabeza hundida en los hombros. El mutismo generalizado que se extiende por los pocos vecinos que han sobrevivido resulta asfixiante y, más

aún, cuando la única nota que lo rompe son los sollozos ahogados de Olivia.

—Vamos al albergue —propone Dante al resto cuando dejamos atrás el bosque. Nadie le rebate.

En cuanto abre la puerta, Bambi nos recibe cojeando. Ni siquiera el monísimo cervatillo consigue arrancarle un amago de sonrisa a Olivia. Todo lo contrario, entra y se dirige directamente a las escaleras mientras que los demás van hacia la cocina.

—Voy con ella —digo de pasada a Dante cuando veo que intenta seguirme. Asiente en silencio y me da la espalda. Mientras subo las escaleras, escucho que les pregunta a los vecinos qué quieren tomar. Ya en la primera planta, la busco en su habitación—. ¿Olivia?

Asomo la cabeza y la veo sentada en la cama abrazándose el cuerpo y con la mirada clavada en la alfombra.

—No tendría que haber venido. Ella me pidió que no lo hiciera —se lamenta mientras me siento a su lado. El mullido colchón se hunde un poco más bajo mi peso.

—¿Quién?

—Mi abuela.

La única familia que ha conocido. Su abuela materna, ya con casi noventa años, que quizás no supo lo que sucedió en realidad entre estas casas de piedra, pero que aun así, sospechó que era peligroso para su nieta.

—No lo sabías... No podías saber lo que iba a pasar. —Hace frío. Ya no recuerdo la última vez que esta chimenea se encendió y la temperatura ha ido bajando y bajando hasta provocar que nuestros alientos creen vaho cada vez que hablamos—. Deberías descansar. ¿Quieres acostarte?

—No —responde sumida en sus propios pensamientos. De repente levanta la mirada y me encojo un poquito porque el dolor que reflejan sus ojos es difícil de contemplar.

Suspiro. Son muchas las preguntas que deberá contestar antes o después, pero creo que no es el momento.

—Pues entonces duerme un poco...

—Me da miedo.

—¿Por qué?

—Por si sueño con ellos, con todos los que han muerto por mi culpa —responde con otra lágrima descendiendo por su mejilla salpicada de pecas—. Durante todos estos días ha habido momentos en los que pensaba que estaba soñando. Y ahora me da miedo no poder distinguir la realidad.

—¿Cómo ha podido suceder todo esto? ¿Cómo ha...?

—Nora —me interrumpe, cambiando la voz—. No lo sé. Ella me controlaba con esa muñeca. Dijo que la primera noche, cuando llegamos al pueblo, se chocó conmigo y me arrancó un mechón. Ella era esa vieja que nos asustó al doblar la esquina.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hoy, justo antes de que llegarais. Hasta hace unas horas no sabía ni lo que hacía, Nora. Es

como si todo hubiera sido una larga pesadilla.

—Antes o después tendrás que hablar con la policía.

Se muerde el labio y se tapa la cara con las manos.

—Tienes razón —dice al fin, después de unos segundos interminables—. Creo que lo mejor es que me acueste un rato.

El alma se me cae a los pies. No es momento para presionar. Me levanto despacio y voy hasta la puerta.

—Olivia —digo con el picaporte en la mano—. Soy tu mejor amiga. Puedes confiar en mí.

No me contesta. Se esconde entre las sábanas y se tapa la cabeza con el edredón.

Llego hasta la cocina y ni siquiera el olor de algo delicioso que se está cocinando sobre las brasas consigue animarme. Me siento al lado de la chimenea y me quito el abrigo. Nadie habla; todos intenta ahogar sus pensamientos en el trago de alcohol que sujetan entre sus crispadas manos, todos menos Dante, que está de espaldas a mí, cocinando.

Miro por la ventana cuando algo llama mi atención.

Ha empezado a llover.

Capítulo 38

—Tenemos que decidir qué narices le vamos a contar a la policía —dice el padre Julián después de dar varios tragos más al whisky que calienta entre sus manos.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza cuando me doy cuenta de que no soy la única que está rumiando esos pensamientos.

Dante sirve en cada plato huevos revueltos con jamón y se acerca hasta la esquina donde me he sentado, frente a la ventana. Observo con la mirada perdida en la lejanía el valle nevado e intento animarme un poquito con el suave tintineo de la lluvia.

—Parece que por fin podrás salir de aquí —dice a mi lado. Me deja el plato humeante sobre las rodillas y mira a través del cristal—. Si sigue lloviendo así, mañana estarán abiertas las carreteras.

Despierto de mi ensimismamiento y levanto el rostro. A pesar de que no recuerdo la última cosa caliente que me llevé a la boca, tengo el estómago cerrado. No puedo dar ni un solo bocado.

—¿Vendrá la policía? —pregunto con un nudo en la garganta.

Ya no pienso en mi trabajo ni en regresar a mi solitaria vida en Madrid. Solo pienso en lo que pasará con Olivia cuando lleguen para interrogarla.

Arruga el ceño y se pasa los dedos entre los alborotados mechones castaños. Sus ojos del color de la miel más oscura se entrecierran un segundo, para después bajar la mirada y calentarme el alma con una de sus maravillosas sonrisas.

—Sí, Nora. En cuanto se derrita un poco más la nieve iré a dar aviso con mi coche al pueblo más cercano. —Suaviza la mirada cuando ve mi reacción y se agacha para darme un sosegado beso en los labios—. Esto tiene que acabar ya. Para todos.

Se incorpora y me da la espalda para seguir sirviendo la comida a los demás, que, cabizbajos, no separan la vista de la mesa. Se me encoge un poco más el corazón cuando doy sentido a sus palabras. Sí, está claro que esto tiene que acabar, pero creo que también se refiere a lo *nuestro*.

¿Acaso ha habido algo entre nosotros más allá de cuatro besos furtivos y un solo encuentro más íntimo? Entonces, ¿por qué me siento así? ¿Por qué me da la sensación de que no puedo vivir sin él? ¿Por qué, por el amor de Dios, ya siento que lo quiero?

—Bueno, vecinos —insiste don Julián, sacándome de mis pensamientos—. Debemos ponernos de acuerdo para que la versión que demos cada uno de nosotros sea igual que la del resto.

—Yo propongo contar la verdad —dice una de las viejas—. Las mentiras nos han llevado a esto, así que ya es hora de ser sinceros.

Los carraspeos a mi alrededor me inquietan porque no podemos contar la verdad.

—Nadie nos va a creer —me atrevo a decir bien alto, para que todos me escuchen—. Nadie nos creerá, así que se nos tendrá que ocurrir algo mejor.

—La chica es la asesina, de eso no hay duda —interviene Aurelio—. Me da igual que fuera cuando tenía garras y dientes afilados, pero ha sido ella, al fin y al cabo.

Doy un golpe en la mesa que los alerta a todos.

—Ella no es la asesina, estaba controlada por Josefa. Además —añado, cuando solo veo respaldo en la mirada de Dante—, si queréis culparla a ella, contaré el resto de la historia. Lo contaré todo para que el mundo conozca la verdadera historia de este pueblo. Y me creerán, os lo aseguro. No hay más que pasar una noche aquí para creer lo capaces que son los habitantes de La Condesa —digo con rencor.

—Yo no quiero que mi prima sea recordada como una asesina —salta Ignacio, removiéndose en su silla—. ¿Y tú qué me dices, Aurelio? ¿Quieres que tu sobrina también aparezca en los libros de historia como una cruel asesina? ¿Ángel? Es tu sobrina también.

La bebida se atraganta en las gargantas de todos. Si culpan a Olivia, estarán ensuciando el nombre de su pueblo y a casi todos sus habitantes.

—Vuestros nombres también estarían manchados de sangre —añado—, porque se cometió un asesinato y no hicisteis nada por evitarlo.

—Eso ya ha prescrito —suelta una de las viejas, la de los huesos de cristal.

—De todas formas, la gente os señalará con el dedo, porque no solo no lo impedisteis, sino que no les denunciasteis ante la policía.

—Tiene razón —interviene Dante—. No deberíamos contar la verdad sobre lo sucedido.

—Podríamos decir que ha sido un lobo... —sugiere Ignacio.

—O un oso —añade don Julián.

—Las heridas de los fallecidos parecen de un animal salvaje, desde luego... —asiente la de los huesos de cristal.

—¿Y si descubren el ADN de la muchacha en las víctimas? —pregunta Aurelio—. Ahora ya no es como antes. Ahora no se les escapa nada a esos policías.

Todos asentimos en silencio.

—Tendremos que correr el riesgo —decido por todos—. Diremos que ha sido un animal salvaje y que sigue por el bosque, escondido en algún lugar. Les contaremos que fuimos a la cueva para encontrarlo y los panaderos y Josefa murieron entre sus garras. Si todos contamos la misma versión —continúo, recorriendo con la mirada a cada uno de ellos, buscando un atisbo de duda—, tendremos una oportunidad.

—De acuerdo —acepta don Julián—. Es lo que diremos. Pablito —llama a su hijo, que está sentado en una esquina demasiado callado—, ¿tienes claro lo que tendrás que decir a los policías?

Todos nos giramos expectantes hacia él. Frunce su única ceja y levanta la mirada para atravesarnos con esos ojillos negros.

—Sí —responde con claridad.

—Bien —suelto aliviada—. Voy a ver cómo está Olivia.

Subo las escaleras con las piernas temblando y, cuando llego hasta su habitación, su suave respirar me tranquiliza. Llego hasta su lado y me siento en la cama. Una lágrima tras otra van cayendo por mis mejillas desnudas. Me tapo la cara con las manos mientras los sollozos me arrancan notas graves y un doloroso temblor en los hombros.

Olivia se revuelve un poco y abre los ojos.

—Perdona, no quería despertarte.

—Da igual —responde con la voz aún somnolienta. Abre el edredón y me hace un hueco en la cama—. Ven, duerme conmigo. Pero no te acerques, por favor...

Me seco las lágrimas como puedo y me quito las pesadas botas de Dante. En cuanto me tumbo y el confortable calor que desprende el cuerpo de Olivia me envuelve, empiezo a sentirme un poco mejor.

—Tengo miedo... —dice, tras un suspiro entrecortado.

—Yo también. Pero todo ha acabado, Olivia. El pueblo, o lo que queda de él, ha tomado una decisión —le explico—. Diremos que ha sido un animal salvaje, ¿de acuerdo?

—Nora... Yo no sé qué es lo que ha ocurrido aquí, en el pueblo, mientras era un monstruo. Si me preguntan sobre cualquier detalle no sé qué podría contestarles... —responde con pánico.

—Pues escucha con atención, porque te lo voy a contar todo.

No sé si mi relato dura una o dos horas, solo sé que, cuando termino, estoy agotada. Y ella también. Solo espero que recuerde cada detalle, cada mentira metida con calzador para que no haya fisuras en la nueva versión de lo acontecido.

—¿Podemos dormir? —me suplica.

—Sí.

Un rato después, siento que alguien intenta despertarme.

—Nora...

Posa su mano en mi mejilla con suavidad.

—Despierta, es medianoche —susurra Dante—. Te he preparado sopa.

Me incorporo despacio y me siento la cama. Un bulto al otro lado tapado hasta las cejas me indica que Olivia aún duerme.

—No tengo hambre; solo quiero dormir —murmuro mientras me froto los ojos con cansancio. Me duele todo el cuerpo.

—Tienes que comer algo —insiste, tirando de mi mano—. Vamos.

Solo porque son sus dedos los que me piden que le acompañe. Ando por el suelo de madera en calcetines hasta que recojo una mantita doblada en una silla y me la echo por encima para seguirlo a través de la puerta. Voy hacia las escaleras cuando me detiene y me señala su habitación.

—Te he subido la cena —dice tan bajito que apenas lo escucho.

Sigo sus pasos y me sorprende la amarillenta luz que desprende la chimenea encendida. Tengo que entrecerrar los ojos un momento hasta que mis pupilas se vayan acostumbrando.

—Ven aquí —me llama, ya sentado en la cama.

Me detengo a mitad de camino cuando su aspecto me deja paralizada. Se ha cambiado de ropa, y ahora lleva una sudadera gris con capucha y unos vaqueros desgastados. No puede estar más guapo. Y no me puede doler tanto saber que dentro de muy poco dejaré de tenerlo cerca.

—No tenías por qué... —empiezo a decir cuando la primera cucharada de sopa caliente me sorprende. Trago deprisa y me voy a quejar cuando me da otra—. Oye, que no soy una niña...

—Ya sé que no lo eres —responde hundiendo la cuchara sin descanso en el delicioso líquido espeso, para después acercarlo hasta mis labios—, pero tienes que comer algo.

Sopla un poquito la cuchara, temeroso de que me quemé. Voy tragando sin rechistar mientras admiro la decoración en tonos azul oscuro de las paredes. Los edredones más confortables del mundo, los antiguos muebles de madera combinados con algunos detalles más modernos... Incluso parece que el fuego de la chimenea aporta más calidez que en cualquier otro lugar del mundo.

—¿Cómo? —le pregunto entre cucharada y cucharada.

—¿Qué? —susurra concentrado en que ni una sola gota se derrame sobre la cama.

—¿Cómo has conseguido hacer algo así en este pueblo? Con ellos como vecinos, quiero decir.

Creo que me entiende a la primera, a pesar de que sigo algo adormilada y no soy capaz de expresarme con claridad. Acerca su pulgar a mi labio, allí donde descansa mi único lunar del cuerpo, y me acaricia con lentitud.

—Mi madre me dijo una vez que no importa dónde tengas que vivir, siempre y cuando lo conviertas en tu hogar —responde, sonriendo con tristeza—. Por supuesto, fue mucho antes de que le confesara que me venía a vivir aquí —añade con esa cara de pillo que pone cuando baja las defensas y se muestra tal y como es.

—Pues lo has conseguido —respondo en un carraspeo cuando aleja el pulgar de mis labios.

El cuenco ya está vacío. Lo deja sobre una de las mesitas de noche, justo al lado de un libro usado y roto por los bordes.

—Nora...

—¿Sí? —pregunto inclinándome hacia él como si fuera un imán. Busco sus labios, y me acerco para besarlos.

—En cuanto amanezca me iré con Ignacio a dar aviso a la policía —suelta de repente, echándose hacia atrás y rompiendo el halo de magia que había creado con una estúpida cuchara. Vuelve a colocarse la coraza e impone un muro entre nosotros que soy incapaz de atravesar. Algo lo atormenta, lo sé, pero parece que no quiere compartirlo.

Me recompongo con rapidez y disimulo las ganas que tengo de besarlos. Los labios me arden por la necesidad de sentir los suyos, tan suaves y húmedos a veces, y en otras ocasiones, duros y exigentes.

—¿Puedo ir contigo?

—Creo que es mejor que te quedes con Olivia —dice sin pensar. Seguro que ya había preparado la respuesta y eso solo puede significar que ya sabía que iba a formularle esa pregunta —. Tiene que estar lo más tranquila posible cuando llegue la policía, porque de ella depende toda la mentira. Si se derrumba o dice algo fuera de lugar, el resto de nuestros testimonios no servirán de nada. Y me preocupa que sea a ella a una de las primeras que tomen testimonio, que es lo que pasará si venís las dos conmigo y con Ignacio.

—Sí, creo que será lo mejor. —Aunque son esas las palabras que pronuncio, nuestras miradas dicen otras muy distintas; él ya se está despidiendo de mí, preparando el momento en el que abandone el pueblo para regresar a mi vida y yo estoy aceptando el hecho de que tendré que decirle adiós para siempre.

Y, a pesar de ello, nuestros dedos se entrelazan un momento. Grabo este instante en mis retinas, con sus dulces ojos acariciándome sin miedo. Lo necesitaré cuando regrese a mi aséptico piso en Madrid y cierre los ojos para recordar el color exacto de su mirada.

—¿Quieres dormir conmigo? —me pregunta con tristeza, metiéndose bajo el edredón. Ni siquiera se pone el pijama; piensa salir a dar aviso lo más rápido posible en cuanto la lluvia funda toda la nieve posible.

—Sí.

«Por última vez», pienso mientras me acomodo entre las sábanas y dejo que me abrace. Coloco un momento el rostro sobre su pecho, pero como no soporto pensar en lo mucho que lo voy a echar de menos, me doy la vuelta y abrazo un cojín. Aun así, me rodea la cintura con su brazo y me acaricia la nuca con su aliento.

—Nora...

—¿Sí?

—Quiero que sepas que eres muy especial, y... cuando todo esto pase, espero que no tengas un mal recuerdo de mí.

Me giro entre las sábanas para que nos miremos a los ojos.

—Yo jamás pensaría mal de ti —le aseguro.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, pero creo que no ha sido suficiente —se lamenta—. Por favor, no me mires así...

—No te estoy mirando de ninguna forma —murmuro con una sonrisa.

—No me mires como si fuera bueno, porque no lo soy —murmura.

—Eres bueno, Dante, por mucho que te empeñes en demostrar lo contrario —le aseguro con el corazón en la garganta.

«Es ahora o nunca —me digo—. Es ahora cuando puedes cambiar las cosas. En cuanto se vaya al pueblo de al lado, habrás perdido tu oportunidad».

Me acomodo entre las sábanas y busco sus manos bajo la colcha.

—Oye, Nora...

—Cállate —lo interrumpo—. No sé qué ronda por tu cabeza, pero yo tengo bastante claro lo que siento por ti.

—Nora, no...

—Sí, Dante. Tengo que decírtelo antes de que sea demasiado tarde —susurro con angustia—. Nunca he hecho esto, al menos desde que cumplí los diez años —añado con una mueca—. Sé que es una locura, sé que nos acabamos de conocer, pero los pocos días que hemos vivido juntos me parecen años. Las cosas que hemos compartido son demasiado intensas y me da igual si es precisamente eso lo que ha precipitado mis sentimientos o...

Me acalla con un beso.

—Espera... —le pido, justo cuando nuestros labios se separan un segundo—. Tengo que decírtelo...

—No tienes nada que decir, Nora, ya te lo veo en la cara —susurra con ternura—. Yo también he de confesarte algo. No —añade cuando ve que voy a volver a hablar—. Espera un momento y escucha, porque puede que te arrepientas de lo que ibas a decir tras conocerme un poco mejor.

Me incorporo, pegando la espalda al cabecero.

—No creo que nada que digas puede...

—Espera a escucharme y después podrás decir eso. —Carraspea y adopta una postura demasiado seria y atormentada, como si le costara arrancar—. No sé por dónde empezar... Siempre fui un poco rebelde, pero, cuando mi padre murió, me descontrolé por completo. Abandoné los estudios y me obsesioné con mi grupo y mi guitarra.

—¿Tu grupo? —le pregunto.

—Sí, un grupo de rock al que tenía el honor de pertenecer. Lo montamos en el instituto y poco a poco fuimos creciendo. Durante un tiempo empezamos a ser conocidos, pero mis compañeros y yo no supimos mantener el control y todo se fue a la mierda.

—¿Por qué?

Entorna los ojos y me muestra una sonrisa tan triste y encarnada que me parte el corazón.

—Las drogas, el alcohol, las peleas, el dinero rápido, las... —Carraspea de nuevo, como si le costara trabajo continuar—. Las prostitutas...

—Ya veo —musito, incapaz de mantener su mirada.

—Nos juntamos con mala gente. Me detuvieron en demasiadas ocasiones y lo peor de todo es que de la mayoría ni me acuerdo de lo colocado que iba —explica con angustia. Se nota que aún no lo ha superado—. Acabé en un centro de desintoxicación.

—Dios mío, Dante...

—En cuanto salí del centro decidí que tenía que cambiar de vida. O me alejaba de todo aquello, o volvería a recaer...

—Y por eso viniste aquí —lo interrumpo—. Por eso llevas viviendo como un ermitaño todo este tiempo, porque te da miedo regresar al mundo real.

—Este es mi mundo ahora, Nora, y es tan real como cualquier otro —me rebate.

—Te estás ahogando aquí —le aseguro—. No eres feliz.

—Creo que no me merezco ser feliz —susurra con tristeza y un punto de desesperación.

—Eso no es verdad. Todos merecemos ser felices. —Busco su mano y la aprieto con fuerza—. Tienes que encontrar aquello que te llene por completo.

Suelta una risa irónica y se despeina el flequillo con rabia.

—Lo único que me llena en esta vida son las cosas malas, Nora. Las drogas. El sexo. Desfasar hasta que no me queden fuerzas...

—Eso no es verdad —lo interrumpo—. En estos pocos días me has demostrado que eres valiente, fuerte... Eres buena persona, Dante. Todo el mundo comete errores.

—Mira —dice, sujetando mi rostro con sus manos—. No sé qué me deparará el futuro, pero con los antecedentes que tengo y lo que ha pasado en el pueblo, seguro que nada bueno. Solo sé que hace mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con nadie. Solo sé que me das toda la calma que a mí me falta. Y solo sé que me muero por besarte cada vez que estás cerca.

Sus últimas palabras me aceleran el corazón, y despacio, casi en una caricia, junta sus labios con los míos.

—No sé qué va a pasar cuando todo esto acabe, pero me gustaría tenerte cerca, Nora. Si es que sigues queriendo conocerme mejor después de lo que te he contado, claro.

Observo un segundo su mirada, tan limpia y transparente que me deja sin aliento. Sus ojos siempre me han mirado con ternura y me da igual lo que me acaba de contar sobre su pasado, porque sé que, en el fondo, es una de las mejores personas que he conocido.

—Dante —comienzo a decir despacio, incapaz de condensar todos los pensamientos que se cruzan por mi cabeza en unas pocas palabras—, gracias a ti estamos vivas y a salvo. No sé qué habría hecho sin ti, de verdad. No sé cómo puedo agradecerte...

—No quiero tus agradecimientos —rebate con una mueca—. Si ahora mismo estás aquí, entre mis brazos, porque te sientes agradecida, será mejor que...

—¡No! ¡No es eso lo que te quiero decir! —exclamo—. A pesar de todos los horrores que he vivido, tú has conseguido que hubiera luz en las sombras; eso es lo que necesito que comprendas. Y solo una persona con un corazón muy, pero que muy grande, puede conseguirlo. Verás, yo he llevado una vida demasiado solitaria debido a mi... don. O tara, como prefieras llamarlo. La gente siempre me ha rechazado por miedo a lo que les pudiera decir y, por eso, me he pasado años y años encerrada en mí misma. Por eso sé que cuando conoces a una persona especial, no puedes dejarla marchar.

—Nora, te aseguro que he hecho cosas de las que me arrepiento tanto... —se lamenta, con los ojos vidriosos.

—Me he enamorado de ti, Dante, y nada de lo que digas o hagas podrá cambiar eso —digo al fin.

Capítulo 39

Me despierto sobresaltada. Me giro un poco y veo que Dante duerme bocabajo y respira profundamente. Entrecierro los ojos y me levanto congelada. Las brasas de la chimenea se están apagando y por la ventana veo que la lluvia no da tregua, borrando como a pinceladas el blanco níveo de las copas de los árboles y del musgo de la tierra húmeda.

Salgo al pasillo descalza y en puntillas. Creo que he perdido los calcetines entre las sábanas y no quiero despertarlo si me pongo a buscarlos. Así que pienso que cogeré otros de mi maleta y, de paso, me cambiaré de ropa, pero en cuanto levanto la mirada veo que la puerta de la habitación de Olivia está abierta de par en par.

Un pálpito ya conocido me atraviesa cuando corro hasta la habitación y veo que no está en la cama.

—Tranquila —murmuro, obligándome a respirar—. Estará abajo preparándose un café.

Y como si hubiera perdido la cabeza, canturreo un poco mientras bajo las escaleras. Paso al lado del cervatillo dormido sin prestarle atención y mi sangre abandona de nuevo mi congelado rostro cuando tampoco la encuentro en la cocina. Doy media vuelta y voy hasta la puerta de entrada.

Está abierta.

Olivia ha vuelto a desaparecer.

—¡Dante! ¡Dante! —grito subiendo las escaleras de dos en dos—. ¡Despierta!

Lo zarandeo en cuanto llego hasta su cama.

—¿Qué pasa?

—Olivia no está —digo con el corazón en la boca. No siento los labios; se me están quedando dormidos. Las manos también me hormiguean y las piernas me tiemblan como dos flanes.

Salta de la cama y se enfunda las botas sin parpadear. Yo corro de nuevo a la habitación de Olivia y me pongo las mías sin calcetines. Bajamos las escaleras tropezando con nuestros propios pies y, en cuanto se acerca a la entrada, se queda paralizado.

—¿La has abierto tú? ¿Has quitado los cerrojos? —me pregunta nervioso.

—No. Ya estaba así cuando he bajado a buscarla.

—Entonces ha salido por aquí. Vamos —dice, agarrándome de la mano y tirando de mi cuerpo al exterior.

Me pongo la capucha porque está lloviendo a mares. El paisaje está cambiando ante mis ojos como si fuera a cámara rápida. La nieve se va tornando gris a medida que se va fundiendo, ensuciándose con la tierra y el barro.

—¿Dónde están los demás?

—Regresaron a sus casas poco después de que te fueras a dormir... —dice, protegiéndose también con la capucha.

Pero entonces la veo, justo en la linde del bosque. Sin chaqueta que proteja sus hombros de la lluvia ni una capucha que impida que su larga melena se empape.

—No —le digo a Dante cuando da un paso hacia delante—. Quédate aquí.

Me acerco hasta ella despacio, pisando los charcos. Está de espaldas a mí, con la cabeza echada hacia atrás, como si necesitara limpiar de su rostro todo lo que ha vivido en este pueblo.

—Yo tengo la culpa —dice cuando me sienta a su lado. Se gira para poder mirarme a la cara. La suya está enrojecida y con los ojos hinchados de tanto llorar—. No tendría que haber venido.

Las lágrimas que corren por sus mejillas se diluyen con las gotas de lluvia que nos azotan sin piedad.

—No te martirices; ya no se puede cambiar lo que ha ocurrido —susurro, intentando darle algo de consuelo.

—Por la noche, cuando me fui a acostar a la otra habitación, una rama entró por la ventana y me golpeó en el brazo. Los cristales se rompieron y me clavé uno en el pie. No veas cómo sangraba —explica despacio—. Y entonces... Sucedió. Ahora me acuerdo, Nora. Recuerdo cada persona que he matado, pero no podía detenerme. Quería matarlos, como si una voz en mi interior me dijera que tenía que hacerlo.

Ni siquiera respiro mientras habla.

—Es horrible... —empiezo a decir.

—Cuando maté a la primera mujer volví a ser yo, pero solo unos segundos. Te juro que incluso pensé en suicidarme —asegura entre lágrimas—. Después ella, esa maldita vieja, me volvió a controlar. Me obligaba a ir hasta la cueva para dormir y, cuando regresaba la lucidez, que duraba instantes, no sabía qué estaba pasando ni por qué tenía sangre en las manos.

—¿Por qué no volviste al albergue conmigo?

—¡Porque no me daba tiempo! —exclama con horror—. Cada vez que me convertía dejaba de ser yo y buscaba volver a matar de nuevo. Es como si supiera a qué persona tenía que atacar, como si estuvieran pintadas de color rojo.

Mantengo la boca cerrada, porque nada de lo que le diga ahora mismo puede mitigar el dolor que está sintiendo.

—Cuando me encontrasteis la primera vez no recordaba nada —me asegura—. Pero ahora que Josefa ha muerto, lo recuerdo todo. Todo, Nora. Recuerdo todo lo que he hecho...

—Tú no has hecho nada.

—¿Y si la maldición no se ha roto? ¿Y si me sigo... convirtiendo?

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies.

—Josefa dijo que la venganza se había cumplido, así que debemos confiar en sus palabras e intentar seguir adelante como podamos.

—No creo que pueda, Nora. No después de todo lo que he hecho...

Capítulo 40

Regresamos al albergue bajo una tromba de agua que no nos concede tregua. Los días en los que una nieve espesa y perfecta lo cubría todo han pasado a mejor vida y han dado lugar a un cielo tan encapotado y grisáceo que ni un solo rayo de luz solar lo consigue atravesar.

En cuanto entramos, nos despojamos de nuestros abrigos y Dante los recoge para colgarlos de un perchero. Poco a poco el suelo se va encharcando, mientras Olivia y yo nos retamos con la mirada.

—Y ahora...

—Ahora tendremos que aprender a vivir con ello —respondo intentando aportar a mi tono más seguridad de la que siento.

—Yo voy a salir a buscar a Ignacio —interviene Dante—. Creo que la carretera ya estará accesible. O al menos eso espero.

Saca un abrigo seco del armario de la entrada y rebusca entre los cajones hasta que da con la llave de su coche. Se acerca a darme un beso. Nuestros labios se encuentran despacio, como si solo quisiéramos acariciar los del otro un segundo.

—Tened cuidado —nos pide con un carraspeo y el ceño fruncido cuando se separa—. No abráis la puerta a nadie —añade mientras me lanza una mirada de advertencia.

—Estaremos bien —respondo con un nudo en la garganta.

Sale y cierra despacio sin mirar atrás, lo que provoca que el vacío que supone su ausencia se instale en mi pecho. Algo no va bien, lo siento en cada poro de mi piel.

Olivia coge al cervatillo entre sus brazos y subimos a su habitación. Allí, con Bambi recostado entre nuestras piernas y el suave colchón, pasamos la mayor parte del día, a veces durmiendo, a veces hablando sin decir nada en realidad. No bajamos ni siquiera a preparar algo para comer, pero, bien entrada la tarde, algo en la boca del estómago empieza a angustiarme.

Dante no ha regresado aún.

—Creo que necesito un café —dice.

—Yo también.

Bajamos hasta la cocina con la lluvia repiqueteando contra las ventanas. Quizás son imaginaciones mías, pero parece que ahora cae con mucha más fuerza, como si el cielo quisiera borrar todo lo que ha ocurrido en este lugar.

—¿Cómo calentamos esto? —me pregunta con una cafetera de toda la vida en la mano.

Me encojo de hombros. Siempre lo ha preparado Dante sobre algo que ponía en la chimenea.

—Ni idea... Si lo ponemos directamente sobre el fuego se va a quemar —respondo tan cansada que me cuesta hasta pensar. Ya deberían haber regresado del otro pueblo. Quizás han tenido un accidente con el coche debido al temporal. Y son esos los pensamientos que me rondan por la cabeza cuando mi amiga se desploma en una silla y se pone a llorar de nuevo. No sé la cantidad de lágrimas que una persona dispone para utilizar, pero creo que las está agotando—. Olivia... —Debería existir un manual para estos casos. Cada palabra que se me ocurre pronunciar se me atasca en los labios antes de salir porque no es lo suficientemente buena—. Lo siento muchísimo —digo al fin. Me siento a su lado y sonrío—. Yo voy a estar siempre, Olivia, pase lo que pase.

Alza el rostro y me abraza.

—Gracias.

Y, de repente, lo siento. Ese hormigueo en las puntas de los dedos, como si una corriente eléctrica me atravesase el cuerpo. Mis fosas nasales se inundan del aroma a rosas podridas y almizcle, y la garganta se me seca mientras contemplo a mi amiga con verdadero pánico.

No, por favor...

No puede ser...

Olivia siente que todo mi cuerpo se pone en tensión y se va separando poco a poco para mirarme a la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondo de inmediato, obligándome a sonreír. Las lágrimas que aún no han salido me pican en el interior de los ojos, pero no pienso rendirme ahora. Olivia no va a morir. Lo evitaré como sea, pienso decidida—. Es que estoy preocupada por Dante... —miento a medias mientras mi corazón se va deshaciendo trocito a trocito.

No puede morir. Mi mejor amiga no puede morir... Quizás mi *don* está fallando. Quizás no sean más que los nervios, tal y como me pasó con Dante...

Voy hasta la ventana, incapaz de soportar su mirada, donde la lluvia me recuerda que se acabó. Todos los secretos escondidos en este pueblo mientras nevaba se van desvelando gracias a la lluvia, que, implacable, se empeña en mostrarnos la verdad, tan sucia y oscura como el barro que ahora veo más allá del cristal. Tan cruel como la vida, que solo se nos regala unos pocos instantes para después arrebatárnosla de golpe, cuando menos nos lo esperamos.

—Soy un monstruo, Nora... —susurra, sacándome de mis pensamientos—. No merezco vivir entre las personas.

—Yo he sido un monstruo toda mi vida y tú siempre has estado ahí, Olivia —le recuerdo mientras regreso a su lado. No va a morir. Pase lo que pase, mi amiga seguirá viva.

Le voy a preguntar si quiere volver a la cama, cuando el indiscutible sonido de las ruedas de un coche me sobresalta.

—¡Es Dante! —grito, descorriendo la cortina. La luz de los faros me deslumbra un segundo

mientras Olivia suspira y yo corro hasta la puerta de entrada. Descorro los cerrojos aliviada, porque ya me empiezo a sentir segura de nuevo. Giro el picaporte y...

El corazón se me detiene.

—Pablo... ¿Qué haces tú aquí...?

No me da tiempo a impedirle la entrada porque me empuja con tal brutalidad que caigo hacia atrás y me golpeo la espalda contra el suelo. Me incorporo a pesar del dolor y veo que su cojera ha desaparecido como por arte de magia. Sus pasos, seguros, se dirigen hacia la cocina.

—¡Nora! ¿Quién es? —grita Olivia. Pero un grito ahogado, que sale de su garganta atemorizada me hace ponerme en pie con rapidez y correr hasta la cocina con el corazón en la garganta.

Me tiro sobre la espalda del loco sin pensármelo dos veces mientras mi amiga intenta esquivar el cuchillo que el intruso levanta sobre su cuerpo.

—¡No! —grito—. ¡Déjala! ¡Déjala en paz!

Me aferro a su cuello con toda la fuerza que puedo sacar de mis endebles brazos, pero él se retuerce deprisa.

—Es, es, es, es, esto por, por por ma, ma, ma, matar a, a, a, mi, mi, mi, ma, ma, ma, dre —dice con mis manos rodeando su garganta enfurecida desde atrás.

—¡Corre! ¡Olivia! —consigo gritar a pesar del esfuerzo. No podré retenerlo mucho más tiempo. La mesa que separa a mi amiga del loco es lo único que en realidad está impidiendo que se cometa otro asesinato más—. ¡Huye! —chillo con las sillas cayendo a nuestro alrededor gracias a los espasmos y movimientos bruscos que hace Pablo para que lo deje libre.

Pero mi amiga se queda donde está, inmóvil.

—¡Olivia! —gruño desesperada, cuando mis dedos pierden fuerza. Caigo al suelo y me abrazo a una de las piernas de Pablo para impedir que llegue hasta ella—. ¡Corre!

El loco desplaza la mesa con una fuerza sobrehumana sin importarle lo más mínimo que yo esté ralentizándole el movimiento.

—Me lo merezco —escucho que dice mi amiga—. Me lo merezco.

Le muerdo la pierna con rabia mientras la angustia me nubla la vista. Mis dientes encuentran un muslo duro, repleto de músculos bien adiestrados, pero aun así sigo apretando hasta que lanza un chillido de dolor y me presta atención.

—Lo, lo, lo, loca —me insulta. Intenta mover la pierna que mantengo prisionera e ignoro el cuchillo que levanta por encima de mi cabeza—. De, de, de, deja, dejame en, en, paz.

—¡No! —le respondo con furia.

Pablo levanta el cuchillo, a punto de asestarme la primera puñalada cuando Olivia se interpone en el trayecto de la afilada arma, sufriendo la estocada por mí.

—¡No! ¡Olivia! ¡No!

Mi amiga se desploma en el suelo a mi lado con el cuchillo clavado en su espalda. Las manos me tiemblan cuando le aparto varios mechones pelirrojos del rostro, y todo mi ser se convulsiona al ver un hilillo de sangre que comienza a escapar de entre sus labios. Al principio es débil, pero

en pocos segundos le tiñe los dientes y los labios de un rojo carmesí que preceden a una muerte segura. Toco su mejilla y el hormigueo que me recorre desde las yemas de las manos hasta la nuca me confirma que le queda poco tiempo.

Alzo la mirada y veo que Pablo busca algo afilado en la encimera con lo que rematar a mi amiga, que se desangra en el suelo.

—¡Ya lo has conseguido! —le grito. Me incorporo despacio, no sin antes recoger un trozo de cristal proveniente de un vaso del suelo—. Eres un asesino. ¡Vamos! —rujo, presa de una furia que nunca antes he experimentado—. ¡Vamos! ¡Ven a por ella!

Le lanza una última mirada, como si necesitara comprobar que con lo que ha hecho es suficiente y que no necesita clavarle nada más para que su cuerpo sea enterrado bajo tierra en unas horas, y huye deprisa, esquivando mi inútil intento de ataque.

A quién voy a engañar... Si no he matado ni a una mosca en mi vida...

Pero, por suerte, Pablo no lo sabía, porque el maldito loco corre en dirección al bosque como si el mismísimo diablo le persiguiera.

Un gemido me separa de la ventana. Me arrodillo a su lado, sujetando su cuerpo maltrecho.

—¿Por qué lo has hecho? Podrías haber huido...

Se gira con dificultad para que nuestros ojos se encuentren. En los suyos veo paz, a pesar de todo. Alza las comisuras de los labios, abnegadas en sangre, y me sonrío.

—Ya está, Nora. Ya está...

Un profundo sollozo me ahoga y hundo la cara en su pecho, que poco a poco deja de moverse.

—No puedes morir... No puedes morir... —suplico.

Una de sus manos se posa sobre mi mejilla.

—Ya estaba muerta, Nora. Llevo muerta muchos días —dice con un tremendo esfuerzo—. Desde que maté a la primera.

—No es verdad... No lo es... Tú no tenías la culpa...

—Eso ya da igual. Nora, mírame —me pide. Me incorporo despacio. Respiro entre convulsiones y sollozos incontrolables—. Es lo mejor.

—No...

—Sí —dice después toser un reguero de sangre—. Sabes tan bien como yo que no podría vivir con esta carga... No llores por mí; no me lo merezco.

Sus ojos van perdiendo su particular brillo poco a poco.

—No puedes morir —niego con pánico.

—No te preocupes —susurra con una sonrisa—. Estoy bien...

Se va. Su vida se me escapa de entre los dedos sin que pueda hacer nada por impedirlo, pero, cuando me tumbo a su lado y la abrazo, esos mismos dedos ya no hormiguean.

Ya no respira, al menos ya no la siento respirar.

Ya no se mueve.

—Olivia... ¡Olivia!

Capítulo 41

Conduzco de vuelta al pueblo con los parabrisas luchando por despejar la luna de esta incesante lluvia que nos azota con fuerza. Ignacio va a mi lado, tan callado como yo.

Hemos tardado demasiado en llegar al pueblo de al lado y hemos tenido que esperar lo que me ha parecido una eternidad hasta que ha llegado la policía. Después, mientras comprobaba la hora en mi reloj cada pocos minutos, nos han entretenido más tiempo del que me gustaría para prestar declaración. Y varias horas después, por fin, un dispositivo se ha puesto en marcha y nos han permitido regresar.

Varios coches patrulla y dos ambulancias nos siguen de cerca por la sinuosa carretera llena de curvas. Se nos cruzan ciervos desorientados en cada giro y en varias ocasiones he tenido que dar un frenazo que casi nos hace salir de la carretera.

—Ya estamos llegando, muchacho —dice Ignacio, a mi lado.

Asiento con la cabeza en silencio, intranquilo y preocupado. No debería haberlas dejado solas. Tendría que haberlas traído con nosotros, pero Olivia estaba tan conmocionada que temí que contara la verdad. Hace unas horas pensaba que lo mejor era dejarlas algo de tiempo y espacio para que Nora consiguiera tranquilizarla, pero ahora, al doblar la última esquina y ver el coche de Pablo aparcado de malas maneras justo delante del albergue, ahora sé que he cometido un error imperdonable.

—Joder —maldigo, saliendo del coche con rapidez—. ¡Pablo! —grito a esa figura que corre al interior del bosque—. ¡Pablo! —chillo con todas mis fuerzas.

—Ese descerebrado ha hecho algo —dice Ignacio a mi lado—. No hay más que ver cómo corre, como un poseso endemoniado.

Varios policías salen de sus coches y les grito que vayan por él. No se hacen esperar, saliendo a la carrera detrás de ese degenerado.

—Ignacio, tengo que entrar...

—Sí, muchacho. Vamos, yo me quedo aquí por si Pablo regresa.

La puerta está abierta, así que entro con el corazón en la garganta, y lo que veo nada más entrar en la cocina me hace detenerme en seco.

—Oh, no...

Hay sangre. Una sangre espesa y brillante que se posa sobre el cuerpo de Nora. Está tendida en

el suelo, hecha un ovillo, alrededor de las sillas tiradas por el suelo.

—Nora... —suplico despacio, negándome a creer aquello que estoy viendo.

Me acerco un poco más y veo a su amiga, con toda su melena esparcida por el suelo y con un gran cuchillo clavado en su espalda.

—Joder, Nora... Joder... —suplico con la garganta cerrada.

La estrecho entre mis brazos pensando que está muerta cuando se mueve.

—¿Dante?

Un soplo de esperanza se prende en mi angustiado pecho y la aprieto contra mi cuerpo con fuerza mientras le beso el pelo, la sien, los labios...

—Pensé que habías...

Llora sobre mi cuello. Primero despacio, como si le diera miedo dejarse llevar, pero segundos después convulsiona y le pido que se tranquilice porque parece que se va a desmayar de un momento a otro.

—Ha muerto... Olivia ha muerto...

—Lo sé —susurro con delicadeza. Es como un pajarillo tembloroso y asustado, y me aterra decir una palabra de más y que se aleje de mi lado—. Tranquila.

La policía se abre paso y comienzan a hacer su trabajo. Varios enfermeros intentan comprobar si Nora se encuentra herida, pero ella les grita que la sangre que tiene no es suya, que es de su amiga. Todos comprenden de inmediato que está en estado de shock y que lo mejor es que se tranquilice.

—¡No quiero ningún sedante! —grita cuando ve a un enfermero con una aguja en la mano. Aun así, se lo inyectan y, justo cuando sus párpados van cayendo, un médico les grita a los demás que la otra chica, la que tiene el cuchillo clavado en la espalda, sigue viva.

—Olivia está... —susurra Nora, cogiendo aire de golpe y con un brillo de esperanza iluminando su precioso rostro.

Tenemos que salir de la cocina porque un verdadero ejército de trabajadores sanitarios se pone en funcionamiento para salvarle la vida a su amiga.

—Nora, escucha —le susurro en la entrada—, ha sido Pablo, ¿verdad?

Sé que no es el momento para presionarla, pero tengo que saberlo por si está por aquí cerca, acechando.

—Sí... Se fue corriendo...

—Seguramente se haya escondido el muy cabrón —mascullo con rabia.

La ayudo a subir a la planta de arriba a pesar de sus negativas. Dice que quiere estar junto a Olivia, pero yo sé que ahora mismo estorbaría más que ayudar.

—Tienes que dejar que los médicos hagan su trabajo —le repito.

—Yo tengo la culpa —musita, con la mirada perdida—. Yo le abrí la puerta, Dante, a pesar de que me dijiste que no lo hiciera...

La abrazo con fuerza, deseando poder cargar con su sufrimiento.

—La culpa es mía por haberos dejado solas, joder —gruño con rabia—. Soy un maldito estúpido.

El caos se apodera del albergue y, más allá de sus muros, de todo el pueblo. Un ejército de policías, Guardia Civil, forestales, bomberos, médicos, forenses... Nunca había visto a tantas personas juntas en este inhóspito lugar. Recorro sus calles despacio mientras Nora duerme gracias al sedante, con la lluvia calándome hasta los huesos. Este será el final de La Condesa tal y como la hemos conocido, lo sé yo y lo saben los pocos supervivientes que, entre aliviados y sobrepasados por la atención que estamos recibiendo, cuentan la misma versión de lo pasado en estos días.

Me detengo en la taberna, donde veo a don Julián con una cerveza entre sus manos a través del cristal. No dudo en entrar para saber cómo está.

—Dante... —me saluda desde su mesa. El rictus de su rostro me indica que está destrozado—. Siéntate conmigo un momento, hijo.

Me coloco en la silla de enfrente y le doy una palmada de ánimo en el brazo.

—Todo se solucionará —le digo con una sonrisa que no me llega a levantar las comisuras de los labios.

—Mi querida María ha muerto —se lamenta con un suspiro— y mi Pablito ha cometido el peor de los pecados, Dante —continúa, tras una pausa—. Sé que es mi castigo y lo llevaré sobre mis hombros hasta que Dios quiera echarme de este mundo. Arderé en el infierno —añade, tras dar un sorbo—, junto con mi familia.

—No es momento para mortificarse, don Julián...

—¡Mi pobre Pablito! —exclama de repente—. ¡Nunca debí dejarlo solo en esa casa vacía! ¡Tendría que habérmelo traído conmigo para controlarle! Pero no podía, Dante. No podía. ¿Qué habrían dicho los vecinos? ¿Un cura albergando al bastardo de su hijo?

Me remuevo incómodo en la silla porque Pablo nunca ha sido santo de mi devoción, pero tampoco quiero decir nada que haga leña del árbol caído. Don Julián es, al fin y al cabo, inocente del crimen que ha intentado cometer el loco de su hijo. De lo que no es inocente es de seguir pensando en las malditas apariencias; que en la oscuridad de la noche puedes incumplir todas las normas, siempre y cuando durante el día, a plena luz del sol, mantengas la farsa bien oculta.

Creo que los secretos que se han ido guardando en este pueblo han acabado por hundirlo hasta sus cimientos.

—Ya no se puede cambiar lo que ha pasado —digo al fin, tras admirar unos segundos la jarra de cerveza que calienta entre las manos y sentir la garganta demasiado seca.

—Me temo que no, muchacho —asiente con angustia—. Mi pobre hijo no va a volver. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Siempre ha sido más bestia que hombre, y solo se ha sentido bien en las montañas, entre los árboles más altos y los animales salvajes. Después de lo que ha hecho, no volverá a bajar al

pueblo. No podré volver a ver su cara —se lamenta entre lágrimas.

Le doy otra palmada de ánimo y me levanto. Tengo que salir de la taberna de inmediato, porque la tentación de probar el alcohol es cada vez mayor.

Paseo por el pueblo bajo un verdadero torrente de agua. Llego hasta el cementerio y me quedo un segundo contemplando la tumba sin cubrir del artífice de toda esta locura, de la que supuestamente era bruja. Ni una sola gota cae sobre su lápida, como si se hubiera colocado un paraguas invisible sobre ella.

Doy media vuelta y regreso al albergue, pensando que hay cosas que es mejor no pensar. Si de verdad esa mujer sigue teniendo poder, más allá de la muerte, no creo que esté muy contenta ahora mismo, porque la venganza que ideó años atrás y que se ha llevado a cabo con tanto sufrimiento, casi se ha cobrado también la vida de su nieta.

No creo que ahora mismo lo esté celebrando...

Regreso al albergue cabizbajo. Me cruzo con varios policías en la entrada que me saludan con la cabeza y subo las escaleras dejando un reguero de agua a mi paso. Ya en mi habitación, me desnudo con cuidado de no despertar a Nora, que duerme en mi cama, ajena a toda la locura que se está desencadenando más allá de estas cuatro paredes.

Mientras me pongo un pantalón seco y una sudadera pienso que no estaría tan mal despertarme cada mañana a su lado. Contemplar esa carita tan pálida y preciosa, con esos labios mullidos y tiernos. Acurrucarme a su lado en las frías noches de invierno bajo la amarillenta luz de la chimenea. Volver a empezar, al fin y al cabo. Seguir adelante, como siempre dice mi madre.

Si quiero vivir, pero vivir de verdad, de una forma completa y de pleno sentido, Nora es la pieza que me falta. La única que ha conseguido traspasar todos los muros que he ido levantando durante años; la única que no me ha juzgado por mi pasado.

Será que los dos somos muñecos rotos. Ella, por su don; yo, por mis adicciones. Una sola de sus miradas me basta para sentirme comprendido y no dejo de quitarme ese peso de encima que me grita que le debo mucho. Casi le debo la vida de su amiga, nada menos. No puedo quitarme el peso de la culpabilidad de mis hombros hundidos, porque, si algo he aprendido en estos días, es que siempre que la he dejado sola han ocurrido desgracias.

Si ella quisiera... Si ella me dejara, me dedicaría el resto de mi vida a compensárselo.

Capítulo 42

—**N**ora, despierta...

Abro un ojo.

—¿Dante?

—Sí, estoy aquí.

Me incorporo lentamente y compruebo que ya es de día. He pasado toda la noche durmiendo... Y, de repente, como si me atravesase un haz de luz, recuerdo lo que ha pasado. Oh, Dios mío... Olivia... ¿Habrá sobrevivido?

Lloro con el rostro enterrado en las manos.

—Esto es una pesadilla —baluceo—. No lo soporto más... Nunca va a parar, ¿verdad? Esto nunca acabará.

Me protego con su cuerpo, bebiendo mis sollozos y controlando los temblores que sacuden todo mi cuerpo.

—La policía aún tiene que recoger tu declaración —me dice con suavidad—. No pueden esperar más.

Asiento, tragándome las lágrimas.

—Está bien.

Bajo hasta la cocina y me siento en una silla. Ya me están esperando tres de ellos, listos para escuchar mi versión de lo sucedido. A pesar de que ahora mismo lo último que quiero es recordar todos y cada uno de los episodios acontecidos en este lugar al que he aprendido a odiar, hago de tripas corazón y comienzo con mi relato. A menudo, me interrumpen con preguntas muy concretas, supongo que para contrastar mi testimonio con el resto de los que ya habrán recogido de los supervivientes y, cuando contesto sin dudar ni un segundo, regreso a mi relato ensayado.

Cuando he acabado de hablar y de responder a todas sus meticulosas preguntas me permiten regresar a la habitación, allí donde Dante me espera con una sonrisa triste pintada en sus labios.

—Dicen que ya puedo volver a Madrid —susurro nada más cruzar el umbral—. Me llevan en uno de los coches patrulla.

Entorna los ojos y ladea la cabeza.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta con suavidad, dejando escapar del aire despacio.

Bajo la mirada al suelo, derrotada en todos los sentidos.

—Me han dicho que se han llevado a Olivia al hospital más cercano y que la están operando de urgencias... Ya han avisado a su abuela y sé que Olivia la necesita más que nada ahora mismo.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Qué necesitas tú?

—Necesito salir de aquí, Dante —respondo sin pensar—. No soporto estar en este pueblo ni un segundo más —continúo, con un sollozo que me impide seguir hablando. Necesito sacarme el olor de este pueblo de encima. Necesito ver a mis padres; volver a Madrid, donde el aire huele a cosas conocidas.

Se levanta de la cama y corre a estrecharme entre sus brazos.

—Tranquila... Lo sé... Lo entiendo.

Me dejo acunar un momento mientras las lágrimas vuelven a llenar mis ojos cansados.

—Oye, mírame —me pide, utilizando sus manos para que alce el rostro—. Todo ha terminado —continúa, con un leve temblor en el mentón—. Ya está, Nora. Se acabó la pesadilla.

Parpadeo con fuerza y un nudo en la garganta me oprime con tanta intensidad que me impide respirar.

—¿Y si muere, Dante? ¿Y si muere por mi culpa? —balbuceo, presa de la desesperación.

—Escúchame bien, joder. —Tensa la mandíbula y, allí donde segundos antes sus ojos me miraban con ternura, ahora están bañados de la más completa determinación—. Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestras manos para salvarla. Jamás vuelvas a pensar que lo que ha pasado es culpa tuya. ¿Me has oído?

Asiento en silencio, callándome una vez más mis verdaderos sentimientos.

—Gracias, de verdad —digo, tras unos segundos—. Gracias por ayudarme.

—No tienes que dárme las gracias, joder —se queja mientras sus dedos sostienen mis mejillas húmedas—. Soy yo el que te tiene que pedir perdón por demasiadas cosas.

Nuestras miradas se quedan entrelazadas unos instantes. No sé lo que está pensando él, pero en mi cabeza se está manteniendo una intensa lucha entre lo que de verdad quiero decir, y lo que sé que debo decir.

—Tenías razón —susurro, cuando una de las partes, la más racional, gana la batalla—. Han sido las circunstancias —añado con un sollozo entrecortado, esperando a que me diga que no, esperando que lo niegue—. Si esto no hubiera sucedido, si nuestras vidas no se hubieran mezclado durante unos instantes en algo así, tú y yo jamás habríamos...

Mi corazón le está suplicando en silencio que niegue todo lo que acabo de decir. Que me demuestre que podemos sacar algo bueno de toda esta desgracia. He dicho lo que he dicho porque necesito que me confirme que eso que siento por él es correspondido. Que no es una locura pensar que nos hemos enamorado. Que no estoy loca por querer a una persona a la que solo conozco de unos pocos días que se pueden contar con los dedos de la mano.

La espera se me antoja eterna y, cuando habla, algo en mi interior acaba rompiéndose en mil pedazos.

—Sí, Nora. Han sido las circunstancias —dice con esfuerzo, pronunciando cada palabra con énfasis y podría decir que con un poco de enfado también—. Vamos, te ayudo a hacer las maletas.

Capítulo 43

No es la primera vez que miento, pero sí que es la primera vez que casi se me va la vida en ello.

Si le he dicho que han sido las circunstancias es porque ella se tiene que ir de aquí y, allá donde ella va, yo no la puedo seguir. No puedo regresar a Madrid, donde las tentaciones están demasiado cerca de mis ansiosos dedos. Las malas compañías, la noche, que siempre me sabe recibir con los brazos bien abiertos, mi guitarra... Esa que me espera en casa de mi madre, lista para seducirme, acorde tras acorde. Lista para susurrarme al oído que la musa solo llegará si me tomo una copa o me meto una raya.

Son demasiadas tentaciones. Son tantos los malos recuerdos en esa ciudad que regresar sería como atarme una soga al cuello y saltar. Soy débil, lo sé. Y, si acompaño a Nora a su casa, estaría firmando mi sentencia de muerte en vida. Tampoco quiero que ella conozca esa parte de mí, esa que tanto he luchado por mantener dormida en este pueblo, lejos de todo aquello. No soportaría que también me mirase como un día lo hizo mi madre, con esa mezcla de decepción y dolor.

No, ella no se lo merece y creo que sería demasiado peso que cargar sobre sus pequeños hombros.

Y si yo no puedo ir a Madrid y ella tampoco se puede quedar aquí, tal y como me ha dicho, un futuro en el que estemos juntos se me muestra imposible.

Mientras contemplo esos ojos que tantos horrores han contemplado estos días, me doy cuenta de que, ahora mismo, justo en este instante, he pasado a formar parte de uno de esos recuerdos que no quieres sacar de la caja. Esa caja que un día escondiste bajo la cama y que te aterra volver a abrir. Aquí y ahora, mientras le doy un suave beso en los labios que me sabe a despedida, me convierto en parte de su pesadilla, de esas que tanto necesitas borrar de tu mente para seguir adelante. Y por mucho que me duela, así debe ser.

Si la quiero, y creo que sí, que la quiero, debo dejarla marchar.

—Prométeme que me llamarás de vez en cuando —me pide.

—Te lo prometo.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Y de nuevo le miento pensando que es lo mejor para ella.

Capítulo 44

Han pasado dos meses. Dos meses en los que he tenido que controlar el impulso de coger el móvil y marcar constantemente esos números que me apuntó en una servilleta justo antes de abandonar La Condesa. La he llamado, claro que sí, cuando la angustia por escuchar su voz era más fuerte que cualquier advertencia que me gritaba mi mente, pero siempre ha salido apagado o fuera de cobertura.

He esperado su llamada, pero nunca ha llegado.

Supongo que el silencio es su única forma de sobrellevar esos días y seguir adelante.

Nos lo prometimos. Nos prometimos seguir en contacto, pero creo que él aún no está preparado para echar la mirada atrás y revivir todo aquello.

Contengo un sollozo cuando pienso que Olivia actúa de la misma manera. Tras varias semanas ingresada, regresó a Madrid, pero la distancia que impuso entre nosotras me resultó imposible de salvar. Al principio contestaba mis mensajes, dándome largas del tipo: «Mejor nos vemos mañana». Después, dejó de descolgar el teléfono cuando veía que era yo quien la llamaba. Y hace una semana, cuando ya no lo soportaba más y decidí ir personalmente a su casa para ver qué le pasaba, me dijo desde la puerta entornada que necesitaba tiempo y espacio, y que ver mi cara le recordaba todo eso que necesitaba olvidar.

Le dije que yo también estaba luchando por olvidar, pero que los sentimientos no se pueden esconder; hay que afrontarlos para superarlos. Su respuesta fue una lágrima traicionera y un «lo siento» apresurado.

Le grité a la puerta cerrada que yo también lo estaba pasando mal, pero supongo que ella ya no estaba allí para escucharme.

Las pesadillas se repiten cada noche, donde un monstruo sin rostro me persigue a través de todas esas calles nevadas, sorprendiéndome en cada esquina, siguiendo mis pasos como si supiera adónde me dirijo. Y, cuando no lo soporto más, justo antes de atravesarme la piel con esas garras tan afiladas, la veo.

A Olivia.

La pesadilla cambia y lo que antes era un monstruo aterrador se convierte en ella, en mi mejor amiga. Noche tras noche tengo que soportar la tortura de la despedida, sujetando su cuerpo cubierto de sangre.

Y justo antes de despertar con un grito atenazando mi garganta, lo veo. Tan guapo como siempre, con esa mirada dulce y esas manos tan acogedoras. Me besa despacio, con cuidado de no asustarme. Me seca las lágrimas y me promete que todo va a ir bien. Entonces es cuando despierto con el corazón desbocado y los ojos llorosos.

Así, noche tras noche, desde hace dos meses.

—Nora —me llama mi madre—. ¿Estás lista, cielo?

—Un segundo.

Compruebo mi aspecto en el espejo del baño de mis padres y salgo cabizbaja.

—Estás muy guapa —me dice, con una sonrisa preocupada.

Desde que regresé a Madrid ni siquiera intenté pasar una noche en mi piso de alquiler. Les pedí a los policías que me trajeran aquí, a la casa de mis padres, porque necesitaba sentir el calor del hogar y la protección que solo tu familia te puede dar. Y desde hace dos meses vivo en mi antigua habitación, escondida entre las viejas sábanas de unicornios, pensando que he vuelto a ser esa niña asustadiza y solitaria que no quiere salir a la calle por temor a que alguien, quien sea, roce su brazo al pasar y tenga que sentir *eso*.

Pero antes de regresar a casa, les rogué que hiciéramos una parada en el hospital y supongo que no se negaron porque vieron la desesperación en mi rostro. Esperé durante varias horas hasta que me dijeron que la operación de mi amiga había salido bien y, aunque sabía que no me dejarían pasar a la sala de reanimación, no me levanté del asiento hasta que llegó su abuela, sumida en la más absoluta desolación.

Lloramos juntas, abrazadas. No respondí a sus preguntas, a pesar de que me suplicó; tan solo le dije que todo había acabado *bien*.

Quizás debí haberme quedado a su lado y que mi cara fuera una de las primeras que viera cuando despertó de la anestesia. Si hubiera estado allí, a lo mejor ahora las cosas serían distintas entre nosotras. O no. Seguramente lo habría empeorado.

—Cielo, vamos, que llegamos tarde —dice mi madre, esperándome en la puerta—. Por cierto, ¿tienes que ir a trabajar cuando salgamos o volvemos directamente a casa?

Regreso al aquí y ahora y niego con la cabeza.

—Me han dado el día libre.

Pensé que me echarían por absentismo, pero cuando los horrores de La Condesa se hicieron públicos la misma noche que regresé, mis jefes se apiadaron de mi situación y se mostraron muy comprensivos. No sé si agradecerlos o maldecirlos por obligarme a regresar a esa oficina triste y gris, como decía Olivia. Supongo que debería darles las gracias...

Aunque mis padres insistieron en que me tomara un descanso, estar encerrada en casa bajo su atenta mirada preocupada no era una opción, así que, por mucho que odie mi trabajo, prefiero ir y sentirme útil que esconderme también durante el día entre los cojines del sofá.

—¿Nos vamos? —le pregunto mientras me cuelgo el bolso en el hombro.

—Sí.

Hoy es el día del juicio. Hoy, tras dos meses de espera, se *resolverá* el misterio. Los que sobrevivimos tendremos que mentir una vez más mientras rezo por que encuentren de una vez por todas a Pablo, que, desde que atacó a Olivia y desapareció en la linde del bosque, no se ha vuelto a saber nada más de él.

—Vamos, cielo —me insta mi madre—. Tu padre nos está esperando en el coche.

Me cuesta atravesar el umbral de la puerta. Será que no quiero revivirlo todo de nuevo, supongo.

—De acuerdo.

Bajamos a la calle, entro en el coche, me pongo el cinturón y cierro los ojos.

Lo voy a ver. Volveré a ver sus ojos, esos que tanto me atormentan en sueños. Volveré a aspirar su particular aroma, ese que me provoca un aleteo en el estómago...

No sé el tiempo que permanezco así, ajena al paisaje urbano que se desliza demasiado rápido por la ventanilla del coche, pero, de repente, mientras rememoro cómo sonaba su voz, mi padre me saca de mis pensamientos.

—Hija, hemos llegado.

Bajamos del coche y juntos, los tres, caminamos hasta los juzgados. Hay periodistas y cámaras, pero los sorteamos con rapidez porque desde que volví aprendí que lo mejor es mantener la boca bien cerrada.

Accedemos al interior del edificio y comenzamos a dar vueltas para buscar el lugar donde nos han convocado, cuando veo, más allá de un pasillo, a Ignacio, a Dante, al tabernero y a don Julián. Me quedo paralizada unos segundos, porque verlos me ha transportado de nuevo al frío, a una densa capa de nieve que me engulle por los pies lentamente.

—Mamá, papá... —los llamo, reaccionando antes de que se preocupen—, creo que es por aquí...

Me siguen, pero antes de que pueda llegar hasta donde está Dante, que charla tranquilamente con Ignacio de espaldas a mí, mi abogada me increpa.

—Nora, ¿qué tal estás? ¿Lista para el juicio?

—Si me disculpas un momento, quiero saludar a unas personas...

Mis padres se lanzan a hablar con ella sobre los pormenores del juicio mientras que yo dudo unos instantes sobre si tocar el hombro de Dante. Ya han pasado dos meses... ¿Seguirá acordándose de mí tal y como yo le recuerdo cada noche y cada minuto del día? ¿Debería hablarle o quizás prefiere que mantengamos ese silencio que él ha impuesto desde la distancia?

—Me parece que tienes visita —se adelanta Ignacio, que me ve dudando.

Se gira, buscando a esa persona que requiere su atención y, cuando nuestros ojos se vuelven a encontrar, es como si el tiempo no hubiera pasado. Vuelvo a sentirme en ese albergue, rodeada por la calidez de las llamas y su pesado edredón. Regresan todos esos sentimientos que he intentado enterrar bajo una capa bien espesa de indiferencia, pero que nunca han conseguido quedar escondidos del todo.

—Nora...

Sus labios se alzan de una forma demasiado tentadora, mostrándome unos dientes perfectos. Aquí y ahora, con la luz entrando con fuerza por los ventanales, puedo ver que sus ojos son más claros de lo que pensaba y que su cabello lanza destellos cobrizos. Si en La Condesa estaba guapo, con esos jerseys de lana y ese abrigo que lo hacía parecer enorme, ahora, con una sencilla camiseta negra y unos vaqueros pitillo... Ahora está increíble.

Parpadeo varias veces para asimilar de golpe de todas esas cosas que me contó sobre su pasado. En el pueblo, alejados del ruido, el caos y la vida de una gran ciudad como Madrid, me resultaba muy difícil imaginarme a Dante siendo uno de esos chicos despreocupados e irresponsables que solo buscan pasar un buen rato. Pero ahora lo veo. Ahora, fundiéndose perfectamente con el ambiente. Tan relajado. Ahora comprendo que Dante podría encajar en cualquier sitio.

En La Condesa parecía uno más. Cuando lo conocí, pensé que llevaría toda la vida viviendo en ese lugar alejado de la civilización por la forma en la que conseguía caminar por la nieve con total facilidad, por cómo cortaba los troncos para la chimenea, cómo conocía el bosque...

Pero mientras lo contemplo sin poder abrir la boca, también me lo puedo imaginar subido a un escenario y con una guitarra colgando de su cuello.

—Dante... —digo al fin, con el corazón en la garganta.

—Bueno, chicos, os dejo solos para que os pongáis al día —interviene Ignacio, claramente incómodo por la situación.

Dante le palmea el brazo a modo de despedida y se cruza de brazos sin apartar la mirada de mis labios, justo donde descansa mi lunar.

—Te he echado mucho de menos —dice sin que me dé tiempo a asimilar su presencia del todo—. ¿Cómo estás?

Yo también quiero decirle que no pasa ni un solo minuto que no me acuerde de él. Que en el hospital, mientras operaban a Olivia, necesité tanto su consuelo que pensé que me moría. Que cuando me fui de La Condesa en un coche patrulla me forcé a creer que mis sentimientos hacia él eran fruto de la situación y que en cuanto regresara a Madrid le olvidaría, pero que cada vez tengo más claro que lo quiero, que me enamoré de él y que seguiré enamorada de él durante mucho tiempo.

Son demasiadas cosas las que le quiero decir, pero todas se me atascan en la garganta por miedo a que mi sinceridad lo abrume.

—Bien, muy bien —miento con una sonrisa.

—Genial —contesta, imitándome—. ¿Qué tal el trabajo?

—Pues muy bien también —respondo intentando que no me salga esa mueca de desagrado que pongo siempre que pienso en esa oficina—. ¿Tú? ¿Qué tal por...?

Quiero preguntarle qué tal por el albergue, pero las palabras mueren entre mis labios porque aún me resulta demasiado duro nombrarlo. Al fin y al cabo, fue bajo ese techo donde Olivia se

desangraba entre mis brazos.

—Muy bien —contesta, sin que desaparezca la sonrisa—. Todo va muy bien.

—Me alegro —consigo decir con un sabor muy desagradable en la boca del estómago—. Es genial. Todos nos va genial, por lo que veo...

—Sí, así es —me interrumpe, carraspeando un segundo después—. Oye, voy a ir a hablar con mi abogado. Ahora mismo vuelvo, ¿vale?

—Claro, claro —lo animo. Aunque mi tono de voz indica tranquilidad, en mi interior estoy gritando—. Sin problema...

Lo veo alejarse dueño de sus movimientos, tan tranquilo y relajado que empiezo a subirme por las paredes.

¡¿Por qué no me ha llamado?! ¡Me lo prometió! No, peor aún, ¡me lo juró!

Me muerdo el labio con fuerza e intento serenarme porque mis padres se acercan con esa sonrisa que ya me conozco. Creo que, desde que regresé de La Condesa, no saben sonreír de otra manera. Sí, las comisuras de sus labios se alzan, pero sus ojos se entrecierran, albergando una preocupación tan real y absoluta que me hundan más y más mientras les contemplo.

—Cielo, ¿estás bien? —me pregunta mi padre.

Miro alrededor. Acaban de llegar el resto de los viejecillos que sobrevivieron. Aurelio, la vieja de los huesos de cristal con su inseparable amiga centenaria... Me saludan con la mano y hacen un corrillo en el que aceptan a don Julián, al tabernero, a Ignacio y, en cuanto Dante termina de hablar con su abogado, se une a ellos.

Suspiro.

Me guste o no, yo nunca pertenezco a ese lugar. Sí, sufrí con ellos, pero nunca fui una de ellos.

—¿Hija?

—Sí —respondo de inmediato—. Mira, ya están abriendo la sala.

Entramos los primeros y, cuando mi brazo roza el de Dante al pasar, un sollozo se instala en mi garganta.

Me siento en primera fila, con mi madre a la derecha y mi padre a la izquierda y, de repente, alguien toca mi hombro. Creo que es Dante, pero cuando me giro, me encuentro con la cabellera pelirroja de mi mejor amiga.

—¡Olivia!

Nos damos un abrazo tan fuerte que se queja.

—Me haces daño...

—Perdona, debes de seguir recuperándote de la herida.

Nos alejamos un poco de mis padres y de su abuela, que se ha sentado al lado de ellos y ya están sumidos en una conversación entre susurros, e intento sonreír. Pero cuando veo su expresión, entiendo por qué ha estado dos meses esquivándome. Dicen que las personas somos el espejo de los demás y, creo que, cuando la miro, no puedo evitar que mi expresión, por mucho que luche por ser positiva, le devuelva a ese lugar tan sombrío.

Creo que, al igual que detesto que mis padres me contemplen con lástima, ella también se siente incómoda con mi mirada compasiva.

Supongo que hay veces que es más fácil seguir adelante rodeado de extraños que no te juzgan ni te compadecen que luchar junto aquellos que conocen todas tus miserias.

—Lo siento —me apresuro a disculparme.

Entiende a qué me refiero, porque relaja los hombros y asiente.

—Está siendo muy duro, Nora.

—Yo sigo aquí, lo sabes, ¿verdad?

Suspira.

—¿Sabes? Estos meses he tenido mucho para pensar en todo lo que ocurrió —continúa, retorciendo uno de sus mechones entre los dedos—. Cuando nos abrazamos, justo antes de que llegara ese... —Se detiene, supongo que porque le resulta demasiado duro nombrarlo, más aún cuando no se ha vuelto a saber nada de él—. Lo sentiste, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —balbuceo, temerosa de lo que pueda decir a continuación.

—Sentiste que iba a morir. No me mientas; te lo noté —asegura muy seria—. En ese momento no le di demasiada importancia, supongo que porque estaba tan conmocionada que mi mente decidió ignorarlo, pero toda la carne se te puso de gallina. Sentí cómo tu cuerpo se erizaba.

Bajo la mirada al suelo, incapaz de seguir soportando su mirada acusadora.

—Olivia...

—Pero cuando entró Pablo con ese cuchillo —me interrumpe—, lo supe. Supe que iba a morir. Y me rendí. No podía despegar los pies del suelo. En ese momento até cabos y entendí que tu don te había avisado.

—Lo siento mucho —susurro, con las primeras lágrimas derramándose por mis mejillas.

—Pero tú no te rendiste, Nora —añade, con un intento de sonrisa—. A pesar de sentirlo, no te rendiste. Y creo que fue eso lo que me salvó. Si no te hubieras interpuesto en su camino, ese malnacido me habría rematado sin miramientos. Te debo la vida, Nora.

—No podía rendirme —le explico—. No podía. Además, te recuerdo que fuiste tú quién se interpuso en su camino y recibiste ese cuchillo por mí. He llegado a pensar que estás enfadada conmigo por eso...

—¿Qué estás diciendo? Ese cabronazo iba por mí y, si me lancé a salvarte, fue porque tú intentabas impedir que llegara hasta mí. No me debes nada —dice muy seria—. Nora, ¿te das cuenta de lo que eso significa? —me pregunta, buscando mis manos para estrecharlas entre las suyas—. Puedes evitarlo. Cuando sientes que una persona va a morir, puedes evitarlo.

Mis labios tiemblan.

—Creo que no siempre... Creo que hay veces que no se puede evitar.

Ese pensamiento me ha rondado la mente desde que regresé. Y no sé si me resulta esperanzador, porque, entonces, todos aquellos que han muerto bajo mi premonición se van posando sobre mis hombros y me pregunto si hice lo suficiente para salvarlos. La respuesta es no y el peso de la

culpabilidad me resulta imposible de soportar.

—Supongo que no siempre se podrá evitar —dice, sin soltar mis manos—, pero a veces sí y conmigo lo has demostrado. Solo quería que lo supieras por si la idea te ayuda un poco de ahora en adelante —añade con otra sonrisa que me sabe a disculpa.

—¿Quieres que nos veamos de vez en cuando, como... antes? O podemos hablar por teléfono si lo prefieres —añado cuando veo la mueca en su cara.

—Claro —asiente—. Claro que sí.

Nos abrazamos de nuevo y nos secamos las lágrimas en el hombro de la otra.

—Te he echado mucho de menos —me susurra en el oído.

—Y yo a ti.

Capítulo 45

No puedo dejar de mirarla. A tan solo unos metros de mí como si el tiempo no hubiera pasado. Tan vulnerable en apariencia; tan frágil. Se frota las manos cada pocos minutos, sobre todo cuando se exponen en voz alta las mentiras que los supervivientes nos esforzamos en convertir en verdades.

Cuando se concluye que las víctimas poseían restos de ADN de casi todos los habitantes del pueblo y que las heridas infligidas en sus cuerpos indican que un animal salvaje las hizo con sus garras, suspira aliviada. Creo que estaba conteniendo el aliento hasta que su amiga, sentada a varias filas de distancia, ha quedado impune de todo castigo.

Ignacio me propina un codazo cuando el juicio se da por finalizado, informándonos de que Pablo sigue en busca y captura por el intento de asesinato de la señorita Olivia de Miranda. No puedo evitar mirar hasta donde está su padre, don Julián, taciturno y hundido por completo. Sé que no miente cuando nos dice que no sabe nada de él; supongo que la ira de Dios lo tiene ya bastante atormentado como para seguir añadiendo pecados en su larga lista.

Mis ojos regresan a ella, custodiada por sus afectuosos padres. Verla acompañada me quita un gran peso de los hombros, pero, por otro lado, eso no hace más que confirmar mi idea de que está mejor sin mí.

Por eso no la he llamado, a pesar de recibir las notificaciones de sus llamadas. Por eso he incumplido mi promesa de que seguiríamos en contacto. Pero la llamaré. Lo haré cuando el tiempo haya puesto todo en su sitio. La llamaré cuando no la desee cada noche. La llamaré cuando podamos ser solo amigos y mi pasado no enturbie su futuro. La llamaré cuando ella deje de hacerlo, porque esa será la prueba de que me ha olvidado.

Es duro, pero es lo mejor.

He conseguido seguir sobrio y limpio, con mis venas intactas. Y solo lo he conseguido porque me he convertido en un maldito ermitaño, lejos de todas esas adicciones que tanto me atormentan.

Ella está bien, aunque un poco más pálida de lo que la recuerdo. Quizás no. Quizás siempre ha sido así, pero mi mente la evoca algo distinta, ya que supongo que el tiempo tiende a idealizar las cosas que más anhelamos. No es que no me guste, no es eso. Es que cada noche, en mi silenciosa y oscura habitación, su pelo cada vez es más y más brillante, sus labios más y más rosados, y sus ojos, esos ojos que ahora evitan cruzarse con los míos, más y más grandes.

En la soledad de mi cama su piel es tan suave como la seda, sin una mácula de imperfección. No están esas pequeñas arrugas en las comisuras de sus labios, ahora fruncidos y tampoco hay cabida para esos temblores que acometen sus hombros.

Pero comprendo, de súbito, conteniendo el aliento, que la Nora que he recreado en sueños no se puede comparar con la que veo ahora, de carne y hueso, tan humana e imperfecta. Esa Nora inventada al detalle con la única intención de resultar inaccesible se diluye ante mis ojos cuando contemplo a la real, a la que también sufre, a la que puedo hacer daño si no me alejo lo suficiente.

Ella está bien, me lo ha dicho antes. Le va bien en el trabajo, y parece feliz.

No puedo colarme en su vida. Ya no, cuando lo ha superado.

Cierro los ojos y maldigo en susurros.

Me costará dos meses más volver a olvidarla y crear de cero, una vez más, un recuerdo falso e idealizado para poder levantarme de la cama cada día.

—Muchacho, ¿salimos? —me pregunta Ignacio a mi lado.

La miro una vez más, ajena a mi escrutinio, y me levanto deprisa, no vaya a ser que cambie de opinión debido a la tentación que supone su presencia.

—Sí, vámonos ya —musito.

Capítulo 46

Giro un momento el cuello y lo busco con la mirada, cuando veo que ya está saliendo de la sala sin mirar atrás. ¿Es que ni siquiera se va a despedir?

—¡Dante! —le llamo, poniéndome en pie—. Ahora mismo vuelvo —les digo a mis padres, que, atónitos, me contemplan saltar casi por encima de mi silla—. ¡Dante!

Sé que me está escuchando, pero no se detiene. Desaparece más allá de la puerta mientras paso al lado de Olivia, que me dedica una sonrisilla cómplice. Supongo que es consciente de lo que siento por él y, aunque no me lo va a decir, al menos de momento, creo que se alegra de que mi corazón haya despertado. La Olivia de antes lo habría celebrado, eso seguro, y solo espero que esa chica loca y despreocupada siga aún ahí dentro, preparada para reclamar su sitio de nuevo.

—¡Dante!

Pero en cuanto salgo al pasillo, me encuentro con Ignacio, su amigo. Parece que me estaba esperando.

—Chiquilla —me detiene—. ¿Qué tal estás?

Lo ignoro, llevando mi mirada a un lado y a otro del largo corredor con la esperanza de encontrar su espalda, difuminada entre las demás espaldas y torsos que ahora mismo se estarán cruzando en su camino.

—Chiquilla —insiste—, ¿estás bien? Te noto angustiada.

Parpadeo con un suspiro apenas imperceptible. Lo he vuelto a perder, de nuevo...

—Sí, Ignacio, perdona. Es que quería despedirme de Dante —me disculpo—. Yo... Creo que es mejor que regrese a la sala antes de que mis padres se preocupen...

—Espera un momento —me detiene, con su mano sobre mi antebrazo. Hace tres meses, tan solo tres meses atrás, este contacto aparentemente inofensivo habría puesto alerta todos mis sentidos y mi rechazo habría sido devastador. Pero ahora, tras pasar por lo que se dice un verdadero calvario, el contacto con otras personas ya no me resulta tan imposible de soportar. Sigue sin ser agradable, pero lo puedo tolerar—. Tengo que pedirte un favor.

—Claro —acepto con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre?

—Es sobre Dante.

Mi espalda se pone en tensión de inmediato.

—¿Le pasa algo?

Ladea la boca y parece que se piensa un segundo las siguientes palabras a pronunciar.

—Está mal —dice al fin—. Está muy mal.

La preocupación se instaura en mi pecho y doy un paso adelante. Ahora soy yo la que sujeta su brazo.

—¿Qué le pasa? He hablado antes con él y me ha dicho que estaba bien...

—Te ha mentado, sin duda —asevera—. No sé si te ha contado que lleva un mes viviendo él solo, allí arriba...

—¿Allí? ¿En el albergue?

—No —niega tajante—. En La Condesa.

—¿Cómo que vive él solo en el pueblo?

Hace un gesto con los hombros, como si tuviera que disculparse.

—Los demás nos fuimos, muchacha. No soportamos la presión de vivir en ese lugar maldito ni un segundo más. Además, ¿qué nos quedaba? La taberna se cerró. Don Julián se fue a la parroquia del pueblo de al lado. Y los demás... Me temo que somos demasiado viejos para seguir manteniendo a esos fantasmas fuera de nuestras puertas, chiquilla. Nos rendimos —confiesa—. Abandonamos el pueblo que nos vio crecer. Ese pueblo ya no existe —dice de repente—. El pueblo en el que yo nací ya no existe. El que ahora lo suplanta es fruto de todos los errores y las mentiras que están enterradas en él.

Escucho sus palabras en silencio, horrorizada al pensar en el último mes. Tantos días y tantas noches en soledad, en completa soledad, siendo el último habitante de un pueblo bañado en sangre, sin nadie cerca para ayudarlo en caso de...

—¿Y Pablo? ¿Se sabe algo de él? —pregunto de inmediato, con el corazón golpeando mi pecho con fuerza.

—Pues acaban de decir que no se sabe nada de...

—Quiero saber la verdad —le interrumpo—. ¿Alguien lo ha vuelto a ver?

Cierra los ojos un momento y suspira.

—No. Nadie lo ha visto desde esa noche. Yo creo que se tiró por uno de los barrancos.

—Si no aparece, ya sea vivo o muerto, jamás lo sabremos.

—Quería hablar contigo porque estoy muy preocupado por el chaval. Por Dante —aclara—. No es bueno que un chico tan joven viva en un pueblo abandonado a su suerte. Y mucho menos en La Condesa, con toda esa maldad creciendo con las malas hierbas. Intenté convencerlo para que se viniera a Oviedo conmigo. He comprado una casita allí y no me importaría tener compañía por una temporada, pero se niega en rotundo. Dice que no quiere salir de allí. Que solo allí está a salvo —explica con pesar—. Y, bueno, he pensado en ti porque desde que el muchacho llegó al pueblo, hará cinco años, nunca lo había visto con una muchacha...

—¿Qué intentas decirme?

—Que eres especial para él —me asegura—. Me ha confesado ciertas cosas y, aunque no soy un chivato, es necesario que sepas que te necesita, por mucho que él se esfuerce en negarlo.

—No me ha llamado en todo este tiempo —le explico, incapaz de creer en sus palabras—. No ha contestado a mis mensajes. No quiere saber nada de mí. ¡Pero si hasta se ha ido sin despedirse! —exclamo, señalando el pasillo.

—Eso es porque le da miedo su pasado y en quién podría volver a convertirse —me explica con una ceja en alto—. No sabes cómo llegó al pueblo. Era un esqueleto viviente. No hacía más que darse de cabezazos contra la pared. Yo pensé que no lo superaría. Pero lo hizo. Y se convirtió en el hombre que has conocido. Si no haces algo, me temo que volverá a ser ese chico enfermizo de nuevo.

—Pero...

—Te quiere. Y sospecho que tú también a él, por cómo miras al pasillo esperando que regrese —añade con una sonrisa ladeada—. En mis tiempos las cosas eran más sencillas y no le dábamos tantas vueltas. Si una muchacha te gustaba, ibas por ella y santas pascuas.

—Ya te he dicho que no contesta a mis llamadas...

—He dicho que los tiempos han cambiado —me vuelve a interrumpir.

—No, has dicho que en tus tiempos las cosas eran más sencillas —le corrijo.

—¡Y qué más da! Si él no viene a buscarte, tendrás que ir tú, digo yo... ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras con esa cara? —salta cuando frunzo el ceño—. ¿No decís que sois iguales que los hombres? ¡Pues a demostrarlo, que con decirlo no basta!

—Yo no tengo nada que demostrar...

—Mira, el chaval es un poco raro, no te lo voy a negar —dice con una expresión que de repente me parece muy graciosa, arrugando toda la cara—. Es igualito a su padre, que en paz descansa: buena persona, pero más tozudo que una mula coja. Yo no digo que sea la mejor opción de matrimonio que tengas...

—No estoy buscando un marido —le aseguro. ¡Lo que me faltaba, que este hombre venga ahora a hacer de casamentera!

—Lo que quiero decir es que tú tampoco eres muy normal, chiquilla. Se ve a la legua que sois compatibles. Él, con esas camisetas tan oscuras... Sí, no me mires así, porque en cuanto llega el verano parece que estamos de velatorio, menos mal que los jerseys que le enviaba su madre eran de colores —dice con los ojos en blanco—. Y tú... Pues no hay más que verte —añade, señalando mi vestido negro—. No vas a encontrar a un hombre con un corazón más grande que el suyo; eso te lo aseguro.

Mis ojos se van llenando de lágrimas de nuevo porque comprendo que Dante tuviera en tan gran estima a este viejecillo.

—Yo...

—¿Y ahora por qué lloras? —pregunta—. Si tampoco te he dicho que seas fea, mujer... Pero el chico está de buen ver, eso no lo puedes negar, y bueno, tú eres poca cosa... Guapa sí, aunque es verdad que las caderas las podías tener un poco más anchas...

—¡Ignacio! ¡Te he entendido a la primera!

—Vale, no hace falta que te pongas así. Dime, ¿hablarás con él?

Me seco las lágrimas despacio, sopesando las palabras de este hombrecillo. Si él quisiera estar conmigo, me lo habría dicho... Me lo dijo, es cierto, pero justo después sucedió lo de Pablo y...

—Tiene mi teléfono —decido al fin—. Sabe dónde estoy si me necesita.

Su cara comienza a enrojecerse y me señala con un dedo.

—No te creas mejor que él, chiquilla. Sé que te contó lo que hacía antes de llegar al pueblo, pero se ha curado.

—No es eso...

—¡Pues entonces ya me dirás que es!

Tomo aire, y lo suelto despacio. No puedo enfadarme con este hombre, no cuando intenta ayudar a Dante. Lo que pasa es que no comprende que no puedo obligar a Dante a quererme y, si me quisiera, me habría llamado. He visto las suficientes películas románticas y he escuchado interminables historias de Olivia para saber que, si un chico quiere estar conmigo, hará lo que sea para conseguirlo y me temo que no es el caso.

—Ignacio... Lo tendré en cuenta, ¿vale?

—No, no me vale.

—Pues tendrá que valerte.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Me pilla de improviso cuando me estrecha entre sus brazos con fuerza, sacándome todo el aire de los pulmones.

—Dante me contó tu pequeño secretito —me susurra al oído—. No te equivoques, no te juzgo, pero ni se te ocurra decirme cuando voy a morir...

—No funciona de esa forma... —consigo decir con tremenda dificultad.

—Te quiere, Nora —me interrumpe—. No lo dejes escapar.

Capítulo 47

No reuní el valor suficiente para ir detrás de él e impedir que regresara a La Condesa, sino que me despedí de Ignacio, que no dejaba de hacer señas para que me largara corriendo a buscarlo, y dejé que mis padres me llevaran de vuelta a casa mientras lloraba en silencio en el asiento de atrás.

Ha pasado una semana de aquello y aún me insulto en el espejo cada vez que me atrevo a mirarme.

—Tienes que bajar a por una visita —me ordena mi jefa, sentada a pocos metros de mi sitio—. Y llévale una botella de agua, que últimamente se te olvida.

—Por supuesto...

Dejo el teclado y salgo de recepción con la mirada puesta en la maldita moqueta gris. Si alzo la vista no es mejor, porque un techo horroroso, seccionado en cuadrados, me saluda desde las alturas recordándome que soy prisionera perpetua en esta cárcel de trajes de chaqueta y corbatas perfectas.

Bajo en el ascensor hasta la planta baja y saludo con un gesto a los guardias de seguridad. Voy a llamar a la visita, que en este caso consiste en uno de los incautos que vienen a una entrevista de trabajo, con ese pelo repeinado hacia atrás y esa pose de querer comerse en el mundo... Voy a llamarlo para que me acompañe cuando miro a través de las puertas de cristal que dan directamente a la calle, allí donde los primeros rayos de sol de una primavera algo precipitada parece que gritan mi nombre, como si quisieran que me pusiera bajo ellos para bañarme con su calor.

«Me he ganado un poquito de calor», pienso de repente.

Miro hacia los ascensores grises y opacos, decorados sin pena ni gloria. De hecho, están tan limpios que si me pusiera frente a sus puertas cerradas reflejarían mi deprimente atuendo.

«No quiero volver ahí arriba». Es un pensamiento que se repite en mi cabeza cada mañana, justo antes de entrar a trabajar, pero que consigo acallar con un montón de tonterías, con frases como «tienes que trabajar».

Tienes, tienes, tienes...

Mientras esa palabra baila por mis pensamientos caigo en la cuenta de que hay muy pocas cosas en las vidas que en realidad *tengo* que hacer. Sí, necesito trabajar, pero no tiene por qué ser aquí.

¡Dios santo! ¡He salvado la vida de puro milagro y aquí estoy, regalando el poco tiempo que tengo en una oficina que detesto con todas mis fuerzas!

No sé cómo me atrevo a hacerlo, pero me acerco hasta uno de los guardias y le entrego mi tarjeta de acceso.

—Toma, ya no la voy a necesitar más.

La coge con una ceja en alto. Seguramente piensa que acabo de perder la cabeza, como otros tantos que trabajan aquí cada día de ocho de la mañana a seis de la tarde, eso si hay suerte y no se convoca una reunión para tocar las narices.

Atravieso la puerta y respiro. Creo que hacía mucho tiempo que no respiraba de verdad. Abro los brazos al cielo y sonrío con todo mi ser.

¡Me siento libre!

Quizás mañana piense que me he vuelto loca de remate, pero ahora, con la luz del sol bañando mis pálidas mejillas y una suave brisa que promete que el invierno acabará muy pronto... Ahora me siento feliz.

Me hago una promesa a mí misma. Ha llegado tarde, pero ha llegado al fin y al cabo y esa promesa no es otra que, a partir de ahora, voy a ser feliz. Me pasarán desgracias, seguro que sí, pero la forma en las que las afronte solo depende de mí, al igual solo yo debo decidir en qué voy a invertir mi vida y mi tiempo, que es lo único que tenemos.

Mientras paseo por la calle sin cartera y sin el abono del metro para regresar a casa porque me he dejado el bolso con todas mis cosas arriba, en la planta del infierno, tomo una decisión.

Es arriesgada, lo sé, pero no me importa.

Meto la mano en el bolsillo y saco el móvil, que es lo único que por suerte siempre llevo encima.

Llamo y, en cuanto me contesta, sonrío.

—¿Puedo hablar con tu jefe?

Supongo que cuando estás a punto de perderlo todo, la importancia de las cosas se vuelve tan relativa que te das cuenta de que prácticamente nada es importante excepto lo que te hace feliz.

Y mi felicidad se llama Dante.

Capítulo 48

—La dejo aquí, señorita —dice tras detener el coche justo en la entrada del pueblo.

—Pero el albergue está casi al otro lado... Yo le indico.

—No, no voy a pasar de aquí.

Pago al taxista, salgo para recoger el equipaje del maletero y le digo adiós con la mano, pero antes de arrancar de nuevo hace un gesto con la boca y baja la ventanilla.

—No se quede mucho.

—¿Cómo dice?

Se lo nota nervioso, como si quisiera largarse de aquí cuanto antes.

—Que no se quede mucho tiempo. Tome —dice, tendiéndome una tarjeta—, llámeme y vengo a buscarla, pero que sea antes de que anochezca.

—¿Por qué?

—Porque este pueblo está maldito, señorita. Yo que usted no me quedaría más tarde de la tarde. ¡Llámeme! —grita, poniendo pies en polvorosa. Hasta que no desaparece por la carretera no vuelvo a parpadear.

Me encojo de hombros y me giro despacio con la maleta en la mano derecha y el bolso en la izquierda. No sé de dónde he sacado el coraje para volver aquí, pero lo he hecho. La idea de volver a ver a Dante me ha impulsado sin pensármelo demasiado, pero ahora, mientras contemplo de nuevo las casas de piedra con las puertas y las ventanas cerradas a cal y canto... Ahora no sé si es una buena idea.

Paso al lado de la puerta de la vieja de los perros y me entra un escalofrío horroroso. Sigo caminando y me sorprende de que el suelo está empedrado.

—Vaya...

Claro, la última vez que estuve aquí no se veía a causa de la nieve...

Contemplo los tejados negros de las casas, que tampoco se veían antes, y he de reconocer que este lugar es muy bonito con la luz bañando el valle que hay a lo lejos y, más allá, cruzando con la vista el frondoso bosque, hay una montaña impresionante donde aún se ve nieve en la punta superior.

Nunca había admirado el paisaje, supongo que porque estaba tan concentrada intentando no resbalar y caer que mi vista apenas se despegaba del suelo. Ahora es distinto. Ahora huele a

primavera y la luz del sol se posa con suavidad en cada piedra, en cada tejado, como si quisiera darles una segunda oportunidad a estas tierras malditas.

Reconozco que cuando paso por delante de la puerta amarilla aprieto el paso. Dicen que Pablo no ha regresado y que no se sabe nada de él, pero vete tú a saber...

No dejo de caminar todo lo deprisa que puedo hasta que llego al albergue. Aquí está, con su cartel tan acogedor. Sale humo de la chimenea y eso solo puede significar que Dante está preparando la comida.

Me acerco hasta la puerta y mis dedos tiemblan cuando los cierro para llamar con los nudillos. Doy un toque y después otro más, pensando que quizás no lo ha escuchado. No me abre, así que voy hasta la ventana de la cocina y me asomo. Entrecierro los ojos para enfocar, y veo que una olla está al fuego.

—No puede estar muy lejos...

Regreso a la puerta de entrada, y llamo por tercera vez con los nudillos y, justo cuando creo que ha debido de ir al bosque a buscar más leña, la puerta se abre de súbito y alguien me encañona con una escopeta, directamente sobre mi cabeza.

—¡Joder, Nora! ¡Eres tú! —exclama Dante, bajando el arma de inmediato.

Tenía un gran discurso preparado, hasta había cronometrado las pausas que debía hacer para que no resultara ni demasiado largo, ni demasiado corto, pero el susto me ha dejado seca. No puedo pensar y mucho menos ponerme a explicar los motivos que me han traído hasta aquí.

—Dante... —balbuceo, con el pulso a mil por hora. No es solo por el susto, es que está tan guapo... Es más fácil hablarle a un muñeco de tu infancia imaginando que es él en la soledad de tu habitación mientras tus padres deciden si te dejarán irte a ese viaje improvisado al que estás a punto de lanzarte que confesarle a ese chico especial, cara a cara, sin saber cómo va a reaccionar, o temiéndolo por cómo te ha ignorado todo este tiempo. En fin... Que me he quedado sin voz.

—¿Qué... qué haces aquí? —me pregunta tras unos segundos de incómodo silencio mientras mira mi maleta—. Nora —insiste, al ver que no contesto—, ¿qué...?

Trago saliva.

—He venido a buscarte —digo de sopetón.

—¿Cómo que a buscarme?

Dios... Me lo está poniendo difícil...

—Ignacio me contó en el juicio que estabas mal —comienzo a explicar con un suspiro de resignación—. Que estabas aquí solo —continúo, a pesar de que se ha cruzado de brazos—. Que estabas mal...

—Eso ya lo has dicho.

—Sí, bueno, es que no sé qué decirte. ¡Te echo de menos, maldita sea! ¡Me prometiste que me llamarías! ¡Te he dejado cientos de mensajes!

—No han sido cientos —me corrige con una sonrisilla ladeada.

—Me da igual. Han sido más de los que me has mandado tú —le rebato, cruzándome de brazos

también—. Dante, yo creo que me he...

—Nora —me interrumpe justo antes de confesarle que me he enamorado de él—, no estoy bien y por eso mismo prefiero que no me veas.

—¡Claro que no estás bien! ¿Cómo vas a estar bien aquí? ¿En serio, Dante? ¿Cómo se te ocurre quedarte aquí solo después de todo lo que ha pasado en este lugar? ¿Es que estás majara?

Mis preguntas le arrancan una carcajada y me asusto, porque creo que es la primera vez que lo escucho reírse así.

—No podía volver a Madrid —me explica. Sus ojos me vuelven a mirar con esa ternura que tanto he echado de menos estos dos meses y, sin saber qué estoy haciendo, me acerco hasta sus brazos, me pongo de puntillas y le robo un beso en los labios.

—Pues no vuelvas a Madrid —le susurro—. Pero tampoco te quedes aquí. Venga, haz las maletas.

—¿Cómo dices?

Me separo un poco cuando sus manos se cierran en torno a mi cintura.

—Que nos largamos de aquí.

—Nora...

—No hay más que hablar. Yo no me pienso quedar aquí a pasar la noche y mucho menos después del aviso que me ha dado el taxista y, como comprenderás, si me quiero ir, tendrás que llevarme en tu coche...

—¿Cómo has venido? —me pregunta con un brillo travieso en los ojos.

—En taxi, ya te lo he dicho.

—Pues...

—No puedo llamarlo porque aquí no hay cobertura, así que venga, coge lo imprescindible, la cartera, las llaves del coche... Y prende fuego a la casa cuando salgas.

Suelta otra carcajada contagiosa y me estrecha entre sus brazos. Aspiro su aroma, tan masculino y especial... Y me rindo ante esos labios que tantas noches he deseado besar.

—Me parece que estás un poco más mandona que cuando te fuiste —me susurra al oído justo después de darle un mordisquito a mi cuello—. Pero me gusta, mi preciosa caballera andante. Al final has sido tú la que ha vuelto para salvarme.

—Si no te parece bien, solo tienes que...

Me acalla con un beso que espero que no tenga fin. Lo tiene, porque parece que quiere decirme algo. Espero que sea importante...

—Te quiero, mi amor. Gracias por venir a buscarme —dice despacio, mirándome a los ojos—. No te merezco, pero...

—No, desde luego que no.

Ríe un segundo para después regresar a mis labios, a esos que tanto le necesitan.

—Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para compensarlo.

Prólogo

Un año después...

Se dice que La Condesa se ha convertido en un pueblo fantasma. Nadie recorre ya sus calles empedradas en verano y abnegadas de nieve en invierno. Nadie prende el fuego de las chimeneas que, abandonadas, seguro que se han convertido en el refugio perfecto para todas esas aves que la sobrevuelan sin temor. Nadie lleva flores al cementerio, donde las tumbas se van llenando de malas hierbas y el polvo que indica que no hay nadie para limpiarlas y recordar a los que allí descansan. Ni una sola alma perturba ya el silencio de sus umbrales después de la muerte de su único habitante.

Encontraron su cuerpo unos pastores que andaban por las afueras, incapaces de poner un solo pie más allá del cartel que da la bienvenida al pueblo. Fueron los perros quienes alertaron a los hombres y, varios días después, la noticia ha llegado hasta aquí, a Edimburgo.

—¿En serio?

—Sí, se pegó un tiro en la sien —me explica Olivia, al otro lado del teléfono.

Quizás no aguantó la soledad. Quizás fue la locura. Quizás la culpabilidad.

Asiento en silencio y busco a Dante con la mirada, que sigue sin conocer el final de Pablo, tan absorto que está con su guitarra sentado frente a la ventana de nuestro pequeño pisito, componiendo otra de sus canciones.

—Ahora se lo cuento —murmuro casi para mí misma más que para Olivia.

—¿Qué tal te va por allí? —quiere saber.

Sonrío.

Decir que me va bien es poco, pero tampoco quiero decirlo muy alto, no vaya a ser que la suerte cambie.

—Bien —respondo—. Me gusta mucho mi trabajo.

—Te lo dije. Oye, tengo que colgar. Hablamos mañana. ¡Te quiero!

Mi querida Olivia. A pesar de tenerla lejos, hablamos todos los días y, un año después de aquello, ya puedo decir que vuelve a ser la loca de siempre. Gracias a ella estoy aquí y no puedo estar más que agradecida.

El día que decidí dejar la oficina en Madrid e ir a buscar a Dante, recordé la conversación que tuvimos Olivia y yo justo antes de llegar a La Condesa. Me propuso que trabajase en la sede que

tiene su empresa en Edimburgo y, aunque en ese momento lo veía imposible, ahora no podría estar más contenta de haber tomado esa decisión.

Edimburgo siempre fue mi ciudad preferida. Había visto demasiados documentales sobre sus calles embrujadas y su castillo, y me encantaba ese aire melancólico que la envolvía, pero nunca me atreví a coger un avión para visitarla y mucho menos para vivir en ella.

Pero cuando saqué a Dante del pueblo, lo tuve claro. Si había un lugar en el mundo donde podríamos empezar de cero, sería aquí.

Y no me equivoqué.

Un año después de todo aquello aquí estamos. Yo, trabajando de guía turística, y Dante, como guitarrista en una de las salas más famosas de Edimburgo. Cada noche rasga las cuerdas de su guitarra buscándome con la mirada, como si necesitara saber que estoy cerca para no caer en las tentaciones que a menudo lo acechan.

No ha sido fácil, pero Dante es fuerte y, un año después, ya está acostumbrado a los coches, el ruido, el ajetreo de una ciudad rodeada por los turistas... Hay veces que me busca en la oscuridad de la noche para abrazarme muy fuerte porque dice que necesita sujetarse a mí para no caer. Y, cuando eso pasa, nos levantamos pronto y vamos hasta uno de los cementerios más bonitos de la ciudad para desayunar apoyados en sus lápidas centenarias. El tacto de la hierba bajo los dedos lo calma, y cuando ni siquiera eso es suficiente, cogemos el coche y nos vamos al norte, allí donde las montañas nos recuerdan que no seremos más que cenizas movidas por el viento, así que nada debería quitarnos el sueño por la noche si no es porque necesitamos sentirnos uno entre las sábanas, claro.

En Edimburgo hemos encontrado el equilibrio perfecto entre el ajetreo de una pequeña ciudad y la tranquilidad que te proporciona saber que estás en contacto con la naturaleza. Aquí, en tierras escocesas, hemos aprendido a querernos bien, aceptando las virtudes del otro y amando sus defectos, porque son precisamente estos últimos los que nos hacen humanos.

Dejo el móvil en la mesilla y me levanto. Me acerco hasta su espalda torneada e inclinada sobre la guitarra y beso su cuello despacio, allí donde una vena me indica que su corazón sigue latiendo.

—Olivia dice que han encontrado el cuerpo de Pablo —le susurro, lamentando que sus dedos dejen de acariciar las cuerdas de la guitarra de esa forma tan... ¿cómo lo digo? ¿Sugereente?

Alza el rostro y sus ojos se detienen en los míos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Se ha convertido en una de nuestras rutinas. Siempre que alguien o algo nos lleva de vuelta a ese momento y a ese lugar, nos hacemos esa pregunta. A veces soy yo quien la formula, a veces él, pero siempre tememos que las pesadillas vuelvan a encontrarnos por la noche mientras dormimos relajados, uno al lado del otro.

—Sí —respondo de inmediato—. Mientras estemos juntos, estaré bien.

—Pues entonces estaremos bien toda la vida, mi amor —dice con una sonrisa dulce y cariñosa.

Deja la guitarra a un lado, y me sienta sobre sus piernas.

Contemplamos unos segundos la calle más allá del cristal. La promesa de toda una vida juntos, así, con sus brazos rodeando mi cuerpo y mi aliento sobre sus labios, me provoca mariposas en el estómago.

—¿Me prometes que siempre estaremos juntos? —murmuro, enterrando la cabeza en su cuello templado.

—Te lo juro.

Agradecimientos

Aquí estoy, en una fría tarde de diciembre decidiendo qué poner en los agradecimientos. Cuando pienso en todas las personas a las que tengo algo que agradecer, siento que las palabras se me escapan de entre los dedos y que nada de lo que diga será suficiente, pero, de todas formas, voy a intentarlo:

Gracias a mi familia, como siempre, que me da su apoyo incondicional desde este mundo y del siguiente.

A mis amigos, que siguen comprando mis novelas bajo amenaza de muerte.

A mi marido. Nunca desaparezcas. No vayas donde no pueda seguirte, porque sabes que aun así encontraré la forma de contactar contigo a través de una médium y seguiré torturándote.

Gracias a María José de Miguel, de la agencia literaria Mdm. Fuiste la primera que apostó en mí, y aquí sigues, apoyándome.

A todo el equipo de Selecta. En especial a Lola, como siempre.

Gracias a todas esas maravillosas personas que me apoyan desde la distancia, a través de las redes sociales. Sois una ayuda inestimable.

A ti, que estás leyendo esto ahora mismo.

Gracias a ti, yo escribo.

Podéis encontrarme en las redes sociales como *la rata careta escritora*.

A todos los que formáis parte de mi mundo, aunque solo sea leyendo estas palabras:

GRACIAS

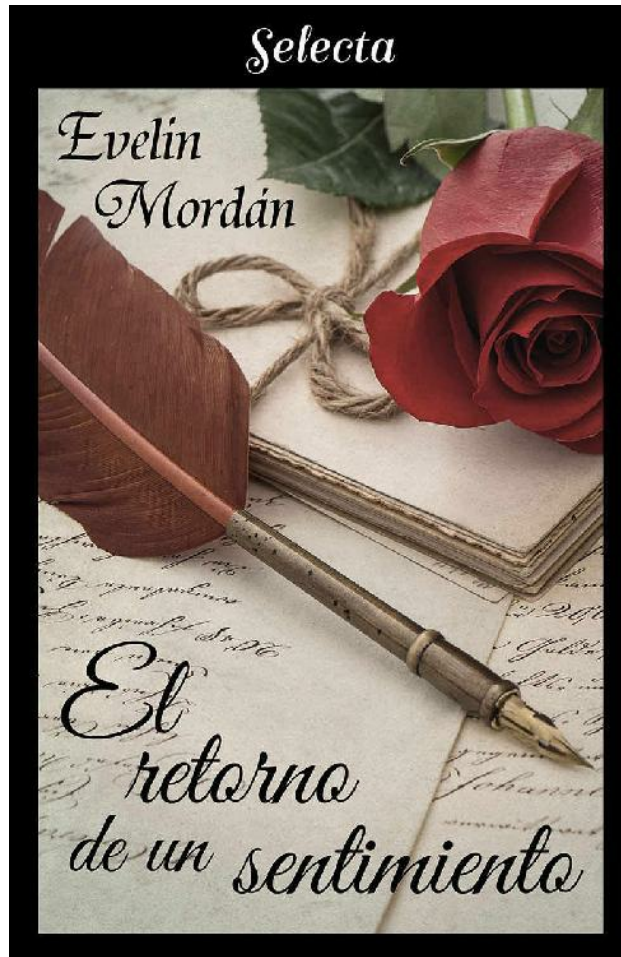
Si te ha gustado

Mientras siga nevando

te recomendamos comenzar a leer

El retorno de un sentimiento

de *Iris Romero Bermejo*



Capítulo 1

Londres, 1816.

Había perdido la apuesta más ridícula de su vida, pero no podía negar que el precio lo estaba divirtiendo.

La fiesta estaba en su plenitud a tan solo dos horas de empezar, y más de uno había perdido la compostura con el champán que brindaban los lacayos. Las jóvenes damas bailaban invitadas por caballeros que cumplían con su deber de mantenerlas en la pista de baile y no en un rincón tras las altas columnas que rodeaban el elegante salón. William no tenía ni idea de en qué fiesta se había entrometido sin invitación, pero desde luego sus hermanos mayores estarían muy acostumbrados a ese tipo de eventos.

A su lado pasó un grupo de damas con coloridos vestidos y cintas a juego, riendo de forma discreta mientras criticaban a cierto caballero que no sabía los pasos de la cuadrilla que acababan de danzar. Will se echó a un lado y bajó la vista para que su sombrero de copa le cubriera el rostro; mientras más desapercibido pasase, mejor.

El reto era durar hasta bailar con una de las invitadas, después podría irse como si jamás hubiera asistido de forma tan indecente a una fiesta a la que no había sido invitado. Pero si lo descubrían, no dudaría en matar a sus amigos.

A veces, suspiró, pensaba que llevar el apellido Kinsberly era más una perdición que un lujo. ¿Tu familia es invitada a todos los bailes?, había sido la pregunta. Y él, en su poco habitual arrogancia, había respondido que sí. En menos de una hora, habían ido a su casa en Grosvenor Square y revisado todas las invitaciones que reposaban olvidadas sobre la mesa de caoba del despacho de Byron. Y, por increíble que pareciera, no había ninguna que mencionara una fiesta en el habitual salón de baile de alquiler Joulén's. Así que ahora estaba aquí, dando vueltas en la circular estancia vestido de etiqueta e intentando adivinar a quién podía sacar a bailar sin ser descubierto. Todas las jovencitas estaban en grupos, y eso significaría acercarse y presentarse a todas ellas, aumentando el riesgo de que su nombre fuese relacionado en los días siguientes con aquel evento al que su familia no había estado invitada.

Ofreció una disculpa a un caballero al que casi se lleva por delante al no levantar a tiempo la vista bajo su sombrero. Y entonces calló en algo que lo hizo frenar de golpe: estaba rompiendo las reglas de etiqueta, y eso estaba atrayendo la atención de varios invitados. Se quitó con rapidez el sombrero que Tommy le había dejado para la travesura y lo dejó con disimulo sobre una mesa que había quedado vacía tras retirar la bandeja de aperitivos para rellenarla.

Los mataría a todos.

Estaba a punto de rendirse cuando la vio.

No entendió cómo no lo había hecho antes, si destacaba de entre todos los presentes. Era la única, aparte de él, que estaba sola. Observaba con aire tranquilo y satisfecho la pista de baile mientras danzaban un vals. Una leve sonrisa en la comisura de sus labios intentaba disimular el desasosiego de que nadie la hubiera sacado a bailar. William sabía que no había otra oportunidad

mejor que aquella; tenía dos opciones: o invitar a aquella joven desconocida a bailar con él y saldar así su deuda, o engañar a sus amigos y fingir que había bailado sin parar las horas que estuvo en el baile. Pero eso sería mentir, y faltar al honor de su palabra, y si tenía algo claro a sus casi diecisiete años, era que la palabra de un hombre valía más que cualquier fortuna.

La muchacha seguía sin moverse cuando todos empezaron a cambiar puestos en la pista tras acabar el vals. Will esperó, algo le decía que lo hiciera, y segundos después ella comenzó a caminar hacia su dirección con la intención de ir algún lugar lejos del salón de baile.

Sin estar seguro de lo que hacía y dejándose llevar por el instinto de aventura que sentía en aquel instante, acortó los pasos que los separaban y la tomó de la mano adentrándola en la pista de baile en el momento que las primeras notas de la orquesta comenzaron a sonar.

—¿Pero qué...?

Sintió cómo se tensaba bajo su mano, que reposaba con delicadeza en la parte superior de su espalda. La joven miró a todos lados, al igual que él, pero nadie pareció darse cuenta de la forma tan inusual en que se habían unido a las demás parejas.

Por un momento pensó que iba a ponerlo en ridículo ante cientos de personas, pero ella siguió sus pasos y disimuló.

Cuando William miró hacia abajo se topó con una tormenta en unos ojos grises.

—¿Qué cree que hace, milord? —gruñó por lo bajo.

—En realidad —respondió él, en el mismo tono casi inaudible que ella—, no soy lord. Y la saco a bailar.

—Yo no lo conozco, no hemos sido presentados.

—Lo sé, de lo contrario sabría que no soy lord.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quién es usted?

Will obedeció el ritmo del baile y le dio una elegante vuelta sobre sí misma. Cuando la volvió a tener de frente, la tormenta gris parecía más oscura que antes.

—¿Importa mucho? Al fin y al cabo, ha aceptado a bailar conmigo.

—No he aceptado nada, señor —masculló—. Usted me ha sacado a bailar sin presentarse y sin preguntarme.

—¿Y por qué está bailando?

—Porque no voy a armar un escándalo.

Él asintió.

—Buena elección.

—Si no me dice quién es ahora mismo, me dará lo mismo hacerlo.

—Mi nombre es William.

—¿Qué más?

Will lo pensó un momento.

—Kinsberly.

Ella abrió mucho los ojos ante su respuesta, algo que no pudo pasarle desapercibido.

—Veo que me conoce, después de todo.

—No lo conozco en absoluto, pero sé quién es su familia. Y no estaban invitados a mi fiesta.

Aquello no se lo esperaba.

—¿Esta es su fiesta? ¿Es su cumpleaños?

—No es ese tipo de fiesta —le gruñó por lo bajo—. Su familia no ha sido invitada, ¿qué hace usted aquí?

William no esperaba notar aquello, pero, comenzaba a sentirse dolido en nombre de su buen apellido.

—Mi familia es invitada a todas las reuniones sociales de esta ciudad.

—A esta no.

Él no apartaba la mirada de aquellos ojos grises que parecían querer atravesarlo con flechas. Se aventuró a bajar unos centímetros la vista, lo suficiente para estudiar el cuerpo menudo de su compañera de baile. No debía superar los quince años.

—Si no es su cumpleaños, ¿qué está celebrando? —preguntó él, olvidando el tema de su familia—. Es usted demasiado joven para que sea su presentación en sociedad.

—No tengo por qué darle explicaciones a un intruso —lo atacó ella—. En cuanto se acabe este vals, haré que lo saquen de aquí.

—Tan joven y tan amargada —dijo divertido.

Ella frunció los labios.

William intentó pasar por alto lo hermosa que se veía al hacer eso. Se había quedado cautivado por la ira de sus ojos grises y su diminuto cuerpo. Parecía una muñeca de porcelana, adornada con el esplendor de un día nublado en la mirada y un millón de pecas por todo el rostro.

—No me ha dicho su nombre, milady.

—Para usted seré simplemente milady.

El vals comenzó un ascenso de notas, lo que lo hizo guiarla dando elegantes círculos en sintonía con las otras parejas. Era un perfecto bailarín, no tenía nada que envidiar a ninguno de esos hombres diez años más mayores que él.

Pero, por muy agradable y divertida que la situación se hubiese tornado, no podía pasar por alto la amenaza de aquella desconocida.

—No es necesario que me eche, milady —dijo—. Bailar con usted era el placer que esperaba obtener para marcharme en paz.

—No le creo. Usted no sabía que era mi fiesta.

—Pero ahora que lo sé, no hay mayor gratificación que haber bailado con la anfitriona.

—Ha venido aquí sin invitación, señor, esto no va a quedar así. ¡Y me ha obligado a bailar! ¿Puede imaginarse en el problema que puede meterme? ¡No nos han presentado!

—Nos meterá en problemas a ambos si no baja la voz.

—Usted ya lo está —lo acusó ella con voz grave.

¿Cómo podía ser tan pequeña y tan irritante? Quizás tuviera más de cincuenta años con cara de ángel.

Pero William pensó bien sus palabras. Lo cierto era que, si estaba en lo cierto y era tan joven, sus padres estarían muy cerca en aquel momento, observando anonadados que su hija bailaba con un muchacho que no les había pedido el permiso que dictaban las normas sociales. Pero eso no era todo, él también podía meterse en problemas. Pues había dado su verdadera identidad, y ahora su familia podía verse involucrada en un escándalo por culpa suya. Ya se imaginaba los comentarios en las horas del té: el joven de la familia Kinsberly se escabulle en bailes privados en busca de diversión.

Ahora odiaba mucho más a sus amigos.

Para su fortuna, la última nota de vals sonó justo en aquel momento. Ella iba a decir algo, seguro nada agradable, pero Will fue más rápido y colocó su delgado brazo alrededor del suyo para guiarla hasta los jardines. La retirada de las parejas de baile contribuyó a que pasaran casi desapercibidos.

—¿A dónde me lleva? —preguntó indignada—. ¡Deténgase!

Pero William no paró hasta que cruzaron las altas puertas que daban al exterior del salón y bajaron los escalones que daban al jardín para después esconderse bajo la sombra del balcón.

—¡No se atreva a...!

La arrinconó con suavidad hasta la pared de piedra, totalmente cubiertos por la oscuridad, y tapó sus gritos con la mano enguantada.

—Escúcheme —musitó. Incluso en aquella penumbra podía vislumbrar el gris de sus ojos—, solo estoy aquí porque perdí una apuesta, ¿de acuerdo? El reto era colarme y bailar con una de las damas, lamento que haya sido justamente usted. —Ella gruñó contra su mano—. No digo que haya sido desagradable, milady, sino que no me esperaba hacerlo con la anfitriona de la fiesta.

Ella articuló algo gutural mientras entrecerraba los ojos y se encogía de hombros.

—No grite —la advirtió—. No pretendo hacerle ningún daño ni aprovecharme de su inocencia, ya me ha demostrado usted que no es para nada de mi agrado.

La joven frunció el ceño hasta que sus ojos tuvieron que cerrarse por la furia contenida.

Poco a poco, William liberó su boca, despacio, preparado para impedir cualquier grito. Ambos se miraron fijamente, estudiando al otro. Solo su propia respiración alterada le hizo darse cuenta de lo cerca que estaban.

—¿Es que no tiene nada mejor que hacer, señor William? —masculló ella.

Ya no parecía tan molesta tras haberle explicado la verdad, y con ello se convenció que era tan o más joven que él. Una divertida sonrisa se dibujó en sus labios para responderle.

—Esto ha sido lo más divertido que he hecho en la última semana —dijo—. Aunque tengo que admitir que me voy muy herido, milady.

—¿Herido?

Él asintió.

—No me ha dicho usted su nombre, me ha amenazado, y no entiendo por qué no ha invitado a mi familia a su fiesta.

Ella bajó la vista.

—Yo estoy acostumbrado a sentirme apartado, en ocasiones, pero me extraña que hayan hecho lo mismo con todos mis parientes.

—No tenemos nada en contra de los Kinsberly, señor.

—No lo dudo. —La obligó a mirarlo al cogerla suavemente por la barbilla—. Yo le he dado una explicación, no estaría mal que usted me recompensara matando mi curiosidad.

Comenzaba a sentirse incómodo con la situación. Era evidente que ya no estaba molesta por haberse entrometido en su fiesta sin invitación, pero de pronto se veía muy molesta con sus preguntas, y eso lo estaba poniendo ansioso.

—No diré nada sobre su intromisión —le dijo mirándolo a los ojos—, pero váyase antes de que alguien se dé cuenta. Yo tengo que volver a la fiesta, mi padre me estará buscando.

Hizo ademán de irse, pero Will detuvo la marcha al cogerla por la cintura para retenerla.

—Dígame su nombre.

Ella miró el lugar donde estaba su mano y después levantó la vista hacia él.

—Por favor —musitó—, tengo que regresar.

Su mirada había cambiado.

William ya no vio una furia gris en sus ojos, sino un pasaje de lluvia cuando se acumularon lágrimas de preocupación. Preocupado por haberla asustado, la soltó de inmediato y dio un paso atrás, dejando espacio entre ambos. Ella lo miró agradecida y parpadeó un par de veces. Parecía que iba a decirle algo cuando de pronto escucharon una voz atronadora sobre sus cabezas.

—¡Bella!

William miró de forma instintiva hacia arriba y después se fijó en la reacción de, ahora lo sabía, Bella. Ella se llevó un dedo a los labios, rogándole silencio; estaba realmente asustada.

La culpabilidad llegó a él de golpe. La había metido en un problema, únicamente por querer ganar una estúpida apuesta. La observó con atención: respiraba con dificultad y se veía muy asustada ante la posibilidad de ser hallada en la oscuridad con él. Era lógico, por supuesto, su reputación quedaría manchada y, antes de finalizar la semana, estarían casados sin conocerse siquiera. Era una idea que tampoco lo entusiasmaba en absoluto.

Unos pasos resonaron sobre ellos hasta perderse en el interior del salón y los dos dejaron salir el aire contenido.

Tenía intención de disculparse y decir y hacer algo que la ayudara a sentirse mejor, pero ella pasó a su lado antes de que pudiera reaccionar y corrió hasta la escalera que daba acceso al salón de baile. William quería ir tras ella, pero la sensatez que tanto buscaba obtener lo advirtió de que ya había sido suficiente.

Mientras siga nevando hay esperanzas para el amor... Pero, mientras siga nevando, no pueden escapar.



Nora esconde un secreto. Por eso nunca se ha enamorado y solo confía en su mejor amiga, Olivia.

Está convencida de que jamás conocerá a ese chico especial, sin embargo, todo eso cambiará en cuanto llegue al pueblo de La Condesa y vea por primera vez a Dante, el dueño del albergue donde se hospedan.

Dante también tiene algo que esconder. Algo que le ha mantenido oculto en ese maldito pueblo y, le guste o no, Nora le recordará que las cosas que se entierran siempre vuelven a la luz, y que su corazón, tan frío y congelado como el alma del pueblo, quizás sí que puede volver a latir de nuevo.

La primera noche desaparece una persona y otra aparece muerta con la primera luz del alba.

Solo si están juntos podrán sobrevivir al secreto que oculta La Condesa.

Iris Romero Bermejo. Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como *“La Rata Careta Escritora”*.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Iris Romero Bermejo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-54-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Mientras siga nevando

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Prólogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Iris Romero Bermejo
Créditos